

# LA SECTA DE LOS ALQUIMISTAS

Fabio Delizzos

Un *thriller* a través de los  
siglos, la alquimia, la Inquisición  
y el secreto de la inmortalidad.

NOVELA



Lectulandia

La secta de los alquimistas, de Fabio Delizzos, es una novela negra que nos habla de la existencia de una hermandad de hombres locos, inteligentes y muy poderosos dispuesta a todo por conservar el secreto de la inmortalidad, un thriller a través de los siglos, la alquimia y la Inquisición.

Hay misterios que perviven a través del espacio y del tiempo. Misterios como los que oculta el alquimista Francesco Carbonelli, o como los que persigue el cardenal Ravelli. O como la música que Gaspar Sanz hace surgir de las cuerdas de una guitarra... Han transcurrido tres siglos, y cuando a Fosco Noi le encargan la búsqueda de una guitarra barroca recientemente robada, no sabe contra qué o quiénes se enfrenta. Desde los laboratorios subterráneos a las celdas de la Inquisición, entre alambiques y fórmulas indescifrables, intrigas cortesanas y crímenes impunes, La secta de los alquimistas es un thriller que nos descubre los misterios más ocultos de la Europa esotérica. Quizás los alquimistas aún estén entre nosotros.

Lectulandia

Fabio Delizzos

# La secta de los alquimistas

ePUB v1.0

NitoStrad 28.06.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *La Setta degli Alchimisti*

Autor: Fabio delizzos

Fecha de publicación del original: marzo 2010

Traducción: Maria Prior Venegas

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

No se puede operar en el arte de la alquimia leyendo las obras de los filósofos. No podréis nunca aprender los secretos así, porque estos están ocultos bajo símbolos y enigmas. Quien no sea un iniciado no podrá jamás descifrarlos. Son libros que no enseñan. Son para aquellos que ya saben. En esos libros no hay nada bueno. Podréis leerlos una y otra vez y no aprenderéis nada más que cuentos. Conversaciones. Locuras.

Tiraréis por la borda vuestra vida, habiendo gastado únicamente tiempo y dinero.

Seguidnos con atención, por lo tanto, y mirad aquello que queremos enseñar.

# BOLONIA, ÚLTIMO VERANO

## DEL SIGLO XVII

---

Desde lo alto de la torre campanario se podía disfrutar de la vista del sol, que teñía de rojo todo el cielo. Muy pronto aparecería el disco blanco de la luna. Y luego, la noche más negra que se hubiera visto nunca.

El campanero seguía el curso del sol con paciencia, en espera del atardecer, mirando hacia abajo solo de vez en cuando para observar la multitud que se iba concentrando en la plaza, situada frente a la puerta principal. La gente había comenzado a acercarse ya a primera hora de la tarde, y todo porque había mucha gente en Bolonia que no había presenciado nunca un Auto de Fe.

Con el pasar de las horas, en la plaza se sucedían los empujones: viejos, niños o familias enteras llegaban con las sillas en la mano, situándose todos juntos a base de codazos para estar muy pegados entre ellos, logrando de esta forma que la red del boca a boca fuera muy fluida y las noticias pasaran rápidas como rayos desde una esquina a la otra de la plaza.

Y la noticia que estaba comenzando a difundirse en aquel preciso momento era una de esas que hacen que quien la esté escuchando no pueda evitar abrir la boca: el programa preveía las antorchas nocturnas.

Ninguno de los que allí estaban había visto antes una, pero todos habían escuchado hablar de ellas. Los hombres en las tabernas, donde los viandantes y los viajeros contaban hechos increíbles a cambio de una ronda de buen vino. Las mujeres, en cambio, en esas pocas veces en las que los hombres, de vuelta de la taberna, no estaban tan borrachos como para dejar para el día siguiente las historias, cuando ya cualquier recuerdo de la noche anterior había desaparecido o perdido cualquier credibilidad.

La noticia excitó a la multitud inmediatamente.

El campanero debía saber por qué la gente se estaba poniendo nerviosa, ya que desde allí arriba parecía que habían levantado una piedra descubriendo un puñado de insectos nerviosos.

La cuerda se encontraba ya entre sus manos llenas de callos y de saliva. Esperó todavía un poco más, hasta la señal establecida, hasta que vio el sol besando la tierra.

Había llegado la hora exacta. Y tiró.

La cuerda se tensó y el viento le sopló por encima. La vieja campana comenzó a oscilar con fuerza. Los primeros retoques débiles llegaron hasta la cámara de la tortura, donde el verdugo, inmóvil, de pie contra la pared húmeda y oscura, los estaba esperando.

El verdugo era invisible, solo un boceto en la sombra, listo no solo para provocar la muerte, sino para rozarla, sabiendo apartarla cada vez, como cuando se juega a la pelota, por su propio placer y por el del Honorable Tribunal, en el pleno respeto de la ley.

Algunos de los juzgados tenían la fortuna de poderse suicidar para evitar las atrocidades de aquellos juegos perversos. Pero Carbonelli había elegido de todos modos rezar. Rezaba incluso ahora. *Pater Noster, qui es in caelis...*

—¡Procedamos! —ordenó el presidente del Honorable Tribunal al procurador fiscal, el verdugo, el carnicero, quien se levantó y avanzó repitiendo los gestos habituales.

Miedo litúrgico. Sadismo sagrado.

En la oscuridad de la habitación, dos ojos parecían volar hacia Carbonelli. La única parte que quedaba visible bajo una larga túnica negra con una capucha puntiaguda era la de los ojos de un hombre fuerte que no temblaba. La luz de las velas, oportunamente pocas y colocadas hacia abajo, reflejaban el Infierno.

... *Sanctificetur nomen tuum...*

El verdugo extrajo las pinzas del cubo y las mostró a los jueces. Se trataba de un metal recubierto de bolas brillantes y costras, sangre que no se lavaba para que la vista de aquel instrumento fuera una amenaza y provocara terror.

El presidente agitó la oscuridad con su agraciada mano pálida para comunicar al verdugo el consentimiento del Honorable Tribunal para proceder con el interrogatorio haciendo uso de la tortura.

Las pinzas se acercaron lentas y amenazadoras a la cara de Carbonelli. Él no las miró. Apestaban a carroña. Las sintió clavarse en su primera uña.

—¡Confiesa tus pecados! ¡No pensarás conmovier a alguien con ese recitar patético! —dijo el presidente, y sugirió al verdugo que continuara.

Carbonelli mientras mantenía cerrado los ojos y seguía rezando.

... *Adveniat regnum tuum...*

Le habían vestido con la camisola. Le habían atado las muñecas a una silla clavada en el suelo, pero no sentía frío y no tenía miedo al dolor. Mientras, el verdugo proponía a la Corte comenzar con la extracción de las uñas y la Corte consentía, rogando que se procediera tirando lentamente, sin tirones secos.

La primera uña resistió hasta que pudo, hasta la inevitable caída, llevándose consigo tiras de carne del dedo. Sin prisas, las otras uñas seguirían camino del cubo.

Carbonelli no gritó. Ni siquiera un grito de dolor cruzó la muralla ensangrentada

y salió de aquella habitación. Y si hubiera ocurrido nadie le habría escuchado, porque fuera los gritos saturaban toda la plaza, exaltada ante las antorchas humanas que habían comenzado a correr por las calles iluminando la noche.

A los niños, que se dejaban la garganta ante tanta alegría, les hubiera gustado que un espectáculo así no terminara nunca.

Los adultos se arrojaban sobre las antorchas humeantes para darles patadas y bastonazos, para tomarse cada uno su parte de venganza sobre el mal.

Momias cubiertas de aceite y luego incendiadas, seguían moviéndose gritando por cada callejón, perseguidas por los primeros jirones de fuego que se soltaban creando una cola luminosa y llena de chispas. Solo cuando el fuego terminaba por consumir las vendas, las antorchas lograban finalmente liberarse y agitar los brazos para luego retorcerse durante un largo tiempo sobre el suelo en el vano intento de sofocar las llamas.

¡Qué espectáculo! Parecía que por un enorme camino salían tizones grandes como personas, que rodaban hasta la plaza y allí se detenían, humeantes, muertos.

Las antorchas no terminaban nunca.

¿Cuántos dedos tiene un hombre? Carbonelli tuvo todo el tiempo del mundo para contar veinte, para desgracia suya. Primero la mano derecha y luego la izquierda. Después el pie derecho y luego el izquierdo.

*Fiat voluntas tua, Sicut in coelo, et in terra...* Cuando no le quedó ya más por contar, se desmayó.

El procurador fiscal le arrojó un cubo de agua ardiendo sobre la cabeza para llamarlo a su deber: seguiría sufriendo y hablaría.

—Di a esta Corte que eres un hereje. Confiesa tus pecados y te será concedida una muerte placentera.

Podía parecer una promesa poco interesante, pero Carbonelli tenía la mala suerte de no ser un hombre joven y robusto, solo un alquimista acostumbrado al sacrificio de tantos años vividos en un laboratorio angosto, escondido entre humos venenosos y oraciones.

Había superado infinitos intentos y fracasos, alcanzando su objetivo.

... *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie...*

Carbonelli conocía el secreto del universo. Por eso, el único hereje presente en el interrogatorio tenía fe. *Et dimitte nobis debita nostra...*

Los jueces del Honorable Tribunal se santiguaron rápidamente sobre el pecho.

—¿Mantienes todavía conocer el origen de la vida y de las cosas? ¿La íntima voluntad del Creador y todos sus secretos?

El tono del presidente tenía el carácter de un frío e impersonal procedimiento formal, y ocultaba mal la excitación de un sadismo que con el tiempo se había hecho cada vez más complicado y exigente.



El rostro de Carbonelli comenzaba a relajarse como consecuencia de la quemadura con agua hirviendo. Los párpados se pegaban de vez en cuando, cerrando con demasiada fuerza los ojos, y las manos resbaladizas del verdugo se clavaban en la piel de las mejillas dejando huellas profundas.

... *Sicut et dimittimus debitoribus nostris...*

Se encontraba agotado. Gemía piadosamente, con discreción, sangrando y siguiendo babeando el *Pater Noster*.

Los jueces ordenaron el segundo suplicio. El verdugo le agarró la cabeza rapada entre las manos sucias y le acarició, cubriéndolo de sangre. Luego le soltó de la silla y lo puso sobre los hombros para dirigirse hacia la rueda.

No era necesario haberla visto en persona para saber de qué se trataba y tener miedo. Todos sabían lo que era la rueda, y por eso cada uno la temía más que a la propia peste. Era suficiente imaginarla: al ajusticiado lo ataban y le iban dando vueltas sobre las hojas. Las hojas estaban colocadas de forma que no hirieran los órganos vitales, de forma que el torturado pudiera seguir sufriendo.

Los brazos de Carbonelli colgaban como ramas secas al viento. Las manos goteaban. Sabía lo que le esperaba y sin embargo conservaba fuerzas aún para no hablar, para resistir y no revelar a nadie sus propios secretos.

Rezaba.

... *Et ne nos inducas in tentationem...*

Decidió que tenía que salvarse. Estaba pensando en cómo podría hacerlo cuando el verdugo le dejó caer al suelo y se separó de él de golpe, como si su cuerpo se hubiera convertido de repente en algo insoportable y contagioso.

Carbonelli no lograba focalizar las imágenes. Sintió un fuerte olor a animal sucio y lenguas que se arrastraban por el suelo, ávidas por chupar la sangre. Vio las sombras de dos perros que volvían hacia la oscuridad de la que habían llegado, alejándose de él como poco antes había hecho el verdugo.

... *Sed libera nos a malo...*

El cardenal Ravelli se echó hacia delante, sorprendiendo al tribunal. Bajó la pequeña rampa de escaleras que llevaba a la planta de la cámara de la tortura y se acercó al desafortunado. Le susurró palabras al oído.

Ante la pregunta del cardenal, Carbonelli asintió.

&mdash;¡Interrumpid el proceso! —ordenó el cardenal.

*Amen.*

# MADRID, ÚLTIMO OTOÑO DEL SIGLO XVII

---

Aún en el milagro, la rueda de la vida demostraba que era implacable también para Nuestro Señor Jesucristo. Con las típicas ansias de la fe, se esperaba en breve otro nacimiento.

—¿Cómo puede ser que los niños renazcan cada año y yo no consiga tener uno que nazca solo una vez? —protestó el rey Carlos dando un débil puñetazo a las sábanas.

—Majestad —susurró don Eduardo Ortega, maestro de la Capilla Real española—, no sé si...

Comenzó a hablar mientras inspeccionaba debajo de la cama y detrás de las gruesas cortinas.

—Podéis hablar tranquilamente —le dijo el rey dejándose caer hacia atrás, sobre la montaña de cojines que tenía bajo la espalda. Aquí no nos escucha nadie, estamos solos.

—Bien. Majestad, he solicitado poder veros para informaros de que vuestros súbditos más fieles están trabajando para alejar lo peor. Tenéis que tener confianza, majestad, alejad de vuestra persona a toda esa gente, a todos esos locos. Vuestros confesores no son nada más que sanguijuelas. Expulsad a esas monjas fervorosas y a los exorcistas. ¡Vos no estáis endemoniado!

—De acuerdo que no nos escucha nadie pero, por favor, bajad el tono de voz.

—Perdonadme... majestad, os pido permiso para hablar abiertamente.

—Permiso concedido.

—Veamos... Tememos que, empujado por el odio que albergáis hacia vuestra mujer, y de consecuencia hacia todo lo que es alemán, estáis meditando otorgar testamento para ceder la corona de España al duque de Anjou.

—Don Eduardo, cuando os he pedido que me ayudarais a tener un heredero no era mi intención que ese heredero fuerais vos.

—No tengo esa veleidad, majestad. Solo me gustaría que esperaseis hasta el resultado de nuestra misión antes de proceder con un testamento parecido, que puede tener consecuencias dramáticas en toda Europa, y en particular en España. A nosotros nos importa únicamente el bien de España y de su gran monarquía, que tuvo inicio

con el santo matrimonio entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, que unificó los reinos españoles bajo la Cruz y los liberó de los moros y descubrió luego las Américas. Os ruego, majestad, que nos otorguéis confianza hasta esperar el resultado de nuestros intentos.

—¿De qué se trata?

—Preferiría no hablar de ello, al menos hasta que sigáis estando en las manos de esos liantes.

—Pedís mi confianza y no os fiáis ni siquiera de vuestro rey.

—Mi rey no es poco fiable, por él estoy listo para dar la vida, pero no su bizarra corte, poblada de seres inmundos, halcones, aves rapaces, bestias con la cabeza agachada sobre vuestra cama como si la más grande, gloriosa y noble monarquía del mundo fuera cualquier resto que repartir de la forma más rápida posible antes de que a otras bestias les llegue el olor.

Carlos II miró la cama en la que yacía. Vio las mantas amontonadas sobre su silueta sutil, las agarró y las apretó en el esfuerzo de aguantarse las lágrimas. Las mantas volaron de repente, como una capa al viento. El hombre, delgado, tan curvo que parecía condenado a llevar una piedra sobre los hombros, logró levantarse.

—¿Veis? —dijo Carlos intentando asumir un comportamiento erguido. Todavía tengo la dignidad de un hombre.

Don Eduardo se curvó también en señal de respeto.

—Majestad, hemos enviado a un hombre nuestro a Italia, a Bolonia.

—Continuad.

—Se trata del padre Sanz.

Las mejillas de Carlos se encendieron. El rey comenzó a avanzar hacia don Eduardo mirándolo fijamente y golpeándose el pecho.

—Yo... —dijo—. Yo... —siguió, acercándose con un paso lento cual gato curioso—. Yo... —y seguía golpeando el puño sobre el pecho mientras se acercaba y pegaba su cara blanca contra la de don Eduardo—. Si ahora yo estuviera a punto de morir me gustaría tener aquí a Gaspar —inspiró—. Me gustaría tener aquí su música, su guitarra... ¡el alma de España! ¿Adónde habéis dicho que lo habéis enviado?

—Vos conocéis a Gaspar, majestad, sabéis que de él os podéis fiar, así que liberaros de estos maniáticos incapaces que practican sobre vosotros todo tipo de artificio juzgado admisible por la Iglesia. Hay personas en este mundo que conocen la forma de curaros, que pueden hacer de forma que tengáis un heredero sin que en sus capacidades se vea implicado el demonio. Nosotros les contactaremos y ellos os ayudarán si nosotros ayudamos a aquellos que la Iglesia condena como herejes.

—¿Os dais cuenta de lo que estáis pidiendo, don Eduardo?

—Hemos tenido pruebas de que la medicina es eficaz. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Esperar la ruina de nuestra gloriosa España? ¿Dejar que todos los españoles se

conviertan en franceses, que se desencadenen guerras en toda Europa solo porque la Iglesia condena a priori, por motivos teológicos, a personas pías que no hacen daño alguno a nadie? Rezan todo el tiempo. Buscan en la naturaleza, experimentando personalmente los procedimientos a través de un duro trabajo, ingrato y muy dispendioso, que ellos llevan a cabo en laboratorios angostos, donde a menudo enferman y donde no saben diferenciar los días de las noches. Y también esto para ellos es rezar y rendir un homenaje a la creación.

—¿Alquimistas? —le preguntó Carlos en voz baja.

—Los mejores del mundo, majestad.

# BOLONIA, ÚLTIMOS DÍAS DEL SIGLO XVII

---

# I

---

El viento era fuerte y templado. Gaspar Sanz, gran guitarrista y compositor, músico insigne de la Capilla Real de España, se agarró la capa sobre los hombros y colocó un pico bajo la correa del asa del zurrón. Además del camino, veía pocas casas a lo lejos, esparcidas sobre el terreno como pequeñas piedras de forma regular. Sentía el humo de los caminos que, llevado por un insólito siroco, llegaba intenso y sabía a madera mojada.

La última de las numerosas carrozas, al final de un largo viaje desde Madrid a Bolonia, le había dejado fuera de las murallas de la importante ciudad pontificia. Así, contrariado y bajo el peso de un cuerpo cansado, se apresuraba a llegar a ella.

El fango, la tierra y el estiércol le penetraban por las botas, pero no se daba cuenta ni siquiera porque su mente estaba concentrada en un único pensamiento. Adelantó las manos de la chaqueta, estrecha en los puños rígidos, abrazó el instrumento, lo apretó fuertemente contra su pecho (donde quizás estaba latiendo un corazón enfermo), y se empujó más allá de la barrera del viento y la oscuridad, hacia los colores, sin demasiada atención desde las primeras luces del alba, al encuentro de los olores emanados por la ciudad que se despertaba.

Respiró. A estas alturas se encontraba cerca de su horizonte.

Cambió el ritmo de los pasos.

Un hombre grueso y melancólico le abrió el portón con un gran esfuerzo. La luz indecisa de la vela que tenía en la mano no lograba captar el rostro de Gaspar fuera de la penumbra. Se iluminaba con dificultad a sí mismo, y un poco de aquella mirada apagada que desubicaba al extraño.

—Soy el padre Sanz —dijo apoyando la guitarra sobre un escalón y colocándose mejor la bandolera sobre el hombro para lograr ofrecer la mano.

—¡Oh, maestro Sanz! —exclamó el hombre, apresurándose a dejarle entrar.

Si no hubiera estado todavía allí delante, si no hubiera percibido su aliento pesado persistir en el aire húmedo de la entrada, Gaspar habría creído que había sido recibido por un niño. El hombre que le estaba llevando dentro de la mansión Ravelli era grueso, glabro y pálido, con modales un poco afeminados. Un castrado, pensó Gaspar.

Después de dar unos pocos pasos, el hombre se dio la vuelta y meciéndose sobre sí mismo dijo:

—Esperad aquí, padre.

Gaspar se lo agradeció y esperó.

Afuera, detrás de él, el viento llevaba el sonido de las campanas que anunciaban el comienzo de un nuevo día. Y olor a fuego, a pan caliente, a tierra todavía cargada por el agua que había caído la noche anterior.

Dejó que los ojos se acostumbraran al pequeño jardín cubierto, donde una multitud bien ordenada de plantas desconocidas dirigían ya las ramas sedientas de luz hacia las enormes cristaleras altas.

El día era cada vez más intenso y empujaba lentamente hacia atrás a la penumbra, obligándola a subir sobre dos enormes escalinatas que tenían ríos de agua limpia en lugar de corre manos.

En el centro del jardín había un lago triangular perfectamente insertado bajo un pórtico circular. Y precisamente en ese momento, a Gaspar le pareció ver las columnas que se despertaban, se vestían de su blanco y volvían a sujetar el porticado.

Alguien lo llamó desde arriba.

—¡Maestro!

Era una mancha negra en la cima de la escalinata. No había aparecido como algo que llegaba, sino como una parte de la oscuridad que permanecía, como un punto en el que no había comenzado el día y seguía siendo de noche.

Gaspar subió los escalones de dos en dos y se dejó caer a sus pies.

—¡Eminencia! ¡Alabado sea Dios! —exclamó mientras le agarraba la mano y le besaba el anillo, rindiéndole el mérito de su humilde existencia, que era digna por haber vivido solo de la benevolencia suya y, naturalmente, de la contemplación de la armonía divina.

—Maestro Gaspar Sanz, bienvenido. La armonía divina es el motivo por el que os encontráis aquí.

Gaspar no entendía, y se notaba. Tenía otros motivos en su mente. Pero por suerte el cardenal Ravelli, legado pontificio de Bolonia, era cordial y se presentaba con el aire sencillo de un genuino amante de la buena música, contento de recibir a un músico en su casa.

Mantuvo a Gaspar agarrado durante un tiempo de su mano.

—Ahora levantaos. Tenéis que estar agotado.

—Lo estoy.

—Bien, a ver... —dijo ignorando el cansancio real de Gaspar—, si fuera posible capturar vuestra música y cerrarla en una caja...

Unió las manos detrás de la espalda y comenzó a caminar.

—Si existiera todavía una caja capaz de conservar vuestra armonía, que me dicen que es tan divina... si la música pudiera escucharse una y otra vez por puro gusto, abriendo y cerrando la tapa, vos podríais haberos quedado en Madrid y vuestra música se habría quedado aquí, aún sin vos.

—Eminencia, espero que todavía no se haya creado nada parecido. Podría morir.

El legado se detuvo, ofreciéndole una mirada baja y tensa, y una sonrisa ambigua sobre la que Gaspar dejó caer palabras más claras.

—Me robaría el pan, me escucharían solo una vez, de forma infinita. Pero me arrojarían inmediatamente después de la mejor ejecución en vez de premiarme, como yo lo considero justo, e invitarme a tocar todavía la misma música pero cada vez diferente.

—No tengáis miedo, maestro Sanz. No existirá nunca una caja capaz de contener la música.

—Lo tomo con alivio, eminencia.

Gaspar alargó el paso y siguió al cardenal mirando a su alrededor. Su corazón pareció dejar de latir, se detuvo; luego dio algunas punzadas antes de retomar con un ritmo regular. Una fuerte emoción, una noche insomne, el cansancio tras un largo viaje... Solo una de estas cosas habría bastado para procurarle una descomposición amenazadora en el pecho. Y aquella mañana se verificaban las tres a la vez.

El cardenal lo miró mientras parecía que estaba a punto de desmayarse, y encendió la primera pipa del día.

—Agradecería tener el placer de vuestra compañía —dijo—. Esta noche, para cenar —y le dio la espalda para observar el sol a través de las ventanas—. La verdad es que este mes de diciembre es de verdad muy raro, ¿no os parece?

—El más raro que haya podido ver —respondió Gaspar para seguirle la corriente.

—Os esperaré en el jardín —concluyó el cardenal. Y desapareció, dejando una nube de humo en su lugar.

Gaspar escuchó un temblor detrás suya, como el estornudo de un ángel, y se dio la vuelta. El castrado que le había recibido poco tiempo antes le indicaba la puerta.

—Vuestro alojamiento, padre Sanz. Aquí podréis tocar a cualquier hora sin molestar a nadie o ser escuchado. Esta torre —miró hacia arriba— ha sido dispuesta para el alojamiento de los músicos.

—¿Han llegado ya? —preguntó Gaspar, entrando y dejando caer su equipaje.

El castrado se acercó a él y se inclinó todo lo que pudo, lo que no fue mucho.

—Sois el primero —respondió—. Es un inmenso placer. Yo me llamo Arcangelo.

—Vos sois un cantante —dijo Gaspar, intercambiando la reverencia.

—Oh, juzgáis mi aspecto. Pero yo soy uno de los numerosos renegados del *bel canto* cuando ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. Como todos, fui castrado mucho tiempo antes de poder entender que son pocos, una pequeña minoría en realidad, aquellos que logran destacar en este arte, y que el resto, la mayor parte, estamos destinados a permanecer en las filas de los coros de las parroquias o a servir a la Iglesia, como yo.

—No es difícil para mí entender que no sois sincero.



Arcangelo comenzó a jugar con una esquina de la camisa, demostrando un comportamiento muy infantil.

—¿Qué queréis decir, padre?

—Sé cómo funcionan las cosas, especialmente aquí, en el Estado de la Iglesia. Pero también sé reconocer una voz preparada para el canto. Y la vuestra no puede hacer otra cosa que cantar, incluso cuando habláis. Antes os he escuchado toser e incluso así teníais un buen tono.

—¿Pero qué estáis diciendo?

Arcangelo corrió para esconder su timidez detrás de las cortinas, y se rio del hecho de que los castrados eran todos gordos como él. Luego apartó las cortinas de repente con un único gesto teatral, realizando una vuelta sobre sí mismo. Estaba feliz, como si acabara de hacer que apareciera por arte de magia el cuarto.

—¡Aquí está! El fuego está apagado ahora, pero en cuanto regrese el invierno lo encenderemos.

—Gracias, Arcangelo. Ahora quiero descansar.

—Os entiendo. Si yo hubiera tenido que realizar un viaje tan largo estaría agotado. Naves, carrozas y tabernas no están hechas para mí.

—Ni siquiera para mí, os lo aseguro.

Arcangelo caminaba como un pato mareado.

—Si necesitáis algo solo tenéis que llamar, padre. Tendréis una camarera a vuestra disposición que estará siempre a vuestro lado —se rio, llevándose una mano a la boca—. Más tarde os traerán un poco de agua caliente para el baño —dijo pasando junto al jarrón vacío. Luego, arrastrando los pies, dejó el alojamiento de Gaspar.

Como de costumbre, Gaspar apoyó la guitarra encima de la cama, un acto que había realizado en innumerables ocasiones. Sin embargo no le había ocurrido nunca encontrar otra que no fuera la suya. Abrió el estuche y vio un instrumento maravilloso. Lo extrajo. En el fondo encontró una carta. La leyó, pensando que quien hubiera encargado una guitarra como aquella tendría que esperar mucho tiempo antes de recibirla. Porque cosas así necesitan trabajo, trabajo y mucha paciencia. Infinitos grabados se perdían sobre cinco planos, colocados exclusivamente para la rosa. Las maderas eran preciosas, y los cortes habían sido dibujados con la mejor de las maestrías. Tenía espléndidas decoraciones en marfil y ébano, pero lo que de verdad contaba era la perfección, que lograba presagiar un sonido perfecto en cada tonalidad.

Gaspar comenzó a tocarla.

Sintió las manos frías de la mañana. Manos que ya desde hacía muchos años no se encontraban ocupadas en la oración, siempre unidas en a la música con cuerdas de intestino fino y caro.

El dinero no era difícil de encontrar entre quienes tenían en abundancia para ofrecer y una distracción muy elaborada. Su Eminencia, Vuestra Gracia, Su

Majestad... Oídos que nutrir con la música. Su verdadero pan espiritual, una mercancía invisible, que nadie puede conservar para sí mismo, más preciosa que el oro porque era más rara. La música era su respiración vital y aquella mañana respiró con profundo placer.

Luego la iglesia anunció que era domingo por la mañana, esparciendo entre los fieles el sonido de las campanas, bendiciendo con un perfecto unísono la quinta cuerda de la guitarra más bella del mundo, y Gaspar pensó que una clepsidra de ejercicios podía ser suficiente.

Al terminar colocó la guitarra en su funda de madera, cubierta con una piel oscura, con cierres y anclajes dorados.

Allí al lado, junto al estuche, todavía abierta, se encontraba la carta del constructor. La leyó una vez más, por el placer de escuchar entre aquellas líneas el acento de su tierra.

*Al Eminentísimo Et Reverendiss Señor Colendiss*

*El Señor Cardenal Antonio Ravelli, legado de Bolonia.*

*Vuestra Eminencia: finalmente vuestros brazos acogen el nacimiento imperfecto de este humilde carpintero español. Un talento poco adecuado a la sublime petición. Pero si Vuestra benevolencia así lo quiera, he dado a sus deseos una forma, y en ella he colocado las maderas más preciosas y las continuas oraciones mías y de mi familia a Vuestra devotísima familia, a mí cercana durante el trabajo.*

*Como ha deseado V. E., esta es la segunda guitarra española que estas insignificantes manos, en especial comparadas a aquellas, han construido para el maestro Gaspar Sanz y por eso espero que haya llegado bien.*

*Un servidor poco digno de perdón. Así es como yo me represento ante Vuestra Eminencia, implorando la gloria de la inmerecida suerte de poderme declarar de Vuestra Eminencia Humildísimo Devoto y Obligadísimo Servidor Carlos González.*

*Córdoba, octubre de 1699.*

Ya han transcurrido dos meses, pensó.

—¿Quién es? —preguntó, levantando la voz para que le escucharan en la distancia.

La respuesta fue ligera, discreta. Abrió la puerta y pidió permiso para entrar. Llevaba agua hirviendo para la tinaja.

—Os lo ruego, entrad —dijo Gaspar, y en su pensamiento añadió «joven, bella jovencita». Observó sus verdaderas formas traicionadas por el contraluz y por la fuerza de su imaginación, y luego el vapor que acariciaba su rostro mientras preparaba el baño—. ¿Cómo os llamáis?

—Magdalena Da Magnani —respondió la sierva con una voz tímida y la mirada firme sobre la tinaja.

Gaspar abrió el bolso y comenzó a desplegar los vestidos.

—Yo soy Gaspar Sanz.

—Lo sé.

—¿Y es lo único que sabéis? —preguntó él, con la esperanza de que fuera ella el contacto que esperaba, y que le entendiera.

—No —dijo la joven.

Se miraron de reojo, sospechosos y atraídos al mismo tiempo, Gaspar mientras le daba forma a su túnica negra y la colocaba en el armario, y Magdalena mientras comprobaba, sumergiendo la mano, que la temperatura del agua estaba bien para el baño.

—¿Y qué más sabéis? —preguntó Gaspar.

—Sé por qué habéis venido hasta Bolonia.

—¿Y por qué? Veamos.

—Para el concierto de Año Nuevo —respondió ella con una sonrisita maliciosa en voz muy baja—. Para la visita del cardenal Aguilar. Estáis aquí como invitado de honor.

—¿Solo por esto?

—No, cierto. También porque el cardenal Ravelli ha pretendido que estuvierais aquí. Se dice que es un gran amante de la guitarra española.

—Entonces, ¿por qué me miráis furtivamente?

—Os miro porque sois un hombre apuesto —se atrevió a decir la joven sirvienta.

—¡Ah! ¿Yo un hombre apuesto? —Gaspar se sonrojó—. ¡Pero si soy un sacerdote!

—Lo sé —respondió ella liberando dos ojos avispados que corrieron por la habitación y terminaron por alcanzar el corazón enfermo de Gaspar—. Sois un sacerdote apuesto.

Su corazón dejó de latir unos instantes y luego volvió con un ritmo habitual.

—Gracias —dijo algo asustado por su sonrisa—. También vos sois muy bella. Pero no me habéis dicho todo.

Magdalena se rindió con placer.

—Me manda el molinero.

—Esperaba que lo dijerais —dijo Gaspar, acercándose. Le cogió la mano, rozó su dorso con los labios y añadió en español—: encantado, señorita Magdalena.

Magdalena se echó hacia atrás e hizo una reverencia.

—Me siento honrada de conoceros, padre Sanz.

—Te lo ruego, Magdalena, llámame Gaspar.

Ella se sonrojó.

—Un bonito nombre, Gaspar.

—Gracias, también el tuyo.

—Ahora me voy, si no el agua se enfría. Os llevaré donde está el molinero

mañana por la noche.

Después del baño caliente Gaspar se tumbó sobre una cama que desde hacía demasiados días deseaba, y en un instante se durmió para volver a abrir los ojos solo cuando ya era de noche.

A sus pies, apoyada sobre una pila de ropa limpia, vio una pequeña tablilla de cera amarilla. La cogió y la expuso a la luz residual de la ventana. El atardecer irradiaba todavía el cristal de color carmesí. Leyó la incisión sobre la cera:

*Anima mea liquefacta est. M. M.*

Una grabación transversal sugería que rompiera la tablilla. Y la rompió, como una galleta, dejando salir una pequeña nube de polvo rosa. Gaspar la olió. Parecía alcanfor. Inmediatamente se le durmieron las narices y la lengua pasó a quedar insensible. Le pareció que ya no tenía boca. Se asustó. Tuvo que permanecer inmóvil durante algunos minutos, incapaz de realizar ningún movimiento, con el cuerpo anestesiado y el corazón que le latía con fuerzas en el pecho.

Luego llegó un efecto agradable de bienestar y euforia.

Corrió a mirarse al espejo, pero no notó nada raro en su cuerpo. Es más, se sentía rejuvenecido.

Permaneció durante largo tiempo observando su propio retrato. Y luego se puso de perfil. Tenía bonitos rasgos españoles. Era delgado y fibroso, como una mesa, y no muy alto, como decía siempre su adorada madre. Sus ojos parecían dos avellanas espolvoreadas por unas cejas abundantes y largas. El pelo era liso, lo que le daba el privilegio de poder llevarlo largo, oportunamente recogido en una cola.

Salió de sus alojamientos cerrando tras de sí la puerta, sin hacer mucho ruido.

El cardenal Aguilar y el cardenal Ravelli estaban en el jardín.

Mientras Gaspar se apresuraba a llegar donde este último estaba, dando un paseo antes de cenar, pensaba en lo poco que sabía sobre ambos. Que eran dos potenciales papas, claro. El primero menos probable que el segundo, dado que ya casi todos daban por descontado el tiempo a disposición del pontífice, y no eran pocos aquellos que susurraban el nombre de Antonio Ravelli, legado pontificio de Bolonia, segunda ciudad del Estado de la Iglesia. Pero los bien informados no daban peso a las voces del pueblo. Sabían que Ravelli, si bien poderoso e influyente, había estado en el pasado en el centro de escándalos y de numerosos cotilleos entre las altas jerarquías eclesiásticas. Se decía que Ravelli, poco después de haber sido nombrado legado pontificio, había comenzado a dar rienda suelta a una injustificable riqueza y que había comercializado con muchas mujeres, que acogía a extraños personajes y que colaboraba en investigaciones comúnmente definidas heréticas. Y cuanto más se pensaba en ello, más crecía el número de personas persuadidas por el hecho de que ciertamente alrededor del legado flotaba un mundo oculto.

Así, no habían faltado las investigaciones de parte del foro del arzobispado por

orden del pontífice. Investigaciones que uno se esperaba que fueran realizadas con mucha atención, severamente, si se tenía en cuenta cómo perduraba el clima inquisitorio originado por las posiciones asumidas desde el Concilio de Trento, donde se habían establecido las reglas de austeridad alrededor de la Iglesia para contrarrestar el viento reformista y las polémicas contra su poder y su amoralidad absoluta. El proceso, en cambio, había durado un instante. El legado había sido juzgado inocente. Sobre su imagen no se proyectaban las sombras de la herejía, y había sido recompensado con más poder.

Las voces se habían ido apagando poco a poco. Solo cuentos, se había dicho.

El amplio gesto del legado significaba que la belleza del inmenso jardín, en una increíble y todavía resplandeciente velada de diciembre, estaba dedicada a Gaspar.

—De verdad, es sublime, Vuestra Eminencia. Una multitud de seres vivientes que habría considerado fruto de la fantasía de ingenuos marineros si no los estuviera viendo con mis propios ojos. El vuestro es un jardín besado por el cielo.

—Para mí es como tener ojos de más, como si mis ojos estuvieran en otro lugar. Muchos ojos juntos esparcidos por el mundo. Imaginad, maestro Sanz. Mis ojos cargados sobre cada nave que parte hacia Holanda, Portugal, Inglaterra, Venecia, dirigidos hacia las esquinas más perdidas de la Tierra y dejados allí, anclados todavía vivos y operativos, perfectamente unidos a mi saber. Es imposible, claro está, no creáis que estoy loco, pero se puede hacer al contrario. Me concedo admirar los pequeños trocitos de mundos lejanos encargando que me los traigan hasta aquí, cerca de los míos, que por desgracia son mis únicos dos ojos enfermos. Es un homenaje a mi vanidad, pensaréis, y yo sin negar añadido que es potencia y magnificencia de Dios, único ser perfecto, Él sí es de verdad ubicuo y omnipresente.

Se adentraron en el jardín, entre fuentes y chorros de agua fría que caían sobre la piel como agujas.

Ravelli parecía un hombre tranquilo, culto, misterioso, capaz de afrontar cualquier argumento con el mismo entusiasmo. Tenía el pelo rizado y canoso, así como una barba bien cortada y afilada bajo la barbilla. El bigote amarillento por el humo cubría la boca como si fuera el techo. Su mirada melancólica, formada por dos ojos demasiado grandes y perdidos en la nada de un rostro sin forma, podía considerarse proporcionada en distancia respecto a la nariz.

—Hablemos más bien de música.

Al escuchar esta palabra, Gaspar unió las manos y en su interior dio las gracias a Dios.

—Con inmenso placer, eminencia. Permitidme, en primer lugar, daros las gracias por el precioso regalo que me habéis hecho, con el que habéis querido exceder en generosidad con el aquí presente.

—No es nada, se trata solo de un detalle —dijo Ravelli pasando por encima del

argumento más bien con indiferencia—. Aquí en Bolonia hay un guitarrista, que también es compositor, y que deberíais conocer.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Ludovico Roncalli. ¿Habéis escuchado antes su nombre?

—Lo conozco bien —respondió Gaspar—. No personalmente, pero conozco y toco su obra *I capricci armonici* &mdash;dijo. Se detuvo y arrastró el pie por el suelo—. Espero que compartáis conmigo mi juicio. Es una música muy bonita.

—¿Pero? —preguntó Ravelli—. Percibo un «pero» que os da vueltas.

—Ningún «pero», eminencia. Roncalli es uno de los pocos que no será olvidado. Yo, además, soy español. Para nosotros la guitarra es algo profundamente diferente de los demás instrumentos. Es natural que no me identifique con su música.

—Decidme, ¿os gustó la González?

Gaspar se dio la vuelta sobre sus propios pies y agachó la cabeza.

—No sé cómo podría daros las gracias. Es bellísima. Sublime factura. ¡La propiedad del sonido, y de las maderas que son capaces de generarlo, son prodigiosas!

—Bien, esperaré con ansia la ocasión para escucharos. ¿Habéis decidido ya el repertorio para el concierto de fin de año? —preguntó, y se corrigió—: ¡De fin de siglo!

—Canarios, jácaras, folías, villanos y chaconas... Eminencia, solo música alegre. ¡Es una fiesta!

Gaspar golpeó las manos con ritmo.

—Exacto —dijo el cardenal, que encendió de nuevo su pipa—. Pero... ¿ni siquiera un pasacalles? —le preguntó amistosamente.

—Si queréis...

—¡No, en absoluto! —protestó Ravelli. Aceleró unos pasos, cuantos fueron suficientes para detenerse al menos un instante para mirar a lo lejos en soledad, hasta que Gaspar estuvo de nuevo a su lado—. Habladme de España.

—¿Qué es lo que deseáis escuchar de mi tierra lejana, eminencia? Todos nos encontramos nerviosos ante el riesgo inminente de una guerra de sucesión por el trono español. Demasiados años de enfermedad han consumido a nuestro rey, dejándole sin herederos.

—Oh, ¿está enfermo? —dijo el cardenal Ravelli, entristecido, mientras arrancaba una flor de uno de los matorrales—. También el papa Inocencio XII está enfermo —añadió—. Los médicos son optimistas en relación con las posibilidades de ver el nuevo siglo, pero...

—¿Pero?

Fueron a cenar. Pan de trigo. Nueces peladas, para satisfacer el vicio de Gaspar. Aceitunas. *Tortelli*. Faisán con salsa agrdulce sobre una base de pan blanco. Fruta de

temporada. Requesón dulce. Vino tinto.

El legado aplaudió y ordenó:

—Que se concluya con música la cena. —Inspiró, y con una sonrisa llena de orgullo llamó—: ¡Arcangelo!

Nada más dar la orden, la pared crujió y se apartó dejando aparecer un escenario. Un músico tenía entre las piernas una viola baja. Otro una tiorba. Junto a él, un laúd con trece cuerdas colocado sobre un trípode.

Comenzó el bajo continuo. Tiorba y viola se cruzaron por fin con melodías dulces. El aire vibró, fue como si estuviera comenzando la vida.

Gaspar, estupefacto, era una flor que florecía con el sol de aquella música, porque la música estaba allí para eso, pensó. Estar sin estar todavía, y estar todavía aun no estando allí.

La música era una respiración, la respiración que Arcangelo daba a la canción *Sepan todos que muero*, de su querido amigo José Marín.

Gaspar lloró lágrimas que no quiso secar.

—Un homenaje a José Marín, querido maestro —dijo el legado en cuanto Arcangelo salió de la escena.

El telón se cerró chirriando.

—Me he conmovido, eminencia.

—No sabía cómo decíroslo. Se fue hace unos días, mientras estabais de viaje. — El tono del legado, mientras daba la noticia, era aquel apropiado para dejar entender que no era necesario darle ningún peso a la muerte.

Gaspar intentó permanecer indiferente, escondiendo las lágrimas de dolor por la muerte del amigo tras la conmoción que experimentaba después de escuchar la música.

—Arcangelo es un cantante sin igual —comentó.

—Pienso lo mismo —suspiró el legado—. Espero que hayáis apreciado la composición para tiorba y viola. A Arcangelo no le parecía respetuoso para vos que se dejara que las notas las tocara una guitarra española que no pulsara vuestras manos.

—Os lo agradezco, eminencia. Todos sois muy cuidadosos conmigo.

—Ahora ha llegado la hora de dormir —dijo el legado, y se levantó—. Ha llegado el momento de dejar que los pensamientos se disuelvan dulcemente entre las plumas de la almohada.

Gaspar lo saludó con sumisión.

En ese momento sus pensamientos iban dirigidos todavía al querido amigo José Marín. Y a Aguilar Alfonso, el cardenal, inquisidor supremo de toda España, de viaje hacia Roma como Real Embajador. Y a Magdalena, labios carnosos como la nada envuelta de sublime. Su aparición, que había dejado ver su piel ardiente, se le había

escapado entre los dedos de la mano y se había marchado.



## II

---

En el tiempo en el que los ángeles cantantes se exhibían sobre esta tierra, mostraban amplios y orgullosas sonrisas sobre el escenario y trajes largos y coloridos, con plumas, escudos, espadas. Los más bravos extasiaban a las multitudes, garantizándole al poder un delirio trascendental. Su talento era divino.

Arcangelo había sido, y todavía lo era, el mejor de todos. Desde hacía ya mucho tiempo no se subía a un escenario. Cantaba casi a escondidas, para el gusto del legado de Bolonia o algún invitado suyo. Y con mayor frecuencia cantaba en soledad, como cuando se sentía inspirado por el placer de un baño caliente.

*Tristes jovencitos de mis deseos...*

Superficie calma que iba encrespándose. Entonación perfecta.

El cuerpo desnudo de Arcangelo se sumergió en el barril haciendo subir el nivel del agua perfumada con manzanilla y romero.

*... testimonios inocentes de mi fuego...*

La voz maravillosa de un cuerpo lisiado. Un hilo perfecto de pureza, capaz de transformar cualquier ser humano en un oyente indigno. Arcangelo, soprano incomparable, dentro de una tinaja, encerrado en una sala apenas iluminada, prisionero en una enorme casa, destrozaba el universo en su totalidad y humillaba a Dios por su imperdonable culpa con un canto tan bello que no era fruto de la naturaleza, sino de la más larga y atroz de las torturas.

*... ah, desafortunados, y justos suspiros...*

Una A se tiene que escribir, se tiene que poner. Una A es solo una. Pero si se canta muy despacio, despacio, tan despacio. Se lleva arriba, en alto, tan en alto, creciendo hasta el infinito. Sí, después de haber encendido el fuego, el volumen del sonido disminuye hasta convertirse en un soplo. Entonces una A puede incendiarte el alma.

Voces que pueden detener el corazón, paralizar la mente.

*... Dulces placeres de mi alma...*

Estudio y disciplina, más el sacrificio eterno de la castración. Un talento entallado en el espíritu, notas claras, netas, flexibles, dulces y largas como la quietud del mar, breves, veloces y repetitivas hasta el paroxismo.

Había sido castrado poco después de cumplir nueve años de edad. Un momento atroz.

*¿Por qué me evitáis?*

Arcangelo había sobrevivido y, afortunadamente, su voz no se había visto malograda. Es más, todo lo contrario. Pero para muchos era bien diferente.

Él había tenido desde el principio amor por la música y una pasión innata por el canto. Se aplicaba, era humilde y ambicioso, un talento único. Por eso se había convertido en el ídolo de los teatros, de todas las cortes y de todas las iglesias.

Ahora Arcangelo cantaba para sí mismo.

*... Llantos, sollozos, gemidos y arrepentimientos...*

El tiempo de los ídolos había terminado para él. Las mujeres y los hombres que no le habrían olvidado jamás ya no vivían. Demasiado tiempo desde entonces. Los teatros inundados de perfumes y lágrimas de mujeres con sus retratos cosidos sobre los vestidos. Los soberanos le eran súbditos, esclavos de aquella mágica mezcla de talento y barbaridad, sumisos de alguien que no era un hombre ni una mujer ni un niño, y por esto taumaturgo, semidiós. Impecable, lleno de gracia, dueño en cualquier momento de la escena.

*... que probáis el exceso de mi pena...*

El cantante más divino de todos. Una vez más, como una araña, tejía su tela de voz y no había lugar para escapar. Imitaba el canto de los pajaritos, cada nota perfecta y controlaba, incluso en los chillidos y en los pasajes llevados al límite de la rapidez. Límites del oído humano, no seguramente de su talento. Cristalino, ágil, aterciopelado, repetitivo. Tres octavas de extensión, el mejor eunuco del colegio de los purpurados, el más divino entre todos aquellos que los conservadores napolitanos hayan jamás podido lograr con la dureza de la disciplina.

Arcangelo, la perfección del imposible, la forma más alta que jamás el error haya alcanzado, bajo un entero escalofrío de amor, cantaba solo.

*... para que no se queden secretos...*

Jabón de primera calidad. Manos que lo lavan. El hombre que había sido el ídolo de las mujeres era mujer de sí mismo. De su cuerpo podían caer solo lágrimas.

### III

---

A la noche siguiente, Gaspar y Magdalena dejaron la mansión de Ravelli para el tan esperado y urgente encuentro con el molinero.

Corrían por las calles más oscuras de Bolonia, aquellas inaccesibles a la luna, impregnadas con un olor insoportable. Corrían prestando atención en no dejarse ver, y sobre todo en evitar los cubos de orina caliente que en cualquier momento podían caer por encima de sus cabezas desde lo alto de las ventanas. Corrían como ratas, veloces, deslizándose por el borde de las casas.

Gaspar seguía el propio brazo, tendido en la oscuridad, tirado con fuerza por Magdalena.

—No llegaré vivo si no nos detenemos un momento para recuperar el aliento.

Magdalena se detuvo, bajando el ritmo, y llevó el dedo índice sobre la nariz para tapar también una bonita sonrisa, invitándolo a callar. Su pecho abría el paso y detrás Gaspar se veía abordado por un perfume sencillo y bueno.

Su corazón, para el corazón que era, latía ya demasiado rápido antes de aquella carrera nocturna por los meandros de la pobreza boloñesa.

—Paremos un momento —suplicó.

Magdalena tuvo piedad y consintió detenerse en una pequeña entrada. Nadie les había visto, si bien eran fáciles presas, débiles clandestinos en la oscuridad.

—Antes no podíamos detenernos —dijo jadeando.

Gaspar había ya dejado de tomar aliento y se quedó paralizado, escuchándose el corazón con la mano, al sentir un latido tranquilo y regular.

—¿Qué sabes de Arcangelo?

—Que es un gordo —dijo Magdalena entre risas.

—¿Por qué hablas así de él? Es el mejor cantante que yo haya podido escuchar.

—Dicen que es el hijo del legado —susurró Magdalena—. Se dice que lo hizo castrar para no permitir una descendencia maldita. O para hacer con él lo que creía justo tener que hacerse a sí mismo. Para castigarse por el pecado cometido, ¿entiendes? Pero yo creo que todo eso son habladurías.

Un cubo desde arriba golpeó la calle originando un charco humeante y maloliente.

—Esa tablilla de cera que has dejado encima de mi ropa... ¿tú sabes escribir?

—¿Por qué me lo preguntas? ¡Claro que no! Nací en la rueda de los expósitos. ¡He crecido en el orfanato de los bastardos de Bolonia! Una sierva no necesita leer.

—¿Por qué? Todos deberían saber escribir y quizás también leer.

—Gaspar, si los siervos supieran leer ni siquiera Inocencio XII podría tener uno. Nosotros metemos las manos por todas partes, ¿sabes?, y pasamos los ojos donde pasamos los trapos.

—Entonces, ¿no son tus iniciales las que están en la tablilla de cera?

—No. Solo me pidieron que te la entregara —protestó, cansada—. Me enseñaron para ayudarte. No sé nada. Y no tengas prisa, estamos llegando. Ahora lo entenderás, en el molino. Allí encontrarás a quien sabrá responder a tus preguntas.

Fuera del centro habitado, más allá de las murallas, las nubes abrieron un espacio a la luz de la luna mientras los rumores de la ciudad se empujaban lentamente y las notas de la naturaleza se transformaban en algo cada vez más ensordecedor.

Versos desconocidos, sonidos tenebrosos, rapaces en los árboles. Criaturas invisibles que se arrastraban bajo sus pies, palpando lo desconocido. El lento discurrir de un río.

Gaspar escuchó todavía la oscuridad. Su oído era como un instrumento capaz de percibir la mínima discordancia, entrenado para la perfecta entonación. Oído absoluto, inundado por las dobleces de la noche y por los rumores poco naturales.

De un tirón recuperó hacia atrás su brazo, obligando a Magdalena a frenar bruscamente.

Se agacharon sobre la hierba.

El corazón le latía fuerte y le retumbaba en la sien.

—Hay alguien —dijo. Había escuchado los pasos y una voz seca y nasal, inconfundiblemente francesa. Le había parecido también reconocer el ruido de un metal que chirriaba, y el resplandor que veía a través de la hierba, mientras estaba agachado con la cabeza aplastada contra el suelo, demostraban claramente que tenía razón. Había un hombre armado. Quizás un bandido, un guardia o un esbirro de la obispo. Difícil decirlo.

Los pasos llegaron tan cerca que Gaspar pudo sentir la peste de estiércol de sus botas.

—Hombres a caballo —susurró Magdalena, refiriéndose a los típicos resoplidos de los animales que llegaban de no muy lejos.

Temblaba de miedo.

Los pasos llegaron a un palmo. El francés comenzó a cantar sin gracia alguna. Le hubiera gustado disolverse en el aire cuando vieron por el rabillo del ojo un miembro asomarse por los calzones sucios de aquel hombre y disponerse precisamente a la evacuación justo sobre sus cabezas.

El caballo se encontraba distante, como también el fuego que crepitaba.

Madera mojada recogida en los alrededores.

Seguramente había otros esbirros a un centenar de pasos.

Un sacerdote y una joven sirvienta del cardenal Ravelli, de noche entre los matorrales, sobre la orilla del río, era materia de foro arzobispal, pecado de fustigación con la cuerda, de reclusión. Para tomar la decisión de lo que tenían que hacer, Gaspar no necesitó pensar. Se santiguó y agarró las botas del esbirro a la altura de los talones. Tiró con decisión hacia sí mismo. Los pies del francés que caía sobre la espalda le rozaron las mejillas.

Un golpe seco. Silencio. Animales nocturnos, resoplidos de caballos.

Magdalena yacía acurrucada en su terror, con los codos sobre las rodillas.

En un instante Gaspar estuvo sobre el gendarme, que todavía orinaba mientras moría. Se había herido la cabeza contra una piedra puntiaguda mientras caía. Sobre la cara dirigida hacia el cielo aparecía dibujada una expresión interrogativa. Parecía a punto de preguntar a las estrellas veladas *¿Qué es lo que me ocurre? ¿Habéis visto algo desde allá arriba?*

Tenía dos pequeñas lunas redondas reflejadas en los ojos abiertos de par en par.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó afónico Gaspar. Y se detuvo para escuchar con las manos entre su pelo. A un centenar de pasos, quizás más, escuchó una voz que gritaba.

—¡Antoine! ¡Antoine!

Quedaba poco tiempo para pensar. Gaspar cogió al hombre y lo arrastró hacia el río, ayudado por las nubes que volvían a cubrir la luna.

El mundo de las tinieblas se despedía de un nuevo asesino.

Le quitaron los vestidos al esbirro, con pocos y decididos tirones, para disimular la acción de los bandoleros violentos y lo empujaron hasta el agua.

—¡Rápido, fuera! —dijo Gaspar.

—Hacia la orilla —sugirió Magdalena.

Extrañamente, el corazón de Gaspar no se detuvo. Es más, justo cuando había pensado que moriría por la excitación, lo sentía latir con la regularidad de los mejores percusionistas españoles. Así, en la carrera alocada, cargando con las armas que había sustraído al hombre que acababa de matar, Gaspar soltaba lágrimas no de arrepentimiento, sino de alegría: había música en su pecho.

Magdalena le seguía con dificultad, llevando bien aferrado el vestido del esbirro.

No lejos, detrás de ellos, alguien levantaba la voz y daba la alarma.

—No vayamos hacia el molino, es demasiado arriesgado —dijo Gaspar, deteniéndose para recuperar el aliento, apoyado sobre las rodillas.

—Los subterráneos de la residencia del legado tienen largos conductos de aireación —dijo Magdalena—. Conozco una acequia que llega hasta el río.

—Entonces vamos —respondió Gaspar.

La apertura que se adentraba hacia el canal se encontraba escondida entre las ramas, en un punto sin orilla del río.

Magdalena entró la primera.

Después de haber arrojado la ropa y las armas del esbirro, también Gaspar se dejó llevar por los líquidos mefíticos del canal.

Una vez dentro, permanecieron en silencio durante un tiempo, en espera de que pasara el miedo y que la vista se adaptara a la oscuridad. Luego Magdalena hizo un hatillo con la ropa y las armas del esbirro y lo escondió en una esquina.

—¡Y... sorpresa! —exclamó un instante después, dando fuego a una antorcha.

Las pupilas de Gaspar se cerraron al instante.

Sus sombras aparecían como manchas sobre la pared.

—¿Dónde la has encontrado?

—Estaba allí —dijo Magdalena, indicando la esquina donde había colocado la ropa del esbirro—. Había también una hogaza de pan. Y entre la ropa he encontrado esto.

Se detuvieron bien derechos bajo la bola de luz creada por la antorcha. Pero Gaspar no logró leer ni siquiera una línea de la hoja arrugada que le había dado Magdalena.

La miraba. Un sacerdote no debería pensar.

El caso es que uno no se convierte en sacerdote porque lo desea. Se convierte en sacerdote y ya está. Para tener más certezas de seguir viviendo, pero es la garantía de una sola vida. Tres comidas al día, la posibilidad de dedicarse al estudio y de no ir tirando como bestias de carga y de reproducción para luego morir a la edad de treinta años.

Se estaba enamorando. Y, ¿qué es lo que puso Dios después del amor? La reproducción. La generación. El fulcro del universo. El centro en el que convergen sus infinitas voluntades.

La muerte es silencio. El silencio de los hijos que un sacerdote no tiene.

Por primera vez, Gaspar sentía que vivía dentro. No como Gaspar Sanz, sino como un hombre, un ser humano, criatura del Creador, animal. Un alma que hierve dentro, que se deja sentir, vive, invade, calienta y hiela.

Un alma.

No le había ocurrido antes.

Algo que se mueve y produce sonido. Gaspar reconocía así la vida.

Si un sacerdote piensa, termina concluyendo que la Iglesia a la que pertenece le parece claramente un inmenso desastre, donde miles de hombres y mujeres renuncian a la procreación, desencajando el engranaje universal cargado por la mano divina, llamándose fuera del giro vital. Las iglesias son silenciosas y oscuras. Y, cuando no lo son, suenan del canto de hombres castrados, también estos incapaces de dar la propia contribución a Dios y de colaborar con la tierra para generar la vida.

Porque la rueda de la vida, cuando gira, hace el mismo ruido en cualquier parte

del cosmos.

—He notado algo —dijo Gaspar, mirando hacia el fondo de la galería.

Magdalena iluminó delante de ella, y dijo:

—Yo no escucho nada.

—Acércame la antorcha —dijo Gaspar, desenrollando un folio—. Es un salvoconducto del supremo inquisidor español, el cardenal Aguilar. Esos eran seguramente miembros de la guardia de avanzadilla. Significa que Aguilar está a punto de llegar a Bolonia escoltado por los franceses. Por lo tanto el pérfido Aguilar está tramando algo con Francia. Esto me da cierto alivio, querida. A la certeza de ir al infierno se ha unido aquella de no ir en vano.

Conservó el salvoconducto en un bolsito de piel que llevaba colgando del cuello, bajo la túnica, y se dio la vuelta para analizar la oscuridad.

—De nuevo, ¿lo has escuchado?

—¡Gaspar! —Magdalena alargó el brazo que tenía la antorcha—. ¿Los ves?

Él los vio disolverse en imágenes distorsionadas sobre los ríos de grasa quemada y luego marcharse como espectros en la penumbra. Perros. Los dientes brillantes de dos perros negros, babosos, peludos, que rugían amenazas de muerte muy creíbles. Las bestias estaban atadas con una enorme cadena que jugaba dentro de dos anillos macizos clavados en la pared. Hierro dentro de hierro que producía un sonido amplificado por el resplandor y por el miedo.

Los perros tiraban hacia la carne fresca. Cuatro ojos feroces mandaban el fuego de la antorcha.

—Por aquí no se pasa —dijo Magdalena, tirando de él por la túnica, hacia atrás.

—He matado a un hombre. Podría incluso disparar a un perro —respondió él.

—Volvamos atrás, Gaspar. No creo que el otro esbirro nos haya seguido. Estás completamente loco si quieres disparar aquí dentro, nos escucharán. Además, mañana encontrarán a los perros muertos y... —abrió la boca—. ¿Y si no sabes disparar? Vayamos al molino de la secta. Está cerca. Verás, allí estaremos en un lugar seguro.

Realizaron el recorrido en la dirección opuesta. El canal parecía más corto. Cuando llegaron a la apertura, se dejaron caer al río.

La corriente era dócil. Tiraron hacia arriba sus ropas y comenzaron a abrirse camino hasta la orilla a través del agua helada. Llegaron sin haberla visto, siguiendo la excitación. Luego recorrieron el camino hasta el molino de la secta.

Se adentraron, furtivos como mujercitas, en un almacén de capullos de gusanos de seda. Había por todas partes: por el suelo, sobre las esteras, y también en las estanterías. Enormes larvas hambrientas ocupadas en masticar sin parar las hojas de la morera, generando un crujido insistente, parecido al del río. Capullos destinados de todos modos a la metamorfosis para mudar, si no era en mariposas, sí en trajes brillantes.

Aquí se procuraron con facilidad madera seca y otras cosas que podían quemar. Y sin decir una palabra, dejando hablar a las miradas, se quitaron de encima la ropa mojada. Se quedó solo la noche para cubrirles hasta que el fuego se encendió y la luz fue a jugar un poco con sus sombras.

—Tenemos que cambiar el encuentro con el molinero —dijo Gaspar—. Tendrás que verlo de nuevo y tomar acuerdos para otra ocasión.

—No es necesario —dijo Magdalena—. El molinero había previsto que pudiera ocurrir algún imprevisto esta noche y me dejó instrucciones de lo que teníamos que hacer eventualmente. Mañana tendrás que dar un largo paseo para corroborar las ideas, y me pedirás que sea tu guía. Todos quieren ver el mercado cuando vienen a Bolonia.

Gaspar, sin hablar, asintió y le hizo una caricia. Su mano desapareció entre el pelo suelto de Magdalena, demasiado cerca del fuego, con la llama tan viva. Ella se levantó, cubriéndose con los brazos y puso la ropa a secar.

—Con este fuego no tardarán mucho —dijo.

Luego se abrazaron, y en la noche en la que se había convertido en un asesino, Gaspar se convirtió también en un hombre.



## IV

---

Era muy temprano en toda Bolonia, menos en el mercado, donde los vendedores estaban ya cansados de gritar para llamar la atención de las mujeres que solían llegar ponto para asegurarse la mejor vitualla. Había quien vendía capullos de seda y quien vendía la seda ya trabajada, tanto en hilos como en forma de tejidos, sobre todo velos, de gran belleza y elaborados. Y luego las manufacturas obtenidas del cáñamo, que allí en Bolonia se cultivaba y se maceraba para luego obtener fibras con las que producir cualquier cosa, aunque principalmente tela y gasas.

Aquella mañana había quien también exponía una calidad de cáñamo diferente, obtenido con semillas provenientes de la Nueva España y de las Antillas.

—No es suficientemente fibrosa y no es apta para los tejidos —explicaba un cultivador a sus clientes—, pero si se cultiva en zonas muy soleadas produce una gran cantidad de flores y de resina que se pueden fumar, o bien poner en agua hirviendo para obtener una tisana capaz de curar el insomnio, la falta de apetito y otras molestias, además de favorecer el placer de la compañía y amplificar el gusto en todas sus formas.

El cultivador lograba grandes beneficios con este cáñamo, que vendía a un precio caro, incluso las semillas.

Abundaban también los frutos de la tierra, porque los campesinos habían vuelto a acercarse al mercado de la ciudad desde hacía un tiempo para comercializar los sobrantes y satisfacer las necesidades de abastecimiento de los ciudadanos, que con el paso de los años eran cada vez mayores y provocaba una subida de precios. De cualquier forma, a pesar de las apariencias, muchos de los mercaderes ganaban bien y entablaban incluso relaciones comerciales con algunos vendedores ambulantes, quienes después de haber comprado de ellos al por mayor, lograban distribuir las mercancías por todas partes, en las zonas cercanas a las ciudades, por las zonas montañosas o incluso mucho más lejos, fuera de Italia.

Magdalena se había escondido entre las nueces y apareció de repente para asustar a Gaspar. Jugaba. Estaba feliz. Cogió una nuez y jugó con ella, observando atentamente los detalles. Acariciaba con los labios la punta entre las dos mitades de la cáscara, y clavaba el ojo en el entramado de hendiduras muy parecidas a la madera. Sujetó dos en una mano y, ayudándose con la otra, apretó hasta romper la nuez más frágil.

—¿Ves?

Él sopló entre los labios como un ventrílocuo.

—No me tutees. E intenta calmarte, nos están observando. ¿Qué es lo que tendría que ver?

—La nuez. Ves, es como una cabeza humana en miniatura, ¿ves? La cáscara tiene las marcas del cráneo, y dentro el fruto es igual al cerebro. Hay incluso una membrana fina que lo cubre, como las meninges, ¿ves?

—Veo. ¿Pero quién te cuenta todas esas historias?

—La nuez es buena para el cerebro, para los dolores de cabeza, para los vértigos, para los mareos, y para muchas otras cosas que se nos pasan por la cabeza.

El dueño del puesto controlaba atentamente a quien, como Magdalena, se divertía a comer la mercancía sin comprar.

—¿Necesitan nueces? —preguntó. Obviamente quedaba entendido un «si no es así, marchaos».

—¡Sí! —respondió Gaspar.

—¿Cuántas quieren?

—Ocupaos vos.

Después de unos instantes el peso fue resbalando a lo largo del asta de una balanza asimétrica de la que colgaba un plato colmado de nueces. El mercader encontró el punto de equilibrio con pocos intentos expertos.

Cogió el envoltorio, pagaron y se dirigieron hacia la residencia de Ravelli, mientras el sol llenaba el cielo y soplaban el típico aire caliente que, desde principios de diciembre, había comenzado a esparcir por todas partes una atmósfera irreal.

—Durante todo este mes los vendedores de madera llegan a la ciudad, gritan inútilmente a las ventanas y por la noche se marchan con los carros cargados —dijo Magdalena.

Pero Gaspar tenía la atención situada en otro lugar.

—¡Mira! —indicó—. Al fondo de la calle. Hay un moro que viene hacia nosotros con los brazos abiertos.

Magdalena comenzó a reír.

—Ese con la túnica blanca y el turbante en la cabeza es el molinero.

El hombre se detuvo y se colocó la túnica, moviendo rápidamente las manos y levantando una nube de harina.

—Vos sois el molinero —dijo Gaspar con la voz rota, mientras tiraban bruscamente de él hacia un callejón.

—Venid conmigo, pero es mejor que no nos vean. Magdalena, ¡tú quédate aquí! Ya sabes lo que tienes que hacer.

El molinero abrió una pequeña puerta oscura y empujó dentro a Gaspar, hacia abajo por una escalera de madera con escalones bajos y en malas condiciones, hasta un trastero que olía a humedad y vino.

Tenía pinta de ser el típico lugar donde se encuentran los borrachos por la noche, pero el ambiente soterrado era acogedor por los numerosos barriles de roble para el vino y una chimenea apagada y limpia que embellecía la pared frontal. A un lado de la chimenea brillaba un extraño objeto.

—Espero que estas maneras tengan un motivo de ser —protestó Gaspar, colocándose la túnica y arreglándose el pelo.

—Creedme padre, hay más de un motivo.

Gaspar respiró profundamente mientras miraba a su alrededor.

—Si podéis hacer que obtenga aquello para lo que he venido hasta aquí, estáis perdonado. ¿Eso qué es?

—¡Un alambique para destilar el alcohol! —dijo el molinero—. Con caldera esférica, calentamiento al baño María, columna para destilar en tubo de cobre e intercambiadores cruzados con serpentina de ocho espirales...

—Sí, sí, eso lo entiendo —le detuvo bruscamente Gaspar.

El molinero entonces se sonrojó.

—Perdonadme. Tiendo a dar demasiado peso a las cosas que en absoluto lo tienen —dijo. E invitó a Gaspar a sentarse. Le dio la vuelta a dos vasos, los llenó con vino destilado del barril más pequeño y propuso un brindis.

—No, gracias, no bebo.

—Estáis demasiado tenso, maestro Sanz. Demasiado circunspecto y desconfiando. Así sospecharán de vos. Tenéis la pinta de quien está tramando algo. Os graparán los ojos a las túnicas, admitiendo que no lo hayan hecho ya. Los hombres del cardenal no son alegres, tenéis que saberlo, así que pensemos ahora que la ciudad está llena de esbirros del español. Parece que han matado a uno esta noche, en el río. ¿Lo sabíais?

—No —respondió Gaspar, logrando mantener la mirada inmóvil ante el molinero.

—Claro, cómo podíais saberlo —dijo extendiendo el cuello y poniéndose de pie rápidamente—. De todos modos, esto significa que Aguilar está muy cerca de Bolonia a estas alturas. Pero bebed, os lo ruego.

En la esperanza de restablecer un clima cordial, Gaspar aceptó y bebió pequeños sorbos torciendo la nariz.

El molinero lo miró satisfecho, haciendo lentos asentimientos con la cabeza.

—Algo tiene que haberles impedido ir hasta el molino esta noche.

—Un inconveniente, lo lamento.

—Ahora estamos obligados a actuar sin poder explicaros el plan. ¿Os fiáis de mí?

—¿Debería? —dijo Gaspar.

El molinero se apresuró a vaciar el vaso y chasqueó la lengua contra el paladar.

—El asunto es arriesgado, pero sencillo. Todos queremos combatir nuestra propia causa. Y nuestras causas, si bien diferentes, en este momento coinciden y dependen

una de la otra. Pero antes...

Le ofreció un rollo que llevaba en la parte superior el sello de la Capilla Real de España.

Eran pocas líneas trazadas con una mano imprecisa:

*Querido Gaspar:*

*Ten confianza plena en el molinero, es nuestro enlace con el maestro Carbonelli.*

*Solo él puede salvar España.*

*Y solo tú puedes salvar a Carbonelli.*

*Te abrazo con mucho cariño.*

*Que Dios esté contigo.*

*E. O.*

—Me la entregó don Eduardo Ortega personalmente, en Madrid —dijo el molinero—. Ahora es mejor que la queméis.

Gaspar no apartó inmediatamente los ojos de la hoja y estuvo observando la caligrafía de don Eduardo, que se mostraba temblorosa por la emoción.

—Tenemos que ser extremadamente prudentes —siguió el molinero—. El Santo Oficio es un hombre negro con el tizón constantemente entre las manos, no escatima en medios cuando se trata de sonsacar la verdad, comience o no con mayúscula, y ama torturar a uno para poder quemar a cien.

—Decidme, ¿cuál es el plan?

—Dentro de poco os veréis con Donna Mancini.

—¿Quién es?

—La mujer del maestro Carbonelli, aquel que posee lo que habéis venido a buscar.

—No pensaba que fuera tan fácil.

—No lo es —dijo el molinero alisando el rostro con una sonrisa maliciosa—. Los Confortadores van detrás de nosotros.

—¿Habláis de la hermandad que conforta a los condenados por la Inquisición?

El molinero se quedó impasible y no hizo nada para borrar el asombro del rostro de Gaspar.

—Justamente de ellos —dijo.

—Temer a quien conforta a los que sufren parece una paradoja.

—Puede ser que hasta ahora haya sido así, maestro.

—¿No me está concedido saber nada más?

—Sí, claro, pero no ahora —dijo. Y como si quisiera tener los labios de Gaspar ocupados en otra cosa, el molinero intentó servirle más vino.

—No, gracias —dijo Gaspar, levantando el vaso para poner derecha la botella. Tengo que regresar donde está el legado. Es plena mañana, no me parece que sea oportuno presentarme borracho.

—El plan no prevé que regreséis inmediatamente a la residencia de Ravelli.

—¿Y qué tiene previsto?

El molinero tragó de una vez otro vaso y se apartó.

—No tenéis que hacer otra cosa que quemar la carta que tenéis en la mano.

Mientras la carta se convertía en cenizas en sus manos, Gaspar sintió por primera vez el verdadero olor del peligro. Fue un momento. Pero valió un ciclo completo de mutaciones interiores, de revoluciones espirituales.

Luego sintió que se mareaba.

Quizás era solo consecuencia del atontamiento del vino... Quizás. Gaspar logró mascullar unas palabras.

—¿Por qué? —dijo. Y luego cayó entre las dos enormes manos enharinadas.

## V

---

—Nueces. ¿Las ha comprado el maestro Sanz? —dijo el legado, hablando cansado y respirando profundamente.

Magdalena dijo otra vez que sí, para añadir:

—Me pidió que le acompañara al mercado a primera hora de esta mañana. Quería ver la llegada de los puestos, ver a los primeros comerciantes llegar, el montaje del mercado...

—Así que lo acompañaste —terminó por deducir el cardenal, mientras capturaba pequeños anillos de humo blanco con la nariz para saborear una nueva calidad de tabaco.

—Estábamos regresando a casa cuando nos asaltaron dos hombres encapuchados... Pensé que se querían aprovechar de mí, pero ni siquiera me miraron a la cara, Vuestra Excelencia. Se tiraron sobre el padre Sanz como si fueran dos cuervos sobre las cabras muertas. Lo atontaron y se lo llevaron, ordenándome que os dijera que muy pronto darían señales de vida. «Dile al legado que si quiere al sacerdote tendrá que pagar trescientos ducados, tendrá que hacer como le digamos. ¡Dile que ya le contactaremos!», me dijo uno. Yo inmediatamente me puse a gritar pidiendo ayuda. La gente salió corriendo. Muchos vieron lo que ocurría pero cuando llegaron del padre Sanz no quedaba ni rastro. Así que me vine aquí corriendo. No sé nada más, Vuestra Excelencia. Os ruego que perdonéis a esta humilde sierva.

Parecía que le habían agujereado los pulmones. Jadeaba miedo de verdad y tenía un motivo: el cardenal no concedía miradas tranquilizadoras.

Por suerte, llorar cuando quería le salía bastante bien. Le bastaba recordar una entre las numerosas vivencias desafortunadas de su corto pasado.

—Puedes marcharte —ordenó Arcangelo, traduciendo en palabras las miradas del cardenal.

La frente de Magdalena se apretaba contra el mármol. Una huella de sudor frío se quedó entre los pies de Arcangelo mientras ella tenía ya la escalinata alta detrás y bajaba hacia el dormitorio de la servidumbre, en la planta baja del edificio.

Ravelli y Arcangelo se buscaron recíprocamente con los ojos, rastreando una opinión.

—¿Quién asignó a esta joven a las estancias del guitarrista? —preguntó el cardenal.

—Yo.

—¿Por qué?

—El español llegó antes de lo previsto. Y en ese momento no había otros siervos. Vi a Magdalena que rezaba en una esquina, así que le encargué que llevara agua caliente al baño de los alojamientos del padre Sanz. La joven lleva aquí poco tiempo pero siempre se ha comportado muy bien.

El eco de sus susurros agitaba el ambiente de la enorme sala de mármol.

—Entonces estás diciendo que la joven no miente...

—Me parecía sincera. Tendremos que informar de lo ocurrido al tribunal arzobispal.

Ravelli sacó la boquilla de entre los dientes amarillentos y aspiró humo con palabras.

—¡Sería una locura!

—De este asunto se ocuparán también las autoridades españolas.

—¿Tú crees que la elección del momento para secuestrar al padre Sanz es casual? ¿No crees quizás que algo tenga que ver con la llegada del padre Aguilar?

—El padre Sanz podría haber sido secuestrado por los mismos bandidos que han matado al guardia francés esta noche. No sabría qué pensar. Deberíais consultar con Roma antes de decidir qué hacer.

Arcangelo se agachó, y se quedó en aquella posición mientras caminaba hacia atrás hasta confundirse en la sombra.

## VI

---

Visto desde fuera, Gaspar era un cuerpo muerto que respiraba. Un saco de carne en el centro de una cama, capaz solo de deformar el colchón. Dormía un sueño profundo. No podía despertarse. Habría sido suficiente un gesto imposible para él, no solo desde el punto de vista práctico, sino también teórico. Práctico porque el sueño era irresistiblemente pesado y agradable, y teórico porque Gaspar se encontraba ya despierto.

Aquel extraño duermevela quitaba de en medio el cuerpo y las infinitas distracciones que esta masa rítmica ofrecía a la mente. Gaspar era puro espíritu, pensante e magnífico. El silencio le hormigueaba por los oídos, añadiendo un rumor de fondo molesto tras el discurrir de los pensamientos. Buscaba la síntesis. Pensó que la circunstancia lo requería, dado que la marcha había sido tan precipitada que no había tenido tiempo de proceder con preparativos.

O quizás, en cambio, estaba todavía en la cama de Madrid. Quizás se encontraba justamente en la misma noche en la que don Eduardo le despertaría y le diría: *Prepara lo necesario. Un equipaje ligero. Te marchas a Italia.*

Su mente proyectaba imágenes vivas en el interior de los párpados, como sombras de colores y brillantes sobre una pared negra. Gaspar se vio a sí mismo mientras frotaba los nudillos contra los ojos para lograr que salieran de debajo de los párpados recargados, y a don Eduardo ocupado en darle un par de tirones más fuertes. *Despiértate, tienes que marcharte* le decía. Y él se levantaba, obediente como siempre.

Don Eduardo estaba preocupado y excitado a la vez, le apretaba fuertemente el brazo y al mismo tiempo pretendía que Gaspar se diera prisa.

—Rápido, es el momento justo para marchar. Márchate para intentar derrotar la matanza que se producirá si nuestro rey muere sin un heredero, para evitar que todos nosotros nos convirtamos en súbditos de un extranjero.

—¿Creéis de verdad que la música puede ayudar a la paz del mundo? —preguntaba Gaspar en aquellas imágenes que corrían en su mente, mientras el Gaspar que miraba se dio cuenta que lo había dicho más para distraer a don Eduardo por haberle agarrado el brazo que por tener una voluntad real de discutir.

—No soy tan ingenuo —concedía don Eduardo—. Pero el hecho de que tú seas un músico de la Capilla Real de España te permitirá acceder a un lugar impenetrable. Esto es algo que la música todavía puede lograr. En Bolonia serás contactado por



personas amigas. Te ayudarán a encontrar al único alquimista capaz de que nuestro rey pueda darnos un heredero.

—¿Existe un hombre capaz de tanto?

—Cuando llegues a tu destino lo sabrás.

Las imágenes se oscurecieron. Tuvo justo el tiempo de verse todavía a sí mismo y a don Eduardo que le apretaba fuerte, como queriendo imprimir sobre su piel una sensación más duradera mientras fuera los caballos y el cochero llamaban para la marcha.

Gaspar protestó.

—¿Dónde estáis don Eduardo? Decidme, ¿estáis aquí conmigo?

La oscuridad seguía.

El despertar fue repentino y brusco. Gaspar agarró las mantas y saltó, sentándose sobre la cama, jadeando, como si acabara de escapar de una pesadilla insoportable.

—¿Dónde estoy? —preguntó amenazador.

—¡Agua, rápido! —ordenó un viejo sentado en el centro de la habitación—. Nuestro amigo se ha despertado.

El viejo ponía los puntos en las frases que pronunciaba, golpeando el suelo con la punta de un bastón.

—Estáis en el molino, tranquilizaos. Ahora os lo explicaremos todo.

Tenía la cabeza cubierta con la capucha de la túnica, la voz ronca y profunda.

—Me habéis dormido —protestó Gaspar—. ¿Qué necesidad había para hacerlo? —dijo bajándose de la cama con un gesto atlético y nervioso. Las fuerzas le discurrían por dentro como la sangre que hierve. Su postura estaba llena de orgullo, como no lo había estado antes. En sus ojos se descargaban rayos tan repentinos y violentos que le iluminaban el rostro. Era nuevo, la mirada loca de un hombre regenerado.

—No me gusta que me secuestren. ¿Dónde está Magdalena?

—Magdalena está bien, no tenéis que preocuparos —dijo el viejo—. Tenéis que tener confianza. La señora Mancini ahora os lo explicará. Pero dejad antes que os presente a nuestros amigos. Él —indicó con la punta del bastón a un hombre que estaba a un lado, en la sombra— es Giovanni, llamado *Boccale*. ¡El más insoportable de los alquimistas! Tanto que se ha convertido en el trámite con el mundo exterior para muchos de nosotros, aquí en Italia.

Gaspar observó el rostro del hombre asomarse hacia delante, bajo la luz, en señal de aviso.

—Encantado, maestro.

—El placer es mío.

—Giovanni viene de Florencia —completó el viejo, y apuntó con el bastón hacia otro de los allí presentes—. El molinero será vuestro ángel de la guarda.

El molinero, brazos y piernas fuertes, hombros contra la pared, tenía siempre lista una sonrisa desde que Gaspar había cruzado una mirada con él.

—No lo logro entender —protestó Gaspar.

—Calma, calma, ahora la señora Mancini os lo explicará todo.

El bastón indicó la puerta. Una mujer diminuta, vestida con un traje oscuro y largo, sin corsé, con el pelo largo, suelto, que le nacía de la cabeza como si fueran finos chorros de agua, entró llevando un escalofrío a la sala. Se fue abriendo paso y se sentó junto al viejo. Su voz era un soplo, una flauta dentro de una garganta. Hablaba un español perfecto.

—Es un verdadero placer para mí poder conoceros, maestro Sanz. Soy María Mancini, la mujer del maestro Francesco Carbonelli.

Gaspar recogió su pequeña mano huesuda y la rozó tímidamente con los labios.

—El placer es mío, señora. Es un honor poder conoceros.

—Lo es también para mí, maestro. He escuchado algunos de vuestros prodigios con la guitarra.

—Y a mis oídos han llegado los prodigios de vuestro marido, señora mía. Prodigios mucho más importantes —Gaspar suspiró—. Si bien la fama es a menudo poco indicativa del valor real de una persona y por lo tanto...

La señora Mancini se aclaró la voz para llamar la atención de Gaspar.

—¿Exigís una prueba?

—¿Tenéis una?

—La tablilla de cera. ¿La habéis roto? —preguntó. Aunque para la señora Mancini la respuesta se encontraba bien legible en el rostro de Gaspar.

—Sí, lo he hecho —dijo él pensando que, por lo tanto, la marca M. M. estaba ahí por María Mancini.

—¿Contenía un polvo rosa, no?

—Así es —confirmó Gaspar sin entender mucho—. Un finísimo polvo muy parecido al alcanfor.

—Y a partir de ese momento, ¿no comenzasteis a sentir algún cambio en vuestro cuerpo?

—Sí —dijo Gaspar, muy nervioso y lleno de curiosidad—. Todavía no lo había pensado, pero sí —argumentó mientras se iba tocando por todas partes—. Puedo decir que a partir de ese momento comencé a sentirme mejor, más fuerte, no sabría explicar... —Acercó una mano hasta el centro del pecho y exclamó—: ¡El corazón! Está mucho mejor.

—Os sentís bien, por lo tanto.

—Bien, como no me he sentido nunca antes —confirmó Gaspar.

—¿Está claro ahora el motivo por el que el legado le ha evitado a mi marido la muerte para tenerlo prisionero a su servicio?

—El mismo por el que yo le quiero libre —dijo Gaspar—. ¿Qué es lo que habéis puesto en la tablilla?

—Polvo trasmutatorio. Tintura. ¿Habéis escuchado alguna vez hablar de ello?

—Sí —admitió Gaspar, levantando los ojos con aire de suficiencia—. Una bella leyenda.

—Pues bien, maestro. Yo soy una de las pocas personas en el mundo que pueden demostraros que la alquimia no es solo una leyenda. Habría dado la vida, soportado las torturas más atroces con tal de no tenerlo que hacer otra vez. Pero las circunstancias... la oportunidad que nos ofrecéis, la justa causa por la que luchar...

—Os lo ruego, doña Mancini, en mí podéis confiar.

La mujer meneó la cabeza y, contrariada, continuó.

—Solo unas pocas personas en el mundo son capaces de obtener la tintura. Mi marido y yo hemos dedicado nuestras vidas a esta investigación. Hemos viajado durante muchos años, y otros tanto los hemos pasado en el laboratorio, operando la transmutación de los metales. Ocurrió una noche, hace ya muchos años. Mi marido estaba despierto en el horno, rezaba y esperaba como de costumbre. Luego fue un instante, algo que no había ocurrido jamás antes, y finalmente lo vio. Después de todo el tiempo transcurrido en la esperanza y en la ignorancia, aquella noche entendí y conocí. Habíamos buscado demasiado lejos una verdad que estaba muy cerca. Desde entonces, Francesco supo cómo producir el polvo trasmutatorio y fue capaz de realizar otras obras que sin embargo no quiso volver a repetir, en señal de respeto hacia Dios.

—Ese polvo —intervino Gaspar—, que vos decís que es trasmutatorio y que llamáis tintura... ¿por qué le sirve tanto al legado como para retener a vuestro marido en un encierro tan largo?

La mujer respiró profundamente antes de contestar.

—Os respondo con las palabras de Alberto Magno: *el alquimista evitará tener alguna relación con los príncipes y señores, porque estos no cesarán de preguntarle cuándo vamos a ver algún resultado. Y si no llega uno, sentirá todo el efecto de su cólera. Si lo logra, por el contrario, lo tendrán junto a ellos en prisión perpetua, con el deseo de que trabaje para ellos.* Es precisamente lo que le está ocurriendo a mi marido. Además, una vez obtenido, es posible multiplicar el polvo con la proyección, pero a la larga pierde eficacia. ¡El poder, padre! Él tiene la tintura para convertir los metales. Habéis estado dentro de la residencia. Habréis notado con toda seguridad que la riqueza del cardenal supera las expectativas.

Gaspar podía confirmar tal situación. Saboreaba sus condiciones, escuchaba su cuerpo. Se sentía extraordinariamente lúcido y lo demostraba así mismo escribiéndose dentro de la cabeza contrapuntos muy complicados. No había estado nunca tan presente en el cuerpo y en el espíritu.

—¿Cuánto tiempo durará el efecto benéfico del polvo?

La señora Mancini le clavó una mirada maternal sobre el hombro.

—Solo dos meses.

—Si eso que decís es verdad —quiso puntualizar Gaspar—, el cardenal no tardará en calcular cualquier cifra que tengáis en mente para pedírsela por mi rescate. Le bastará ordenar a Carbonelli que tiña algún lingote de plomo. ¿Por qué dejar salir a la luz un secuestro? ¿Y por qué no pedir un intercambio entre yo y Carbonelli?

La señora dejó caer una mirada hacia el viejo, quien asintió.

—Las estrellas —confesó—. Está escrito en las estrellas.

—¿Las estrellas? —dijo Gaspar, levantando los ojos llenos de curiosidad hacia la bóveda blanca.

Doña Mancini se rio delicadamente.

—No esas estrellas, maestro.

—¿Acaso conocéis otras?

—Sí, son estrellas infinitamente más pequeñas —dijo doña Mancini, que se puso de pie y comenzó a caminar alrededor de la silla sobre la que había estado sentada un instante antes—. Soles alrededor de los que rotan los planetas.

—¿Y dónde se encuentra este pequeño universo? —preguntó Gaspar, mostrando más sarcasmo del posible.

La señora reaccionó, contestando de forma rápida y directa.

—Un día lo sabréis, maestro. También esto está escrito en las estrellas cerradas en la materia —dijo. Se sentó de nuevo—. Por ahora no puedo deciros nada más. Y ahora, si no os molesta, pensemos en nuestros intereses comunes.

Gaspar llenó una jarra de vino y dando sorbos se dispuso a escuchar cuanto doña Mancini tuviera que decirle.

—Sería muy grave para el legado si se descubriera que usa para su propia ventaja los procesos del Santo Oficio, alterando el desarrollo legal para secuestrar a los alquimistas, hacerlos prisioneros y enriquecerse con sus prácticas heréticas. Tanto más ahora que Aguilar, el supremo inquisidor de España, está aquí en Bolonia. Será suficiente con poder manipular su miedo. Cuando regreséis a la villa, el alivio os alegrará. Tenéis que confiar en mí —dijo doña Mancini.

—¡En las estrellas! —le corrigió Gaspar.

La mujer se acercó todavía más.

—Hay algo más.

Gaspar frunció el ceño.

—En el plan también está previsto que se os ofrezca esto —dijo. Y le dio una ampolla de cristal con una sustancia líquida muy densa y oscura dentro—. Si os decidierais a beberlo —dijo, poniendo una segunda ampolla en las manos de Gaspar—, antes tendríais que ingerir esta mezcla. Son hierbas que preparan el cuerpo para la

asimilación del Oro Potable.

Desde el principio Gaspar puso las manos hacia delante, como si quisiera sujetar aquella pared de argumentos absurdos que le caían encima. Luego, sintiendo curiosidad, agarró la ampolla y la pesó con las manos, como si pudiera deducir el contenido por el peso.

—La medicina —continuó la vieja señora— curará vuestro corazón enfermo, y frenará vuestro envejecimiento. Logrará que seáis más fuerte, más robusto. Hasta el día de vuestra muerte, enfermaréis pocas veces —aseguró. Miró a Gaspar con una mirada sombría—. También a vos, maestro, cuando llegue ese día... os parecerá también a vos que ese día ha llegado demasiado tarde. La medicina os llevará a ser estéril. Es el precio que hay que pagar. No podréis tener hijos, pero ¡qué puede importar eso a un hombre de la Iglesia, pío como vos! En definitiva, puedo solo deciros que beber esta medicina sirve para llorar durante mucho tiempo por haberla bebido. Quizás os resultará difícil creerlo, pero se puede uno incluso cansar de vivir.

Gaspar dejó a un lado las ampollas y le cogió una mano.

—¿Por qué, entonces, no se le da esta medicina a mi rey? No podrá tener hijos pero ¿qué importancia tendría si pudiera vivir para siempre?

—Esto no me está concedido —dijo la señora Mancini, que desafió la mirada afilada de Gaspar—. Esto jamás.

Gaspar entendió que no obtendría nunca explicación sobre este punto y, después de todo, un rey capaz de reinar incluso sobre la muerte no gustaría ni tan solo a él. Bajó la mirada, bebió un sorbo del vino y se atrevió a preguntar:

—¿Habéis grabado vos la frase «*anima me liquefacta est*» en la cera?

—¿Estaba escrito esto? —preguntó evidentemente sorprendida.

—Sí —respondió Gaspar, ansioso por recibir una respuesta.

—Creo que Magdalena siente debilidad hacia vos —respondió la señora Mancini levantando los hombros.

—Pero me ha dicho que no sabía escribir, ni leer.

—Magdalena se ha visto obligada a mentir en más de una ocasión. No tenéis motivo alguno para reprocharle nada.

Fueron las últimas palabras. La señora Mancini había resuelto su dolorosa obligación. Y como quien ya no tiene nada más que decir, después de haber hecho lo que no hubiera querido jamás, se despidió con una lentitud dolorosa. Se dio la vuelta por última vez, dibujó una cruz en el aire y salió llevándose consigo el escalofrío que la había acompañado.

El viejo la siguió, apoyándose sobre el bastón con ambas manos, arrastrando los pies hinchados, envueltos en varias capas de medias de lana gruesa. La boquilla ya no estaba.

Se quedó solo el molinero, quien hizo notar su presencia con un ligero golpe de

tos.

—Venid, maestro, os indico el camino.

Gaspar lo siguió sin hacerle más preguntas.

Cruzaron los laberintos de madera. Volcanes de harina, ríos de harina, altas cascadas de harina.

—Así que estamos de verdad en el molino —gritó Gaspar.

—Sí —contestó a su vez el molinero levantando la voz. Tras esto no añadió nada más, porque el sonido de la gigantesca rueda sepultaba sus palabras.

Caminaron mucho antes de llegar a un ambiente silencioso, donde el chirrido de la rueda quedaba casi agradablemente de fondo.

El molinero se acercó a una puerta y empuñó una manilla. Miró a Gaspar, y después de haberle infundido el ánimo justo, abrió.

Gaspar no podía creer lo que veían sus ojos. Se encontraba paralizado por la alegría que sentía. Se quedó boquiabierto. Intentaba respirar profundamente. Se llevó los brazos hacia atrás, entrecruzando los dedos, y allí apoyó la nuca, como si hubiera montado una hamaca para la cabeza. Delante tenía un espectáculo que no se esperaba. Lo miró con tanta intensidad que los ojos se quedaron abiertos de par en par, inmóviles, con las pupilas totalmente dilatadas ante aquel espectáculo inverosímil en el que se reflejaban laúdes, guitarras, violas con apoyos y violines, tambores y todo lo que podía ser necesario para que toda una ciudad tocara.

—Os lo ruego maestro, entrad —dijo el molinero muy complacido y orgulloso por la reacción que estaba manifestando Gaspar—. Dentro de no mucho, como cada noche, llegarán amigos con los que tocar. Os divertiréis, estoy seguro de ello. He mandado preparar para vosotros mi mejor guitarra. Es del ilustre *luthier* Voboam. ¿Habéis tocado alguna vez una? —La levantó y la cogió como si fuera un fusil, guiñando los ojos sobre la paleta para controlar a la perfección el mango—. Tiene unas teclas nuevas, así como cuerdas —explicó. Y se la ofreció—. No tendréis que hacer otra cosa que tocarla. Yo tengo que regresar al trabajo pronto, pero me sentiría honrado si pudiera escucharos después, y quizás, si no os parezco muy presuntuoso, poder tocar junto a vos...

—¿Qué instrumento tocáis? le preguntó Gaspar.

El molinero abrió lo que podía parecer el estuche de un laúd en miniatura. Extrajo el instrumento, punteó algunas notas y tímidamente respondió:

—La mandolina.

## VII

---

Tal y como había anunciado el molinero, Gaspar se divirtió. Estuvo tocando, comiendo, bebiendo y bailando todo el rato.

Satisfecho de tantos placeres, dejó el molino durante la noche, caminando detrás de un joven que le abría el camino en medio de la oscuridad, con grandes pasos. Se reía de sí mismo con epítetos poco lisonjeros, y se decía que era tonto hasta el punto de querer seguir un plan escrito en las estrellas infinitamente pequeñas.

Se adentraron entre los árboles y caminaron en silencio, a ciegas, descubriendo cualquier obstáculo que se situaba en su camino de forma improvisada: piedras, raíces, agujeros, subidas resbaladizas por culpa de las hojas húmedas.

Gaspar no habría pedido nada mejor para desahogar su inaudita agilidad. Y se sintió casi decepcionado por la brevedad del trayecto cuando vio al joven que se detenía y le indicaba un pequeño claro en el bosque, justo delante de ellos.

—¿Estás seguro de saber dónde estamos yendo, joven?

La respiración de Gaspar había vuelto a la normalidad.

—Seguro, señor. Conozco el campo mejor que mis propios bolsillos vacíos. Ya hemos llegado —respondió el joven, buscando por la tierra, entre los matorrales—. Tiene que estar por aquí —dijo registrando con las manos y palpando con los pies, como si hubiera perdido algo en ese punto. Luego golpeó la tierra y, satisfecho por el ruido, se agachó para coger una enorme argolla. La levantó con fuerza y abrió de par en par una puerta cubierta con tierra—. Os lo ruego señor, este es el sitio.

Tras decir estas palabras, le invitó a acomodarse y se frotó las manos, resoplando a la vez.

—Ahora me marchó, buenas noches.

Y se evaporó corriendo entre los árboles, convirtiéndose en breve tiempo en una de las tantas sombras lunares del bosque, sin dar tiempo a elaborar ninguna respuesta.

Gaspar descendió por el agujero. Encendió una luz y cerró la puertecilla. Respiró y miró a su alrededor, manteniendo las manos en los costados. El lugar podía decirse que era confortable. Contó seis pasos de lado y estimó que la sala subterránea tenía que ser alta, más o menos unos cuatro pasos.

Sobre una mesa que era prudente no acariciar para no llenarse las manos de astillas de madera, encontró una túnica negra de sacerdote, limpia y doblada con cuidado. Encima del traje, su cruz de plata, y una guitarra sobre un colchón. Había cuerdas de recambio y legajos para probar las mismas, así como un atril y hojas con

pentagramas.

En una esquina, un orinal que no había usado antes y un barreño con algunos trapos. También jarras de agua, suficientes para beber y lavarse. Sobre un estante clavado en la pared de tierra vio una forma de pan de trigo, un trozo de queso y un cuchillo.

Ningún altar iluminado, ninguna estatua de la virgen o de un santo cualquiera, ningún evangelio, ninguna Biblia, ni siquiera una copia del *Orlando Furioso*.

Gaspar se preparó para pasar el tiempo allá abajo, y decidió comenzar inmediatamente con las debidas oraciones. Se sentó sobre el colchón de hojas, y sin una base cogió la guitarra, situando la lámpara en el suelo.

Sus dedos acariciaron curvas lisas, dobleces de madera se unieron a su cuerpo. Rizos de intestino le rozaron, pecaminosos los labios.

La abrazó como no lo había hecho antes.

Sopló la llama.

La música era su respiración. El ritmo, Dios.



## VIII

---

Tres noches tuvieron la duración de un instante.

Gaspar, la mañana del día de Navidad, dormía todavía, con la guitarra pegada entre sus brazos. Le pareció estar soñando unos pasos pesados que zarandeaban la tierra encima de su cabeza, y abrió los ojos. Vio rayos de sol que estaban ya penetrando a través de la trampilla y caían perpendicularmente como finísimos pilares de luces alrededor de los que giraba una nube de polvo.

La trampilla se abrió como el pico de un pollito hambriento. En un instante, la oscuridad evaporó de la fosa y se dispersó por los campos soleados.

—¡Señor, señor! —gritó alguien allá arriba.

Una cabeza se coló por el techo y una boca, que se agitaba allá donde debería estar la frente, le imploró que saliera inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gaspar mientras subía ocultando los ojos de la luz del sol. Reconoció inmediatamente al joven que tres noches antes le había acompañado al escondite.

—¡Han asesinado al molinero! —decía jadeando—. Tenía el rostro deformado por el miedo.

—¿Cómo que han asesinado al molinero? —dijo tomando aliento.

—Sí, lo han encontrado muerto esta mañana... —respondió a la vez que intentaba respirar—. Le han encontrado dando vueltas.

El joven comenzó a llorar, y respiraba con tanta dificultad que las lágrimas hicieron que se atragantara y comenzara a toser desordenadamente. Gaspar le zarandó por las mangas.

—Cálmate, te lo ruego. ¿Qué quieres decir con que lo han encontrado dando vueltas?

—Daba vueltas así. —El joven estornudó y tosió de nuevo—. También lo han visto mis ojos...

—¿Qué es lo que has visto exactamente? Habla joven.

—Lo hemos encontrado atado a la rueda del molino. La rueda giraba. Ha muerto ahogado. Tiene que haber durado... oh, Dios mío... Una muerte horrible.

También el joven parecía estar a punto de ahogarse en sus propias lágrimas.

Gaspar dirigió un profundo silencio hacia el horizonte. El viento caliente le acariciaba la piel.

—¿Quién te ha ordenado que vengas aquí? ¿Tienes algo más que decirme?

—Los mensajes que os traigo son de la señora Mancini, maestro —explicó el joven, y le entregó una hoja—. ¿Qué tengo que hacer ahora?

Gaspar no leyó inmediatamente el mensaje. No pudo evitar imaginarse al molinero atado a las astas de la rueda del molino, con las piernas abiertas y los brazos en cruz. Lo veía realizar la trágica vuelta, hacia el cielo y hacia el río, sumergirse y gritar, y cómo su cabeza chocaba contra las piedras con un ritmo preciso y constante con cada inmersión. Al final, lo que debió quedar del rostro del molinero debió ser una expresión petrificada de cansancio y de rendición. Y aún así siguió dando vueltas.

*Querido padre:*

*Hoy no me está permitido poderle desear una Feliz Navidad, por desgracia. El molinero está muerto, asesinado de forma cruel.*

*Los Confortadores han hecho irrupción en el molino esta noche. Le han interrogado y golpeado. Al final, le han arrastrado hasta fuera y le han asesinado. Pero es una Navidad todavía más funesta para mí, querido padre, porque es el día en el que Dios ha querido privarme de todos mis seres queridos.*

*Hoy lloro también la muerte de nuestro venerable maestro. Su anciano y obstinado corazón se ha rendido con nuestro querido y amable amigo molinero. La emoción ha sido fatal.*

*Quedáis solo vos y Magdalena, padre.*

*Cuidad de ella.*

*Rezo para que no desistáis de vuestra empresa.*

*Ruego por vosotros.*

*M. M.*

Quedáis solo vos y Magdalena, repetía Gaspar para sí mismo mientras cerraba la carta. ¿Qué significado quería atribuir a aquellas palabras? En ellas parecía haber un error de cálculo. ¿Por qué la señora Mancini no mencionaba en absoluto a aquellos que tenían que liberar a su marido, el gran alquimista Francesco Carbonelli? ¿Y Giovanni, conocido como *Boccale*, dónde estaba?

—Joven —llamó con tono firme.

—Decidme, señor.

—Haz de forma que te encuentre en el molino esta noche, a la hora en que termina la novena. Ahora ve a casa de la señora Mancini. Decidle que volveré a la residencia Ravelli esta noche.

## IX

---

Girolamo, el sirviente personal del legado, recorría el pasillo lentamente, arrastrando una enorme cesta de mimbre cubierta con paños de cáñamo bajo los que se veían algunos bocadillos y el cuello de una jarra.

Procedía de lado a lado, como un cangrejo, jadeando y gimiendo por el esfuerzo. El busto le cedía hacia el lado izquierdo, donde tenía una pierna más corta. Y él aprovechaba el momento en el que el cuerpo caía sobre el otro lado para tirar la cesta, haciendo contrapeso sobre sí mismo.

Se detenía durante largo tiempo para recuperar el aliento, antes sobre un ladrillo negro, luego sobre uno blanco, como una pieza deforme olvidada sobre un tablero de ajedrez.

Detrás de él, Magdalena se preguntaba por qué extraño motivo Girolamo estaba trayendo víveres donde no había nada más que estatuas, y por qué, a pesar de ir hacia el fondo de un callejón ciego, arrancaba con tanta prontitud. Ligera, veloz y silenciosa, le seguía escondiéndose detrás de las estatuas. Un vaso canope, un imponente mochuelo de granito, una cariátide, un cocodrilo.

Entonces Girolamo se dio la vuelta. Quizás había escuchado un rumor.

Ella logró verlo a través de las fauces abiertas de un cocodrilo de piedra, e inmediatamente cerró los ojos, tapándose la boca presa de un ataque de vómito, tragándose las ganas sin hacer ruido, pero la imagen del rostro agujereado de Girolamo continuó también dentro de los ojos cerrados.

Luego un tintineo de llaves logró que se recuperara.

Observó de nuevo a través de la mandíbula del cocodrilo. Girolamo se encontraba parcialmente oculto por una estatua y jugaba con las llaves contra la pared situada frente a él, hasta que algo crujió en la pared opuesta.

Le pasó por delante sin verla, como consecuencia de la capucha calada sobre la frente que hacía también de anteojeras, y se adentró por una estrecha apertura.

No era la primera vez que Magdalena se introducía en las partes bajas de una residencia, si bien no había sospechado nunca que hubiera un pasadizo también por aquella zona y que descendiera tanto por debajo del patio. La escalera bajaba empinada. Infinitos escalones dibujaban una espiral alrededor de un estrecho cilindro. Magdalena dio una vuelta grande, en silencio, tras Girolamo.

Poco antes de que las escaleras terminaran le escuchó gritar.

—¡Eh! ¡Aquí hay comida y agua! Así que si queréis comer, echaros hacia delante

porque luego me marchó.

Girolamo construía ciertas consonantes con la garganta como si no tuviera un paladar y una boca con la que articular palabras.

Magdalena encontró una esquina en la que se estremeció sin ser notada.

—¿Tienes sed? Toma. ¿No quieres comer? He traído algo de pan.

El primero en salir de una celda y echarse hacia delante era un hombrecillo no más alto que un jarrón que estaba haciendo gestos de desprecio.

Uno a uno, fueron saliendo de sus escondites.

—Ah, entonces estáis los siete al completo... ¡Feliz Navidad! ¿Queréis comida?

La prisión estaba extrañamente muy limpia. Los prisioneros parecían mansos.

El siervo golpeó en otra puerta que tenía finas fisuras a través de las que salían trazos de luz muy intensa, como si se tratara de un jardín soleado.

—¿Señor Carbonelli? ¡Feliz Navidad!

Magdalena se sobresaltó, tapándose la boca.

Al otro lado de la puerta nadie respondió.

Mientras tanto los otros prisioneros se acercaban tímidamente a la cesta para recibir algún trozo de pan y un cuenco de agua. Magdalena intentó no pensar y no sentir desprecio. Se ordenó a sí misma no mirar, pero los ojos se vieron movidos por un sentimiento lleno de curiosidad. Al final miró y vio a un hombre con un casquete esférico de vidrio transparente en lugar del cráneo. El cerebro estaba visible con todos y cada uno de sus detalles.

Magdalena se tocó la frente. Se encontraba helada, el cuerpo extraño. Sudó, palpitéo y se desmayó, desplomándose en la esquina oscura en la que se encontraba escondida.

Cuando recuperó el sentido le pareció que había transcurrido un solo instante. Buscó con la mirada la celda de Carbonelli, pero no había ya más resplandores que atravesaran la puerta. Había solo oscuridad, y temblaba por el miedo.

Le pareció escuchar un quejido y un golpe lejano, en la parte superior. Quizás, la puerta se estaba cerrando. Girolamo, se marchaba.

Sintió inmediatamente terror. Respiró profundamente, abrazándose la cabeza, y luego escapó por las escaleras, abriéndose paso en la oscuridad.

## X

---

En la última Navidad del siglo soplaban un fuerte e inapropiado siroco, cargado de tierra y humo de incienso.

Una cabeza apareció a través del terreno y miró a su alrededor, pensando que aquel viento era como el aire caliente del desierto de Nazaret, y que era algo extraño que no preanunciaba nada de bueno.

Un sacerdote negro salió de la tierra y se puso de pie en contraluz. Quien lo hubiera visto habría gritado pensando que era un muerto que resucitaba, habría escapado para contar que había visto con sus propios ojos las fuerzas del mal salir del subsuelo.

Pero era solo Gaspar.

Había llegado el momento de dejar el escondite. Quedarse habría sido demasiado arriesgado. De ahora en adelante, al menos, la situación estaría bajo su único control. No habría más individuos desconocidos que saltasen fuera en el último momento con extrañas peticiones. Tenía que volver a ordenarlo todo, renunciar a cuanto tenía en la mente y pensar en nuevos comportamientos, y al mismo tiempo no perder el contacto con la señora Mancini.

Más tarde encontraría al joven. Ahora tenía que marcharse de allí.

Recorrió los campos sin apresurarse. Es más, se divirtió deteniéndose para admirar los dibujos del paisaje, los campos fértiles que se perdían en geometrías cruzadas hasta el horizonte, plantas que no había visto hasta entonces, perfumes nuevos.

Divisó una humilde casa de campesinos. Saboreó los perfumes insólitos de un día de fiesta. Levantó la nariz, reconoció los interiores de un cordero asado y el caldo de gallina, pero el resto no lo reconoció en absoluto. Lleno de curiosidad, se acercó hasta la ventana y miró dentro, disfrutando del sentimiento de libertad y euforia que la acción no lícita le estaba procurando. Quería ver Italia a través del agujero de la cerradura.

Una mujer estaba cosiendo junto a la chimenea. De vez en cuando controlaba un punto, exponiendo la tela a la luz del fuego, se detenía para girar la rueca, ajustaba los hilos, tiraba hacia delante un poco más de brasas, soplaban el fuego y retomaba la costura. Detrás de ella, la hija la imitaba.

Por el suelo, no demasiado cerca del fuego, dormía un pequeño perro negro y peludo.

Le hubiera gustado pasar la Navidad con esas personas sencillas y serenas, que lograban poner a un lado todas las penalidades para celebrar el nacimiento de Jesús, a pesar de que su Iglesia no hacía nada para mejorar su austera vida.

Aquellas personas lograban olvidar los abusos, las disparidades impuestas, las contradicciones del poder eclesiástico, y disfrutaban ante el nacimiento de Dios que, como ellos, había nacido para sufrir, mientras la Iglesia conocía los sufrimientos causados por la opulencia.

Gaspar habría querido pedir permiso y sentarse en aquella sencilla casa, pero se escabulló antes de que alguien notara su presencia.

Si la túnica no le hubiera cortado el paso habría corrido el doble. Se sentía más enérgico que el día anterior y la sensación de bienestar iba creciendo maravillosamente. *Dos meses.* Luego el efecto de la sustancia se desvanecería y Gaspar volvería a ser el sacerdote de siempre, con un cuerpo perfectamente atlético desde el dedo gordo al meñique de ambas manos, pero precario y poco fiable en todo lo demás. Y comenzaría a temer por las arritmias de su corazón.

Se tocó el pecho y se tranquilizó al comprobar que las ampollas estaban todavía ahí.

Mientras corría por el campo pensaba en Magdalena, en la vida de verdad, y agarraba con fuerza el tejido de la túnica en un puño morado, como para suprimirla, sofocándola. Las palabras le corrían por la mente, inalcanzables y rápidas, y los pensamientos eran rayos interminables en un cielo negro: Magdalena, Ravelli, Aguilar, Donna Mancini, Carbonelli, el molinero, la medicina, España, la alquimia, la vida eterna...

Llegó al molino de la seda con mucho anticipo. El fuerte viento caliente barría la típica atmósfera navideña y llevaba ruidos lejanos. Gaspar esperó a que llegara la hora de la cita y continuó ponderando cualquier posibilidad.

Estaba a punto de concluir que el joven no habría llegado, cuando escuchó las piedras del ingreso moverse bajo pasos prudentes y lo vio aparecer por detrás de una piedra, manteniendo el dedo índice en la boca.

—Está lleno de esbirros.

—Sí, lo sé, respondió Gaspar, saludándolo con una sonrisa.

—¿Cómo estáis señor?

—Jamás he estado mejor.

El joven pensó que Gaspar estaba comportándose con mucho sarcasmo. Se movieron decididos hacia la muralla, hacia la puerta más cercana al mercado, no muy lejos de la residencia Ravelli.

—Tengo unas cartas para vos de parte de la señora Mancini.

De aquellas manos robustas que no habían tocado jamás una pluma, Gaspar cogió dos hojas dobladas. Estaban selladas, pero sobre la cera no aparecían grabados ni

iniciales ni símbolos. Rompió aquella especie de pasta roja y abrió las esquinas con cautela.

Una caligrafía elegante y segura de sí misma surcaba la página. Pocas manchas de tinta y alguna gota aislada punteaban las partes no trazadas de la hoja.

Primera carta.

*Padre:*

*Pienso en vos con buena salud y a punto de realizar vuestra obra de salvación.*

*Escribo estas pocas líneas, mientras los peores miedos se apoderan de mí y me empujan hacia el abismo, para invitaros a la máxima prudencia.*

*Hay secretos que tienen que permanecer como tales, y son tales desde la noche de los tiempos, por el bien de todos.*

*Con este asunto nuestro lo hemos intentado, suscitando la curiosidad de personas malvadas y sin escrúpulos. Os ruego, por lo tanto, que no confiéis a nadie nunca lo poco que sabéis. Sed prudentes y poned un sello sobre vuestros labios. Lo que vos conocéis es nada, pero un nada que podría costaros muy caro.*

*No tengáis el temor de quemar esta carta, os lo ruego.*

*Dios os bendiga,*

*M. M.*

La segunda carta suplicaba a Gaspar que se ocupara del maestro Carbonelli y que le diera noticias de las infinitas penas y del eterno amor que sentía la señora Mancini hacia él.

—¡Tienes que pegarme! —dijo Gaspar, colocando las cartas bajo la túnica y dándose la vuelta para analizar la situación.

—¿Qué decís señor?

—Pegarme fuerte. Necesito llevar algún moratón y un poco de sangre. Pero ahórrate los brazos y las manos.

—Señor, pero yo...

—Haz como te digo. Luego escapa más rápido que el siroco, ¿entendido?

Tras estas palabras, sin mirar y sin pensar, el joven se dispuso a darle un fuerte puñetazo en la nariz.

Gaspar se tambaleó y cayó bajo otro puñetazo. Luego, cuando estuvo en el suelo, recibió patadas robustas y determinadas, señal de que el joven había entendido lo que tenía que hacer y que lo estaba haciendo con mucho interés.

# XI

---

Hierro en la noche.

El metal caía sobre sí mismo. Permanecía suspendido un instante, y luego caía.

Una vez abajo, tras la bajada, la calle discurría rápida bajo la mirada sangrante de Gaspar.

Hombres armados delante, a la carrera. Y también detrás, dos más. Le sujetaban por los brazos, arrastrándolo por las calles, gritando versos concitados, como si acabaran de descubrir un enorme jabalí.

La sangre que caía por la nariz de Gaspar arrastraba una línea irregular al centro de la calle. Las piernas colgaban inertes del tronco y las puntas de los pies barrían el terreno.

Gaspar fingía que había perdido el conocimiento. Observaba toda la algarabía de reojo y se dejaba llevar, incluso divirtiéndose.

La larga línea de sangre se interrumpió delante de la puerta abierta de la residencia Ravelli.

Gaspar fingió que se recuperaba. Miró los corrillos de sirvientes que provenían de todas las partes para tomar el relevo de su cuerpo reducido a un mal estado.

—Dejadme, yo puedo —dijo—. Pero pidió que le pusieran en el suelo. La espalda le dolía y no lograba tragar con facilidad, pero al menos el joven le había ahorrado las manos.

—¡Tráelo aquí, rápido! —gritó la mujer que lo sujetaba por detrás. Una joven sirvienta llegó con agua fresca y un paño limpio.

Gaspar cerró los ojos. Notó aquellas dulces caricias de paz que borraban la sangre sobre los labios medio cerrados en una sonrisa de satisfacción recién esbozada, y se abandonó a los cuidados.

Era la segunda vez que entraba en aquella casa. La primera vez, vulnerable como un cordero. Ahora, fuerte como un lobo listo para la caza.

Abrió los ojos cuando se dio cuenta de que habían terminado de frotarle. Una sierva por detrás le autorizó a levantarse.

—Os llevo a vuestros alojamientos, padre.

Quien hablaba parecía seguir sus palabras con pequeños gestos de entendimiento.

Gaspar fingió que no se daba cuenta, pero la sierva seguía hablándole y pellizcándole el brazo.

—Aguilar llegó hace tres días —le susurró al oído—. En este momento se



encuentra en compañía del legado en la sala de conciertos.

—¿Quién toca? —preguntó Gaspar, intrigado.

—Obviamente, el día del nacimiento del niño Jesús está dedicado a los músicos infantiles —respondió la sirvienta.

Ante aquella broma, Gaspar se dejó llevar por una profunda risa interior. No porque encontrara la cosa particularmente divertida. Lo era, sí, pero no lo suficiente para ofuscar el recuerdo de los golpes que acababa de recibir poco antes. En ese momento se sentía feliz porque había reconocido el olor dulce y puntiagudo de Magdalena.

—No puedes imaginar cuánto te he echado de menos —dijo ella dándole un beso invisible en el cuello.

—Yo también —susurró Gaspar.

En la sala, rostros empolvados con la nariz hacia arriba y música de calidad. En el escenario acababa de comenzar desde hacía poco una competición de calidad con la improvisación de Correnti. El jovencísimo Weiss se encontraba con el laúd. El coetáneo Bach con el címbalo. Pero la prueba se había transformado rápidamente en un concierto para dos instrumentos, dando vida a una música tan bella e irrepetible que debería haber permanecido para siempre en el aire, perfecta e inmóvil como una estatua, como una pintura. Pero la música...

¿Serviría la caja mágica soñada por el cardenal Ravelli para que aquellas notas no se perdieran para siempre en mudas leyendas?

—*Zeñó* —dijo Girolamo, con la típica capucha calada sobre el rostro, intentando hablar en voz baja para no molestar.

—¿Qué es lo que pasa? —respondió el cardenal, molesto.

—Gaspar Sanz, el sacerdote que habían secuestrado... Ha escapado, *zeñó*. Está aquí. Le han dado una paliza, pero está bien. Lo hemos llevado arriba, a su habitación.

—Entiendo. Ahora vete —dijo el cardenal, moviendo al mismo tiempo varias veces la mano para hacer más explícito el mensaje, y se puso a escuchar el concierto, pensando que era lo más oportuno que podía hacer.

Miró al cardenal Aguilar, que se sentaba un poco más allá y escuchaba la música con expresión extasiada. Le hubiera gustado informarle oportunamente, pero quería estar allí el primero para hablar con Gaspar.

Dejó la sala de puntillas y se encaminó hacia la torre preparada para los alojamientos de los músicos.

## XII

---

En la chimenea encendida, las cartas de la señora Mancini se transformaron en un soplo de luz. Gaspar se quedó mirando con respeto hasta que el último velo de cenizas hubo desaparecido. Luego se quitó la túnica, dándole la vuelta sobre la cabeza como si fuera un enorme guante negro.

Magdalena se quitó la suya, haciéndola resbalar por encima de sus pequeños senos perfumados, que permanecieron sostenidos por la suave debilidad de las velas. Sus labios, cargados de deseo, estaban listos para derretirse en su sangre. Su lengua, temblorosa, rozó su piel herida. Un cuerpo caliente, pero frágil como la nieve, se abrazó a él.

—Para siempre —murmuró ella.

Gaspar la abrazó todavía más fuerte.

—¿Para siempre?

—Para siempre, confirmó Magdalena.

Una sierva amiga de Magdalena, que hacía la guardia delante de la habitación de Gaspar, tosió cuando vio llegar al cardenal.

—El padre Sanz está descansando, Vuestra Eminencia —se apresuró a decir temerosa, manteniendo la mirada baja.

—¿Tú que estás haciendo aquí? —le preguntó Ravelli.

—Me quedo a disposición, en caso de que necesite asistencia. Le han dejado en muy mal estado.

—Ahora vete, ya me ocupo yo ordenó el cardenal —dijo. Y llamó a la puerta.

No recibió respuesta, así que intentó abrir, pero la puerta se encontraba cerrada con llave por dentro. Llamó de nuevo.

—¡Maestro Sanz! ¿Me escucháis? ¡Abrid, soy el cardenal Ravelli! —Finalmente, la puerta se abrió.

—Oh, alabado sea Dios, eminencia —dijo Gaspar, arrodillándose a sus pies.

El cardenal le ayudó a levantarse.

—¡Gracias a Dios que estáis a salvo! ¿Estáis bien? ¿Tenéis ganas de hablar? —Llamó a la sierva que acababa de echar—. ¡Tú, aquí hay que avivar el fuego! ¡Vuelve con un poco de vino caliente! —ordenó. Y tras estas palabras cerró la puerta, suspirando—. Veamos, contadme hijo.

—Me acabo de enterar de que hoy es 25 de diciembre —Gaspar hizo una pequeña reverencia—. Felices fiestas, excelencia. Espero que sea una buena Navidad también

para vos, como lo es para mí.

—Gracias. Pero os lo ruego, contadme.

El cardenal empujó el tabaco hacia la hornilla con la punta del dedo meñique y le dio fuego, usando la llama de una vela. Gaspar se sentó sobre un sillón y miró la chimenea casi apagada.

—Son las mismas personas que han asesinado a uno de los guardias del cardenal Aguilar. Fanáticos. Defensores de Leopoldo I. Unos locos que quieren llevar a la Iglesia a tomar la decisión de no apoyar más a los franceses en la sucesión al trono español.

—¿Cómo sabéis tantas cosas?

—No tenían intención de dejarme ir, y además me tenían vendado, así que hablaban libremente incluso ante mi presencia. —Explicó Gaspar, intentando analizar al cardenal más allá de la cortina de humo—. Bloquean a Aguilar. Esos locos están tramando algo para obtener su muerte. Lo consideran responsable de atroces delitos y, según ellos, está ayudando al papa Inocencio XII para entregar España al rey de Francia.

Llamaron a la puerta. Era la sierva. Entró, colocó una bandeja de plata sobre el carrito y sirvió el vino caliente en dos copas de cristal verde.

—Aviva el fuego —le ordenó el cardenal—. Continúa.

—Por suerte he logrado escapar. Me enterraron en una fosa en medio del campo, con poca agua y comida, y sin luz, ya que apenas tenía aire.

El cardenal sorbió un poco de vino y se mantuvo un rato en silencio, mirando a Gaspar a través de las pequeñas nubes de humo que se iban formando.

—¿Cómo habéis logrado escapar?

—Estoy libre gracias a un cerdo —dijo Gaspar, dejando adrede una pausa para dar al cardenal el tiempo de imaginar unos hechos que se apresuraría a desmentir.

—¿Un cerdo?

—Le escuché que daba vueltas encima de mi cabeza. Sentía cómo movía las patas arriba, teniendo en cuenta que yo me encontraba bajo el suelo. Entonces me vino la idea e intenté ponerla en práctica. Así que hice todo lo que pude para llamar la atención del cerdo hacia la trampilla que cerraba mi prisión, excelencia —dijo, indicando el techo y moviéndose como si estuviera pintándolo—. Embadurné queso por toda la trampilla. El cerdo hambriento logró hacerla añicos. ¡Así es cómo he logrado salir! —concluyó Gaspar, mostrándose orgulloso de sí mismo.

—¡Habéis sido ayudado por el demonio! —dijo el cardenal, cayendo hacia atrás sobre el respaldo del asiento.

—No, eminencia. De verdad que era un cerdo hambriento.

El cardenal se le acercó todavía más. Lo observó atentamente.

—Vuestras heridas ya están curándose. Tienen que ser las cicatrices de las heridas

de cuando os secuestraron, ¿no es así?

Gaspar constató que las heridas del rostro ya estaban casi todas cerradas. Comprobó la espalda y fingió que todavía sentía dolor, pero no sintió ninguna otra sensación que no fuera el deseo de levantar sacos de medio quintal. La nariz era como si el joven no se la hubiera roto nunca. El hueso se había quedado torcido, y en ese punto todavía le dolía, pero no había señal de sangre o golpe. Se puso de pie. El espejo podía solo confirmar tales hechos.

—Sí, es así, excelencia. Luché como pude, y el tiempo que pude. Pero me di cuenta enseguida de que mis agresores eran mucho más fuertes.

En cambio, Gaspar se dio cuenta en aquel momento (mucho más que en cualquier otro) del poder que la medicina estaba ejerciendo en su cuerpo y pensó en el efecto que podría tener en España. Quizás no era un intento tan desesperado aquel que le habían encomendado en su misión. Y lentamente cada «duda» se fue transformando en certeza.

La sierva, de rodillas delante del fuego, dio los últimos golpes al fuelle y un cepillado rápido para tirar las cenizas y los tizones entre las llamas. Luego se puso de pie, colocándose el vestido y el pelo, y salió de la habitación resistiendo la tentación de mirarse al espejo.

Ahora el fuego iluminaba todavía más y ofrecía más calor de lo necesario. La sierva hizo una reverencia y cerró la puerta. Gaspar pudo retomar su normal tono de voz. Pero el cardenal lo interrumpió.

—Habéis dicho que habéis escuchado a vuestros secuestradores tramar algo para asesinar al cardenal Aguilar...

—Sí, excelencia, es lo que he dicho. Es mi intención hacer todo lo posible para lograr que sus planes nefastos no logren llegar a buen puerto.

—¿Qué tenéis intención de hacer al respecto? —preguntó Ravelli en el intento de obtener un consejo útil de Gaspar, visto que él mismo no sabía cómo comportarse. Llenó una segunda pipa, manteniendo firme la mirada con su interlocutor.

—Todavía no lo sé —respondió Gaspar—. Pero algo tendré que hacer.

—¿Qué intenciones tenéis, maestro Sanz?

El cardenal le seguía con la mirada mientras Gaspar se alejaba del fuego, sujetando el vino que mientras tanto se había enfriado.

—¿Al respecto de qué, excelencia?

—Quiero decir... ¿de qué parte estáis? ¿Con quién estáis, con Leopoldo o con Luis XIV? —preguntó el cardenal cogiendo su vaso y llegando hasta donde estaba Gaspar, de pie, más cerca de la chimenea—. ¿Qué es lo que deseáis para el futuro de España?

—Yo no me intereso de esas cosas, excelencia. Yo soy simplemente un músico, un humilde guitarrista que toca su música únicamente para glorificar a Dios. Y no

olvido nunca que soy un hombre de la Iglesia. Creo que independientemente de cómo vaya, habrá guerras sangrientas para la sucesión. Y esto me parece inevitable, ya prevalezca Leopoldo o que el rey Sol logre su intento por borrar los Pirineos. Si tengo que ser sincero con vos, eminencia, me gustaría, y así lo deseo en lo más profundo de mi corazón, que la gloriosa y católica España imperial no termine de esta forma. ¿Pero qué importancia pueden tener mis ideas confundidas? Mi única certeza es que, si es verdad que el Santo Padre sugiera a mi rey que haga testamento a favor de Francia, yo estaré del lado de Francia.

El cardenal Ravelli sorbió de nuevo, manteniendo el vaso con ambas manos, como si el vino pudiera todavía calentárselas.

—¿Queréis más? —le preguntó Gaspar mostrando la botella. El vino cayó en la copa como la arena cae al fondo de la clepsidra. Midió el tiempo de una respuesta que sin embargo no llegó nunca.

El calor emanado por la chimenea era cada vez más débil. Nadie, de hecho, se había vuelto a preocupar por darle la vuelta a los troncos encendidos, ponerlos más cerca de la llama para que no se secan o soplar las brasas.

El cardenal se había quedado conversando más tiempo del previsto, quizás como consecuencia del agradable efecto del vino, o quizás porque, como él mismo había admitido, había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez en la que había tenido ocasión de charlar en la intimidad con un buen amigo.

La puesta en escena de Gaspar parecía que estaba funcionando.

El cardenal Ravelli le dejó, comunicándole el placer que había sentido al pasar algo de tiempo juntos. Se felicitó de nuevo con él por la fuga. Le tranquilizó. Le prometió que los culpables lo pagarían caro. Le hizo entender que le gustaría verle pronto y salió de la sala, abandonando la mano anillada bajo los labios obsequiosos.

Magdalena, mientras tanto, dormía bajo la cama.

—¿Se ha marchado ya? fue lo primero que dijo en cuanto abrió los ojos.

Gaspar le sonrió y alargó el brazo para ayudarla a salir fuera.

—Sí, ya se ha marchado. Ven, vamos.

Pero tras un primer intento, fue él quien acabó bajo la cama.

—No queda tiempo que perder —dijo protestando sin mucha convicción.

—Sé donde tienen al maestro Carbonelli —dijo Magdalena, sabiendo que decía lo que Gaspar quería escuchar—. ¿Te acuerdas del pasadizo que lleva al río, el de la otra noche con los perros?

Gaspar recordaba.

—Bien, no es cierto que desde allí se puede alcanzar la prisión. De ahí provienen únicamente los desagües de las cocinas.

—¿Entonces? —Gaspar jugaba con la punta de su nariz, que brillaba en la oscuridad.

—La prisión de Carbonelli se encuentra bajo la otra torre. He seguido a Girolamo, el siervo sin cara, el que lleva el sayo. ¿Sabes de quién hablo?

—¿El que habla sin usar el paladar?

—Sí, ese —dijo. E imitó su modo de pronunciar algunas palabras divirtiendo a Gaspar—. Estaba llevando víveres a un ala de la villa en la que no hay nadie a quien llevárselo, ¿entendido? Así que le seguí: era más lento que un caracol —Magdalena se rio mostrando una total inconsciencia—. Vi cómo se dirigía hacia una pared con toda esa cantidad de cosas para comer, y como las estatuas no comen ni beben, entendí que iba a algún lado interesante. Y he descubierto dónde.

—Espera un instante. El día en el que encontramos al molinero en los alrededores del mercado, ¿adónde fuiste?

—Debo mi vida a la señora Mancini, Gaspar, se lo debo todo. Es como una madre para mí. Es ella quien ha logrado que entre aquí. Y lo ha hecho con una finalidad bien precisa, encargándome la misión de realizar algunos asuntos. Sigo solo órdenes. No sé nada más. En el momento en que tú perdiste el conocimiento se puso en escena una pantomima: tres hombres encapuchados te cogieron y te sacaron de allí sin hacer nada para pasar inadvertidos. Es más, yo también grité pidiendo ayuda para que todos pudieran ver cuánto estaba ocurriendo. Luego vine corriendo hasta aquí y le conté al cardenal que habías sido secuestrado por algunos hombres con el rostro cubierto que pedían una recompensa. Gaspar, tú eres mi bien. Pero lo mejor que puedo hacer es realizar los deseos de la señora Mancini, esperando que tú no tengas que sufrir mucho.

Gaspar suspiró dolorosamente.

—El molinero ha muerto.

Magdalena cerró los ojos y asintió.

—Los Confortadores tienen oídos y ojos en todas partes, y una crueldad inaudita.

—Tenemos que ser muy prudentes.

Quien les hubiera visto salir de debajo de la cama, con aquella ligera respiración entrecortada propia de quienes han alcanzado la cima, uno ayudando a la otra sujetándola de la mano, habría dicho que desde allí abajo se accedía a un pasadizo secreto.

Gaspar pidió que le dibujara en una cuartilla el recorrido para llegar al pasadizo secreto, el de verdad, el que Magdalena había descubierto siguiendo a Girolamo, el siervo sin rostro.

—¿Cómo has logrado salir del sótano? —dijo Gaspar.

—Sin problemas. Salir es fácil. Tiras de la cuerda y empujas. Tienes solo que aguardar a que no te estén esperando al otro lado de la puerta. Para todo lo demás...

Magdalena entregó a Gaspar la planta del edificio.

—Llevaba muchos años sin manejar uno de estos —dijo mientras ponía en su

sitio el tintero.

Gaspar sabía que mentía, pero la amaba ya hasta tal punto que la creyó. Miró el mapa. Con la llama de una candela siguió el recorrido que, según Magdalena, le llevaría hasta la prisión de Carbonelli.

—El hecho está en que se necesita la llave —dijo Magdalena—. Y la llave la tiene solo Girolamo.

Las energías le hervían en la sangre. Gaspar iba poco a poco olvidándose del hecho de que en el mundo existen dificultades.

—Encontraré la forma —dijo.

—Ahí abajo hay cosas raras —dijo ella, intentando no ver en la mente las pocas imágenes que había logrado soportar. Intentó describir cuánto había visto en los subterráneos, dejando fluir las palabras sin pensar en su significado—. He visto a un hombre con la cabeza de vidrio. Y a otro que era así de alto —dijo, deteniendo la mano a media altura, como si fuera una damita—. Y cuando me recuperé del desmayo que me había causado la visión de los monstruos, vi también cadáveres.

En ese momento Magdalena asumió el aspecto de estos y cayó entre los brazos de Gaspar.

A él le hubiera gustado besarla, pero la abofeteó con fuerza.

## XIII

---

*Lux eterna de superna venit ad nos regia.*

Las campanas, violentas, despertaban a la ciudad y arrancaban del sueño a tantos músicos invitados por el legado, agotados por tantos conciertos que habían tenido el día anterior y por las correrías de la noche que acababa de terminar. Y era como si alguien estuviera usando sus cabezas como llamadores.

A aquella hora Gaspar, tras descansar lo suficiente, tuvo todo el tiempo para establecer el modo en el que debería encontrarse al cardenal Aguilar. Y tenía que haber una forma mejor. Decidió, por lo tanto, que se dejaría encontrar en la capilla, ocupado en largas oraciones y profunda meditación.

Y fue allí donde Aguilar lo encontró.

El músico, guitarrista y compositor, predilecto de su majestad Carlos II, aquel que todos decían que no poseía fe, estaba allí delante de sus ojos, de rodillas a los pies del crucificado.

El cardenal Aguilar ordenó que fueran llamados dos castrados a la capilla y se arrodilló detrás de Gaspar.

Rezó. Observó que Gaspar hacía lo mismo. Pero el silencioso rumiar de palabras en la boca de aquella ovejita perdida no era otra cosa que un frenético planificar, suponer, construir y deshacer conjeturas, pensar sin más.

Ahora a Gaspar no le quedaba otra que creer en la buena suerte. Le hubiera gustado preparar el concierto.

No tendría que perder un tiempo precioso y podría liberar a Carbonelli lo más rápido posible.

¿Era Aguilar quien se encontraba detrás de él? ¿Qué es lo que había visto Magdalena en los sótanos? Una puerta luminosa, un hombre con el cráneo de vidrio transparente, cadáveres, hombres deformes...

¿Qué escondía el legado, además de Carbonelli? ¿Era este el motivo de su particular aprensión, tanto que la noche antes le había hecho parecer frágil como una cabrita que acababa de salir de su escondite?

Seguramente tenía razón al temer la presencia de Aguilar, un inquisidor feroz e inflexible, un rival que quién sabía cómo habría reaccionado si hubiera descubierto que el legado de Bolonia ahorra de la hoguera a los herejes para aprovechar sus conocimientos.

Estas preguntas, y todas las posibles respuestas, las estaba susurrando Gaspar



sobre sus manos unidas. Pero a los ojos de Aguilar, que estaba arrodillado detrás de él, en silencio, parecía precisamente un hombre pío absorto en sus oraciones.

Los castrados comenzaron a cantar. Era el Dúo *Seraphim*, de Claudio Monteverdi. Gaspar entendió que Aguilar se encontraba allí. Pero no se dio la vuelta. Escuchó aquella música maravillosa. Se le puso la piel de gallina, dejándose zarandear por los escalofríos que atravesaban el cuerpo y le punzaban la piel. Un tercer castrado se unió al resto, por sorpresa para quien oía la composición por primera vez.

Tres ángeles cantaron el misterio de la Trinidad.

Luego se quedó un ángel solo, el mejor de los tres, y fue el delicioso momento de *O Quam pulcra es*.

Gaspar fue feliz al constatar cómo la medicina, que había cambiado tantas cosas en su persona, le había hecho todavía más sensible a la música.

Lloró.

Las manos unidas se mojaron con sus lágrimas.

Lloró por lo que tendría que hacer para concluir su misión.

Lloró por el amor que sentía hacia Magdalena, por todo lo que le amaneraba.

Lloró porque tenía más de un motivo para hacerlo. Pero, sobre todo, era aquella música, y la perfección de una encantadora y sublime voz celeste, lo que lograba que fuera completamente imposible dejar de hacerlo.

Una sola toma de la medicina de la señora Mancini había amplificado todo su cuerpo, también la compasión, también la empatía, y había logrado que le pareciera que la música era todavía más bella.

¡Jamás lágrimas de alegrías fueron tan oportunas!

El cardenal Aguilar apoyó la mano sobre su hombro:

—Maestro Sanz, ¿hay algo que no funciona?

—Eminencia... —Gaspar secó sus lágrimas con un pañuelo—. Eminentísimo señor —dijo, y le besó las manos repetidas veces. Parecía que se le había aparecido Jesucristo en persona. Gaspar no dejaba de llorar. Es más, aquella situación paradójica, arrodillado y llorando a los pies del terrible Aguilar, le daba un motivo más para seguir dando desahogo a sus pobres ojos ya hinchados y enrojecidos.

El cardenal Aguilar se mostraba sorprendentemente afectuoso y paternal.

—El legado me ha puesto al corriente de vuestra fea aventura —dijo.

—Sí —respondió Gaspar, limpiándose la nariz sin ocultar el gesto, que habría parecido de una cortesía inútil dado que no era necesario esconder las lágrimas devotas—. Me secuestraron dos individuos despreciables —sollozaba—. Me amenazaron con hacerme daño, eminencia, me han tenido prisionero en un agujero sin aire y sin luz, con poca comida, y logré liberarme. Ahora sé que estáis en peligro y...

Aguilar le detuvo.

—Venga, vamos, no lo penséis más. Todo ha terminado, ahora estáis en un sitio seguro, entre los brazos de Nuestro Señor. No os preocupéis por mí. Estas personas harán las cuentas con la Santa Inquisición, hijo. Conocerán el infierno estando vivos, antes de quedar encerrados para la eternidad, después de haber experimentado la peor de las muertes.

La música había cesado. Las palabras del cardenal Aguilar retumbaban entre las paredes de la capilla, y quién sabía, quizás habían llegado hasta los oídos del Cristo crucificado.

Gaspar agachó la cabeza hasta casi romperse el cuello.

—Gracias, eminencia. Le doy gracias a Dios por haberle visto.

—Soy yo quien le doy las gracias a Dios por haberos encontrado aquí en Bolonia, hijo. Vos sois el orgullo de toda España. No veo el momento de poder escucharos, así que ahora pensad en vuestra guitarra y en tantos y significativos músicos presentes aquí, que no esperan otra cosa que poder escuchar con sus propios oídos los motivos por los que circulan tantas leyendas sobre vos.

Aguilar, el supremo inquisidor, creyó las engañosas lágrimas de Gaspar.

—He pedido al legado que me traiga un poco de mortadela —dijo—. ¿La has probado antes? —preguntó, tuteándolo repentinamente, en señal de afecto.

—No —respondió Gaspar, secándose sus últimas lágrimas.

—Es una maravilla conocida y apreciada en toda Europa. ¡Incluso la piden desde las Américas! Venga, vamos, sécate la cara y ven a desayunar. Nada de pan seco, nada de cebollas y nada de ajo, prometido. Solo la mejor mortadela del mundo, pan blanco, fruta y vino bueno.

Gaspar se puso de pie. Las rodillas, no acostumbradas a una posición de genuflexión, se habían quedado dormidas y cada hueso de su cuerpo emitió una especie de pequeño ruido de recolocación imperceptible para el oído en mal estado de Aguilar. Se estiró con la palma de la mano la túnica y ofreció el brazo al cardenal, que se apoyó en él para sujetar su propio peso mientras se ponía de pie.

—Vamos entonces, tengo un cierto apetito —dijo, y giró el cuello para miró a Gaspar—. Es el efecto de la oración... —añadió cerrando la boca y guiñándole un ojo — ... que me abre el estómago.

El cardenal Aguilar era un hombre que se parecía en todo y para todo a un viejo banco entallado. Tenía su aspecto, bajo, oscuro, surcado por todas partes con arrugas que parecían dibujar algo y tenía también, y sobre todo, esa cualidad.

Algún año antes había sido capaz de tranquilizar una revuelta en Madrid con su carisma, pero se había tratado de una excepción en toda regla. Aguilar era un protagonista a quien no le gustaba aparecer. Estaba más en su auténtica naturaleza lograr pasar inadvertido, aún siendo aquel a quien todos acudían para pedir consuelo. Y naturalmente, justo como un banco que se respete, era quien conservaba todos sus

secretos.

Bueno, Aguilar se parecía a un banco que apareció precisamente frente a ellos en cuanto entraron en el comedor, donde decenas de siervos se movían alrededor de una mesa ricamente cubierta, que iba mucho más allá de las promesas. El cardenal quiso que Gaspar tomara asiento junto a él.

—Sigamos nuestra conversación, no tengo ganas de gritar —comentó mientras indicaba la longitud de la mesa.

—Me siento honrado, excelencia.

Un siervo les acercó con demasiada fuerza una silla a la altura de las pantorrillas y Gaspar más que sentarse se cayó encima.

Un clavicembalista tomó asiento sobre un taburete, se colocó milimétricamente delante del teclado, saboreando la longitud de los propios brazos, y luego hizo todas aquellas pequeñas cosas que no lograría nunca jamás hacer una vez que comenzara a tocar: se rascó un poco por todas partes, se aclaró la voz, tosió dos veces sin ser espontáneo, se ajustó de nuevo el taburete, crujió los dedos sin hacer demasiado ruido, ofreció una sonrisa de respeto a Gaspar y un profundísimo obsequio a Su Eminencia.

Comenzó a tocar una obra que fascinaba un poco a Aguilar. Una novedad compuesta solo tres años antes por el maestro de capilla en la Corte de Baden, el virtuoso Johann Caspar Ferdinand Fischer, con el título *Pièces de Clavessin*. Una obra para clavicémbalo difícil, muy difícil de tocar, especialmente durante las primeras horas de la mañana, cuando los humores del cuerpo no se encuentran suficientemente vitales y las manos tienden a enfriarse con facilidad. Gaspar no la reconoció, porque únicamente había escuchado hablar de ella en ese momento. No conocía a nadie que tocara o que poseyera la partitura y, quizás, no conocía ni siquiera a nadie capaz de poder ejecutarla.

El músico comenzó con el *Preludio VIII*.

—Ahora podemos hablar —dijo Aguilar—. No nos escucha nadie.

El cardenal miró a Gaspar, que no reaccionaba ante sus palabras, completamente embobado por las notas increíbles y por los arpegios sobrehumanos del preludio. Lo observó todavía un poco, pensando en cómo serían de raras y profundas al mismo tiempo las emociones de los músicos. Luego le digo:

—Lo ha hecho muy bien, ¿verdad? Es el maestro de capilla de Baden.

—¿Fischer en persona?

El cardenal, ante aquellas palabras llenas de asombro, asintió con un trozo de pan lleno de confitura en la boca.

—Me gustaría conocerlo —dijo Gaspar, extasiado.

El clavicembalista volvió al *Preludio VIII*. Hizo una pausa para acomodarse mejor y estirar los músculos de los brazos. Luego una chacona se lo llevó de nuevo.

—Por lo tanto, los hombres que te han secuestrado amenazan mi persona, ¿no es así?

—Así es, eminencia. Les escuché tramar contra vos —Gaspar movió vagamente el tenedor por el aire y clavó una punta de plata en un trozo de mortadela. La saboreó y mimó el rostro del éxtasis para confirmar su suprema bondad.

—Han ocurrido cosas extrañas en la ciudad en estos últimos días —dijo el cardenal.

—Quien me secuestró también asesinó a uno de vuestros guardias, eminencia, estoy seguro porque les escuché decirlo.

Confitura sobre el pan, un cuchillo de plata sobre el borde y ya está.

—Esta es de higos, si no me equivoco —dijo el cardenal, e hizo una señal a Gaspar para que le acercara la mortadela. Un siervo esperaba el momento para cortarle más.

Un temblor y una explosión zarandearon los fundamentos. El suelo ondeó. Las vibraciones se propagaron como un largo escalofrío hasta la punta de los lampadarios. Un rayo rasgó el cielo seguido por un trueno, más violento que el anterior. El cardenal Aguilar se frotó las manos y se encogió de hombros.

—La que va a caer —dijo, y tragó vino tinto para deglutir la mortadela.

—¿Qué es lo que puedo hacer por vos, excelencia?

El índice del cardenal hizo unas cosquillas al aire.

—Acercarte.

Gaspar movió su silla.

—¿Según tú, el legado de qué parte está?

Precedido por un poderoso sonido seco, otro trueno se abatió lejos sobre la residencia, como una advertencia para Gaspar, para que jugara bien sus cartas teniendo a Aguilar lo más lejos de los sótanos.

—Creo que el legado apoya a Leopoldo I —respondió con el tono de quien quiere hablar poco, contraviniendo de esa forma la posición del papa y de la Iglesia.

—¿Qué es lo que te lo hace creer, hijo?

—Ayer, inmediatamente después de mi llegada, en mis aposentos, se extendió sobre la mesa para agarrar la jarra del café esperando que le viniera una idea. Hemos hablado. El legado no ha perdido el tiempo. Me pareció claro desde el principio que quería anticiparse.

El cardenal Aguilar rumiaba preocupaciones.

—¿Y por qué habría tenido la necesidad de hablar contigo antes de que lo hiciera yo?

Gaspar acercó los labios al oído del cardenal y susurró silbando:

—Mi rescate.

—¿Qué rescate? —preguntó el cardenal zarandeando la cabeza.

—Veo que el legado no os ha dicho nada. Esos que le he dicho enviaron un comunicado diciendo que si me querían ver vivo, tenía que desembolsar una bonita cantidad, una cantidad que no se reúne con facilidad si uno es un cardenal honesto. A menos que esté dispuesto a pedir ayuda a otros. Pero esto significa exponerse ante la legítima curiosidad de los demás.

El cardenal se limpió la boca con una servilleta.

—No consigo entender el hilo de tus pensamientos.

—Eminencia, si el legado no le ha dicho nada a nadie de mi rescate puede significar únicamente dos cosas: o que pretendía dejarme morir en aquel agujero, una solución que le habría permitido no pagar ni siquiera un ducado, o como soy más propenso a creer, que no tuvo dificultad en reunir tanto dinero, sin la ayuda de nadie.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Trescientos, o quizás mil ducados.

Una larga «m» indeterminada sonó en la garganta del cardenal.

—No te sigo, hijo, no entiendo adónde quieres ir a parar. Que el legado no me haya dicho nada del rescate es un hecho, si las cosas están como dices tú, pero de aquí a deducir...

Apretó el brazo de Aguilar.

—Eminencia —dijo, y miró tras de él—. Mi secuestro era un bonito montaje por parte del legado con la única finalidad de parecer que está de vuestro lado. No había ninguna moneda que dar por mi rescate. Mi «liberación» se daba por descontada. Era todo falso, es fácil presentarse bien ante vos librando a un español. Todo para amansaros, para que el supremo inquisidor español se encuentre bien. En este difícil momento, en particular, le es cómodo no teneros en contra, eso es todo. Y sobre todo, mi secuestro tenía la finalidad de apartar vuestra atención de cualquier otra cosa. De eso estoy seguro. En mi opinión, el legado tiene algo que esconder a la Inquisición.

Gaspar se apartó y miró al cardenal más de lejos como para querer verlo completamente, ver cómo reaccionaba ante una teoría parecida. Esa especie de arquitectura de mentiras comenzaba a funcionar. El secuestro, la puesta en escena por parte del legado...

Había pensado que un rescate se solicitaría de todos modos, incluso en una puesta en escena que tenía que resultar creíble, y dado que un rescate de verdad se había pedido, Gaspar estaba seguro de que el legado no le había dicho nada a Aguilar. Eso debía insinuar la duda de que el legado tenía algo que esconder al cardenal español, quien ahora miraba fijamente a Gaspar con los ojos de cristal dañados.

—De verdad parece que el legado tenga algo que esconderme —murmuró sobre el pecho.

—Ya —concluyó Gaspar.

Un poderoso trueno empujó las palabras de Gaspar hasta el fondo de la cabeza del

cardenal, quien lleno de dudas y de un fuerte sentimiento de miedo miraba a lo lejos. Le parecía localizar unas armaduras desconocidas y amenazadoras sobre el horizonte, en el polvo cegador, más allá de la frontera de su inmenso poder.

Estaba claro que el legado de Bolonia escondía cosas que le habrían abierto el apetito incluso al supremo inquisidor de toda España, pero Gaspar necesitaba tiempo, no podía desviarse de su misión revelando demasiado, y habría hecho cualquier cosa para salvar el futuro de la Corona de los franceses y de cualquier otro. También eliminar a Aguilar, que en aquel momento lo miraba y le sonreía con cara de amigo.

Y también liberar a Carbonelli.

Dijo que tenía que ejercitarse con el instrumento y que tenía algunas ideas que quería poner por escrito. Se despidió y volvió a sus alojamientos, pisoteando los pasillos con su mirada fija en el suelo, contando los azulejos, entre frías corrientes y pasadizos que le llevaron a tomar un paso todavía más rápido.

El cuarto se encontraba iluminado. Sobre la enorme ventana caían los reverberos bañados del temporal, una luz gris sobre la luz roja emanada por la chimenea.

Alguien se había encargado de mantener el fuego encendido.

Sacó la González. La punteó.

El ritmo es el Padre. Ese sonido dulce, el Hijo.

## XIV

---

Había hojas esparcidas por el suelo y unos zapatos de negro cuero suave, tan brillante que Gaspar se vio reflejado a sí mismo, agachándose sobre el suelo para recomponer las partituras en desorden y restituir las a quien las había dejado caer.

—No me funcionan entre las manos —dijo Arcangelo alargando la última vocal en una risa insensata.

Gaspar tuvo la sensación de que Arcangelo había hecho caer las partituras solo con la finalidad de iniciar un contacto con él.

—Sois muy educado, maestro Sanz.

—Es un placer poderos servir, maestro Arcangelo...

—Nadie me llama ya maestro. Ya no lo soy.

—No, no —Gaspar apartó con la mano cualquier señal de objeción—. No había escuchado antes a un cantante de vuestro nivel. Maravilloso —dijo, y se dio la vuelta para mirarlo, pero Arcangelo miraba fijamente las puntas de sus propios pies, que avanzaban con pasos cansados. Jadeaba.

—Estoy demasiado gordo —se justificó.

Gaspar movió un dedo.

—No cambiéis de tema. Estas cosas no se hacen —le regañó—. ¿Por qué me habéis mentado diciéndome que no sabíais cantar?

—Antes cantaba, sí, pero ahora... Y luego, ¿qué queréis que haga? Es una debilidad mía. Si queréis, considerarlo también una forma para no tener que temer traicionar las expectativas —dijo, y esbozó un reverencia de ostentación apagada—. Vuestro talento merece mayor respeto.

—El vuestro, en cambio, no puede tener culpas que se tengan que perdonar —respondió Gaspar, devolviendo la reverencia.

Le pareció que Arcangelo quedaba impresionado por el gesto. Parecía incluso feliz, como si su severidad, rota generalmente por rayos de estupidez, su indiferencia y su típico sarcasmo se hubieran marchado con el viento.

Ahora la cara que miraba a Gaspar no era aquella de un niño. La voz, esa sí.

—¿Queréis tocar para mí?

—Cada vez que lo deseáis, Arcangelo. Me encuentro asombrado por lo bien que lo hacéis y por vuestras cualidades vocales.

El castrado se dejó llevar por un largo temblor que parecía salir de una forma escondida de vergüenza. Ocurría finalmente lo que durante días había esperado y

deseado: conocer mejor al maestro Sanz.

—¿Os apetece dar un paseo? —preguntó.

—Con placer —respondió Gaspar. Y se encaminaron hacia los jardines.

Otra espléndida tarde de un insólito diciembre acogió a los dos músicos entre los chorros de agua lanzada con gran distancia por una bomba mecánica.

—¿Bonita invención, no? —exclamó Arcangelo, que iba mostrando el lugar—. Se podrían dejar caminar las carrozas, pero qué más da, ¡están los caballos! Podríamos usar esta máquina para una infinidad de cosas. Sin embargo, ¿qué harían luego los siervos y los esclavos? ¿Qué es lo que harían? Ellos, en el fondo, cuestan menos —dijo riéndose.

Gaspar replicó, evitando un tono que comportara demasiada implicación.

—Los siervos aprenderían a construir estos coches. Otros aprenderían a manejarlos. Algunos incluso podrían estudiar, ¿sabéis? —Llenó los pulmones de viento recalentado—. Los esclavos luego... Me pregunto cómo Dios puede permitir que los hombres sean tratados como bestias, cuando no como cosas.

—Estoy de acuerdo —dijo Arcangelo—. ¿Qué Dios es aquel que permite que un niño de ocho años, inerme e inocente, tembloroso y relucante, sea condenado para siempre a una condición así?

Arcangelo se había adentrado entre las espinas de su existencia. Las piernas le cedieron.

Gaspar le sonrió, sujetándolo por un hombro.

—Habladme, os lo ruego —le dijo—. Yo soy capaz solo de ver el milagro que sois vos. No logro ver nada más. Deslumbrados por vuestro talento y sometidos por la belleza de vuestras voces angelicales, los hombres olvidan vuestra herida.

—La herida no se cierra, maestro Sanz —dijo Arcangelo, respirando profundamente e intentando asumir un comportamiento lleno de dolor—. Se queda para siempre. Somos almas eternas que no han dado jamás y no darán nunca la vida.

—Lo siento —dijo Gaspar, que en aquel momento se sintió repentinamente culpable por todas las veces que había aclamado a un castrado, contribuyendo con su aprecio a la condena de muchos otros.

—Soy un estúpido —dijo Arcangelo—. Es que todavía lo recuerdo como si acabara de ocurrir. Por la mañana temprano mi padre me sorprendió en el sueño, me agarró por un brazo y me arrastró. Lo recuerdo muy bien, me encontraba rígido como si fuera un tronco. «Venga, vamos. Nada de historias», me dijo. Él era Abraham y yo Isaac. Pero luego, cuando llegamos donde nos esperaba el barbero, mi Abraham no había sido llamado por ningún Dios.

—Pues habéis sido afortunado —dijo Gaspar, buscando un poco de bien en aquel destino destruido—. Os habéis convertido en un cantante magnífico. Vos me enseñáis que no es así para todos.



Arcangelo dejó de repente de intentar sonreír.

—El barbero me bajó los calzoncillos y me hizo un corte en la base del ano. Por aquella fisura, que quemaba hasta el alma, el barbero agarró y extrajo mis testículos, con todo el cordón.

El rostro de Gaspar se mostraba horrorizado.

—¡De lo contrario, ahora os estaría hablando así! —dijo Arcangelo, intentando producir una voz grave cual viejo cardenal y haciendo también gestos pomposos—. Pero, decidme...

—Preguntad —dijo Gaspar, devolviendo el espíritu con una sincera manifestación de diversión, con toda la confianza imaginable.

—¿Qué os ha traído a Bolonia?

—No entiendo vuestra pregunta.

—Venga, vamos, ¿no pensaréis hacerme creer que estáis aquí por cuenta de la capilla real de España simplemente en calidad de músico?

—Pues es así, contestó Gaspar. Estoy aquí en ocasión de la visita del cardenal Aguilar.

El camino se abrió en un ensanche. En el centro, había un pequeño lago. Y al centro del espejo de agua, rodeado por una cañada de plantas desconocidas, surgía un Mercurio con un casco alado, los brazos dirigidos hacia el cielo y las manos cortadas.

Se sentaron para descansar.

—Una extraña escultura —observó Gaspar, apretando y tirando del pelo hacia atrás para sujetarlos en una larga cola negra.

—Un símbolo de alquimia —le informó Arcangelo.

—¿Alquimia? —Gaspar realizó un calculado sobresalto y se mostró asombrado y turbado al mismo tiempo.

—Sí, alquimia. El cardenal está fascinado. Pero no lo logra.

—¿No logra el qué?

Gaspar le miró como para quererle comunicar que quien creía en cosas parecidas tenía algo grave en el cerebro.

—¡No logra fabricar oro! —precisó Arcangelo—. Se aplica, pero sin éxito. Es muy impaciente, intenta los caminos más cortos.

—La Iglesia prohíbe la práctica de la alquimia, ¿por qué el legado transgrede de forma tan abierta?

—La alquimia es una cuestión controvertida, maestro. Deberíais saberlo. La Iglesia católica la prohíbe por considerarla una herejía, pero los eclesiásticos la practican desde siempre. Algunos alquimistas han llegado incluso a ser santos, o quizás esto vos lo sabíais, visto que enseñáis Teología.

—Alberto Magno y Tomás de Aquino —confirmó Gaspar—. Aguilar no dudaría en torturarlos a ambos y luego dejarles arder a fuego lento si pudiera dar marcha atrás

en el tiempo.

—Si los santos pueden practicar el error —le susurró Arcangelo—, incluso uno como vos, padre, puede hacer algo apropiado. Venga, miradme a los ojos. Conmigo podéis hablar libremente.

—No os entiendo.

La expresión de Gaspar era una mezcla de todas las emociones.

—Seguí a Magdalena. Yo sé.

—¿Qué creéis saber? ¿Y quién es, por otro lado, esta Magdalena de la que tanto habláis?

Arcangelo moduló una de sus risas y añadió:

—Magdalena, la sierva que está siempre pegada a vos.

—Bien —admitió Gaspar—. ¿Pero no os creeréis que yo he venido hasta Bolonia para divertirme con ella? Soy un hombre débil y un pésimo hombre de Iglesia, lo reconozco. Yo ruego a Dios con mi guitarra. Intento remediar mis pecados animando a las criaturas del Señor con mi arte, para el que me he sacrificado desde siempre hasta hoy.

—No os esforcéis en salvar las apariencias ante mí. No me interesan en absoluto vuestras escapadas. Yo estoy hablando de otra cosa.

—No hay *nada más* &mdash;se atrevió a comentar Gaspar.

—Estáis maquinando juntos. He visto a Magdalena colarse por todas partes y observar cada detalle. Y también os he visto a vos hacer lo mismo. ¿Qué es lo que estáis buscando? A mí me lo podéis decir. Yo estoy de vuestra parte.

—Y de qué parte estaríais, veamos. Decídmelo y así sabré de qué parte estoy yo también.

—Yo os diré de qué parte estáis.

Gaspar lo desafió.

—Decidme. Siento curiosidad.

Sí, pero con la condición de que me prometáis tocar para mí.

—Ya os he dicho que será un honor.

Arcangelo apoyó un puño sobre la palma de la mano, como para mimar un sello.

—Pretendo una promesa solemne.

—Os doy mi palabra —dijo Gaspar, y se tocó el corazón con la mano, levantando una larga mirada al cielo—. Tocaré para vos, Arcangelo, de la forma que más os plazca, cuando queráis, en cualquier lugar, independientemente de lo que elijáis cantar. —Y después de haberle mirado fijamente, apartó la vista de sus pupilas.

—Os creo —respondió Arcangelo—. Vos estáis de la parte de nadie, ¿no es así? Y estáis aquí en misión para todos, ¿no?

Gaspar cerró los labios y se acaloró, sonrojándose por completo. Luego explotó en una carcajada, golpeando las manos contra las pantorrillas.

—¿Os hago reír? —preguntó Arcangelo levantando las cejas.

—Perdonadme, pero me estaba preocupando y no me esperaba un comentario tan divertido de vuestra parte.

—Pues no es ninguna broma. Estoy muy serio —contestó Arcangelo.

—Dejadme que pruebe, y me diréis si estoy equivocado.

Gaspar se divirtió exponiendo la tesis de Arcangelo, como si se tratara de un cuento ameno.

—Yo estoy en misión para nadie... —repitió frenando la hilaridad—. Ah, no, perdonad. Yo estoy en misión para todos... y estoy de parte de nadie. Si habéis dicho así —dijo. Y se rio.

Arcangelo esperó a que Gaspar se volviera a poner serio.

—Se lo he dicho así, porque es así, maestro Sanz. Vosotros estáis aquí para evitar la llegada de Aguilar a Roma. Porque quien os manda obstaculiza la sucesión francesa a la corona española, y Aguilar podría empujar a Inocencio XII a apoyar a Luis. Pero yo estoy seguro de que el papa no necesita que le animen hacia esa dirección. Ya está suficientemente cerca de los franceses. Además, he escuchado decir que vuestro rey siente tanto odio hacia su reina que odia a todo lo que, como ella, es austriaco o habla alemán. ¡No procederá jamás con un testamento a favor de Leopoldo!

—Veo que estáis bien informado —reconoció Gaspar.

—Por lo tanto, quien os manda aquí no está a favor ni de Luis XIV ni de Leopoldo I. Creo que también vos sustentáis esta difícil tercera posición. ¿Estáis convencido de verdad que puede haber una tercera posibilidad para salvar al Imperio español y evitar una terrible guerra de sucesión?

—Entiendo la influencia de tantos símbolos alquímicos en esta mansión... pero sois demasiado hermético —protestó Gaspar.

—Intentaré ser más claro, entonces —dijo. Sus labios húmedos rozaron imperceptiblemente el cuello de Gaspar—. Estáis aquí para buscar a Carbonelli, el alquimista. Quien os envía ha sabido que todavía está vivo por intercesión del legado. Decidme la verdad, ¿creéis que Carbonelli se encuentra aquí en la casa, verdad? Estáis aquí para liberarlo, y a cambio pensáis que él puede curar a Carlos II y lograr incluso que tenga descendencia para el trono. ¡De esta forma todo quedaría resuelto!

Arcangelo se echó hacia atrás como una morena.

—Si vos estuvierais de verdad de mi parte, como habéis dicho, me ayudaríais a no dejar nada por intentar con tal de evitar años de guerras y matanzas. Sobre la Corte española sobrevuela una multitud hambrienta de quebrantahuesos sin escrúpulos. Sois capaz de observar directamente con vuestros propios ojos las sombras terribles que se alargan sobre el cabezal del rey y que se proyectan sobre toda Europa...

—De hecho las veo —respondió Arcangelo con la mirada dirigida hacia las

sombras y la voz de hielo resquebrajada— y pretendo ayudaros.

Gaspar lo intentó de nuevo.

—Admitamos que tenéis razón.

—Admitamos —le permitió Arcangelo.

—¿Por qué me debería fiar de vos? Os he conocido mientras mentáis, y además a mí.

—Pero cuando canté para vos lo hice con el corazón.

Gaspar se rindió.

—¿Cómo lo habéis descubierto? —dijo, pensando que antes le mataría que continuar con la mentira.

Había sido espiado por las mismas personas que tenía que controlar. Y del único del que se habría fiado ciegamente había sido asesinado de forma horrible.

—Si no os molesta, me gustaría seguir paseando.

—¿Os gustaría conocer también quién ha asesinado al guardia del cardenal Aguilar y quién ha asesinado al molinero de ese modo tan horrible que os han contado?

—Me gustaría saber quién ha asesinado al molinero y por qué lo ha hecho de esa forma, sí —admitió.

Arcangelo se divertía dejando ir a su ratón para cogerlo de nuevo sin hacerle daño y poder seguir jugando.

—Porque quien ha asesinado al guardia ya lo sabéis, ¿no es así?

—Claro —respondió Gaspar con el corazón que le latía con insistencia como si quisiera salir—. Fueron las mismas personas que me secuestraron.

—Estoy de acuerdo. Y quién os ha secuestrado, ¿lo sabéis?

—No, no lo sé, yo me escapé y...

—¡Yo lo sé! —exclamó Arcangelo, jugueteando con una ramita y esperando a que aumentara un poco más la preocupación en Gaspar. El perfume poco grato de su palidez impregnaba el aire mezclándose con el olor de tierra que evaporaba del terreno todavía húmedo tras el temporal. Gaspar debería haberse desmayado, pero preguntó:

—Si lo sabéis, decidlo. ¿Quién me secuestró?

Otra carcajada desgarradora.

—¡Os secuestrasteis solo!

—Habladme del molinero —le pidió Gaspar con ansia.

—Estoy convencido de que lo descubriréis. —La ramita acariciaba todavía su perfil lleno de curvas y claro como la luna llena—. Los Confortadores también vendrán a buscaros. Nos encontramos todos vendidos: ¡yo, vos, el legado, su majestad vuestro rey! España, el papa, los músicos que se han citado aquí... ¡Todos muertos! ¡Todo se va a la ruina! Esos malditos han infectado la Iglesia, y la Iglesia

tiene el poder de infectar el mundo entero.

¿Sabéis lo de los Confortadores?

Arcangelo asintió.

—Quizás pueda ayudaros a vencerles contra el tiempo. Lo intentaré, Gaspar. Coged a Carbonelli. Vos estáis luchando por una causa tan justa como sin sentido. Salvaremos a los invitados.

Arcangelo apartó las tinieblas de los ojos.

—No nos podemos quedar mirando —dijo Gaspar.

—A estas alturas, yo veo también incluso sin mirar. Ya no quiero volver a mirar, ver o sentir... Estoy cansado, amigo mío —agregó, y mientras decía estas palabras puso una llave entre las manos de Gaspar. Y le cerró los dedos con fuerza—. Ahora marchémonos, dijo apresurando el paso. Tengo ganas de cantar.

## XV

---

Aplausos llamaban la atención. Apresuradamente se anunció que el maestro Sanz acompañaría a Arcangelo.

Los músicos se reunieron bajo una atmósfera donde se percibía una tensa espera.

Mientras todos saboreaban la dulce música que estaban a punto de escuchar, mientras se rumoreaba sobre las extraordinarias cualidades de la González, con sus maderas todavía salvajes y aún increíblemente capaz de redoblar el volumen de cualquier instrumento, Gaspar calentaba las manos y se recogía en meditación.

Las cuerdas, en una guitarra española, distan del teclado solo pocos milímetros, pero en ciertos momentos cada dedo de la mano izquierda es como un funámbulo desde una altura que produce vértigo. Un error es siempre como caer, pero esta vez habría sido fatal. La sala del teatro estaba a rebosar con los músicos vivientes más importantes, reunidos en la residencia Ravelli para un acontecimiento que nadie había jamás ni siquiera rozado con la imaginación y en el que cada uno se encontraba implicado, secuestrado, encantado, absolutamente impotente.

Para todos era la ocasión única de tocar en presencia de la música. Por orden del legado, debían celebrarse conciertos cada día de forma que todos los músicos pudieran exhibirse y escucharse los unos a los otros. A disposición de cada uno tenían una hora de música propia y una de música de los demás.

Pero las reglas se habían saltado.

Tal y como había pedido, Gaspar había tenido su agua caliente. Los hombros se encontraban relajados. Sumergió los brazos en la tinaja y respiró. Controlaba la mente y dejaba libre el cuerpo. Los brazos nadaban como ballenas en el océano, el vapor parecía la niebla de la mañana. La voluntad se entorpeció, pero solo por un instante.

Faltaban pocos días para el final del año.

Pocos instantes antes de la más importante exhibición de su vida se secó los brazos y se dobló las mangas sobre la piel caliente, con el oído atento y listo para captar las tonalidades sonoras más escondidas.

Alguien le pidió permiso para entrar. Una ligera corriente de aire alcanzó a Gaspar sobre los hombros.

—Maestro, perdonad por la intrusión. ¿Estáis listo? Ahí abajo os esperan, y no sabéis con cuánta ansia. Están todos ocupados en prometer al vecino las maravillosas acrobacias sonoras de vuestro instrumento, tan peculiar y tan difícil.

El legado movió los hombros arriba y abajo en una risa para sí mismo. Apoyó ligeramente los labios sobre un vaso y aspiró el típico humo denso y aromático.

Un servidor apoyó un cáliz dorado sobre un plato de plata. Gaspar lo agarró con las manos poco firmes y cargadas de la sangre que latía dentro.

—Maestro, va por vosotros.

—Vuestra gracia... —Gaspar se agachó en una pequeña reverencia.

Aguilar estaba sentado en primera fila, mordiéndose los nudillos por la satisfacción, orgulloso, como si estuviera por exhibirse él mismo.

El teatro estaba listo.

Detrás del telón estaba la González.

Arcangelo llevaba un enorme sombrero hecho de plumas de varios colores. Largas espadas, unidas a su cintura, cortaban las diferentes capas de la túnica y se dejaban ver bajo el escudo dorado que llevaba en la mano.

Esperaba la entrada en escena, inmóvil, con la mirada tensa hacia la nada, y nadie se atrevía a dirigirle la palabra.

Entraron en escena entre aplausos.

Gaspar se sentó y comprobó las cuerdas.

Tras las primeras notas todos susurraban en voz baja largas eses pidiendo al silencio.

*Sepan todos que muero*, susurró Arcangelo al oído de Gaspar. Él asintió con la cabeza en un gesto afirmativo. Cerró los ojos y comenzó a dejar vibrar las cuerdas.

Luego Arcangelo hizo lo mismo con las suyas y comenzó a cantar.

*Sepan todos que muero de un desprecio que adoro.*

Los músicos en la sala, gimieron, temblando al mismo tiempo.

*Adoro este desprecio encantador.*

Escuchaban al castrado más importante de todos los tiempos, recién llegado del pasado, para ellos y para sí mismo. No para salvar al mundo, sino para terminar, quizás, en una eternidad mejor, donde que hubiera más luz no quería decir que correspondieran más sombras.

*Y por cuanto haya ángeles aquí...*

Un ángel, su milagro. Habría podido bajar a la platea, aplaudir ante aquellos ojos ensimismados y nadie habría escuchado, nadie le habría notado.

*... el ángel que amo está más allá del imposible.*

Dicen que existe una piedra que si la tienes en la boca puede entender el lenguaje de los pájaros. Un ángel, su milagro. Arcangelo había metido una de esas piedras en cada una de aquellas bocas abiertas de par en par.

*Quiero sufrir lo imposible. Quiero sufrir lo insufrible, amar y no perecer, sembrar y no recoger, porque si tengo que morir, entonces que sepan todos que muero de un desprecio que adoro.*

Arcangelo habría querido decirle a Gaspar que jamás había cantado con un acompañamiento tan bello y perfecto.

Una pesada lágrima se desprendió de sus ojos.

*Del sol cuento esas venas brillantes que llaman rayos, y temo menos el deliquio contando rayos que penas, porque las cadenas del amor bloquean mi libertad, y en el cielo todavía no he visto un atisbo de piedad.*

El cardenal Aguilar, Dios, le amenazaban desde arriba, dejando caer acusaciones en las vísceras de su conciencia. Un placer líquido discurría por sus venas, sangre que deglutió en silencio. Ese éxtasis no era suyo. Ese éxtasis lo dominaba.

*Que todos sepan que muero de un desprecio que adoro.*

Aguilar adoraba el desprecio.

*De una altura tan singular es el objeto de mi empeño, que solo con el deseo todavía no logro alcanzarlo.*

La sala estaba repleta de sollozos ahogados.

Arcangelo miró a los ojos de su público y vio a Ravelli que lloraba.

*De mi pueden bien lamentarse si sabiéndome humano en el amor supremo sigo esperando.*

Pensaba en el periodo glorioso. Lo subyugaba todavía. Más allá de la propia vida, él estaba allí, dentro de cada una de las lágrimas. Cantó, al final, con un hilo esbozado que se convirtió en un vértice de cristales brillantes como kilos de luz brillante en los límites del fuego.

*Que todos sepan que muero de un desprecio que adoro.*

Al final de la canción, Gaspar y Arcangelo volvieron a este mundo, temblorosos, llamados por el fragor del aplauso.

Arcangelo agarró a Gaspar por un brazo, mientras este todavía se levantaba de la silla. Se lo agradeció entre lágrimas y volvió a recoger la suma de aplausos que le era debida.

El público se encontraba de pie.

Los jovencísimos Johann Sebastian Bach y Sylvius Leopold Weiss se subieron sobre los hombros de quienes estaban delante para exultar a aquella gran música y gritar su entusiasmo.

Arcangelo se encogió ante los aplausos, repitió sobre el escenario los movimientos perfeccionados con el tiempo. Tanto tiempo. Demasiado tiempo. Parecía que se estaba preparando para una repetición.

Luego, con un movimiento lento y sereno, extrajo una de las espadas que le colgaban de la cintura y comenzó a voltearla, logrando que el aire vibrara. Parecía alocado ante la enorme alegría que sentía. La espada giraba sin llegar a detenerse y él, feliz, estaba en el centro de un vértice de locura vibrante que cortaba el silencio del público.



De repente detuvo la espada a media altura y se quedó inmóvil, orgulloso como una estatua romana.

Estará a punto de realizar un saludo original, pensaban los demás. Tiene que tratarse de una nueva ceremonia digna de su alocado personaje, susurró alguien. Ahora nos dará un mensaje de bienvenida por la llegada del año nuevo, concluyó otro.

Pero, precisamente cuando comenzaron los primeros susurros, Arcangelo desenvainó la hoja y se la dejó discurrir lentamente por la garganta.

Cayó de rodillas sobre el escenario. Tenía los ojos sonrientes y la expresión llena de satisfacción. Cantaba en su sangre, que fluía ya sobre el suelo. Se esforzaba y apretaba con fuerza el brazo de Gaspar.

—Lo he hecho todo solo —le dijo sofocándose y tosiendo a la vez—. Esta vez ningún barbero, solo yo. Ahora soy libre.

—No habléis —le susurró Gaspar, levantándole la cabeza.

En el aire en el que antes había reinado la música, ahora se escuchaban solo gritos.

Sangre sobre la guitarra.

Arcangelo tuvo todavía fuerza para tirar de Gaspar y decir, susurrando:

—Un día lo entenderéis.

# ROMA, UN DÍA DE VERANO DE ESTE AÑO

---

# 1

---

—¡Deja ya el teléfono! No respondas. Deberías más bien concentrarte. ¡Cuelga! —El maestro Hendo hacía un resumen del texto recordatorio a Fosco Noi antes del gran momento—. ¡Tienes que moverte siempre, primero el izquierdo y luego el derecho! —gritaba en vano—. Derecho e izquierdo, y avanzar para atacar. ¿Me has entendido?

—No recibo bien, espera que me muevo.

Fosco se apartó con la espada de bambú en una mano y el teléfono en la otra. La *hakama* le rozaba sus pies desnudos. Los gritos de los alumnos, los golpes de los pies sobre el tatami y de las espadas sobre el fondo no cesaban de llamar su atención en el *dojo*, a la adrenalina de la lucha inminente.

—Ahora le escucho. ¿Quién es?

—¿Cómo va la competición, señor Noi?

Desde dentro del *dojo*, Hendo seguía gritando.

Fosco se tapó un oído con la punta del dedo índice.

—¿Quién es?

—Usted es el señor Fosco Noi, ¿no?

—Exactamente. Perdóneme, ¿y usted quién es?

—Me llamo Gerard Della Rosa y me gustaría encargarle un asunto.

—¿Un asunto?

—Se trata de una guitarra que ha sido robada.

—No soy un investigador —contestó molesto.

—Lo sé, pero nos gustaría que se ocupara usted.

Hendo gritaba cada vez más fuerte.

—¡Fosco, quieres colgar de una vez!

—De todos modos, ahora no puedo.

Aquel que se había presentado como Gerard Della Rosa contestó:

—Cien mil euros inmediatamente y otros cien mil cuando nos entregue la identidad de los ladrones. Sin impuestos. Más los gastos. Queremos que sea usted, señor Noi. Venga a vernos.

—¿Es usted el propietario de la guitarra que fue robada ayer por la noche?

—Veo que ya está informado de todo. Sabía que había elegido bien.

—En cambio soy la persona equivocada, lo siento. Leo solo los periódicos. ¿Cómo han logrado tener mi número? ¿Cómo tengo que decirle que no soy un investigador?

—No es mi intención crearle más molestias, señor Noi. Es suficiente que responda que no a doscientos mil euros.

Después de un largo silencio, Fosco suspiró, soplando sobre el auricular.

—Necesito pensarlo. Iré a verle para hablar personalmente.

—Está bien, señor Noi. Tiene mi número de teléfono. Hasta pronto.

El maestro Hendo saludó levemente con la cabeza a su mejor alumno, que volvía al enfrentamiento.

Fosco avanzaba orgulloso hacia el centro del tatami, para llegar hasta donde estaba su adversario, que le esperaba concentrado bajo la mirada observadora de un círculo de hombres arrodillados, sentados sobre sus propios talones, con la espalda recta y las manos apoyadas sobre las piernas.

Los adversarios intercambiaron una reverencia. Se pusieron los elementos de protección. Las puntas de las espadas de bambú se tocaron levemente, acariciándose temblorosas como lenguas extendidas.

Se escucharon los primeros gritos amenazadores.

Fosco intentó herirle en la muñeca, pero sin convicción. Solo un intento. Escondidos por una larga túnica negra, sus pies se arrastraban hacia atrás con un movimiento impenetrable.

Las puntas de los bastones seguían sin perderse de vista.

Al maestro Hendo no se le había pasado por alto la carga y la determinación con las que Fosco había regresado al tatami después de la llamada telefónica. Es más, si se le miraba con la atención de la que solo él era capaz, podía incluso tratarse de prisa. Lo observó preocupado, siguiendo los más pequeños e imperceptibles movimientos: los hombros algo rígidos, los pies que no agarraban como debían al suelo, su respiración que traicionaba sin lugar a dudas las prisas, un enemigo muy peligroso. ¿Por qué, se preguntó Hendo, de repente Fosco tenía prisas por terminar el encuentro? Como siempre en momentos parecidos, comenzó a transmitir a su alumno estos preciosos pensamientos: la mente tiene que estar siempre presente, no te dejes distraer por detalles inútiles. No tienes que mirar un punto, no tienes que mirar nada, solo así lo verás todo. No tengas prisas. Concéntrate en medio de tus ojos formando una pequeña doblez de la piel en la base de la nariz. Controla tu mente y deja libre el cuerpo. Ten los hombros relajados y escucha únicamente la punta de la espada.

Ninguna tensión. Eso es, así.

Fosco no le decepcionó. Atacó en el momento acertado, emitiendo un grito seco e implacable. Un golpe en el centro de la cabeza, rápido como una sacudida al paraguas mojado antes de entrar en casa, al termómetro antes de medir la fiebre.

## 2

---

Las ventanas de la parte inferior del búnker<sup>[1]</sup> se encontraban iluminadas. Cuando Fosco entró, Lucía estaba sobre el sofá, sentada delante del televisor apagado. La vio esconder una hoja detrás de la espalda e intentar inútilmente aguantar las lágrimas.

—¿Por qué lloras? —le dijo. Fueron suficientes dos pasos para estar junto a ella.

Lucía se limpió la nariz.

—Es verdad, estoy llorando.

Fosco tocó una lágrima que se le había detenido a la altura de la barbilla.

—¿Problemas?

Pero sus labios, densos y brillantes, no se cerraron.

La miró intensamente a los ojos enrojecidos, intentando leer entre los reflejos coralinos de sus pupilas oscuras qué era lo que la estaba haciendo sufrir. Se perdió entre cada detalle lleno de belleza de su rostro: las mejillas pronunciadas, que parecían islas que afloraban en un mar de cabellos en tempestad; las largas y abundantes pestañas, que permitían a sus ojos ser bellos incluso estando cerrados... Y pensó en lo afortunado que era. Le dijo que la amaba y le preguntó de nuevo por qué lloraba, qué era lo que le estaba pasando por la mente.

No eran verdaderos problemas. En la mente de Lucía se escuchaban solo desde hacía unas horas las mismas, pocas, irremediables palabras:

*Test presencia anticuerpos anti-embriones: positivo.*

No podía tener hijos.

Por un instante, ella pensó en decírselo. En ese instante lo pensó de verdad, pero luego cambió de idea.

—Una tontería —le dijo—. Extrajo otro pañuelo de papel del bolsillo y mientras tanto escondió todavía mejor el resultado de los análisis médicos sentándose encima.

—¿Me estás escondiendo algo? —preguntó Fosco, sintiéndose algo incómodo asumiendo el papel de un hombre celoso.

Lucía soltó una carcajada histérica.

—No, es que... —Consumió las lágrimas que se le habían quedado dentro—. Ahora te lo voy a tener que decir a la fuerza, si no qué vas a pensar...

—Pensaré que tienes un problema —dijo él mientras le llenaba un vaso de agua.

Ella sorbió un poco con la nariz.

—Ningún problema. Háblame de tu encuentro.

Él le apartó el pelo de la cara y le ofreció el vaso.

—Antes quiero saber por qué estabas llorando.

Lucía deglutió, asintiendo, y se decidió a decirle una mentira.

—No veía a Alice, del reparto de maternidad, desde hacía dos semanas. Hoy me tocaba a mí ir a la farmacia a recoger las medicinas para nuestro reparto, por lo que decidí pasar por allí para verla. La encontré con un vasito de plástico transparente en la mano. Al preguntarle lo que estaba haciendo he visto que dentro del vasito había un niño, así de pequeño —Lucía situó sus dedos pulgar e índice a una distancia de unos cinco centímetros—. «Un feto, un aborto», me ha dicho ella como si no fuera nada. «Hasta hace unos años los tirábamos al inodoro. Ahora, en cambio, ya no se puede hacer. Eh, no, no es porque los que hacen las leyes sean personas sensibles, no, no. Es porque ahora los fetos son una buena fuente de ingresos». Tenía la cabeza, los brazos... No he tenido coraje para seguir mirando mucho más tiempo pero creo que también tenía ojos y dedos.

Fosco la abrazó.

—Lo siento.

—Para algunos tener hijos es un problema. Para otros no tenerlos es el problema.

—Ninguna de estas dos situaciones nos atañe —dijo Fosco para tranquilizarla—, ¿no?

Ella lo miró, mostrando una cara dulce e infantil.

—Si me quedara embarazada no abortaría por ningún motivo al mundo.

—Quita también el «si» —dijo él con mucha ternura. Puso el dedo sobre otra lágrima y le llenó la cara con dibujos invisibles.

Quizás, en ese momento, una sospecha intentó abrirse camino en el desorden de su mente. Una sensación demasiado débil en relación con todo el desorden que sentía por dentro. Así que la perdió.

Olvidada, desaparecida en la sombra de otros pensamientos más inmediatos.

Comenzó a caminar de un lado a otro del búnker, alisándose nerviosamente el pelo. Con la mirada clavada en el suelo, le habló de la llamada recibida.

Lucía escuchó. No dijo nada. Luego, de repente, salió de detrás de un nuevo pañuelo de papel, donde se había escondido tras sentir vergüenza por haberle mentado, y se puso de pie olvidando incluso el informe médico sobre el sofá.

—¿Doscientos mil euros? —dijo de repente.

—Doscientos —admitió Fosco con una mezcla entre el orgullo y el asombro.

Ella contestó con soltura.

—Tú no eres un investigador.

—No —dijo lanzando las manos al aire—. ¡Pero tengo solo que encontrar una guitarra!

—No sabrías ni siquiera por dónde empezar.

—Te equivocas. Sabía del robo y conocía el nombre de la persona que me ha

llamado.

Los ojos oscuros de Lucía se movían atónitos fuera de las mejillas. Incluso él no lograba creer en lo que le estaba diciendo.

—Si es por eso, conozco muy bien a la directora de la exposición que debería haber custodiado el instrumento.

—No me lo creo —dijo Lucía, que se sentía aliviada ante la evidente exageración de Fosco.

—Lo he leído en el periódico.

—Tú no lees nunca los periódicos.

—Pero los hojeo. Y esta mañana, pasando las páginas de la crónica local, he visto la foto de mi antigua profesora de Historia, Loinèda. Te hablé de ella en una ocasión.

—Pues no lo recuerdo —comentó Lucía.

—Tengo intención de ir a verla mañana. Después decidiré si ir a ver a este señor Gerard Della Rosa o no. Lo único cierto es que lo pensaré dos veces antes de rechazar ese dinero.

—¿Y si no lo consigues? ¿Y si te metes en un lío?

Unió sus manos antes de seguir hablando.

—Si únicamente acepto, son cien mil. Si la encuentro, otros cien.

Lucía se sentó de nuevo contra el informe médico y dijo:

—¡Pero podemos vivir incluso sin ese dinero!

—En una casa digna. Sin problemas. Con ventanas. Sin el riesgo de ir a prisión. Con una habitación para los niños.

—Sé prudente. No podría vivir sin ti.

### 3

---

De la cocina, mientras secaba las vajillas todavía calientes, la profesora Loinèda desviaba una mirada hacia la sala de estar y se divertía escuchando a su hija que estudiaba:

*En el siglo XVII se consideraba un comportamiento civil y cortés limpiarse la nariz con un pañuelo sin hacer ruido...*

—¡Mamá!

*... resguardándose discretamente el rostro con el sombrero para no dejarse ver por los demás...*

—¿Mamá estás sorda?

*... Antes de limpiarse la nariz, se juzgaba de escasa educación emplear demasiado tiempo para sacar el pañuelo. Todo se tenía que desarrollar con naturaleza y sin que los demás se percataran de ello, así que no era necesario abrir el pañuelo y ver por dónde había que usarlo y por supuesto era considerado una falta grave controlar el contenido del pañuelo...*

—¡Mamá! Es tu teléfono... está sonando. ¿Está aquí en tu bolso?

*... También las personas educadas y de rango no aguantaban los vientos de su propio cuerpo, ya fueran altos o bajos, pero procuraban dejarlos salir sin rumor, posiblemente alejándose y separándose. Esta regla era todavía más importante en caso de necesidades corporales, que no había nunca que explicarlas en público. Mostrar lo pudiendo era considerado horrible y poco conveniente, especialmente si se producía en presencia de personas del sexo opuesto...*

—¡Mamá! Están llamando a la puerta. ¿Abres tú?

La profesora Loinèda se detuvo delante de la puerta, justo el tiempo necesario para colocarse bien el pelo y el vestido. Luego abrió sin quitar la cadenita.

—¡Profesora! He intentado contactarla por teléfono para avisarle de que estaba subiendo. El telefonillo está roto...

—¡Ah, Fosco! —dijo, y abrió la cadena—. No me había olvidado de tu visita. ¡Qué alegría verte!

Fosco dio dos pequeños pasos sobre la alfombrilla de la entrada antes de pasar.

—El gusto es mío —dijo, y tras estas palabras la abrazó—. ¡Llevamos sin vernos diez años!

—Pasa —dijo la profesora Loinèda indicándole un sofá blanco en el centro de una pequeña sala de estar que perfumaba el té a la bergamota y galletas de



mantequilla—. En realidad han pasado nueve años.

Alargando un dedo tras otro, Fosco confirmó.

—Sí, son nueve.

La joven se presentó distraídamente y cambió de cuarto sin separar los ojos del libro.

—Preparo un té —dijo la profesora.

Fosco se sentó.

—No se moleste, me marchó enseguida. Le prometo que volveré a verle.

La mujer desapareció tras una cortina de perlitas de colores.

—Dime, Fosco, ¿te has casado?

—Sí, se llama Lucía —respondió mientras miraba a su alrededor. Es enfermera.

—¿Tenéis niños? —siguió preguntando la profesora. Se escuchaban sus gestos moviéndose entre la vajilla.

—Todavía no —respondió Fosco—. Aunque nos gustaría tener al menos dos.

—¿Limón?

—Sí, gracias.

—Cómo has sabido que...

—Leía el periódico. Por casualidad vi su rostro en la foto, y su nombre abajo... «Vaya, ahí está la profesora Loinèda», me dije. Si no hubiera sido por eso ni me habría fijado en la noticia.

La profesora regresó con una bandeja humeante en la mano, dejando detrás el ruido de las bolitas de la cortina.

—Cuidado que está todavía caliente —le dijo depositando una taza sobre la mesita. Él se apresuró a apretar los labios sobre un trozo de brasas recién atizadas, que más o menos era lo que le había parecido el borde de la taza de té, y lanzó un grito ahogado.

La señora Loinèda ocultó su diversión tras una servilleta.

—No has cambiado en absoluto, Fosco.

—¿También era así en el colegio? —dijo, intentando aparecer indiferente ante el dolor.

—Peor —dijo la mujer, que le ofreció unas servilletas—. Un desastre. Pero en historia siempre ibas bien. Recuerdo que te gustaba.

Fosco asintió silencioso y cruzó las piernas.

—Pero le confieso que no sé nada de instrumentos de época ni de música antigua.

—Quién sabe por qué, entonces, te han elegido precisamente a ti para encontrarla. No sabía que hacías este tipo de trabajo.

—Y no lo hago —dijo Fosco levantando los hombros—. Pero quizás han sabido que se me daba bien la historia.

—¿Y entonces en qué trabajas? Después de todo, eras uno de mis estudiantes más

prometedores, así que tengo derecho a saberlo, ¿no?

—En este momento lucho para sobrevivir —Fosco miró fuera de la ventana y asumió un aire melancólico—. Sueño con abrir un gimnasio de artes marciales, pero por ahora me contento con ser el ayudante de mi maestro.

—Ah, bueno —dijo la profesora sin ocultar su desilusión—. De todos modos, si puedo permitirme un consejo, te recomiendo que lo pienses bien la próxima vez antes de meterte en estos asuntos. Los traficantes de obras de arte son criminales como los demás.

—No tiene por qué preocuparse, sé defenderme. He leído en el periódico que usted es la directora del museo a quien el matrimonio Della Rosa iba a donar la guitarra. Quizás puede ayudarme a entender un poco más la situación. Me puede hablar del instrumento, por favor.

—Está bien. —La profesora sopló dentro de la taza y bebió lentamente—. Hasta el anuncio de hace unos meses no sabíamos ni siquiera que existía. Lo que sabemos sobre su historia es muy poco y está relacionado con los últimos cien años, durante los que la guitarra ha estado en manos de la familia Della Rosa, y sustraída ante cualquier posibilidad de estudio por parte de históricos y músicos, así como de lautistas y comunes apasionados. Se trata de un ejemplar único en el mundo, perfectamente íntegro, una verdadera reliquia, o mejor dicho, una pieza de historia todavía viva y perfectamente en funcionamiento. Un instrumento maravilloso.

—Así que ha logrado escucharla —dijo Fosco saboreando el té con cautela.

—Sí. Fui una de las poquísimas personas admitidas en el concierto, que se desarrolló en casa de la familia Della Rosa. El museo pierde una ocasión importante.

—Hábleme de ello —dijo Fosco mientras iba anotando en un cuaderno.

—Comenzó a las nueve en punto. El guitarrista presentado como el maestro Fernández, era anciano.... ¿Por cuenta de quién lo haces? —le preguntó mientras él terminaba de escribir.

—Fosco puso el punto al final de la frase y levantó la cabeza.

—Ayer por la noche recibí una llamada de Gerard Della Rosa. Decía que quería que fuera yo quien llevara este asunto y que me pagaría muy bien.

—Él y su mujer me parecieron buenas personas. Pero te aconsejo que te lo pienses bien antes de aceptar, Fosco. ¿Conoces a un buen abogado? Habla con él. Hay cosas que los comunes ciudadanos no pueden hacer.

—No se preocupe, profesora —le contestó con una de esas sonrisas con las que lograba siempre subir algún punto en sus notas de historia—. Hábleme de este señor Fernández.

Y ella, recitando en parte el papel del estudiante preparado, le contentó:

—El señor Fernández llegó con mucha calma hasta la silla que estaba sobre el escenario. Habíamos sido avisados todos de que teníamos que mantener el silencio

más absoluto para ese momento, porque la acústica de los instrumentos barrocos, especialmente el de una guitarra, no permite el volumen de los instrumentos modernos (fueron concebidos para una época mucho más silenciosa que la actual). Pese a todo, la mansión de Della Rosa se reveló un sitio apropiado para el concierto. El viejo tocó con la energía de un joven. Fue soberbio, un músico muy habilidoso. El sonido de la guitarra era mágico, intenso, armónico, e hizo enmudecer a todos. Me marcó al final ver al guitarrista que lloraba. Parecía desesperado. Pero creo que estaba emocionado por aquel instrumento. También hubo entre el público quien se conmovió, y sentí a más de uno sollozar durante el concierto.

—¿Había cámaras?

—No, no se podía ni grabar ni tomar fotografías, ni registrar por petición de los propietarios. Y la cuestión también contaba con nuestro favor. Nos creaba una cierta ventaja, aumentando la curiosidad alrededor de la guitarra y sobre todo ante la peculiaridad de la que todos hablaban.

—¿Cuál es?

—Una gran mancha dorada en la parte frontal. Se quedó así, brillante como si acabara de caer, a pesar del tiempo. Si se miraba, parecía que el oro había sido arrojado cuando todavía estaba sujeta por el guitarrista, porque se entreveía la forma de una mano en negativo, o mejor dicho, las señales de los dedos cerca del borde, cinco rayas sin oro, de madera clara. ¡Hay quien dice que es la mano del famoso guitarrista Gaspar Sanz!

Fosco tomaba apuntes e iba moviendo la cabeza arriba y abajo. El ruido de la ciudad hacía vibrar los cristales de las ventanas y una luz diáfana se filtraba entre las cortinas de algodón.

—Tiene que ser difícil de colocar un instrumento de estas características.

—No hay lugar a dudas de que se trata de un robo bajo comisión. Alguien quería la guitarra exclusivamente para él. Del archivo del constructor Carlos González, sabíamos que había sido construido un instrumento en su taller en los últimos años del siglo XVII y que fue entregado al cliente en octubre de 1599. Quién fue el cliente nadie lo sabe, pero según algunos estudiosos tuvo que ser construida para el guitarrista Gaspar Sanz, de la Capilla Real española. En una carta de aquella época está descrita como un prodigio de la ebanistería, con la característica única de la banda y el fondo pintado con un color rojizo intenso. La que he visto yo responde a tal descripción, pero en ningún documento se habla de la mancha dorada. Los expertos han certificado que se trata de una Carlos González auténtica. Considerado el hecho completamente extraordinario de que ha conservado el sonido intacto, su valor no es cuantificable.

Una música pop sonó desde el interior de los pantalones de Fosco. En la pantalla de colores del teléfono salía el nombre de Lucía. No respondió y se levantó.

—Ahora me tengo que marchar, profesora.

—¿Ya?

—He pedido a mi mujer que descubriera en qué hospital ha sido aceptado el señor Fernández. Debe haberlo encontrado —dijo, e indicó el teléfono que se estaba poniendo en el bolsillo.

—Por lo que yo sé, está bien —dijo la profesora—. ¿Todavía está en el hospital?

—He leído que lo encontraron sin conocimiento en el bosque de la casa del matrimonio Della Rosa, a pocos metros de la casa.

—Sí. Y la guitarra ya no estaba. Pero nosotros nos acercamos y el señor Fernández no tenía nada.

—En el periódico se dice que fue golpeado.

—Yo no vi ninguna señal de golpes, nada. El señor Fernández no tenía nada.

—Es al menos extraño pasar a través de un bosque para ir desde el escenario hasta el camerino, ¿no le parece? ¿Y cómo puede ser que nadie se diera cuenta de nada?

Por los sonidos agudos provenientes del bolsillo de Fosco se anunció la recepción de un mensaje.

—Tiene que ser de mi mujer —dijo sacando el móvil del bolsillo anterior con dos dedos. Era Lucía. El mensaje decía: «tu guitarrista está en nuestro hospital. ¡Está muy bien!».

El rostro de Fosco se iluminó ante la satisfacción.

—Iré a ver al señor Fernández.

—De todos modos ten —la profesora le alargó una foto—. La hicieron a escondidas. Había poca luz pero podría resultarte útil.

Fosco se detuvo sobre la puerta, pasó una mirada rápida por la foto y luego miró sonriente a la profesora y le dio la mano.

—No sé nada de guitarras, pero la encontraré. Su museo tendrá la González, puede estar segura.

Detrás de la mujer, el reloj, un círculo de plástico rosa colgado del muro, iba recortando el tiempo en segundos.

## 4

---

Sobre el techo de la habitación, en el semisótano que desde el primer día habían llamado «el búnker», había aparecido de nuevo una mancha de humedad. Fosco, tumbado sobre la cama, con las manos bajo la nuca, la miraba y jugaba a borrarla con las cejas.

—No terminas de pintarla de blanco y se vuelve a formar.

Lucía no entendió de lo que estaba hablando.

—Muy pronto podremos comprar un ático —dijo Fosco.

—Un día —le respondió ella con un bostezo.

—Lo digo de verdad. He decidido aceptar. Encontraré esa guitarra, ya verás.

Lucía protestó, golpeándose la frente con la punta del dedo índice.

—Tú estás completamente loco. Me das miedo.

—Mañana iré a buscar los primeros cien mil —susurró.

—Tengo miedo —repitió mecánicamente Lucía—. Tengo miedo.

—¿Crees que mañana podré ir contigo a ver al señor Fernández?

—Pienso que sí. El director del hospital lo ha puesto en una habitación individual, solo para él. Tiene incluso una enfermera personal —explicó. Luego bostezó ampliamente y se dio la vuelta—. He visto en alguna ocasión cosas parecidas pero solo con personas muy importantes. Tres veces al día el director y otros dos médicos pasan para comprobar cómo está...

—¿Y qué es lo que dicen? —preguntó Fosco admirando la vía láctea y las miles de estrellas de humedad que se esparcían por el techo del búnker.

—Nada. Los médicos dicen cosas sin sentido.

—¿Y quién de nosotros no lo hace?

—Hoy ha venido un cardenal a visitarle. Iba vestido de negro con una faja roja en la cintura, y también llevaba un enorme anillo rojo y una cruz de oro blanco en el pecho.

—Bueno, pues entonces este Fernández es seguramente una persona muy importante.

—Ya ves. ¿Sabes quién compra los discos de música barroca? —Se dio la vuelta y esperó a que Fosco la mirara antes de seguir—. Nadie.

Fosco suspiró.

—De todos modos ya he comenzado a indagar.

—Tú no eres un investigador —protestó ella, inmediatamente alcanzada por un

bostezo.

—Sí, pero puedo convertirme en uno. La suerte parece estar de mi parte. He ido a ver a mi antigua profesora, y Loinèda es solo una de las tantas coincidencias. Piensa que el guitarrista que ha sido situado en tu reparto... ¿entiendes?

Pero la cama era cada vez más blanda. Lucía, completamente agotada por el cansancio, saboreaba las palabras que no decía pero imaginaba que decía, con dulces movimientos de la lengua. Y un instante después ya estaba profundamente dormida.

Fosco, en cambio, no tenía sueño.

En la oscuridad del búnker, la pantalla del LCD permanecía encendida. Buscó en internet. Como «guitarra barroca» algo había pero poco sobre la González. Algún raro concierto, poquísimas notas de prensa sobre discos, seminarios estivales... Y dos nombres se repetían constantemente: Hopkinson Smith y Rolf Lislevand. Pero pocos enlaces también para ellos. Como «Fernández guitarra barroca» o «guitarra barroca», nada.

Luego encontró algo buscando Gaspar Sanz: *Instrucciones de música sobre guitarra española, y método de sus primeros rudimentos, hasta llegar a tocar con destreza.*

Estaba escrito por el padre Gaspar Sanz, que era el docente de la facultad de Teología en la Universidad de Salamanca de 1697.

—¡Un sacerdote! —exclamó completamente asombrado.

## 5

---

El señor Fernández se despertó con los primeros rayos de sol que entraban por la ventana.

Abrió los ojos, balbuciendo algunas frases sin sentido a la enfermera que estaba sentada al lado. Dos labios carnosos, cargados de pintalabios rojo, asomaban entre un capuchino caliente y un periódico todavía cerrado, diciéndole un tímido:

—Buenos días señor.

—Buenos días a usted —respondió el señor Fernández—. He soñado que tenía un concierto delante de una platea sobre la que no lograba ver el final. Debería haber escuchado los aplausos.

—¿Desea algo, señor?

—Sí, me gustaría salir.

Unas horas más tarde, Fosco pudo hacerle una visita. Entró en el reparto de puntillas, con la típica expresión de quien está molesto por el ruido producido por sus propios zapatos mientras está entrando en un lugar silencioso.

—Todavía no te he preguntado cómo te llamas, hijo —le dijo la monja que le acompañaba hasta la habitación del señor Fernández. Durante el trayecto no había dejado un momento de mover las manos, golpeándolas al mismo tiempo que hacía preguntas—. Yo me llamo hermana Guglielmina.

—Me llamo Fosco, hermana. Fosco Noi.

—Oh —exclamó la monja uniendo sus manos y produciendo el típico golpe sordo—. ¡Pero entonces eres el marido de Lucía!

—Ya.

A cada paso, las suelas de los zapatos de Fosco maullaban y arañaban el suelo de plástico del pasillo. A los lados, decenas de personas en la cama para molestar.

—Trabajo en este reparto desde hace muchos años —siguió la monja—. Y no he visto nunca tanta atención alrededor de un pobre viejo.

—Tanta atención debería ser normal en un hospital.

—Sí, pero... ¿tienes idea de quién está pagando todos estos gastos?

—No, hermana.

—No tiene documentos —volvió a unir las manos—. Piensa que no hemos logrado entender ni siquiera de dónde viene. Dice que no lo recuerda. Hemos buscado por todas partes, pero no ha salido ni siquiera un familiar. ¿Sabes por casualidad dónde vive?

—No tengo la más mínima idea.

—¿Y entonces por qué has venido a visitarle?

—Hace años tomé unas clases de guitarra clásica de un cierto Fernández y quería ver si es la persona que se encuentra aquí hospitalizada, si es la misma que está en los periódicos. Pero, admitiendo que sea él, no lo veo desde entonces, desde hace mucho tiempo. No sé nada de él.

—Bueno. Ya hemos llegado.

Demostrando que en realidad se trataba de un tic, la monja unió de nuevo las manos dando un golpecito sordo. Se santiguó y, moviendo el dedo índice, dijo en voz baja:

—Recuerda que con las mentiras se va al infierno.

—Gracias, hermana. Lo tendré presente.

La monja se giró sobre sí misma y se alejó por el pasillo hasta convertirse en un pequeño punto negro.

Fosco se asomó más allá del umbral de la puerta que le había indicado, preguntó con mucho respeto si podía pasar y se abrió paso.

—¿El señor Fernández? —preguntó. Sus pies parecían movidos por un engranaje invisible, pero mucho más ruidoso—. Buenos días. Soy Fosco Noi. Mi mujer me ha dicho que...

—Oh, sí. Pasa, adelante.

—¿Cómo se siente?

—¿Cómo quieres que me sienta? En el fondo, demasiado bien. ¿Sabes por qué todavía me retienen aquí?

—Imagino que todavía necesita descansar.

—Esto me lo repite desde hace dos días la señorita —dijo indicando a la enfermera, que mientras tanto se había dado la vuelta para controlar sus cejas en un espejito de bolsillo. El señor Fernández bajó el tono de la voz y se acercó a Fosco. Le agarró por el brazo—. Me refiero a qué es lo que estoy haciendo aquí. Yo no tengo dinero para pagar todo esto —dijo, e indicó de nuevo a la enfermera.

—No tiene que preocuparse. Evidentemente tiene en algún lugar un benefactor.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Mi mujer... —indicó el pasillo del reparto con la cabeza— me ha dicho que los gastos a su cargo, señor Fernández, han sido ya pagados. Y muy pronto le darán el alta —sonrió—. He venido a hacerle algunas preguntas, si me lo permite.

El señor Fernández le miró guiñando los ojos.

—¿El benefactor es usted?

—No, dijo Fosco manteniendo las distancias, yo trabajo para el señor Della Rosa.

—Entiendo... —El señor Fernández se sentó deslizando la espalda contra la cabecera de la cama—. Le ruego me pregunte lo que quiera.



—Cuénteme lo que hizo después del concierto.

—No recuerdo mucho. Estaba volviendo a la habitación que la familia Della Rosa había preparado como mi camerino, pero debí perderme por algún lugar de la mansión porque no lograba encontrar la puerta para entrar. De repente alguien me agarró la guitarra de las manos. Y en ese momento me debí desmayar.

—¿En el exterior de la villa?

—Sí. Era necesario salir para llegar a la habitación. Protesté en su momento, porque el cambio de temperatura haría que la guitarra perdiese la cordatura. Las cuerdas son muy sensibles.

Fosco reflexionó un instante en silencio, y luego dijo:

—No imagino el motivo por el que no pudieron contentarle.

—Me respondieron que las otras habitaciones no estaban disponibles. Eso es todo.

—¿Notó algo raro, por ejemplo, algo o alguien entre el público?

—Ah, el concierto... Eso lo recuerdo muy bien —dijo. Y el rostro del señor Fernández se iluminó—. ¡Toqué *Folías* de Gaspar Sanz! ¡Qué música tan maravillosa! La familia Della Rosa poseía una partitura desconocida. De verdad que fue algo increíble. Una obra musical perfectamente conservada, escrita por el propio Sanz en persona. ¡Y nadie conocía su existencia! Me pidieron que la ejecutara diciéndome que deseaban poderla escucharla, después de tanto tiempo, y que al día siguiente entregarían una copia al conservatorio. Por fin la harían pública y accesible para todos. Tenía que tratarse de un pequeño secreto entre la familia Della Rosa y el aquí presente. Naturalmente yo acepté. Mientras tocaba aquella música inaudita, el público ni siquiera respiraba. Ni siquiera un golpe de tos. Seguramente los guitarristas presentes en la sala se estarían preguntando si aquellas variaciones eran algo que improvisaba yo sobre el tema *Folías*. Y en cambio, no. Es una partitura magnífica. Finalmente la demostración al mundo que no fue Antonio de San Cruz el rey de *Folías*, sino Gaspar Sanz. Y además, recuerdo la guitarra... ¡Oh, perdóneme! —se interrumpió Fernández—. Estoy divagando, no era esto lo que usted quería saber.

—Yo no tengo prisa, maestro. Si le apetece, después me gustaría escuchar dos palabras también sobre esa música y sobre la guitarra. Sin embargo antes...

—Antes quiere saber lo que ocurrió después.

—Sí —dijo Fosco tocándose la cabeza como si estuviera buscando entre su pelo una respuesta más inteligente que ofrecer.

El viejo le sonrió paternalmente.

—Usted es un atleta —constató, observando su físico fibroso, con una expresión llena de admiración.

—Sí, practico artes marciales japonesas —dijo Fosco, siguiendo la frase en su

pensamiento por pura gratificación personal: «*Aikido, Kendo, e Iadio, y sueño con abrir un gimnasio propio*».

—Para hacer el bien es necesario saber golpear, ¿no?

—Quizás sea así, no lo sé. Pero es lo que tengo intención de hacer a quien le ha dejado en estas condiciones —dijo, y buscó en vano restos de una agresión sobre el cuerpo del señor Fernández—. Según usted, ¿quién podía tener interés en robar la guitarra?

—Seguramente yo —dijo riendo y moviendo la cama al mismo tiempo—. Seguramente yo.

Fosco se acercó más.

—¿La ha robado usted? —susurró.

—Por desgracia no —susurró a su vez Fernández.

—¿Me está diciendo la verdad?

—La verdad no es para todos, ¿lo sabía? —el señor Fernández dejó de susurrar—. La verdad es de quien tiene el coraje y la voluntad de buscarla, de alcanzar los límites para moverlos hacia delante, sabiendo que tendrá que morir por haberlo hecho. La verdad no es una lista de dogmas, de leyes, de prohibiciones.

—¿Puedo saber qué verdad, tan celosamente conservada, tiene en mente?

—¿Yo?

Fosco no se movió, se quedó en aquella posición y en ese clásico silencio que quiere decir «sí».

—No sabría, de verdad. Lo único que sé es que no sé.

—¡Sócrates! —dijo Fosco. Acababa de citar a Sócrates y esperó la felicitación merecida del viejo antes de dejar de sonreír.

—No —dijo el señor Fernández, muy divertido—. Lo escuché decir a un mafioso en una película.

## 6

---

—¿Tenéis discos para guitarra barroca interpretada por un tal Fernández?

—Un momento, por favor —dijo el dependiente con las yemas de los dedos expertos sobre las teclas, que se oían desde el otro lado del teléfono—. ¿Tiene un título, señor?

—Me interesa cualquier cosa —respondió Fosco.

—No, nada señor. En la base de datos no me aparece nada.

—¿Y de Gaspar Sanz tenéis algo?

—De Sanz lo tenemos todo, venga a vernos, estamos abiertos hasta las 20 h.

—¿Y de Fernández nada, no?

—No, pero podemos realizar una búsqueda si quiere.

—Se lo agradezco, pero no es necesario, pasaré por la tienda.

Fosco arrojó el teléfono sobre el asiento, puso en marcha el coche y salió de la pequeña plaza donde estaba aparcado.

Mientras conducía se preguntaba cómo era que, para un acontecimiento tan importante, habían llamado a uno cualquiera, un viejo guitarrista desconocido. ¿De dónde lo había sacado la familia Della Rosa? El mundo entero tenía los ojos clavados en aquella actuación y ellos lo habían dejado en manos de alguien que nadie apenas conocía.

Tenía que haber un motivo.

El navegador le indicaba en la pantalla que tenía que girar a la izquierda. Y Fosco ejecutó la orden. Inmediatamente después la voz mecánica le dijo que «dentro de un kilómetro, girar a la derecha». Y tras esperar un kilómetro torció a la derecha.

Imaginó a Lucía durmiendo inquieta, como siempre antes de realizar el turno nocturno. Dormir de día, pensaba, no es lo mismo si no tienes la suerte de vivir en una enorme mansión. Una mansión como la que tenía delante.

El navegador anunciaba el destino alcanzado, en la cima de una bonita colina de la campiña romana conocida como *Castelli Romani*.

La cancela de Villa Della Rosa estaba abierta. Las cámaras de vigilancia estaban mirando a otro lugar, inmóviles.

—¿Señor Fosco? —escuchó. Una camarera bien avanzada en años, pero elegantemente envuelta en un trajecito negro con delantal de encaje blanco, se movía entre las flores—. ¡Por favor, por aquí! Le estamos esperando.

Fosco abandonó el coche y llegó hasta donde estaba la camarera.

En ese momento, frente a aquella casa magnífica, pensó que doscientos mil euros eran la cifra apropiada a pagar por quien había recibido una dosis abundante de fortuna de la vida. Esperó, apretando con fuerza los puños, poder hacer caja inmediatamente de la mitad de la suma. Se detuvo ante un felpudo con una frase escrita: *Bienvenido*.

—Pase, pase. Los señores están bajando —dijo la camarera indicándole un asiento y volviendo a sus asuntos con un aire molesto.

El interior de la casa había sido desalojado, los grandes ambientes aparecían sin decoración alguna y los pocos objetos que todavía estaban desperdigados por las salas parecían más bien los restos tras el paso de unos vándalos.

—¡Todo para la beneficencia! —dijo una mujer que se asomaba a la barandilla.

Fosco se situó en el centro de la enorme habitación vacía mirando hacia arriba. Ahora la mujer caminaba junto a quien tenía que ser sin lugar a dudas el marido, Gerard Della Rosa, quien miró hacia abajo y dirigió un saludo elegante al invitado. Los señores Della Rosa caminaban despacio. Mirándoles con atención, no se lograba entender quién de los dos necesitaba más la ayuda del otro.

Fosco no se habría presentado en la casa sin antes haber recogido cierta información sobre ellos. Había estado preguntando y lo único que había logrado entender es que eran muy respetados por la gente del lugar. Para todos eran muy buenas personas, muy reservadas y educadas. Ni siquiera una voz fuera del coro.

*No tienen ni una piscina, ¡y eso que podrían permitírselo!*, le había dicho uno de la casa en la calle. Apoyado sobre el palo de su rastrillo, habría hablado durante horas de todo el vecindario, ¡cualquier cosa era mucho mejor que limpiar el jardín! Pero no sabía mucho más sobre el matrimonio.

La mujer del jardinero se había abierto paso, le había dado un empujón en el pecho al marido y le había echado hacia atrás.

—Deja que hable yo —había comenzado, mientras mantenía las manos sobre las caderas como si fuera un ánfora—. ¿Qué es lo que quiere saber sobre los señores? Son buenas personas... ¿No les habrá ocurrido nada grave?

—No, no, simplemente han padecido un robo importante y entonces...

—¿Un robo? ¿Los señores? Pero no puede ser. Oh, Dios mío, los señores... Si ya no queda nada dentro de la casa. Nada. Lo han regalado todo, ¡todo! —El pequeño puño de la mujer se había abierto como una flor que está a punto de florecer—. ¿Y quién puede haber sido tan cruel como para entrar a robar en casa de los señores? ¡Pero si son dos santos!

Pero tampoco ella sabía mucho más. Los señores Della Rosa tenían que ser, sin lugar a dudas, muy reservados.

Fosco se dio la vuelta y vio a la camarera que se dirigía hacia otra sala.

—Por favor, sígame.

Ahí todavía quedaba algo: una mesa antigua y un amplio sofá de color rojo y crema, con dos sillones iguales. En el centro de la mesa se olía el aroma de una tetera de porcelana blanca.

—¿Un poco de té?

—Gracias —respondió Fosco—, pero dejó la taza sobre la mesa, enfriándose.

—No se entiende cómo puede ser —dijo tras él el señor Della Rosa, separándose con delicadeza del brazo de su mujer y ofreciendo una mano al visitante—. Esta casa no se ha movido ni un milímetro desde que fue construida, ¡y a pesar de ello se ha convertido en algo demasiado grande! —exclamó riéndose—. Soy Gerard Della Rosa.

—Fosco Noi, encantado.

Gerard Della Rosa presentó a su mujer como un artista descubriría un cuadro delante de una nube de fotografías.

—Mi mujer, María —dijo lleno de orgullo.

Fosco se agachó para besarle la mano. La señora Della Rosa tenía la piel muy fina, arrugada como la miel recién hecha.

Los pocos pero sabios trucos que había adoptado la mujer para esconder la edad eran un peinado impecable y un traje de otros tiempos, que exaltaban su delgadez y una figura erguida.

—Estamos donando todos nuestros objetos a la beneficencia. Ya somos muy mayores, no tenemos hijos, y cada día necesitamos menos cosas.

La señora se sentó sobre un sofá junto al marido y tomó una taza de té.

—Entonces, señor Noi —dijo Gerard dejando caer sobre la mesa un sobre de papel blanco voluminoso—, cien mil enseguida, y el resto cuando nos entregue el instrumento. Lo que más nos interesa —subrayó severamente— es el nombre de quien nos ha robado.

—Y, naturalmente, la salud del maestro Fernández —añadió la señora, mostrándose preocupada—. Hemos hablado con el hospital. El director dice que le darán el alta mañana.

Fosco se esforzó en ignorar el sobre.

—¿Están pagando su estancia?

—No —respondió la señora María— pero nos gustaría mucho saber quién lo está haciendo para poder agradecerse.

Fosco cruzó sus piernas. Cada músculo de su rostro se relajó de repente. La sonrisa de cortesía, mantenida demasiado tiempo, desapareció dejando en su lugar una expresión fría e imperturbable.

—¿Por qué se han dirigido a mí?

—Queremos resolver la cuestión sin proceder con ninguna denuncia —dijo el señor acercándose a Fosco—. Queremos únicamente terminar con el asunto.

La señora Della Rosa se rio elegantemente detrás de su pequeño puño, un grumo de dedos pálidos. Y a Fosco le dio la impresión de que ese comportamiento había sido provocado por la pronunciación del señor Della Rosa de la palabra «asunto».

—La historia de la guitarra es bastante molesta —susurró Gerard Della Rosa agarrándole por un brazo.

—Hay una cosa que me ha dicho el señor Fernández...

—Veo que ya ha comenzado a moverse —dijo Gerard—. Muy bien. ¡Así nos revela que ya ha aceptado el encargo!

Fosco recogió el sobre con el dinero y lo sopesó.

—A mi mujer y a mí nos gustaría adquirir una casa... —dijo mirando a su alrededor— bastante grande como para acoger a los niños.

—No se justifique señor Noi —la señora se acercó también a él y detuvo el sobre que se movía cada vez más nerviosamente entre sus dedos.

Fosco respiró profundamente, se encogió de hombros y lo metió en el bolsillo.

—¿Por qué me han elegido a mí? ¿Qué garantías puedo darles? No he hecho antes algo parecido.

Muy meticuloso y gesticulando mucho, Gerard se aclaró la voz:

—Mi mujer y yo creemos en la astrología. Las estrellas le han indicado a usted.

—¿No pretenderán que me lo crea?

Con las manos apoyadas sobre su regazo, los ojos lánguidos le miraron fijamente, sin réplica.

—¿Las estrellas saben también si lograré encontrar la guitarra, por casualidad?

—Claro.

—Ya, de ahí tanta confianza...

—Por supuesto.

—¡Y por eso fue precisamente el maestro Fernández quien protagonizó el concierto!

Gerard asintió.

—Pero no es solo por eso.

—No es un concertista muy famoso —objetó Fosco.

Gerard consultó con María a través de un intercambio de miradas fugaz. Luego abrió ligeramente los brazos.

—Hicimos una audición con la guitarra González. Lo pudimos comparar con muchos otros que se presentaron aquí. Es un desconocido, pero según nuestra opinión es, sin lugar a dudas, el mejor guitarrista barroco vivo.

—El señor Fernández ha hablado de una partitura original de un tal Gaspar Sanz, que ustedes le pidieron que ejecutara sin decir nada al público.

—El señor Fernández dice la verdad, amigo mío —contestó Gerard Della Rosa, y se dejó caer contra el respaldo del sofá.

—El señor Fernández ha dicho que efectivamente ejecutó la partitura sin anunciarlo al público presente en la sala, y que lo hizo porque ustedes le prometieron que al día siguiente donarían la partitura a un conservatorio.

—Lo hemos hecho —confirmó Gerard Della Rosa—. Fernández dejó la partitura en el atril. Nadie tocó las hojas. Al día siguiente, una persona de nuestra total confianza se acercó hasta Bolonia para entregar la partitura completa al conservatorio.

—¿Quién?

—Don Felipe, nuestro párroco.

—¿Hay alguna posibilidad de ponerse en contacto con él?

—No, en general esperamos a que regrese a la iglesia.

En lo que le quedó del día, Fosco descubrió que el director del conservatorio de Bolonia no había escuchado jamás hablar de la partitura y que don Felipe había padecido un infarto en la ventanilla de los billetes de la estación, antes de poder decir a alguien algo sobre su destino. En la maleta llevaba consigo solo lo necesario para estar fuera unos días, algo de dinero que acababa de retirar de un cajero y llevaba dentro de un billetero de piel negra, y un cuaderno con pocos números de teléfono, casi todos en la letra D de «don» y en la S de «sor». De la partitura no había quedado rastro.

Encendió su Clio rojo.

Llevaba demasiado tiempo sin ver a su único hermano.

---

La doctora Luce D'Ambra apoyó una grabadora sobre una estantería, junto a la cabeza de Rodolfo Noi, quien mantenía los ojos cerrados, divertido ante la situación.

—¿Estás segura de que lo pasarán por la radio?

—Estoy convencida. Conozco a uno que no me decepcionará. Saldrá en onda esta mañana, a la hora en la que la gente va a trabajar y está en medio de un atasco y no puede hacer nada mejor que escuchar la radio. Media hora entera para nosotros.

Rodolfo abrió los ojos y se giró para mirarla.

—Sería magnífico. ¿Qué es lo que te hace ser tan optimista?

—Que es el propietario de algunas emisoras de radio de difusión nacional.

Rodolfo se relajó. Respiró profundamente. Sintió el ruido de la carta rozar con otras hojas y el clic de un bolígrafo. Después la grabadora que se accionaba:

—Buenos días, señor Noi. Usted es un conocido físico nuclear y últimamente se encuentra en el medio de encendidas discusiones sobre algunas investigaciones sobre la fusión fría. Puede explicar de qué se trata y el por qué de tantas polémicas.

—Claro —se aclaró la voz. No se encontraba en directo y tampoco estaba en los estudios de una emisora, pero únicamente el hecho de hablar a una grabadora le emocionaba—. En sustancia, se puede obtener una fusión atómica y generar enormes, infinitas cantidades de energía sin recurrir a la actual tecnología, sin tétricas y peligrosas centrales atómicas, sin petróleo, sin gas. Ya ahora, si bien privados de los fondos necesarios para la investigación, somos capaces de producir energía en sencillas bañeras llenas de agua, en una banal solución salina saturada a temperatura ambiental.

—Y entonces, ¿por qué vuestro proyecto encuentra tantas negativas, señor Noi?

—Luce, te lo ruego. Nos estamos exponiendo demasiado.

Ella insistió sin cambiar el tono.

—Y entonces, ¿por qué tanta resistencia señor Noi?

Rodolfo suspiró.

—Porque hay quien con la energía se enriquece. Petróleo, gas, energía eléctrica, energía nuclear... La fusión fría significa poder prescindir de todo ello y de la contaminación que los actuales tipos de energía comportan.

—Usted cree que los motivos de tantas discusiones...

—¿Discusiones? —le interrumpió Rodolfo. No son solo discusiones. Hemos recibido amenazas, y nos hemos visto obligados a trabajar en trasteros,



escondiéndonos...

—¿Amenazas? ¿Por parte de quién?

—Mire, honestamente no lo sé y tampoco me interesa. Hemos recibido llamadas extrañas. Pobres fanáticos que nos llaman alquimistas. Dicen que tenemos el poder de aniquilar la humanidad y por eso tenemos que morir. Vamos, unos locos.

—Gracias señor Noi, esperamos que sus investigaciones puedan continuar sin demasiados problemas y que los autores de las amenazas puedan ser detenidos cuanto antes.

Las manos de la joven abrieron cada botón de la camisa de Rodolfo.

—Gracias, era lo que quería escuchar decirte.

—Eres una inconsciente.

—Ella le cerró la boca con un beso; luego le miró y le dijo:

—En el fondo no están tan equivocados, ¿sabes?

—¿Quién? —preguntó Rodolfo alargando la mano para apagar la grabadora.

Luce miró hacia fuera, indicando algún lugar indefinido.

—Esos que nos llaman alquimistas.

—¿Pero te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Perfectamente —dijo. Sus ojos azules no habían estado antes tan grandes ni inmóviles, en una expresión de abierto desafío grabada en un rostro angelical y suave.

—Explícate mejor —dijo Rodolfo sacando su teléfono del bolsillo. Acababa de recibir un mensaje. Fosco le preguntaba dónde estaba para pasar a recogerlo—. Te escucho, le dijo tecleando la respuesta.

—Cojo un poco de agua.

Rodolfo asintió mientras seguía escribiendo.

«Estoy en casa. Dentro de una hora abajo, *ciao*».

Apretó el botón de envío y levantó la cabeza en el momento en el que Luce aparecía llevando en la mano los vasos de agua fría rebosando. Estaba triste.

Rodolfo dejó el teléfono y se le acercó.

—Bueno, ¿y ahora qué pasa? —le dijo, acariciándole una mejilla.

—Nada. Es que estoy algo cansada.

Rodolfo le quitó los vasos de las manos, los apoyó sobre la mesa y la abrazó.

—Basta de misterios. Ahora quiero saberlo todo. En primer lugar, ¿de dónde proviene el dinero que has depositado en mi cuenta? Y por otro lado, ¿qué es lo que te preocupa tanto?

—Está bien. Creo que es justo que tú lo sepas.

Suspiró profundamente dos veces, se secó los ojos y luego se alisó el pelo rubio con las manos mojadas de lágrimas, logrando que en esos puntos brillaran como si fueran hilos dorados. Repitió con pasión, suplicándose así misma que la creyera, que el dinero, si bien era una suma considerable, no era nada en comparación con la

riqueza de su familia.

—Desde niña he tenido forma de presenciar cosas consideradas por todos como pura fantasía. No puedo decir nada más, pero un anciano tío mío practicaba la alquimia a escondidas, y me inició a mí en ciertos secretos sobre la materia, dejándome presenciar en varias ocasiones los experimentos que tenían que ver con la transmutación de una materia en otra.

—¿Quieres decir fusión nuclear?

—Exactamente. La alquimia es una ciencia muy antigua y que se ha mantenido en secreto durante milenios, porque se ha temido siempre que sus secretos pudieran caer en las manos equivocadas. Son procedimientos muy elaborados, pero solo aparentemente arcaicos, con los que es posible fundir los átomos en frío. Transformar el plomo y los otros metales en oro es solo una de las tantas cosas que se pueden hacer. Por eso puedo disponer de tanto dinero, y ese es el motivo que me ha llevado a estudiar física. Y que luego ha hecho que me interese por la fusión fría.

Rodolfo zarandó la cabeza.

—La alquimia es una trola, Luce, me maravillo de que tú, una científica, una mujer inteligente y...

—Mira aquí —dijo Luce sacando un libro de su bolso y mostrándole la cubierta a Rodolfo. FUSIÓN FRÍA.

*Historia moderna de inquisición y alquimia*<sup>[2]</sup>

—No soy el único científico que hace esta relación, como ves.

—Una relación no es suficiente —objetó Rodolfo.

—Tengo las pruebas —dijo ella.

—Quiero verlas.

—Las tengo en mi casa. Debí haberlas quemado todas, pero quería que tú las vieras.

—¿En qué consisten?

—Hojas llenas de fórmulas matemáticas, que no te dejarán plantear ninguna duda sobre su validez.

—Si era solo para enseñármelas, estoy seguro que podrías reconstruirlas en cualquier momento. ¿Por qué, si tienes tanto miedo, no te has desecho de ellas?

—Quiero que tú las tengas, que las puedas analizar. Quiero que conozcas mi secreto.

## 8

---

Fosco fue frenando, bajó la ventanilla e inhaló profundamente el olor a pescado podrido que provenía de un pequeño lago, inmerso en el verde de la campiña de los *Castelli Romani*.

—¿Has leído los periódicos?

Rodolfo, con los ojos medio cerrados, movía la cabeza contra el respaldo.

—¿Debía hacerlo?

—No, claro.

—¿Entonces por qué me lo preguntas? Tú tampoco los lees.

Fosco no respondió e indicó el espejo retrovisor con la barbilla.

—Tenemos un coche detrás.

Rodolfo no se descompuso.

—¿El Mercedes negro?

Fosco asintió.

—Nos sigue desde que hemos abandonado la ronda de circunvalación —dijo girándose y mostrándole los dientes en un gesto que pretendía parecerse a una sonrisa.

—¿Tienes ganas de bromear? —le cortó secamente Fosco.

—Perdona, debí habértelo dicho.

Ahora el Mercedes se situaba en el centro de los espejos retrovisores.

—¿Nos siguen?

Rodolfo decidió intentar ofrecer una respuesta a Fosco.

Se deslizó lentamente sobre el asiento, se acurrucó sobre la alfombrilla, se situó entre los asientos anteriores como un gusano y llegó hasta la parte posterior arrastrándose sobre la barriga. Sujetaba hacia abajo los rizos, de forma que la cabeza no se asomara entre los asientos.

Cogió la cámara de fotos del bolso, y la encendió. La apretó sobre el reposacabezas y giró el visor LCD noventa grados hacia abajo.

Zoom. 5x. 10x.

Disparó.

Conduciendo iba uno sobre los cincuenta años...

Clic.

Era calvo, con la cabeza redonda, gran cantidad de pelo blanco, corto en ambos lados, ojos pequeños...

Clic.

Llevaba chaqueta oscura, camisa gris, y era ancho de espaldas. Parecía un tipo grande.

Clic.

—Hay alguien más —dijo—. Sentado en el asiento posterior. No consigo verlo bien. Bueno, sí, está gesticulando. Veo el brazo derecho. Manga oscura...

Clic.

—Dime, Fosco, ¿no será uno de esos que se beben la sangre mientras juegan al corro de la patata y luego se dejan coger?

—Yo pensaba que eras tú quien hacía así. Intenta ver quién va detrás.

Rodolfo se movió hacia la parte opuesta del asiento para buscar otra larga diagonal.

—¿Fosco?

—Eh...

—Creo que el que está detrás es un sacerdote.

En ese punto el Mercedes negro comenzó a empequeñecerse rápidamente en los espejitos retrovisores. Disminuyó la velocidad un poco y giró, entrando en una estrecha carretera privada, la misma que Fosco había recorrido para llegar a la casa de la familia Della Rosa.

Rodolfo se giró sobre el asiento anterior.

—¿En qué estás trabajando?

Fosco seguía pensativo y lanzaba miradas al espejo retrovisor.

—En un robo.

—¿Un robo de qué? ¿Desde cuándo te has convertido en un investigador? —dijo, y comenzó a reír.

—Se trata de un instrumento antiguo. Una guitarra. Fue robada durante la representación que se hizo para la prensa en una casa muy cerca de aquí. Iba a ser por fin objeto de admiración por parte de todos en un museo.

—¿Cuánto valía?

—He hablado con la directora del museo...

—Pero vamos a ver —le interrumpió Rodolfo, metiéndole un dedo entre las costillas—, ¿nos hemos convertido en un investigador!

—Vale un montón —contestó Fosco intentando apartar el dedo del hermano y esforzándose en no reír—. Pero es prácticamente imposible de colocar —explicó. De vez en cuando apartaba la atención de la carretera, mirando rápidamente a Rodolfo—. Han enviado al hospital al guitarrista, un señor anciano.

Rodolfo lo miró y asumió un tono aristocrático que le cortaba la voz.

—Todos, también tú y yo, un día seremos unos viejos relojes de arena que se habrán vaciado con el paso de los años. Seremos solo el recuerdo de nosotros

mismos. Tú, guerrero, ahora eres un campeón, pero podrán neutralizarte con una caricia un día, ¿lo sabías?

Fosco cambió de marcha y se giró para mirarle.

—¿Te aburro, por casualidad?

—Un poco —dijo Rodolfo estirándose en el asiento—. Me estás contando un montón de rollos. Tú no eres un investigador.

—Pero me pagan bien —dijo Fosco. Luego reflexionó sobre el argumento, admirando el panorama que discurría a su lado—. ¿Y a ti cómo te va el trabajo?

—Bien, gracias —contestó. Era evidente que Rodolfo encontraba este argumento todavía más deprimente.

—¿En qué lío estás trabajando ahora? —le insistió Fosco.

—En nada importante. ¿Serías tan amable de llevarme hasta Heaters? Tengo que verme con una amiga.

—No tienes buena cara. Quizás es lo que respiras en el laboratorio.

—No —dijo Rodolfo poniéndole una mano sobre la pierna. Es lo que respiro fuera.

—¿Y qué es lo que respiras fuera?

—Hastío, indiferencia, retraso, deslealtad, codicia, mala vida, egoísmo, límites...

—Está bien —le detuvo Fosco—. Lo he entendido.

—Entonces, si lo has entendido, vayamos a Heaters.

—Pues no, la verdad es que no lo he entendido. No acepto que tú seas tan reticente conmigo —Fosco miró a los ojos de Rodolfo y siguió conduciendo sin atender a la carretera—. ¿Bien? ¿En qué estás trabajando? ¿Hay alguna conexión con aquellos que nos seguían? ¿Sabes algo de ello?

—No niego que puede ser —emitió un débil soplo—. Estoy trabajando en la fusión fría.

—¿Qué es eso de la fusión fría?

—La posibilidad de modificar los átomos, de transformar una materia en otra, a temperatura ambiente, en un vaso de agua, por ejemplo.

—¿Cómo?

—Quiere decir poder producir energía, mucha energía gratis.

Fosco se rascó la barba de dos días con un gesto lleno de inquietud.

—Energía nuclear, Fosco, pero energía buena, carente de peligros unidos a la radioactividad.

—Así que te estás dedicando a estas cosas —dijo Fosco, que seguía rascándose la barba.

—La energía es como el aire que respiramos. Está en todas partes. Es de todos, es necesario saber elegir. No es difícil, pero no nos lo permiten.

—La energía gratuita como el aire es una perspectiva que a alguien podría no

gustarle —comentó Fosco.

—Así es. Los primeros que hablaron de ello recibieron carcajadas y fueron marginados por la comunidad científica<sup>[3]</sup>. Actualmente muchas enormes sociedades invierten en el estudio de las fusiones nucleares a temperatura ambiente, pero no lo comunican por ahí, tienen miedo de dañar la propia imagen. Oscurecen estos proyectos y trabajan en secreto. Nos han cortado la financiación, y el fondo para la investigación fue dado a un grupo de incompetentes. Nosotros teníamos años de experiencia y de experimentos logrados. Hemos recogido una enorme cantidad de datos.

—¿Por qué no te das por vencido?

—Porque no —dijo rotundo Rodolfo, dirigiendo una mirada llena de orgullo al parabrisas repleto de insectos. Luego miró el perfil de Fosco—. Sigo por mi propio camino. He invertido todo el dinero que tenía.

—Debería decirte que estás como una cabra.

—Podría decir lo mismo de ti.

—Quizá.

—De todos modos, hay quien me ayuda.

—¿Y quién es este mecenas de la física?

—Una bonita joven rica que sirve en el restaurante Heaters —rio—. Pero no es un mecenas, es una científica como yo, y al igual que yo se encuentra dentro de esta investigación desde el principio.

—No me esperaba que tú estuvieras con personas normales, pero presta atención. Me ha dicho Lucía que estás recibiendo amenazas.

—No me causan miedo.

—¿Has cogido la matrícula del Mercedes? —preguntó Fosco.

—Vaticano —respondió Rodolfo, con la cabeza gacha sobre una revista que mantenía abierta sobre las piernas—. Y ahora llévame a Heaters.

—Ven a cenar a casa.

—En otra ocasión encantado. Llevo tiempo sin verte, pero esta noche tengo una cita.

—Me lo apunto.

La conversación continuó con forma de monólogos interiores y paralelos. Cada uno, allá abajo, después de haber recortado piezas durante todo el día, había comenzado a llenar el cielo con uno de sus mosaicos más bonitos, con tiras blancas, rojas y celestes que tendían al violeta. Decidió llevarlo a Heaters y regresar al búnker. Tenía muchas ganas de volver a abrazar a Lucía.

---

Las chicas del Heaters lograban que te sintieras cómodo con una sonrisa. Luego te mostraban el trasero, te bailaban delante, y si las llamabas se sentaban contigo. Eran educadas y siempre sonrientes. Por eso Rodolfo las adoraba.

Luce había comenzado a trabajar en Heaters para pagarse los estudios universitarios. Rodolfo la había reconocido como una de sus alumnas y luego había jugado a hacerle cosquillas bajo su faldita escocesa.

Ella era la mejor, tanto en el local como en los estudios, y así habían terminado por entablar amistad.

—Aquí deo ver mi trasero —le había dicho—. Allí, en cambio, resalto mis capacidades intelectuales.

Reía con un aire alegre. Había usado la expresión «capacidades intelectuales» solo para demostrarle que era una joven bien educada e inteligente y que le interesaba estudiar. No era la típica desesperada de faldita corta de los establecimientos de comida rápida.

Recordaba el resto de la conversación.

—Quienes vienen aquí —había observado él—, vienen porque ver muslos frescos les estimula la digestión.

—Son todos obesos, carentes de forma física —le había dicho ella—. Y en cuanto a sustancia, la verdad es que...

—Aquí se come fatal —le había contestado él—. Si sirves esto, a la fuerza haces que engorden. Y claro, estás obligado a poner a tres o cuatro jovencitas alegres que atraigan la atención de la clientela.

Sucesivamente, Rodolfo había entendido que la joven era un genio de la física, un talento de la química y un concentrado de feminidad. Y ahora no podía dejar a un lado ninguna de estas tres cualidades suyas.

La joven de Heaters llegó al final, pero no era aquella con la que tenía la cita.

—Hola guapo, ¿cómo te llamas?

El pintalabios le había manchado los dientes, pero ella no lo sabía. Le plantó el filete bajo su atenta mirada y siguió mostrando su sonrisa a medias.

—Me llamo Rodolfo. Y lo había pedido en su punto.

El director de Heaters era un tipo nervioso. No hablaba, gritaba. Dijo que no le importaba dónde estuviera la estudiante, que lo único que tenía en cuenta era el hecho de que no había ido a trabajar. Dijo que si Rodolfo la veía por casualidad, podía

también decirle que no volviera, que se buscara otro lugar donde mover el culo o mover el culo y buscar otro lugar.

Al decir aquellas palabras se fue creciendo.

—No le haga caso —dijo una de las jovencitas, tirándole por un brazo y empujándole hacia la salida—. No lo aguanta nadie —añadió la joven, a la que se veía preocupada—. Luce no me ha llamado para avisarme de que no podía venir a trabajar. Somos amigas. Y su móvil suena libre.

Rodolfo intentó llamarla y tuvo confirmación de cuanto la joven le había dicho. La tranquilizó, prometiéndole que iría inmediatamente a buscarla a su casa.

Ella le dio la dirección exacta.

—¿Tienes un coche? —dijo, y sin esperar una respuesta le indicó la dirección marcando con la punta del dedo todas las calles que tendría que seguir.

—Gracias —le detuvo Rodolfo—. Prefiero moverme en transporte público.

—Entonces te aconsejo que vayas andando. Necesitarás en cualquier caso diez minutos. Está justo al otro lado del Tíber. Tienes suerte. ¡El autobús pasa cada veinte minutos!

—Iré dando un paseo —le dijo despidiéndose con la mano, que movía como si fuera un metrónomo—. Si la ves antes, dile que la estoy buscando.

La joven, con la faldita escocesa y la camiseta apretada como consecuencia de un pecho abundante y terso como sus labios, intercambió un gesto de despedida, entristeciendo la mirada y levantando un poco los hombros. Luego regresó, intentando sonreír.

Diez minutos. ¿Existe un espacio temporal más largo que ese?

Ante el portal del edificio en el que vivía Luce, Rodolfo controló el reloj constatando que, efectivamente, había empleado ese tiempo desde Heaters hasta allí. Y sin embargo le había parecido que no llegaba.

Las calles estrechas, donde de noche los pasos suenan secos entre los maullidos de los gatos, sobre los adoquines coloreados de naranja brillante por la iluminación pública, parecían concebidas para perderse, puestas allí a propósito para recordarle a Rodolfo que existen lugares y momentos en los que no es prudente dejarse ver solos si se están recibiendo amenazas de muerte.

Ahora sudaba abundantemente ante el paseo que estaba dando y el calor, un sudor que había pasado a ser frío y denso por el miedo. El aliento se le iba cortando por el ansia.

Llamó al telefonillo sin nombre, como le había dicho la jovencita de Heaters.

No respondió nadie.

Miró a su alrededor.

Quizás Luce había cambiado de idea y no quería compartir con él sus resultados. No habría sido nada extraño, en el fondo. Rodolfo meditó sobre la posibilidad de que



Luce hubiera descubierto de verdad algo grande, que se hubiera visto conducida por el deseo de decírselo a alguien, de compartir su descubrimiento, y que luego hubiera cambiado de opinión. Valoró la idea, pero movió la cabeza, hablando para sí mismo. Luce no era del tipo de gente que tuviera comportamientos inciertos de ese calibre. Y además, le amaba. El dinero para ella no era seguramente una preocupación, teniendo en cuenta que lo regalaba con tanta generosidad. Era evidentemente muy rica.

Miró hacia la parte superior del edificio en el que habitaba y consideró la zona de la ciudad en el que estaba situado, a dos pasos de la basílica de San Pedro, y movió la cabeza con convicción.

Tal y como había imaginado, Luce no estaba.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no le estaba siguiendo nadie, y tocó a otro telefonillo esperando que alguien le abriera. Luego entraría en casa de Luce.

Quería ver aquellos documentos.

Si había siquiera una remota posibilidad de que Luce estuviera corriendo peligro como consecuencia de su investigación, significaba que aquella investigación había que protegerla.

La voz de una señora muy anciana se escuchó a través del telefonillo.

—¿Quién es?

Rodolfo forzó la voz aguda.

—¿Puede abrir, por favor? Me he olvidado las llaves.

Como persuadida por sus pensamientos de «venga, ábrete, ábrete», la cerradura saltó. Empujó la puerta maciza, de madera antigua, que era incluso más pesada debido a las clavijas oxidadas. Dentro estaba completamente oscuro y olía a polvo y humedad. Un aliento frío bajaba por las escaleras llevando el olor inconfundible de las viejas casas habitadas por personas solas y ancianas. Subió los escalones de dos en dos y se precipitó en la puerta del apartamento de Luce, siguiendo las indicaciones de la joven de Heaters.

Estaba cerrada con llave. Pero no llamó.

Cogió un sobre del bolsillo, un pequeño envoltorio de papel de periódico que podría pasar por una dosis de cocaína, lo abrió y con cautela, dejando caer el polvo por el borde del papel, lo introdujo por el agujero de la cerradura.

Permaneció inmóvil delante de la puerta, solo un imperceptible mordisco de las mandíbulas, en espera de que la boca se le llenara de la saliva necesaria. Cuando llegó el momento, escupió sobre el papel, dejó caer saliva por la cerradura y se apartó rápidamente.

Primero salió un poco de humo blanco, y luego una cantidad infinita de pequeños petardos explotaron en el interior del cierre. Hubo vibraciones en la escalera y un fuerte olor a metal.

Rodolfo esperó unos instantes, pero parecía que nadie se había percatado del

ruido, por lo que empujó la puerta y entró.

—Luce, ¿estás en casa?

El silencio aparecía roto solo por un ruido constante que provenía de la cocina. A diferencia de cuanto esperaba, aquellos metros cuadrados preciosos, con vista hacia la catedral de San Pedro, eran mármol que se podía tirar, rodeado de paredes que parecían estar a punto de desplomarse ante el peso de la humedad. Los muebles eran de escaso valor y sin ninguna armonía entre ellos. El resto era pobre y pálido.

Pero todo estaba completamente en orden. La cama hecha, las estanterías sin polvo, los platos lavados. En el fondo, hacia la derecha, tres pequeños escalones daban a una especie de minúscula sacristía. Entró bajando la cabeza.

Era el despacho de Luce.

Había un pequeño escritorio colonial, enclavado bajo una amplia ventana que daba a un pequeño patio lleno de matorrales. Y detrás, una estantería llena de libros al alcance de la mano. En la parte inferior, Rodolfo vio una caja.

—Aquí estás —dijo. Y la sacó. Dio un vistazo rápido. Rebuscó entre los documentos que contenía pero no encontró lo que estaba buscando.

Al volverlo a poner en su sitio, vio un viejo libro. Y tuvo la impresión de que no se había colado entre la estantería y la pared por casualidad. Lo cogió. Pero no tuvo que retirar el polvo de la cubierta para leer el título: *Mutus Liber*. Aquel libro no había sido olvidado.

Metidas en las páginas había algunas hojas de cuadritos arrancadas de un cuaderno y dobladas. A primera vista podía parecer que Luce sentía pasión por los antiguos textos ilustrados con extrañas figuras de serpientes, castillos, unicornios, leones, flores, fuentes, bellas jovencitas, montañas, pájaros, y que se divertía obteniendo fórmulas químicas y matemáticas, quién sabía con qué criterio.

Las hojas comenzaron a temblarle en las manos ante la emoción: el libro carecía de sentido, mudo, precisamente como decía el título, pero las conclusiones anotadas por Luce gritaban y se perdían entre sus dedos.

Se trataba del asunto del que le había hablado. Luce había resuelto el sumo problema, desvelado el secreto de la transmutación fría, ultimado de verdad la Obra.

Rodolfo miró con más atención sus apuntes, ávidamente, arrastrando por encima el dedo índice, completamente nervioso, tocándose el pelo, alisándose la barbilla y apretando con fuerza el puño.

Colocó el libro en su sitio y se metió las hojas en el bolsillo.

Dio otro vistazo en su interior. Luego cogió papel y bolígrafo para dejarle un mensaje.

«Luce D’Ambra», pensó, «cuánto me gustaría conocer a las personas que te han dado un nombre tan especial. Seguramente ricas, al menos a juzgar por dónde viven y cómo se visten en la foto. Una espléndida mansión. El padre acaba de bajarse del

caballo y tiene el pulgar metido en el chaleco, la mirada llena de orgullo, sonriente. La mamá, en cambio, tiene una expresión seria y tiene que haber apoyado los instrumentos para bordar en algún lugar cerca. Espero que tú, ahora, estés con este guapetón que tiene una enorme mancha oscura en el rostro y que dice *cheese* junto a ti en la foto», pensaba mientras escribía. «Que te hayas hartado de mí, de nuestra búsqueda, de Heaters. Cuánto me gustaría saber que estás en un lugar seguro».

Apoyó el bolígrafo sobre la nota, para que ella lo pudiera leer.

Ahora los apuntes se movían dentro de su bolsillo, empujándole a marcharse del apartamento, hacia su casa, lo antes posible.

Fuera, el alba iba descubriendo la ciudad.

Rodolfo apartó la mano de debajo del cojín y respondió al teléfono que estaba sonando de forma molesta.

La voz amortiguada de Fosco le llamó la atención.

—¿Estabas durmiendo?

—No, estoy despierto —dijo. Obviamente, Rodolfo no decía la verdad.

—Quería solo escuchar tu voz. ¿Te apetece venir a cenar un día de estos?

—Pero si nos vimos ayer. ¿Por qué tanto interés?

Fosco bajó la visera del parabrisas. El sol iba subiendo poco a poco. La previsión meteorológica de la radio anunciaba otro día de calor aplastante.

—¿Qué tal mañana por la noche?

—Me parece bien...

—Llámame, te voy a buscar.

—No es necesario, conozco el camino.

—Mira que te esperaremos.

—Vale, te lo prometo.

Si hubiera sido posible escuchar el pensamiento de Rodolfo mientras esperaba que alguien le respondiera al teléfono, se habría escuchado un largo monólogo insensato como este:

—¿Pero dónde se habrá metido? Seréis ricos y poderosos, pero no valéis nada. Sois solo unos viles criminales. No queréis que la energía sea para todos. No. ¿Quién dominaría el planeta luego? Amenazadme si queréis. Ya no puedo más.

Suena libre, pero no contesta nadie. Prueba con otro número. Desde la otra parte del teléfono contestó la voz débil de una mujer.

—Estudio Ancient Music, buenos días.

Estaba marcando una serie de números que había encontrado en casa de Luce.

—Buenos días, estoy buscando al señor Thomas Dinkley.

—¿Con quién hablo?

—Soy un amigo de Luce D'Ambra, me llamo Rodolfo.

—No, lo siento, el señor Dinkley está de gira. Está en los Estados Unidos ahora. Si es algo urgente puedo intentar...

—No, gracias, no es necesario —cortó. Y colgó despacio—. Pensó en lo que estaba haciendo. Dedujo que creía estar pensando en ello, pero actuaba de forma

irracional. Lo único que contaba era encontrar a Luce.

Compuso otro número. El timbre sonó varias veces seguidas.

—¿Sí?

—¿El señor Thomas Dinkley?

—Sí, ¿quién es?

Perdone si le molesto, me llamo Rodolfo y soy un amigo de Luce D'Ambra.

Desde el otro lado del teléfono se escuchó una voz llena de asombro.

—Ah, sí, dígame.

—No, es que he perdido el teléfono en el que había memorizado su número y ha cambiado de lugar de trabajo... No sé cómo localizarla. Y le debo una cantidad de dinero, ¿entiende?

—Mire, yo ahora estoy de gira por los Estados Unidos y me coge en un mal momento... Estoy de viaje de trabajo. Le conviene esperar. Seguramente dará señales de vida. No creo que el dinero sea un problema para Luce —se excusó diciendo su frase con una clara risa.

—Ayúdeme, se lo ruego. Tengo que encontrarla.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Rodolfo, Rodolfo Noi.

—Ah, sí, me dijo algo de un tal Rodolfo —un soplo en el auricular marcó la pausa—. Pero no tengo ni idea de dónde puede estar, lo siento pero no puedo ayudarle.

Si no hubiera sido tan poco confiado y reticente, Rodolfo no habría insistido más allá. Pero la persona que estaba al otro lado de la línea telefónica, a pesar de estar diciendo que no sabía nada sobre dónde podía encontrarse Luce, no se atrevía a colgar, demostrando al mismo tiempo un cierto interés en la llamada.

—Señor Rodolfo, ¿sigue ahí?

Le traicionaba una cierta preocupación.

—¿Me escucha?

—Sí, le escucho.

—¿Y bien?

—¿De verdad que no sabe decirme dónde puedo localizarla?

—Me está preocupando, ¿ha ocurrido algo?

Apretó el teléfono con fuerza.

—No lo sé.

—Usted de profesión es...

No se fiaba. Buscaba una prueba que le dijera que estaba hablando con un amigo de Luce. Rodolfo pensó que el hombre del otro lado de la línea tenía que saber más de cuanto quería dejar entender.

—Soy un investigador de Física en la universidad —le dijo.

—Sé que Luce va al Refugio del Castillo, en Abruzzo, cuando quiere desconectar. Intente buscarla allí. Ahora no podría darle un número.

—Gracias. Perdona por la molestia.

—De nada.

—¿Podría saber qué música toca? —dijo Rodolfo, que oyó una risa muy baja.

—Música de trovadores, juglares y otros similares. Esta noche tocamos en la embajada francesa. Pero tocaremos también en la Casa Blanca. Quién sabe si no lograremos hacer algo por la paz en el mundo —rio.

Rodolfo pensó que había dicho aquello solo por comentar algo. Se despidió deseándole mucha suerte. Le preguntó el título de su disco para terminar indicándole que lo compraría.

En cuanto colgó su teléfono volvió a sonar. Era Lucía.

—Hola Rodolfo, ¿qué tal?

—Ahí voy.

Ella le riñó, diciéndole que si hubiera pasado por el búnker de vez en cuando no estaría muerto. Él le contestó que no tenía miedo de morir, y que por lo tanto, como le había prometido a Fosco, iría mañana a cenar.

Colgó, y sin perder mucho tiempo tecleó otro número de la agenda de Luce.

—El Refugio del Castillo, diga.

—Ah, perdona, necesito hablar urgentemente con la señorita Luce D'Ambra, pero no me contesta al móvil. Debería ser un cliente suyo. ¿Podría ayudarme?

—Un momento.

Esperó durante tres minutos.

—No, señor. Conocemos muy bien a la señorita D'Ambra, pero no está aquí, en el refugio. Lleva muchos meses sin venir por aquí, lo lamento.

Miró el teléfono durante un largo periodo de tiempo, dándole vueltas entre las manos como si fuera una pastilla de jabón. Luego pasó a tocarse el pelo y resopló ante la indecisión que iba en aumento. Quizás tenía que llamar a la familia de Luce. Su número estaba sobre la agenda, delante de sus ojos, junto al nombre de Residencia D'Ambra. Debería salir corriendo hacia la Policía para hacer lo que hubiera debido hacer muchos días antes: denunciar las amenazas que habían estado recibiendo tanto Luce como él. Pero se dijo que era mejor permanecer tranquilo, que podía esperar todavía unas horas antes de preocuparse por ella, que no era improbable que apareciera de un momento a otro como había dicho también su amigo Thomas Dinkley.

Y se dijo, por último, que no volvería nunca más a comer en Heaters.

---

Fosco se introdujo en casa de don Felipe, con sangre fría y la firme intención de rebuscar por todas partes para hallar la partitura de Gaspar Sanz que había desaparecido. No se plantearía ningún escrúpulo si tenía que tirar los cajones, los armarios, darle la vuelta a los cojines del sofá o de los sillones, desmontar los electrodomésticos para mirar dentro... Controlaría por todas partes, subiría a la buhardilla y bajaría al trastero para mirar dentro de algún baúl cerrado a cal y canto.

Pero alguien había estado ya allí y se le había adelantado.

La habitación del sacerdote se encontraba patas arriba en todos y cada uno de los detalles, incluso la vajilla de la cocina. Colchones y cojines rasgados, paquetes abiertos... La leche que se derramaba hasta la puerta, los huevos rotos, la carne pisoteada, todo lo que podía contener el frigorífico se encontraba por los suelos en un claro estado de descomposición.

Se tapó la nariz con un trapo de la cocina, que hasta un momento antes colgaba de la pared, y buscó entre las pocas cosas que no habían sido tocadas.

Miró dentro de las revistas de jardinería. Hojeó rápidamente todos los números de aquella revista llamada *En la parroquia*, e hizo igualmente con las guías de la programación de la televisión. Nada.

Pero no se desanimó. Decidió entonces rastrear también en la sacristía. Salió de la casa de don Felipe y llegó hasta la iglesia andando, recorriendo un pequeño sendero entre los pinos. La puerta también allí se encontraba abierta.

En la sacristía había obleas por todas partes. Sobre aquellas que estaban en el suelo se podían apreciar las huellas de los zapatos de quien había estado allí antes que él.

Fosco no había pronunciado nunca un «amén» en su vida ni abierto la boca frente a una de aquellas formas redondas. Recogió una y, sujetándola con las yemas de los dedos, la expuso al sol. Se le pasó por la mente la frase de «en el cuerpo de Cristo». La miró de cerca.

—Suelas lisas de cuero —dijo. Luego la dejó caer.

Era evidente que sería inútil, pero se puso igualmente a buscar. Y si quien había creado toda aquella confusión había arrojado un mueble, él lo ponía de nuevo en su sitio, y si había vaciado un cajón, él lo llenaba de nuevo. Verlo buscar era como mirar una película hacia atrás, en la que los objetos regresan a su lugar. Realizó un trabajo meticuloso, colocando toda la sacristía en orden con la eficiencia de una empresa de

limpieza.

¿Estaría buscando también la partitura quién le había precedido?

La sacristía era de pequeñas dimensiones y estaba casi vacía, a excepción de dos valiosas pinturas donadas por Gerard y Maria Della Rosa y los bancos para los fieles. El único lugar donde habría podido dar un vistazo se encontraba en la parte trasera del altar. Se acercó a él de puntillas. Levantó los rígidos paneles de plástico y encaje que lo cubrían, apartó el micrófono y se arrodilló, iluminando el lugar con una linterna.

Un pequeño armario excavado en su interior se le había pasado por alto a su adversario. Se trataba de un objeto de pequeño tamaño que no superaba el medio metro en cada lado. Lo levantó, descubriendo un espacio lleno de mil cosas inclasificables. Con una mano iluminó el espacio y con la otra comenzó a registrar, sujetando la linterna en la boca. Parecía que estaba escuchando lo que le iba indicando la mano que estaba registrando el interior.

Sabía que estaba corriendo un riesgo elevado, y a pesar de que los cien mil euros podían ser razonablemente suficientes el corazón le latía a mil en el pecho, como si estuviera buscando un camino por donde escapar.

La posición agachada le obligaba a un esfuerzo considerable. Hacía mucho, demasiado calor. Las gotas de sudor le iban resbalando por la punta de la nariz con una frecuencia cada vez mayor.

Levantó la cabeza, miró la nave central, más allá del altar, para asegurarse de que se encontraba todavía a solas. Se secó la frente y se puso a buscar con más decisión, metiendo todavía más el brazo por la ranura. Inmediatamente sus dedos tocaron algo. Algo que parecía no tener los bordes propios de una cosa cualquiera.

La mano le estaba lanzando señales.

Fosco cambió de posición para lograr tocar algo más abajo. Sus dedos siguieron un perfil perfectamente recto y largo, de casi treinta centímetros, girando luego en un ángulo recto y siguiendo por un lado mucho más corto. Parecía un objeto bien alisado, de un cierto peso, muy familiar. Lo extrajo.

La mano le había proporcionado una imagen certera: un *notebook*. Pero estaba roto.

Se sentó detrás del altar, con el ordenador sobre el regazo, y comenzó a hablar solo. El eco de la iglesia ofrecía a sus palabras excitadas e insensatas una cierta sensación grotesca.

—¡En el Santo Grial no está la batería! —exclamó.

Luego envolvió su reliquia en el interior de la chaqueta y salió de la iglesia sin darse la vuelta.

Afuera el sol era cegador y el aire quemaba la piel. La radio, en el coche, decía que la percepción térmica rondaba los 48 como consecuencia de la humedad. Pero



según Fosco se equivocaban: la temperatura tenía que ser todavía más alta.

En la perenne semioscuridad del búnker, Lucía le pareció luminosa.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Yo también. Quería decirte que Fernández ha salido hace una hora.

—Me alegro. Debe haber regresado a la nada de la que provenía.

—¿Cómo sigue tu investigación?

—Todavía no sabría contestarte a esta pregunta. Digamos que tengo una cosa entre las manos —dijo Fosco, y apoyó el *notebook* sobre la mesita de cristal pensando en buscar algo de beber—. ¿Te apetece una cerveza?

—Esta noche no tardaré. Voy en coche con Lisa, ya que tiene que pasar cerca de aquí. Va a ir a cenar a casa de Armando, que vive en nuestra zona.

—No lo sabía —contestó Fosco, abriendo el frigorífico y eligiendo la cerveza más fría—. De todos modos ten cuidado. Nos vemos luego.

—Adiós tesoro.

La cerveza fue cayendo en una jarra de litro que habían comprado en una reproducción del festival Oktoberfest en escala reducida. Llenó no más de la mitad.

El teléfono de Rodolfo estaba apagado.

Esperó a que la espuma bajara y bebió un trago de cerveza helada sin respirar. Marcó otro número, apoyó la jarra sobre la mesa, junto al *notebook*, y se frotó los bigotes blancos por la boca con el brazo.

—¿Sí?

—Soy Fosco.

—¿Eres Fosco?

—Eh, sí.

—No, no puedes ser tú.

—¿Por qué no?

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo estás, hijo de puta?

—Perdóname, lo sé, llevo años sin dar señales de vida. ¿Cómo estás mariconcete?

—Estoy bien. ¿Y Lucía?

—Bien, bien. Ahora está en el hospital, así que está muy bien.

—¿Cuántas veces has gastado esta broma, Fosco?

—No lo sé, pero veo que siempre te ríes con ella.

Fosco sintió un gran placer al constatar que una vieja amistad podía resistir a los

años y a la falta de cuidado.

—Mira, Hack, necesito un favor.

Hack suspiró y lo pensó de nuevo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Así es como se comportan los amigos.

—Dime, Fosco.

—Me han regalado un *notebook*, pero está sin cargador y sin cable.

—¿Marca y modelo? —preguntó Hack, que entró en su base de datos.

—Asus, modelo... —le dio la vuelta como si estuviera mirando por primera vez qué es lo que hay debajo de una tortuga—. Modelo PR060 —dijo. Se bebió otros 33 centilitros y se limpió la boca con el brazo, esperando una respuesta.

—No lo fabrican desde hace ya un montón de tiempo. Tíralo, te regalo uno yo, uno de esos que te puedes poner ya.

—Sí, quizás lo tire, pero antes quiero verlo encendido una vez, ya sabes.

—Si es por eso ven por aquí, que se ocupa Hack.

—Estoy llegando.

Computer Vision era una bonita tienda de dos plantas, especializada en modalidades de visualización para inteligencia artificial: gafas, lentes de contacto, flujos de gas, velos de proyección, y todos los demás sistemas para visualizar cada tipo de interfaz electrónico. Hack lo había levantado con mucha tenacidad, con la ayuda de Roberta. En siete años habían logrado que se convirtiera en un punto de referencia para el sector.

Cuando Fosco se bajó del coche y vio a los clientes que entraban en la tienda excitados pensó que ese hijo de puta había tenido que hacer mucho dinero. Y se alegró por él.

El interior estaba lleno de clientes que permanecían allí pero con la cabeza en otro lugar, con la mirada perdida en infinitos malabarismos, todos ocupados en mirar algo que se encontraba lejos aunque les colgara de la nariz.

—Este es un maravilloso par de gafas-consolas, para mirar en cualquier lado, cualquier cosa —dijo Hack con una sonrisa que le salía del corazón, acelerado de contento—. ¡Nada que ver con eso tan viejo! —exclamó, indicando la axila de Fosco, que sujetaba con fuerza el ordenador portátil, lo que provocó que se riera con ganas.

—¡No has cambiado en absoluto, vieja mierda!

Los dos se aceleraron en una serie complicada de gestos que terminó en un extraño apretón de manos, hombro con hombro.

—También tú, siempre el viejo Fosco Noi. Te veo en espléndida forma.

—Sí, no me puedo quejar.

—¿Practicas siempre artes marciales?

—Sí, siempre —dijo Fosco, y se hinchó como una rana—. Ahora soy el campeón europeo de esgrima japonesa —explicó, y dirigió una mirada llena de admiración a su

alrededor—. Tarde o temprano también espero poder abrir una actividad mía.

—¿Y por qué no lo haces?

—Antes nos gustaría comprar una casa lo suficientemente grande para los cachorritos salvajes.

—Roberta y yo hemos renunciado. Los hijos requieren mucho tiempo —le dio una palmada en un brazo—. Roberta se va a alegrar mucho cuando le diga que te he visto. ¿Cómo está Lucía? Cada vez más guapa, imagino.

Fosco confirmó la afirmación con orgullo.

—Tenéis que venir a cenar con nosotros un día a casa —dijo Hack, que cogió el *notebook* y se dirigió hacia el taller—. Sígueme.

Caminaron concentrados, abrazados y tambaleándose, o bien dándose codazos y sonoras palmadas de amistad sobre la espalda en un comportamiento que suscitaba hilaridad y curiosidad entre los clientes. En efecto, tanta confianza entre dos individuos no era algo demasiado frecuente en un lugar como ese.

—¿Ves a estos que vienen a la tienda en busca de emociones electrónicas? Están ansiosos por tener contactos directos en conexiones cerebrales. Pedófilos, maníacos de todo tipo, allí pueden hacer lo que quieren. Se hartan de *software* durante todo el día. Para trincar, para comer sin engordar, para sentirse guay o incluso para secuestrar a un niño y abusar de él. Por desgracia yo me enriquezco con esta mierda —dijo, y dejó discurrir la mano sobre un imaginario cartel publicitario—. Para que me perdonasen me encantaría llenar la ciudad con un mensaje que dijera «¡acabad de una vez con vuestras experiencias virtuales!» —comentó. Luego, guiñando un ojo, añadió —: «nosotros tenemos de fantásticas».

Una tabla, como una guitarra barroca, tiene mil secretos para un experto e infinitos para quien, como Fosco, veía una por primera vez, a excepción de algún ejemplo que había encontrado en internet. No lograba frenar la curiosidad y metió la mano en el sobre. Extrajo cuanto le había impreso Hack.

El sacerdote no tenía escáner, no poseía una cámara de fotos, no tenía nada, solo una copia que había logrado hacer con el único instrumento que tenía y que usaba con mucha desenvoltura.

Lo había grabado y archivado junto a multitud de películas que habría sido mejor dejar a un lado. También Fosco había decidido pasar de ellos. Hack se había mostrado de acuerdo. Al fin y al cabo don Felipe se había marchado ya con el Creador, y si él no tenía nada que objetar, se habían dicho, ¿por qué debían tenerlo ellos? Además, el Creador sabría encontrar los mejores modos para hacérselo pagar, como por ejemplo dejarlo renacer. Por último, se dijeron, quizás no existiera ningún Creador, así que decidieron que era mejor que desapareciera el *notebook*.

Ahora Fosco, con la cabeza recalentada por el nervioso soliloquio interior, volaba por la ronda de circunvalación con una copia de *Folías* de Gaspar Sanz entre las rodillas, que se movía con el viento, y con un USB en el bolsillo conteniendo un precioso documento. La pregunta era: ¿qué es lo que había pasado con la partitura original? Metió las hojas en el sobre después de haber dado un vistazo. Por cuanto podía entender, había líneas llenas de números escritos a mano, grandes letras decoradas y una enorme cantidad de otros símbolos indescifrables. Sus números, más allá de las líneas, volaban entre las notas. En su conjunto cada hoja era preciosa, una apreciable obra de amanuense, pero nada más.

Fosco giró la llave y el motor se apagó. Bajó del coche y levantó la cabeza para comprobar que había llegado al lugar que quería. El letrero luminoso hablaba por sí mismo: Cámara de Música.

—Un bonito nombre —exclamó, y tiró de la puerta.

En un mostrador, que resultaba demasiado alto para el encargado, había tazas para el desayuno con pentagramas dibujados, lápices con la peluca de Mozart, corbatas y ropa interior, y otros objetos e instrumentos musicales con extrañas formas. Una cabeza sonriente, llena de pelo corto y con dos botones negros en el lugar de los ojos dijo:

—Buenos días.

En el aire había música clásica con sabor antiguo y con cierto ritmo mansueto.

—Buenas.

La cabeza volvió a sonreír afable.

—¿Las partituras para guitarra barroca? —preguntó Fosco, demostrando estar perdido igual que cuando se pregunta por una indicación en medio de la calle.

—Por ese camino hacia la izquierda —dijo, y un par de manos aparecieron inesperadamente para indicar el punto exacto.

Fosco se lo agradeció y se apresuró. Se sentía aturdido y fuera de lugar. Sobre él se levantaban estanterías de cultura que no podría abarcar, miles de hojas que no sabía leer.

—Por allí, por allí —dijo el encargado—. Algo más hacia delante... —cortaba el aire con la mano extendida—. ¡Aquí, esas! —exclamó, y satisfecho volvió a acomodarse junto al mostrador para vigilar la entrada—. ¡Debería estar ahí todo! —añadió sin darse la vuelta.

Todo, por otro lado, no era tanto.

Fosco extrajo un librito con la cubierta amarilla pegada en horizontal. Era un cuaderno de *Instrucción para música...* de Gaspar Sanz. Con el libro abierto entre las manos, arqueó la espalda hacia atrás y divisó el reflejo del encargado contra el escaparate.

—¿Tenéis algo más de Gaspar Sanz? —preguntó.

—Lo que tiene en las manos es todo lo que existe de Gaspar Sanz —informó el encargado—. A no ser que esté buscando transcripciones para guitarra clásica, pero de todos modos las composiciones son siempre las mismas.

No preguntó nada más y se inmovilizó, atónito ante la paradoja: el más ignorante del mundo en aquel campo no solo era el único en saber que existía algo más de Gaspar Sanz, sino que incluso lo poseía.

Saboreó el dulce gusto de la satisfacción y se acercó al mostrador.

—Lo compro —dijo alargando una tarjeta de crédito—. Y compro también esto —indicó un disco para guitarra barroca con obras de Gaspar Sanz que se hacía notar en el expositor colocado junto a la caja registradora.

—Excelente elección. Un bonito disco —dijo el encargado—. Rolf Lislevand es el mejor con una guitarra barroca. ¿Tarjeta de débito o de crédito?

—De débito, gracias.

—¿Tiene ya nuestro carné?

—No.

—Si quiere se lo hago ahora mismo.

—No, gracias. ¿Podría pedirle un favor?

—Dígame.

—Me gustaría ponerme en contacto con un guitarrista barroco.

El encargado le acercó un teclado.

—Tiene que marcar el código.

Fosco se tapó con una mano y procedió.

—¿Para clases privadas? —preguntó el encargado.

—Más bien necesitaría un asesoramiento —respondió, intentando asumir un tono lleno de autoridad—. Me sirve el mejor.

El joven lo miró meneando la cabeza.

—¡El mejor no está en Italia!

—El mejor de Roma —dijo Fosco, mirando un poco por todas partes los numerosos objetos raros expuestos en la tienda—. Me han hablado de un tal Fernández.

—Jamás lo he escuchado nombrar —respondió el joven, que analizaba con su mirada una agenda, pasándola de un lado a otro—. ¡Voilà! —exclamó, y el dedo se detuvo de repente, como si hubiera encontrado un obstáculo—. Pero no diga que se lo hemos dado nosotros —le suplicó.

Fosco apoyó su mano derecha contra el pecho.

—Prometido.

El otro sonrió.

—No se llama Fernández, pero es bueno. Aquí tiene un bolígrafo.

Hizo como que se apuntaba el número y corrió a refugiarse dentro del coche, ansioso por comparar la partitura que acababa de comprar con las *Folías* que había encontrado en el ordenador de don Felipe. Comprobó que no hubiera nadie en los alrededores y metió la cabeza entre las hojas. Pero para él era como si estuvieran escritas en chino. Y aunque iba marcando con el dedo cada página, como si estuviera entendiendo algo importante, Fosco se sentía únicamente desanimado y muy confundido.

Apoyó las partituras en el sobre, se alisó el pelo con ambas manos, miró el sol que desaparecía entre los edificios y suspiró. Luego encendió el motor.

En cuanto bajó en la parada del autobús más cercana al búnker, que estaba junto al semáforo peatonal, entre motores que ululaban, tubos de descarga que goteaban y nubes tóxicas más amenazadoras que la luz deslumbrante de los faros y las motocicletas, Rodolfo pensó en toda esa gente que se movía y moría por culpa de los combustibles fósiles, que ignoraba la existencia de una energía sencilla e inagotable, en la posibilidad de vivir en un mundo limpio.

Un tiempo se había ilusionado con poder cambiar las cosas pero ahora sentía que había fracasado. Nadie se sorprendía ya de sus dificultades económicas, y nadie creía que se pudieran atribuir a los obstáculos que había encontrado en su investigación. Quedaban pocos que viesan en él a un valiente investigador que marchaba contracorriente y en solitario. Fosco y Lucía, quizás, mientras los demás, uno por uno, inexorablemente, habían terminado por dudar de su capacidad real, condicionados por la máquina psicológica que gobierna la opinión pública.

Las comisuras de sus labios se rizaron en una sonrisa llena de satisfacción cuando, más allá del pequeño jardín comunitario, iluminado de forma insuficiente por una única farola, vio las luces perennemente encendidas del búnker.

Esperó que Lucía estuviera preparando algo apetecible para cenar. Sentía ya un cierto apetito. Lucía se lo estimulaba todavía más que las chicas de Heaters, y por eso siempre había pensado que Fosco era un hombre muy afortunado.



Lucía salió del cuarto de baño con una toalla envuelta en la cabeza y la cara roja.

—¿Qué música estamos escuchando?

—Se trata de guitarra barroca española. Es de Gaspar Sanz —dijo Fosco, ocupado en leer el librito que acompañaba el CD. Su dedo índice se apoyaba contra el pecho del ejecutante—. ¿Ves? Rolf Lislevand, un hombre joven y elegante con la mirada perdida entre las notas. La guitarra que estoy buscando es parecida a esta.

Un pie de foto decía que la guitarra que tenía en brazos el guitarrista de la foto (la misma que se escuchaba en el disco) era una reproducción fiel de un modelo original español y que no se trataba de una González.

—Los propietarios del instrumento tendrán seguramente fotografías, ¿no? —preguntó Lucía desde el dormitorio.

—Han dicho que no tienen nada. Sin embargo la profesora Loinèda logró realizar algunas fotografías durante el concierto y me ha dado una.

Lucía se acercó inmediatamente donde él estaba sentado en el sofá, seguida por una maraña de pelo negro y vaporoso.

—Déjame ver.

La foto estaba allí, encima de la mesita.

—Es una mancha dorada —dijo Fosco.

—¿Cómo puede ser?

—Una de las numerosas extrañezas de este instrumento —dijo Fosco, que pensó de nuevo en sus extravagantes clientes—. Deberías verlos.

—¿A quiénes?

—A los señores Gerard y Maria Della Rosa. Jamás había conocido a nadie así antes.

La pequeña sala del búnker vibraba ante las variaciones de la guitarra barroca.

—¿A qué te refieres?

—Son muy ricos y muy viejos. Lo están dando todo a proyectos de beneficencia. Antes de donar también la guitarra quisieron escucharla por última vez. Y por eso organizaron el concierto. O al menos es lo que dicen —explicó Fosco, alargando las piernas hacia la mesita y respirando profundamente—. Son raros, pero no sabría decirte más. Si te dijera que parecen los sujetos de un cuadro al que se le acaba de quitar el marco, ¿te ayudaría a hacerte una idea?

—Creo que sí —dijo Lucía, capturándole el cuello con el brazo y plantándole un

beso en toda la mejilla.

—¡No la encontraré nunca! —exclamó, y lanzó el librito del disco contra la pared como si fuera una figurita. Luego se levantó—. Quizás será mejor que llame y encargue ya las *pizzas*. Me está entrando un hambre enorme.

Inmóvil como estaba, se quedó paralizado cuando sonó el telefonillo, cuyo sonido parecía de masa eléctrica desafinada.

—¡Será él! —exclamó contenta Lucía.

Fosco comenzó a sonreír antes de tirar de la puerta.

Miró fuera, inspirando satisfecho, feliz, como si en el lugar de la típica calle polvorienta y un enfermo jardín comunitario hubiera aparecido de repente un acantilado acariciado por la brisa marina.

—¡Qué ganas tenía de verte, hermano!

Rodolfo se agachó ante Fosco con su cabeza de rizos y entró, siendo inmediatamente abrumado por Lucía, que salió al encuentro para abrazarlo.

Pero la alegría no duró más que unos pocos instantes. Lucía se puso inmediatamente seria, y mientras se acercaba a la cocina para coger algo de beber, le dijo que ella y Fosco estaban cada vez más preocupados por él.

Rodolfo movió los hombros y guiñó un ojo. Acercó su oído hacia los altavoces y lanzó una mirada a Fosco que, con el teléfono en la mano, le mostraba una hoja de la *pizzería* con servicio a domicilio.

—¡Qué música más extraña estáis escuchando!

Fosco le indicó el librito del disco.

—Buenas tardes, me gustaría encargarme tres *pizzas*. Sí... —tapó el auricular con la palma de la mano—. Guitarra barroca, ¿te gusta?

Rodolfo asintió mientras seguía hojeando el librito.

—Sí, bien, entonces una margarita... —decía Fosco mientras Lucía llegaba con las cervezas y una sonrisa en los labios que traicionaba su tristeza.

—Tú y Fosco no tenéis que preocuparos por las amenazas —le dijo Rodolfo sentándose sobre el sofá y enseñándole un vaso. Seguramente es solo un pobre maníaco que se divierte asustando a la gente. Nada serio.

—¿Pero cómo consigues estar tan tranquilo? —no era una pregunta, sino más bien una *regañina*—. ¿Has hablado con la Policía?

Rodolfo bebía para evitar que la cerveza se le derramara, y después de haber deglutido media jarra admitió que todavía no lo había hecho. Se pasó la mano sobre la boca llena de espuma.

—Pero tengo intención de hacerlo mañana —dijo.

—¿Por qué mañana? —preguntó Fosco.

Rodolfo se acomodó, alargando un brazo sobre el respaldo del sofá. Sorbió de nuevo. A ambos lados de la jarra, Lucía y Fosco le miraban esperando a que hablara.

—Ya no estoy tan convencido de que las amenazas tengan algo que ver con la fusión en frío —dijo—. O mejor, en un cierto sentido tiene algo que ver, pero no son el resultado de mis estudios lo que suscita las amenazas.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Lucía, y le tocó una mano—. No nos tengas más en ascuas.

Rodolfo vació la jarra y la apoyó sobre la mesita. Intentó cambiar de argumento y fue al baño, pero ellos le esperaban callados y con la mirada pendiente de sus labios.

—Está bien —dijo al final, poniendo las manos hacia delante—. Pero lo que os voy a decir es solo una hipótesis mía.

—Te escucho —le dijo Fosco.

—La última amenaza la he recibido esta noche, antes de salir para venir hacia aquí. Esta vez era otra voz, no la misma que me lleva llamando desde hace días.

—Antes —le interrumpió Fosco— has dicho que tienes intención de ir a la Policía mañana...

—Sí, porque mi amiga y colega Luce ha desaparecido. No consigo localizarla desde hace dos días. No es propio de ella —dijo, y asintió limpiándose los labios con una servilleta—. Os estaréis preguntando quién es Luce y qué tiene que ver en todo esto...

Ambos contestaron afirmativamente a la vez.

—Es una joven guapa y muy rica. La conocí hace dos meses en el *fast food* donde voy a comer con frecuencia. Trabaja allí, aunque no lo necesitaría, solo para experimentar una vida de total independencia. Quiere vivir. Es lo que ella dice siempre —recordó, y sorbió un trago más de cerveza—. Me conocía. Sabía que soy un investigador de la universidad, sabía sobre lo que estoy trabajando y se la veía muy interesada. En breve me hizo entender que sabía mucho también de física. Ha sido...

El telefonillo chirrió.

Lucía se acercó a abrir la puerta. Cogió las *pizzas*, pagó y las llevó a la mesa.

—¿Estabas a punto de decir que se trató de un «amor a primera vista»?

—Sí, se trató de algo repentino —dijo Rodolfo, colocándose la esquina de una servilleta en el cuello de la camiseta—. Pero doble, porque junto a su belleza, Luce suma una inteligencia fuera de lo normal. Inmediatamente la impliqué en las investigaciones y se demostró capacitada para ello. Lo conocía todo y se la veía muy determinada. Poco tiempo después alguien depositó en mi cuenta corriente no sé cuánto dinero. Bastaba para poner en marcha un pequeño laboratorio privado. Sé que fue ella quien depositó ese dinero.

—¿De cuánto dinero estás hablando? —preguntó Fosco.

—Mucho, quinientos mil euros.

—Vaya vaya —exclamó Lucía.

—El hecho es que eso hizo que se despertaran mis dudas —continuó Rodolfo.

—Una joven guapa e inteligente aparece de repente —dijo Fosco—, deposita quinientos mil euros en tu cuenta corriente...

—¿Y una chica así trabaja en un *fast food*? —observó llena de escepticismo Lucía, mientras con los codos hacia arriba se la veía ocupada en cortar la *pizza* intentando no agujerear el cartón.

—Pero a pesar de mis sospechas, me tuve que rendir ante la evidencia. Luce es una buena chica, solo que es demasiado misteriosa.

—¿La conoces tan bien como crees? —dijo Fosco—. ¿Qué es lo que sabes de ella?

—Esa es precisamente la cuestión. Hace unos días me dijo que conocía al propietario de algunas emisoras radiofónicas, el cual, según ella, había aceptado con entusiasmo emitir por las ondas una entrevista del aquí presente, en la que hablaba de la investigación sobre la fusión en frío y de los muchos obstáculos que hemos ido encontrando por el camino. Acepté y posteriormente grabamos la entrevista. Y nos despedimos diciendo que había que mantener los ojos bien abiertos y que nos veríamos esa misma noche en Heaters. El hecho extraño es que al cabo de un par de horas alguien conocía ya la entrevista y me llamó por teléfono. Afónico, me amenazó diciendo que los alquimistas como yo merecían la hoguera.

Fosco dejó la *pizza* y se concentró en su hermano, mirándolo con tanta intensidad y tristeza que parecía sentir conmiseración por él. Le observó fijamente durante un buen rato, en silencio. Luego abrió los brazos y exclamó:

—¿Alquimistas?

Rodolfo enlazó los dedos.

—En ese momento dejé de creer que se tratara de uno que se había vuelto loco, porque el hombre que me hablaba por teléfono conocía lo que poco tiempo antes había hecho en mi casa. Lo primero que pensé era que me había comportado con total ingenuidad, porque podía ser Luce quién hubiera informado a esas personas. Me pregunté incluso a qué juego estaba jugando. Sentí que me había estado tomando el pelo. Incluso pensé que la voz al otro lado del teléfono era la suya y que podía ser ella el maníaco que se estaba divirtiendo amenazándome de muerte.

—¿Y en cambio? —preguntó Lucía, que frunció el ceño y lo miró fijamente.

—En cambio ha desaparecido en medio de la nada.

—Puede tener mil motivos para no dejarse encontrar.

—Teníamos una cita. Una colega suya del *fast food* me dijo que Luce solía avisar cuando no podía ir a trabajar. Y además, ellas dos son amigas. Así que me fui luego a su casa. Era la primera vez que ponía un pie dentro. Jamás antes me había dado su dirección. Decía que todavía era pronto y que prefería venir ella a mi casa.

—Obviamente no estaba —dijo Fosco.

—No —confirmó Rodolfo—. Pero entré igualmente...

Fosco se dejó caer hacia atrás sobre el respaldo de la silla. Lucía, en cambio, hizo una señal a Rodolfo para que no prestara atención a su severidad excesiva y le invitó a continuar.

—¿Qué es lo que has descubierto?

—Todavía no estoy seguro de ello...

—No estás seguro —dijo Fosco haciendo de eco y mirando hacia otro lado, con las manos en la frente.

—¿Por qué lo culpas tanto? —le defendió Lucía—. ¿Qué es lo que habrías hecho tú en su lugar?

—Estoy únicamente preocupado por él —respondió Fosco dirigiéndose a su hermano—. Debí haber ido a la Policía.

Rodolfo, con la mirada fija en el mantel, rompía las migas con la mano nerviosa.

—He encontrado unas hojas... —dijo.

—¿De qué van?

—De cosas de las que Luce me estuvo hablando pero que creí que eran fruto de su fantasía.

—¿Las has encontrado en su casa?

—Sí —contestó Rodolfo, y sacó de su mochila un montón de hojas de cuadritos dobladas en dos. Mientras las abría sobre la mesa, comentó—: He descubierto también que sus padres tienen una mansión. He ido hasta allí, pero no he entrado. Aunque he hecho algunas preguntas, descubriendo que eso de ser misteriosos es una característica común en toda la familia. Hay quien incluso me ha dicho que en esa mansión ocurren cosas muy extrañas, pero nadie ha sido capaz de decirme algo más exacto al respecto —explicó. Y mientras terminaba dejó caer la palma de su mano sobre los documentos y se quedó serio—. ¿Recuerdas el coche oscuro que nos persiguió el otro día? ¿El que de repente giró? —le lanzó una expresión de entendimiento y Fosco, después de mirar un momento al cielo, hizo un gesto de asentimiento—. La mansión de la que te estoy hablando está precisamente allí, en lo alto de esa carreterita. Es muy probable que el coche se dirigiera a la casa de la familia D'Ambra porque solo hay otra entrada hacia esa carretera y se encuentra llena de matorrales, por lo que no creo que lleve a ninguna casa.

—Quizás me estaban siguiendo a mí por el asunto de la guitarra robada —dijo Fosco rascándose la frente—, y giró cuando se dio cuenta de que le estábamos haciendo fotos.

—Puede ser.

—¿Tienes contigo esas fotos?

Rodolfo movió la cabeza.

—Las hice sin mirar. No logré encuadrar nada que fuera interesante. Y además, el

*flash* al reflejarse contra el parabrisas posterior se equivocó con el objetivo.

—¿Pero de verdad que no tienes ni idea sobre dónde esa Luce haya podido ir? —preguntó Lucía tocándole un brazo.

—Tengo miedo de que le haya ocurrido algo feo. Es ahora cuando me planteo que las amenazas no iban dirigidas a mí, sino a ella. No sé cómo ni por qué, pero sospecho que su familia tiene algo que ver en todo esto. Quizás es por el dinero que me dio. El fanático, enemigo de la fusión fría, o el sicario de las multinacionales de energía ya no me convencen tanto. La verdad es que nunca me habían convencido, de ahí que no pusiera ninguna denuncia.

—Nunca se puede aceptar dinero de desconocidos —dijo Fosco, alargando el cuello sobre las hojas—. Especialmente cuando se trata de una suma tan alta.

Lucía le dio un codazo.

—¡Pero mira quién habla! —exclamó. Y también ella se acercó para ver mejor las hojas que Rodolfo había separado y dispuesto encima de la mesa.

—Mirad aquí. Es por esto por lo que temo que le puede haber ocurrido algo —dijo Rodolfo, e indicó la última serie de símbolos extraños, en la última hoja. Se sujetó la barbilla y cruzó los brazos, con la mirada clavada en un punto exacto de una de las hojas—. No podía crérmelo. No consigo creerlo ni siquiera ahora.

—¿Qué es lo que no consigues creer? —preguntó Fosco.

—Esto sí que es raro —dijo Lucía torciendo la nariz—. Las amenazas las recibes tú, pero crees que es ella la que está en peligro.

—Las amenazas las recibíamos los dos —le corrigió Rodolfo—. Y quien quiera que haya llegado a conocer el contenido de la entrevista solo puede haberlo hecho a través de Luce.

—O de la propia emisora de radio —pensó Fosco en voz alta.

—No, todavía no podía saber que ya había sido grabada. Esto únicamente lo sabe Luce y cualquiera que haya hablado con ella nada más despedirnos.

—Pero vamos a ver, ¿qué es lo que está escrito en estas hojas? —preguntó Fosco, que las recolocó y las miró, esforzándose en dar un sentido a los raros símbolos que cubrían toda la superficie, con el esfuerzo grabado en el rostro. Luego se rindió y los puso encima de la mesa.

Rodolfo apoyó la mano sobre el papel y dijo:

—Luce ha traducido en el lenguaje de la física moderna la fórmula para obtener la Piedra Filosofal —dijo. Se reía, nervioso—. ¡Sé que estáis pensando que estoy loco!

—Así es —dijo Fosco, que siguió examinando con atención las hojas. Estaba perplejo. Había algo, de todos modos, que no le cuadraba. Con los labios apretados, la nariz que le temblaba, movía las hojas y emitía tonos de asentimiento hacia sus propios razonamientos. De repente sintió un escalofrío de terror y tuvo la nítida

percepción del peligro.

Discurriendo aquellos símbolos pensó en *Folías* de Gaspar Sanz, y en la extraña coincidencia de que precisamente en aquellos días también se había encontrado él con símbolos antiguos e indescifrables como aquellos que ahora tenía delante de la nariz. Pensó en el dinero que le habían ofrecido con tanta facilidad tanto a él como a Rodolfo y en la enorme mansión de los *CastelliRomani* de la familia Della Rosa, que tenía una preocupante cercanía con la de la rica familia D'Ambra. Rápidas conexiones de conciencia abrieron un estrecho pasadizo en la oscuridad y la lógica conclusión se detuvo durante un breve instante delante de su propia mente: si Rodolfo se encontraba de verdad en peligro, quizás también lo estaba él. Dobló las hojas y se las devolvió.

—Me gustaría que las guardaras tú —le dijo Rodolfo, con las pupilas temblorosas y parecidas a las estrellas negras en un cielo blanco.

Fosco se levantó de la silla con los movimientos tranquilos que, sin lugar a dudas, precedían a un enfrentamiento.

—Creo que yo también tengo una parte reservada en esta comedia.

Le contó el encargo que había recibido para recuperar la González, de Gerard y Maria Della Rosa, de los cien mil euros y de los otros cien, de la partitura, de don Felipe, de la casa completamente registrada y del *notebook*.

—Estoy seguro de que esos que entraron en casa del párroco buscaban las películas para que desaparecieran, no la partitura —objetó Rodolfo.

—¿Y entonces por qué el sacerdote lo grabó todo?

—No tengo la más mínima idea. Uno tiene una partitura rara entre las manos y hace una copia... ¡La verdad es que no veo nada de raro en todo eso!

Lucía comenzó a comerse las uñas. Hizo notar que esa conversación la estaba asustando y protestó, diciendo que eran dos irresponsables que se habían dejado llevar por cosas que cualquier otro habría considerado con mucha precaución.

—Tienes razón —dijo Rodolfo—. Pero no creo que nuestros asuntos tengan una conexión.

—Será —suspiró Fosco, y evitó insistir para no asustar todavía más a Lucía a la que abrazó y dio un beso—. De todos modos, Rodolfo, las hojas están seguras, puedes dejarlas conmigo todo el tiempo que quieras. Solo me gustaría saber cómo lo has hecho para saber que contienen la fórmula para obtener la Piedra Filosofal. A mí me parecen bocetos sin sentido junto a símbolos matemáticos.

—¡Exacto! —exclamó Rodolfo—. ¡Se trata precisamente de eso! Luce ha traducido el lenguaje incomprensible de la antigua alquimia al de la física moderna. Como os he dicho, ya me había hablado de ello, pero yo lo había considerado una broma, una tomadura de pelo por ser demasiado indulgente con la fantasía. De hecho, en alguna ocasión me dejé llevar, pronunciando frases como «la fusión fría es la

alquimia moderna» o «nos desacreditan como si fuéramos alquímicos». La similitud, sin embargo, no iba tan desencaminada, y Luce no estaba bromeando en absoluto.

—¿De dónde provienen estos símbolos? —preguntó Fosco—. ¿Cómo sabes que son alquímicos?

—Vienen de un texto antiguo que se llama *Mutus Liber*, el libro mudo. Estos, sin embargo —dijo indicando las hojas a cuadros—, son capaces de que hable. Quien me está amenazando no los puede encontrar. Si le ha ocurrido algo malo a Luce como consecuencia de su investigación, no le habrá ocurrido en vano. No podía dejarlos en su casa porque ese será seguramente el primer lugar donde irán a buscar. Y mi casa será el segundo.

Fosco sintió como la mejilla de Lucía sobre su hombro iba humedeciéndose y aumentando de temperatura. Entendió que estaba llorando. Le guiñó un ojo a Rodolfo.

—Esto es lo que vamos a hacer ahora: yo guardo estas hojas y mañana restituyo el dinero a los señores Della Rosa, diciéndoles que no puedo ocuparme de la guitarra. Tú irás a ver a los padres de esta chica para contárselo todo, les devuelves la enorme cantidad de dinero que su hija te puso en la cuenta y vas a la Policía para denunciar las amenazas que estás recibiendo.

—Está bien. Es lo que haré —dijo Rodolfo, y se levantó sonriendo—. Ahora me voy, pero nos vemos pronto, prometido —añadió. Cruzó los dedos y se los enseñó a Lucía.

—Ten cuidado —dijo ella secándose una lágrima con el dorso de la mano.

Fosco lanzó una mirada a su rostro pálido, marcado por el cansancio.

—¿Te apetece acompañarlo hasta la parada?

—Claro que sí —contestó ella inmediatamente.

Rodolfo protestó con firmeza.

—No, no, vosotros os quedáis aquí —dijo, y miró su muñeca—. Son solo las once y la parada del autobús se encuentra al otro lado del jardín.

—Es más prudente si te acompaño yo en coche —dijo Fosco—. Y mañana por la mañana —repitió—, inmediatamente a la Policía.

Miró a Lucía, esperando que apreciara su resolución para hacer lo más sensato. Rodolfo le arrojó los brazos al cuello. Y lo hizo con fuerza.

—Quédate en casa con Lucía. Ya la hemos asustado bastante. Y, en cambio, no hay nada de lo que debemos tener miedo. Ahora cojo el autobús y me voy a casa. Es una calle muy transitada y no es muy tarde.

—Le acompaño hasta la parada —dijo Fosco, sujetando a Lucía por los hombros.

—¿No sería mejor llamar a un taxi? —dijo ella con un hilo de voz.

—Lo siento. No era mi intención asustaros. Me había prometido a mí mismo no implicaros en este asunto, pero no tenía otra alternativa. Espero que un día logréis



entenderme. Ya veréis como todo saldrá bien. Luce saldrá de donde se ha metido tras haber hecho una gamberrada y nos casaremos. Con ese dinero nos compraremos una casa. Y si no aparece será porque así lo ha decidido. Yo restituiré el dinero a su familia. Quedaos tranquilos —dijo Rodolfo, que se encogió de hombros y le dio una palmada a Fosco—. Quizás esas hojas no son tan mágicas como creo. Quizás todo es una broma bien montada por alguien que nos conoce a los dos —se giró de repente hacia Lucía—. ¡Ah, has sido tú! —gritó, y mientras hablaba le metía un dedo entre las cosquillas.

Ella se echó hacia atrás y comenzó a reír.

—En cuanto tenga noticias, os llamo —dijo Rodolfo—. De cualquier forma, en boca cerrada no entran moscas. Mantened bien abiertos los ojos —añadió. Hinchó los carrillos y guiñó los ojos, suscitando una gran hilaridad liberatoria.

Fosco y Lucía se quedaron en el umbral del búnker, mirándolo mientras cruzaba la carretera corriendo. Él se dio la vuelta para despedirse. Luego su figura se transformó en una sombra difuminada en el jardín, iluminado escasamente por la única farola que funcionaba. La farola temblaba y la luz desapareció un instante para luego brillar de nuevo, iluminando a Rodolfo que se despedía de nuevo dándose la vuelta y moviendo la mano. Además, les hacía un gesto para que entraran en casa.

Más allá del jardín, en la parada, aparecieron dos focos de luz inmediatamente y tras ellos el autobús.

Una suerte tranquilizadora.

Las puertas se abrieron resoplando. Bajó un pasajero. Rodolfo aceleró el paso para lograr dar un salto y subir.

Fosco cerró la puerta.

También el autobús cerró las puertas. Y se marchó sin prestar atención a los golpes de Rodolfo, que se había quedado fuera y estaba dándole desde un lateral.

Volvió a la parada, jadeando, asqueado y afligido. Lanzó una mirada a la puerta del búnker ya cerrada, y por un instante estuvo a punto de acercarse para decirle a Fosco que, si no había cambiado de idea, podía acercarle en coche. Pero por otro lado no quería seguir molestándole con sus paranoias. Inmóvil, se quedó en silencio, prestando atención por si escuchaba la llegada de otro autobús. La ciudad, sin embargo, se estaba transformando en un ser cada vez más silencioso.

Más allá del aliento oscuro y polvoriento del jardín había alguna persona andando, y luego ya nadie. El tráfico de los coches comenzaba a ser cada vez más escaso, y conforme pasaban los minutos el jardín de detrás de él comenzó a ennegrecerse como si fuera un remolino cada vez más denso, casi un espectro. Era solo un rectángulo algo seco, lo sabía, pero ahora le parecía como un lugar húmedo en el que asentaban sus raíces las tinieblas.

Respiró profundamente. Se repitió que tenía que calmarse y que no tenía nada que temer. Miró el reloj. Dirigió una mirada llena de esperanza al cartel de las paradas: frecuencia nocturna cada treinta minutos. Habían pasado cinco. En el fondo tenía solo que esperar un poco más.

—¿Señor Rodolfo Noi? —preguntó alguien que había aparecido de la nada, detrás de él.

Se le heló la sangre y se giró secamente, completamente tenso.

Un hombre salía a su encuentro con un paso calmo y una expresión serena.

—¿Es usted, no es así?

—¿Y usted quién es?

—Buenas noches, señor Noi. Sentía impaciencia por conocerle, permíteme.

—¿Usted quién es? —insistía Rodolfo.

El hombre le ofreció la mano.

—Me llamo Antonio Carugi.

Noi respondió con el mismo gesto.

—¿Cómo conoce mi nombre? —preguntó con una mirada llena de prevención—. ¿Me está siguiendo?

El hombre tenía aspecto y maneras propias de un viejo profesor ya pensionista pero lucía una expresión extraña que hacía que se sintiera incómodo.

—Tengo algo que enseñarle —y diciendo así le indicó la parte más oscura del jardín—. No quiero arruinarle la sorpresa, sígame. Le dejaré ver algo que le gustará.

Rodolfo escuchó unos pasos sobre las piedras que se estaban acercando detrás de él. Tres hombres vestidos de oscuro, muy derechos y algo hinchados y pálidos, avanzaban lentamente, todos a la vez, encerrándolo en un semicírculo y empujándolo hacia la dirección que le había indicado el hombre.

—¿Puedo saber qué queréis de mí?

Rodolfo se estremeció. Una sensación de vacío se apoderó de su estómago, las manos comenzaron a sudarle y un sudor frío le cubrió toda la frente. Sintió un nudo que se le cerraba en la garganta. La respiración era cada vez más entrecortada, mientras la boca se había secado completamente. Su cabeza era como un periscopio muy nervioso, inquieto, en busca de una vía para escapar.

El hombre, dándole la espalda, dijo con tono terriblemente apagado:

—Quiero su ignorancia, señor Noi —se dio la vuelta y le analizó de la cabeza a los pies con una ceja levantada que le llegaba casi a la raíz del pelo—. O su sabiduría. Elija usted —añadió. Y se puso a caminar.

—¿En relación con qué?

—Sé que es un buen amigo de la señorita Luce D'Ambra. Y también que, siempre con su ayuda, está desarrollando una investigación y haciendo experimentos que demostrarían de una vez por todas el acierto de sus teorías sobre la fusión nuclear fría. ¿No es así?

—¿Qué queréis de Luce? ¿Qué es lo que queréis de mí? Es verdad —admitió, asumiendo un aire de desafío—. ¿Y qué? ¿A usted qué le importa? ¿Es usted quien me llama para amenazarme?

—Importa, querido investigador, importa. Su investigación y los resultados obtenidos por usted son extremadamente importantes para nosotros. Como lo son la búsqueda de su hermano y los resultados obtenidos por él.

—¡Mi hermano no tiene nada que ver con mis investigaciones! —protestó Rodolfo.

El hombre transformó su voz adrede en un tono oscuro y lleno de terror.

—Usted no sabe cuánto se equivoca.

Era la misma voz aguda que había escuchado amenazándole por teléfono.

Rodolfo sintió el impulso de marcharse corriendo, agarrándole por los hombros para tirarlo al suelo, pero se acordó de la presencia de los otros tres energúmenos que tenía detrás. En ese momento notó cierto olor a quemado. O mejor dicho, notó olores diferentes que a la vez evocaban el fuego, como de un carburante desconocido y quizá de grasa rancia, de azufre o de tela basta y seca, como de paja o pegamento...

—Dejadme que me vaya —intentó decir mientras le empujaban—. Estáis cometiendo un grave error.

—Venga, no se arrepentirá —respondió el hombre, invitándole a caminar cada vez más rápido.

Lucía dormía.

Fosco, con las manos debajo de la nuca, miraba al techo pensando en las cosas tan extravagantes que había dicho Rodolfo. Pero los pocos pensamientos que lograba hilar se rompían como si estuvieran hechos con arena mojada. Suspiró pensando que Rodolfo estaría ya en casa, en un sitio seguro, y que a la mañana siguiente iría a presentar la denuncia. Él, por su parte, restituiría los cien mil euros a la familia Della Rosa y se saldría del asunto.

Estaba a punto de dormirse cuando escuchó el teléfono sonar. Se despertó molesto y pensando que lo había dejado en el cuarto de baño, mientras seguía la pista sonora protestando. «Este tiene que ser él, que nos avisa de que ya ha llegado a casa».

Respondió.

—¿Eres Fosco Noi?

Una voz electrónica se escuchaba desde el otro lado. Fosco se rascó el cuello y miró a la pantalla: no había ningún número identificador de la llamada. Se quedó inmóvil mirando fijamente el auricular. Había reconocido aquella voz, una de las tantas opciones de un *softwaretext to speech*.

La voz electrónica dijo de nuevo:

—Sal fuera. Sal. Tengo algo que enseñarte.

«Será una broma», pensó, por lo que salió del cuarto de baño decidido a no meterle más miedo a Lucía.

¿Solo una broma? La idea no le convencía en absoluto.

—¿Quién es? —murmuró Lucía con los ojos cerrados.

—Alguien que tenía ganas de bromear —le respondió mientras componía el número de Rodolfo.

El teléfono sonaba libre. Fosco se puso unos vaqueros del armario, una camiseta y se vistió intentando mantener la calma. Dejó caer sus pies desnudos en los zapatos y se dirigió hacia la puerta, intentando no dejarse ver por Lucía. Subió con rabia las escaleras del búnker, abrió la puerta de casa y salió.

Aparentemente todo lo que estaba fuera parecía tranquilo.

Se detuvo para oler el aire. Llevaba un olor nuevo, fuerte, como a miel y corteza con resina, unido a una extraña mezcla de pegamentos, lacas y vapores de petróleo.

Analizó la oscuridad. Y le pareció ver una sombra que se movía entre los árboles del pequeño jardín comunitario, bajo la luz intermitente de la farola defectuosa. Un

hombre quizás.

Decidió acercarse para ver de cerca.

Sí, era un hombre. Lo vio claramente, justo bajo la franja de luz intermitente de la farola. Hacía señales agitando los brazos. Parecía que le estaba pidiendo ayuda.

«Una broma», pensó Fosco.

—Ahora sí que me están tocando las narices —dijo dirigiéndose con amplios pasos hacia la farola.

—¿Pero adónde vas? —le gritó Lucía en la puerta.

Fosco se detuvo y le hizo una señal para que entrara en casa. Luego la farola emitió algún sollozo luminoso y se apagó, dejando el jardín en total oscuridad.

En el rumor eléctrico y silencioso de la noche oía al hombre emitir gritos ahogados, le escuchaba dar patadas en la hierba, pero no lograba verlo.

Se acercó todavía más.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Como respuesta, solo murmullos de terror.

Estaba a pocos pasos ya, pero no lograba distinguir nada. Quizás era alguien que se sentía mal, quizás le estaban robando... Dio un par de pasos más manteniendo el oído alerta. No escuchaba ningún ruido. La farola se encendió por un instante, una breve iluminación, lo suficiente para ver. O para creerse lo que estaba viendo: un hombre que corría a su encuentro con los brazos abiertos, emitiendo versos, tropezándose, tambaleándose. Se frotó los ojos e intentó visualizar. Pensó que alguien necesitaba ayuda. Se preparó para socorrerlo. Pero la impresión duró un instante. El hombre, que ya estaba cerca, emitió unos resplandores, y bajo su mirada atónita se incendió de repente, como un puñado de paja seca, iluminando el jardín.

Cuando se detuvo delante de él, envuelto en llamas, Fosco tuvo el instinto primordial de no abrazarlo. Miró cómo le pasaba por delante, y en ese momento lo notó ahogarse. Vio sus ojos hinchados y blancos cocerse como yemas de huevo. Lo siguió, impotente, manteniéndose a una debida distancia, obligado a evitar las piezas de material incandescente y pegajoso que saltaban por todas partes.

Gritó con todas sus fuerzas en busca de ayuda. Intentó acercarse, pero no pudo hacer nada más que seguirle y esperar a que se detuviera. Por último, después de una carrera más larga de lo que podía pensar, el hombre todavía envuelto en llamas cayó al suelo.

Lucía llegó, sin respiración, con un cubo de agua en las manos.

—¡Una manta! ¡Una manta! —gritó Fosco con las manos en el pelo.

Lucía corrió dentro, gritando.

—¡Llama a una ambulancia! ¡Llama a la Policía!

Fosco intentó primero arrojar agua sobre el cuerpo, pero el agua en vez de apagarlo alimentaba el fuego. Entonces se quitó la camiseta, y con un brazo delante

de los ojos intentó usarla para sofocar las llamas. Pero no era posible acercarse lo bastante. Empujado por el calor intenso, logró acercarse solo lo suficiente para darle algunos manotazos con la camiseta. El hombre estaba untado con un material inflamable que hacía que fueran inútiles todos los intentos por salvarle, incluso el más nocivo, como era el permanecer allí mirándole con las manos vacías.

Llamó a una ambulancia.

Lucía temblaba y lloraba.

Con los puños morados, las nalgas apretadas como si fueran de acero y los hombros rígidos ante la rabia, Fosco levantó al cielo unos gritos desesperados, y llorando comenzó a repetir que era Rodolfo. Luego se desplomó en el suelo, agotado, incapaz de apartar la mirada del cuerpo que se quemaba en el asfalto, sollozando mientras no dejaba de repetir: no es justo, no es justo.

Los vecinos se acercaron corriendo. Se detuvieron los pocos coches que pasaban por allí. En poco tiempo, por la calle, alrededor del cadáver que todavía no terminaba de arder, se reunió un grupo de gente curiosa e imponente, una multitud de rostros asombrados y asustados ante aquel horror.

Fosco daba patadas contra la pared del búnker y lloraba, repitiendo de manera obsesiva, gritando y sorbiendo con rabia las lágrimas: ¡Dios mío, no! ¡Era él, era él!

—Déjalo ya —le imploró Lucía, entre sollozos.

Fosco siguió repitiendo que el hombre muerto era Rodolfo, y asestó una serie de puñetazos contra el cemento.

Desesperada, Lucía se entremetió entre él y la pared y le agarró las manos ensangrentadas. Se las besó, suplicándole que volviera a la cordura. Fosco le pidió perdón y la abrazó con fuerza.

—No pasa nada —dijo ella, lavándole los nudillos con el agua salada que le caía de las mejillas—. Ahora cálmate.

—Era Rodolfo —le dijo sollozando.

Ella le respondió que se equivocaba.

—Su teléfono está apagado —insistía, desesperado—. Alguien me ha llamado para decirme que saliera a ver.

Lucía le aseguró que todo eso parecía completamente absurdo. Luego se escondieron el uno entre el otro.

El aullido lamentoso de la ambulancia se apagó en el centro de la calle. Los médicos saltaron fuera con agilidad, sacaron en un santiamén una camilla y se dirigieron rápidamente al lugar, pero se quedaron atónitos e imponentes ante el cadáver que humeaba de forma intermitente bajo los destellos celestes de la sirena.

Ya estaba casi completamente carbonizado. Tenía los brazos hacia delante, como si estuviera pidiendo ayuda al cielo. Y de la boca abierta de par en par, que carecía de labios y mostraba los dientes negros, salía una humareda negra y densa, como un

aliento oscuro, como las palabras que aquel hombre no había podido pronunciar, como el alma que escapaba rápidamente del cuerpo, de este mundo.

—¿Alguien sabe lo que ha ocurrido? —preguntó una voz. Era un policía.

Fosco no tenía ni siquiera ganas de responder. Se secó los ojos con el dorso de la mano, ensuciándose las mejillas de sangre, y miró la horrible columna de humo que se levantaba del asfalto.

El policía, un hombre gordo con el aire muy serio, dio un paso hacia delante y apoyó sobre ambos una mano en el hombro.

—¿Habéis visto algo? —preguntó mientras analizaba la puerta medio abierta del búnker—. ¿Vivís aquí?

—Sí —respondió Lucía.

—¿Os importa si entramos? —el policía les empujó con educación—. Será una cuestión de pocos minutos.

Consintieron, dirigiéndose directamente hacia la puerta de casa. La mesa se encontraba todavía llena de las cajas de cartón de las *pizzas*. El policía las apartó para dejar un hueco donde apoyar su carpeta. Extrajo una hoja e invitó a Lucía y a Fosco a sentarse.

—Contadme lo que habéis visto —dijo. Abrió un bolígrafo y se preparó para escribir.

Sus ojos, cargados de desesperación, se buscaban. La cara de Fosco, manchada de humo y sangre junto con las lágrimas, era una máscara morada y deforme. Tenía el pelo sucio, aplastado contra el cráneo por la presión de sus propias manos. Movié la cabeza. Se esforzó para hablar, aguantando el llanto.

—Estoy convencido de que se trata de mi hermano —dijo, sorbiendo por la nariz y emitiendo un ruido parecido al papel que se arranca.

El policía rozó la hoja con la punta del bolígrafo pero luego lo pensó mejor y se dirigió a él con el ceño fruncido.

—¿Su hermano? ¿Cómo puede asegurarlo?

—Tiene razón el policía —dijo Lucía apretándole la mano—. No puede ser Rodolfo. Verás como no es él. Tiene que perdonarle —dijo dirigiéndose al policía—. Se encuentra en estado de *shock*.

Fosco, sin embargo, seguía insistiendo.

—Recibía amenazas de muerte.

—Cuénteme todo desde el principio —dijo el policía, que ahora parecía determinado a escribir.

Fosco pensó antes de hablar.

Pensó en decirle: «He recibido una llamada extraña que me invitaba a salir para ver. He salido y...». En cambio dijo:

—He salido para tirar la basura al contenedor y he escuchado unos ruidos que



provenían del jardín.

Luego contó el resto. Esperó a que el policía hubiera escrito todo y añadió:

—Mi hermano vino a cenar a casa esta noche. Se marchó hace un par de horas. Nos contó que estaba recibiendo amenazas.

Se frotó la nariz con el dorso de la muñeca y miró a Lucía. Sus ojos enrojecidos enviaban mensajes de alerta.

El policía levantó levemente una cara que demostraba poco a poco más coraje.

—¿Amenazas?

En aquel momento de extrema confusión, Fosco se dio cuenta de que estaba corriendo un riesgo enorme. ¿Y si comenzaban a indagar sobre él? ¿Y si descubrían que mientras estaba trabajando como investigador se había introducido en el apartamento de un hombre recientemente muerto y que, en vez de denunciar los hechos, se había llevado un ordenador que contenía material ilegal?

La figura plácida y amigable del policía cambió de repente, como sucede con la niebla en una pesadilla, revelando de repente toda su realidad oscura y amenazadora. Lo miraba de reojo, apretando el bolígrafo entre los dedos. Se encontraba a la espera de una explicación.

—Es mejor que hable ella —dijo Fosco, indicando a Lucía con la cabeza—. Yo no sé lo que estoy diciendo, me encuentro demasiado confundido.

Al dirigirse a Lucía la cara del agente se mostró inmediatamente sonriente, y la voz meliflua.

—Cuénteme usted, entonces. ¿Qué son esas amenazas?

—Mi marido —subrayó— está hablando de cosas que ocurrieron hace muchos años, no creo que puedan tener mucha relevancia ahora. Se descubrió que quien hacía aquellas amenazas a su hermano era un pobre enfermo mental. Lo que ha ocurrido esta noche es horrible —afirmó Lucía, abriendo de par en par sus grandes ojos oscuros y logrando dulcificar la expresión del policía—. Se sabrá quién ha sido, ¿no?

—Depende —dijo el hombre acercándose a la puerta y medio abriéndola para dar un vistazo fuera—. En estas condiciones será difícil el reconocimiento, admitiendo que alguien dejara alguna señal —explicó. Y cerró la puerta—. Podría tratarse incluso de un vagabundo que se ha prendido fuego.

Lucía envió una mirada intensa a Fosco, que estaba moviendo la cabeza en señal de discrepancia.

—¿No realizan el test del ADN en estos casos?

—Señora, para hacer un test es necesario material orgánico de la persona muerta, de forma que se pueda realizar una comparación —dijo el policía, hablando sin ganas para darse importancia—. Pero para todo esto sería necesaria la autorización de un familiar cercano.

—¡Pero si se encuentra irreconocible! —protestó Fosco.

—Por eso —dijo el policía, que se preparó para continuar la redacción de lo hablado mientras Fosco y Lucía repetían continuamente que todo resultaba absurdo. Después de leer lo que había escrito, el policía lo pensó mejor y decidió que podía considerarse suficiente—. Ponga una firma aquí —e indicó el punto con el bolígrafo.

Con las manos sucias y temblorosas, Fosco agarró la hoja y antes de firmar leyó aquellas pocas líneas: *los cónyuges Fosco y Lucía Noi, domiciliados en... a las... Han asistido a cuanto sigue...*

Un hombre había muerto. Quemado vivo. Delante de su casa. Bajo sus propios ojos. Entre sus manos.

En los días que siguieron no hubo espacio para otros pensamientos.

Lucía, aconsejada por la jefa de área, decidió cogerse algunos días de vacaciones, no tanto para sí misma, sino por Fosco. Estaba preocupada por él. No lograba quitarse de la mente la imagen del hombre en llamas, sus breves y desesperadas peticiones de ayuda. Pasaba las horas reviviendo continuamente aquel horror y preguntándose qué es lo que habría podido hacer para salvarlo, así como repitiendo sin cesar y de forma obsesiva que sabía reconocer a su hermano.

Lucía admitía que la altura y otros detalles podían corresponderse con Rodolfo, que la llamada recibida por Fosco no podía explicarse con nada de bueno, pero lo invitaba a no centrarse en ello, a seguir esperando que se equivocara, porque después de todo faltaba la prueba definitiva que certificara que era él. Está bien, había estado allí con ellos justo aquella noche y les había contado que había estado recibiendo amenazas de muerte, pero no era suficiente para obtener conclusiones tan graves. Fosco estaba convencido de que ella lo decía solo porque era una enfermera, tenía cierta experiencia con el dolor y la muerte, y tenía que demostrar que sabía mantener la sangre fría en estos casos.

Mintiendo, ella respondía que no era verdad.

Fosco, sin esperanza, le hacía notar que el teléfono de Rodolfo estaba desconectado desde aquella noche, que en su casa no estaba, y que nadie le había visto después de aquel día. Nadie sabía dónde podía estar. Y ella contestaba que podía haber decidido de repente marcharse de viaje y que en breve daría noticias. Le animaba a que no dejara de lado los entrenamientos, porque le ayudarían y con ellos además se distraería.

Ahora Fosco, por primera vez en muchos años de práctica, se arrodillaba sobre el tatami del *dojo* para los rituales de homenaje a la foto del viejo maestro, jefe de la escuela, sin la debida concentración, con la mente en otro lado. Si el gran Sensei hubiera apoyado su poderosa mirada de papel sobre él, si solo le hubiera insuflado un poco de calma...

El entrenamiento había terminado. Espiró con fuerza, emitiendo un poderoso soplo. Se agachó. Apoyó las palmas por el suelo, dejando espacio para la cabeza. Rozó el parqué con la frente sudada. Se levantó junto a los otros once hombres,

vestidos de negro como él, enfundados en la *hakama* con siete dobleces, llenos de lazos como las chokolatinas, y ofreció su última venerable reverencia a la foto en blanco y negro.

Tenía que encontrar la forma de hacer el test del ADN al cadáver. ¿Pero cómo? ¿Y la joven rica que Rodolfo había mencionado? Había dicho que se llamaba Luce y que su familia vivía en una mansión llamada D'Ambra. Y la unión de aquel nombre con el apellido, por otro lado, parecía muy real.

En primer lugar iría a buscar a esa joven, o noticias de ella, en Heaters. Luego, si era necesario, iría a visitar a su familia.

Cuando salió del *dojo* tenía las pantorrillas doloridas como consecuencia de la posición de rodillas que había mantenido durante mucho tiempo, y pensaba en Lucía.

El teléfono comenzó a vibrar en ese momento en la mochila. Era ella.

—Fosco, aquí hay una señorita que pregunta por ti...

—¿Aquí, dónde?

—¡En el búnker!

—¿Y quién es esa señorita? —preguntó. Notó desde el otro lado del teléfono que la mano de Lucía se apoyaba instintivamente sobre el auricular y la voz se escuchaba almohadillada.

—A Fosco le gustaría saber tu nombre —oyó. La mano dejó de cubrir el auricular del teléfono—. Fosco, dice que no quiere hablar por teléfono y que te diga únicamente que es una amiga de Rodolfo.

¿Podía ser Luce? Fue como si le hubieran clavado una jeringa enorme de adrenalina en el centro de la espalda.

—Dile que me espere y ofrécele algo para tomar. Estoy saliendo ahora del *dojo*. Dame tiempo para llegar.

La enorme puerta del búnker se deslizó por las clavijas y se cerró tras él, con un ligero golpe de cerradura bien engrasada. La mirada de Fosco, cargada de preguntas, se posó en la señorita desconocida que se encontraba sentada allí, frente a él, mirándole con los ojos asustados, ojos inmersos en un mar de piel aterciopelada, bajo un denso flequillo rubio. Parecían islas de esperanza, un cuerpo hecho para ser sensual y vestido para no parecerlo.

—Me llamo Luce —se levantó conforme hablaba para darle la mano.

—Fosco Noi, encantado. No se levante...

—¿Te preparo algo para comer? —preguntó Lucía, apartándose con una excusa cualquiera.

Fosco emitió un sonido de asentimiento.

—¿Dónde se había metido? —preguntó a la joven—. Rodolfo la estaba buscando. Estaba muy preocupado por usted.

—Sería mejor poner algo de música —dijo ella, dando claramente a entender que

no se fiaba y que sospechaba que alguien la estaba espiando.

Un mando encendió el aparato de música, que comenzó a sonar algo libremente. Una guitarra barroca se escuchó en el aire tenso del búnker.

Fosco subió posteriormente el volumen y se acercó a la joven para no tener que levantar la voz.

—Y bien...

—Rodolfo —dijo Luce—, es terrible...

Sollozó. Se sonó la agraciada nariz con un pañuelo de papel y, después de haberlo arrugado, lo empujó hasta el fondo del bolsillo del pantalón.

—¡Explíquese por favor!

—Sí, tiene razón, yo me presento aquí de repente y... Perdóneme.

—No pasa nada —dijo Fosco. Y en señal de sinceridad le ofreció otro pañuelo.

La joven suspiró.

—Rodolfo... No sé bien cómo decíroslo.

—Con que lo diga...

—Nos conocíamos desde hacía poco tiempo. Desde que entré a formar parte de un grupo de investigación —hizo una pausa para torturarse sus manos pálidas—. Teníamos también una historia.

—Rodolfo me ha hablado de ello. Me dijo que usted le ayudaba también económicamente.

—Sí, para el proyecto. Vengo de una familia acomodada y el dinero no me falta.

—¿Por qué ha dicho que lo conocía? ¿Ya no os conocéis más?

—No sé cómo decíroslo —repitió, moviendo la cabeza—. Hace ya unos días fue por la noche a Heaters, donde trabajo, preguntando por mí. Incluso llamó a algunos de mis amigos que están en el extranjero y que él no podía conocer. De hecho no logro entender cómo podía tener él esos números. Luego, sin embargo, he encontrado un mensaje en mi casa.

Fosco no reaccionaba. Era como si en la caja faltara alguna pieza para poder jugar.

—Mi hermano se introdujo en su casa sin su permiso, solo porque no lograba localizarla y estaba preocupado por usted.

—Eso no es lo importante —contestó la joven.

—¿Y entonces qué es? —preguntó Fosco intentando permanecer tranquilo.

—Es que alguien tuvo que haberle seguido y haber visto que entraba en mi casa. Y eso lo puso seriamente en peligro.

—Yo no la entiendo, señorita. Mi hermano viene aquí diciendo que está recibiendo amenazas de muerte y que teme por la vida de una amiga suya. Y ahora su amiga viene aquí para decir que teme por él. ¿A qué estamos jugando?

Con el mismo malestar de un presidente que está a punto de ordenar el

lanzamiento de una bomba nuclear, Luce respondió:

—El hombre al que han prendido fuego justo delante de vuestra casa...

—¡Dios! —exclamó Fosco, mientras Luce intentaba respirar.

—Era Rodolfo, sí —dijo ella sin terminar de respirar. Se cogió la cabeza con las manos y la movió con rabia—. No se prendió fuego, sino que le prendieron fuego, ¿entiende? Era su hermano. Tiene que hacer algo.

Fosco le midió los hombros con las manos.

—¿Cómo puede decir algo así? ¿Está segura de ello?

—Yo estaba trabajando en una cosa... —balbuceó la joven temblando—, se trata de la respuesta a años de investigación.

—¿Sabe quién ha sido?

—Hay personas muy peligrosas. Vea, mi familia... —se iba acalorando—. Están locos. Nos persiguen. Lo han matado, porque ellos...

—¿Ellos qué?

—Son unos locos fanáticos. Torturan. Y ante la duda, matan.

—¿Quiénes son «ellos»?

—Los Confortadores. Lo sé, es algo sin sentido, pero es así —dijo Luce, que corrió a esconderse detrás del vaso y sorbió varias veces para permanecer el mayor tiempo posible allí, hasta que el escondite le cayó de las manos que no dejaban de sudar—. Vaya, la que he liado.

—No se mueva, voy a por un trapo.

Fosco corrió a la cocina para rebuscar en el cajón de los trapos como si estuviera poseído.

—¿Quiénes son estos Confortadores? —gritó para mantener el contacto. Hizo una señal de entendimiento con Luce, que escuchaba todo en silencio, acurrucada sobre la silla.

Pero cuando Fosco regresó, la joven ya no estaba y la puerta del búnker permanecía abierta de par en par. Tuvo el tiempo justo para verla mientras, a bordo de una moto de gran cilindrada, se alejaba a toda velocidad, convirtiéndose en un minúsculo punto negro que, zigzagueando, se proyectaba hacia el horizonte.

Lucía salió detrás. Los ojos de Fosco se cerraron sobre resplandores que emanaban del asfalto. Era el Fosco que tanto le gustaba admirar al maestro Hendo. Tenía los hombros relajados, la respiración armónica y una pequeña arruga en la base de la nariz, la espalda recta, la barbilla ligeramente hacia abajo y la cabeza que parecía estuviera estirada hacia arriba con un hilo unido al centro del cráneo.

Era el mejor Fosco de pelea. Pero sus pensamientos en ese momento producían una monotonía molesta, como si fueran moscas inexistentes, pegajosas, que se apoyaban sobre su cerebro.

—A mí esa joven me parecía sincera —dijo Lucía.

—No me fío ya de nadie. Quizás esa joven era Luce y quizás no. Quizás era solo una mitómana. O quizás era una de las personas que están detrás de todo esto.

—Hemos hablado solo unos minutos antes de que tú llegaras, pero me ha parecido cualquier cosa menos que estuviera loca. Me ha dicho cosas sobre Rodolfo que solo una persona que lo conociera muy bien podía saber.

—Tengo que descubrir lo que está ocurriendo. Quien haya hecho daño a Rodolfo lo pagará.

—No quiero que corras riesgos.

—La Policía no está moviendo un dedo.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—¿Te acuerdas de ese tipo que conocimos en casa de Rodolfo, el día de su cumpleaños?

—Conocimos a tantos tíos raros ese día...

—Sí, pero estaba aquel...

Fosco guiñó los ojos intentando recordar.

—Es verdad —contestó rápidamente Lucía—. Había un investigador de medicina que se ocupaba de genética. Me llamó la atención porque entabló una larga discusión con uno que, comentando los ingredientes de los bocadillos, se había atrevido a defender la bondad de los OGM.

—¡Sí, de ese hablo! —exclamó. El corazón de Fosco latía con fuerza contra las costillas—. Vayamos a casa de Rodolfo —dijo mientras se ponía de pie de un salto.

—Pero si ya has estado y no está...

—Esta vez abriremos la puerta. A lo mejor se encuentra mal —se frotó la nuca—. Y de todos modos, podemos encontrar la dirección de ese amigo suyo.

—Claro —dijo Lucía—. Me parece que le llamaban todos *Gogo*.

—Él sí que nos podría ayudar —dijo Fosco excitado, como una fiera que aprieta su pieza de carne ensangrentada—. Necesitamos una prueba, un sencillo test del ADN. Y nosotros lo haremos.

—Quizás el cadáver de ese pobrecillo todavía está en la cámara —dijo Lucía con la mirada encantada sobre el asfalto, como hipnotizada por el discurrir mecánico y desgano de los coches.

En esos momentos telefonar se había convertido en un gesto compulsivo. Fosco compuso una vez más el número de Rodolfo y acercó el aparato al oído.

—Tengo que entrar en tu casa —dijo mientras una voz femenina le informaba que el número no se encontraba disponible.

—Voy contigo.

Rodolfo vivía en un barrio muy estructurado, compuesto por un número indefinido de edificios de color borroso y con manchas de humedad, feos, como si carecieran de cualquier elemento de belleza ya desde su nacimiento. Su apartamento era uno de los pocos que se encontraban algo alejados del barrio, en el último piso de un edificio nuevo y ya en malas condiciones.

Un ascensor cansado y algo estropeado les llevó justo delante de la puerta.

—Por favor, que esté —repetía continuamente Lucía.

Fosco llamó con fuerza.

—¡Rodolfo! —gritó todavía más fuerte—. ¡Rodolfo!

El grito se desdibujó repentinamente en un susurro, y con asombro la puerta se abrió sola, resbalando lentamente sobre sí misma y desvelando sus secretos con una calma cruel.

Solo se escuchaba el volumen demasiado alto de algún aparato y otras manifestaciones de las pésimas costumbres de los vecinos.

El apartamento de Rodolfo había sido ya visitado por una mano irracional y violenta, que había esparcido por todas partes una confusión total.

—Me lo temía —dijo Fosco, atravesando lentamente el umbral de la puerta abierta.

Mirando a su alrededor pensaba en la casa y en la sacristía de don Felipe, registradas de la misma forma, y la sangre dejó de correrle por las venas cuando se dio cuenta de que no podía seguir teniendo más dudas: Rodolfo estaba muerto. Y tal y como había imaginado y temido, las amenazas y su posterior asesinato se encontraban unidas a la guitarra de la familia Della Rosa, la guitarra que había decidido dejar de seguir buscando. ¿Y ahora qué?

Cada libro había sido registrado y yacía sobre el suelo con la cubierta abierta, como si fueran dos brazos. Las señales de las mismas suelas lisas de cuero sobre las hojas, el mismo olor inmóvil, de muerte, en el aire.

Ahora sentía que tenía que buscar la González para encontrar a quien había asesinado a Rodolfo.

Lucía vagó entre las habitaciones desordenadas. En la cocina tuvo que caminar de puntillas para evitar pisotear la comida podrida que se encontraba esparcida por el suelo, proveniente del frigorífico. En el cuarto de baño habían vaciado cada frasco. Solo un peine lo habían dejado en su sitio, sobre el pequeño estante junto al espejo,



de pie dentro de un vaso negro. El dormitorio parecía un puzzle tridimensional todavía encerrado en una caja.

—¡Creo que sé lo que estaban buscando! —dijo Lucía, recogiendo una hojita blanca del suelo y rezando para que fuera la página de una agenda.

—Yo también —le respondió Fosco.

En el salón, el papel decorativo arrancado de las paredes colgaba en tiras como si fueran anchas hojas tropicales. Fosco se asomó al balcón con la estúpida esperanza de ver a alguien todavía ocupado en salir corriendo, pero tuvo que reprimir su frustración dándole una patada a la barandilla. Esta sonó, sorda, y siguió vibrando como si fuera una campana. Decidieron entonces regresar a casa.

El viento que entraba por la ventanilla era caliente. El pelo de Lucía golpeaba el asiento.

Fosco miraba la carretera y apretaba el acelerador.

—Enciende la radio.

Lucía lo hizo con la mano temblorosa.

*Querida oyente, decía una voz algo nerviosa, ¡aquí te presentamos lo que será el número uno del verano!*

No. Un ruido, y otra emisora.

*Hablemos del bienestar. Cómo mantener sano nuestro corazón. Tenemos aquí con nosotros...*

No.

*Profesor, ¿nos puede explicar cómo un hombre se ha podido prender fuego de esa forma?*

Sí.

*¿Cómo puede un hombre extenderse por todo el cuerpo pegamento, gasolina y quién sabe qué, para luego prenderlo?*

El profesor respondió:

*Sí, sí. Bueno, tenemos en primer lugar que pensar que la psique humana esconde muchos secretos. Todavía no lo hemos explicado todo científicamente, pero podríamos suponer que se trata de un mitómano, alguien que, debido a su pasado, del que no sabemos nada, al menos hasta que no se desvele la identidad del... del...*

*Del desafortunado, intervino rápidamente el periodista.*

*Eso, bueno, decía que es probable que el individuo sufriera de depresión, que fuera una persona solitaria y que nutriera su mente insegura y débil con fantasías unidas a un pasado macabro. Digamos hogueras, brujerías, y herejías, para entendernos.*

*Un fenómeno este, dijo el periodista, que está creciendo y que preocupa a los trabajadores sociales del gobierno. Hablo del consenso que parece existir al atribuir estas cosas a magos y brujas, a rituales macabros con los que desde hace tiempo se*

*lleen las páginas de los periódicos en la sección de sucesos. Se habla de un renacimiento de lo oculto y de lo irracional. Un fenómeno que alguien ha definido inquietante y peligroso. ¿Usted que dice a propósito?*

El profesor suspiró y movió unas hojas cerca del micrófono.

El Clio rojo era una goma lanzada por el asfalto. Fosco lanzó una mirada a la pasajera asustada.

—Sería mejor que tú volvieras a casa.

—No, quiero estar contigo. En el búnker tendría demasiado miedo. Ya has visto lo que han hecho en el apartamento de Rodolfo.

—Lo he visto. Al igual que en el de don Felipe.

Lucía había dejado de controlar el movimiento de sus ojos. Era como si le suplicara a Fosco que se detuviera.

*El fenómeno es de proporciones notables, en efecto, pero no me había ocurrido antes escuchar hablar de algo parecido,* siguió hablando el profesor. *Es una modalidad que recuerda muy de cerca un tipo de fuego espectacular que se solía practicar con la Inquisición hace mucho tiempo, o mejor dicho, por tribunales por cuenta de la Inquisición. Pero es bueno recordar que ahora ya no existen.*

—Siento curiosidad por saber qué otra estupidez está a punto de preguntarle —dijo Lucía. Fosco cerró las ventanillas para escuchar mejor.

*Profesor, si he entendido bien, en su opinión se trata de un desequilibrado que ha querido emular una antigua pena de muerte...*

*No, no he dicho eso. Es más, dudo que pueda haberlo hecho todo por él mismo. De todos modos, cuando logremos darle un nombre y un apellido podremos decir algo más.*

El periodista agradeció la disponibilidad del profesor.

Fosco entonces apagó la radio.

—Ahora pienso que esa joven estaba diciendo la verdad. Y tengo miedo por ella.

—Deberíamos llamar a la Policía y denunciar la violación del apartamento de Rodolfo. Al menos consentirán hacerle el test de reconocimiento.

Fosco movió la cabeza.

—Podemos hacerlo nosotros mismos —dijo, y movió un folleto—. Estaba en el balcón. Un poco más de viento y no lo tendríamos —se lo dio—. Mira ahí, en la parte de abajo.

Leyó, intentando entender lo que le estaba diciendo.

—Aula Magna de la universidad, a las 20.00 h... —siguió leyendo y murmurando, mientras dejaba pasar el dedo sobre las líneas para luego exclamar—: ¡Moderador, el doctor Aldo Gogo!

Fosco le dirigió su primera sonrisa desde que su vida se había visto traspasada por un huracán.

—Sabemos dónde podemos buscarlo. Él nos dirá qué es lo que necesita para hacer el test. ¿Crees que será suficiente comparar una muestra del cadáver con mi ADN?

—No será necesario —dijo Lucía, endureciendo la mirada en un gesto mezclado de satisfacción y rabia—. El cuerpo ha sido seguramente trasladado al Policlínico. Tomemos una muestra y luego comparémoslo con esto —añadió, y le mostró una bolsa con comida congelada. Dentro había un peine con muchos pelos reliados entre los dientes.

—Te adoro —le dijo Fosco. Luego apretó con rabia el acelerador.

En el enorme aparcamiento del hospital se respiraba tristeza.

—Espérame aquí —dijo Lucía. Y sin más se marchó.

Fosco no objetó, le dirigió una mirada lánguida que habría podido significar «buena suerte».

En la entrada, el guardia la miró desde el otro lado del cristal de la caseta, con la cara salpicada por las luces de los muchos monitores que tenía delante. Estaba a punto de decir la típica frase de, «¿usted dónde va?», con el acostumbrado tono amenazador que en realidad significaba «por ahí no se pasa», pero el guardia únicamente preguntó qué quería.

Lucía le movió delante del pecho un seno hinchado y culpable, dos labios recién humedecidos y la parte de atrás del bolso para congelados. Igualmente ofreció la mejor de sus sonrisas:

—Vengo del hospital Los Ángeles. Tengo un paquete de regalo fresco, fresco para la sala sectorial. ¿Quiere verlo? Es un pie, para el profesor... no me acuerdo —dijo. Mientras iba hablando se tocó un poco por todas partes y abrió su bolso—. Tengo que tenerlo aquí, vaya, y tengo que sacarlo todo del bolso para encontrarlo. O estaba en la cartera. El profesor... ay, cada vez la misma historia —dijo, y estuvo a punto de escenificar una crisis de nervios.

—¿El profesor Trevisano? —dijo el guardia, que tenía la cara llena de reflejos.

—¡Trevisano! —exclamó Lucía, que se dio un golpecito en la frente y cerró lentamente el bolso—. ¿En qué planta? —preguntó, apuntando el dedo índice hacia abajo.

—Anatomía. Celdas frigoríficas. Cuatro plantas hacia abajo. Ahora deberían estar las clases —dijo, y se asomó hacia delante con las manos puestas sobre los brazos de la silla giratoria, acercando la cara al cristal—. Quizás podría querer algo más que el pie, añadió con malicia.

Lucía dio las gracias y se dirigió hacia el ascensor, manteniendo la calma elaborada para tal situación. Sabía que el hombre le estaba clavando sus ojos en el trasero.

El ascensor se encontraba en la planta, abierto, luminoso, inmóvil, justo delante de ella, y parecía que la estuviera esperando. Entró y no se dio la vuelta. Respiró profundamente, apretó el botón y esperó a que las puertas del ascensor, como si fueran un telón de acero, privaran al guardia del espectáculo.

—Vaya, ahora se baila —pensó mientras el ascensor iba bajando al menos uno, menos dos, menos tres...

Las puertas del ascensor se abrieron con un chirrido delante de una enfermera que en ese momento estaba hablando con un distribuidor automático de café. Le estaba preguntando cómo podía ser que fueran todos tan malvados en este mundo. Que no había uno que se pudiera salvar. ¿Y qué era lo que podía hacer para cambiar las cosas? Sorbía un café y le contaba al distribuidor que su marido quería tener un hijo.

—Pero por mí ni hablar —decía—. ¿Tú qué harías en mi lugar? ¿Tendrías un hijo, distribuidor, destinado a vivir su vida como tú y yo, en un subterráneo entre cadáveres, mientras todos le dan patadas por cada error que comete a la hora de dar el cambio? ¿Tendrías uno, distribuidor? —insistió. El distribuidor no contestó—. Yo no quiero tener un hijo. La vida me ha decepcionado, no quiero decepcionarlo también a él un día —concluyó. Luego le pareció que el distribuidor le estaba hablando.

—Perdone señora, estoy buscando la celda frigorífica...

Lucía calentó las manos ante un fuego imaginario.

La mujer se tomó el tiempo necesario para entender que el distribuidor no había dicho una sola palabra y se dio la vuelta.

—¿Eres nueva aquí? —dijo, evidentemente molesta ante la intrusión.

Lucía asintió.

—Hoy es mi primer día.

La mujer la miró de arriba abajo con atención, y dio una vuelta a su alrededor.

—No eres la primera, ¿sabes?

—¿Para hacer qué?

—¿Te tomas un café?

Lucía comenzó una retahíla de «buenos», «pero», «quizás».

—¿Cuánto azúcar? —preguntó la mujer, cortando por lo sano después de haber introducido las monedas en el distribuidor.

—Dos cucharadas.

—No eres la primera, decía, que busca el mortuorio. Los nuevos que llegan se sienten atraídos por los aspectos macabros de este trabajo. Pero tarde o temprano termina esta propensión.

La mujer se apartó y bajó la voz.

—No para todos, entendámonos, no para todos —dijo, e hizo añicos el vaso de plástico—. Hay gente a quien esta manía no se le pasa nunca.

Lucía bebió su café. Las manos le temblaban. Aquella mujer, quizás por su pelo enredado y su mirada canina, le recordaba a las brujas de los dibujos animados. Y tenía incluso una escoba, allí, apoyada contra la pared.

—De todos modos, por mi parte no hay problemas, te puedes sentar.

—¿Está segura de que no me descubrirán?

—Segura no lo estoy. Pero el momento es de los mejores. Los médicos ahora están distraídos.

La enfermera dio una palmada al distribuidor y le hizo entender que tenía que regresar a trabajar. Luego indicó la puerta.

—¡Aquel, sin embargo, estoy segura de que te gustaría! —dijo. Parecía una apuesta—. Si estás buscando el escalofrío ante lo macabro, ese vale todo el mortuorio junto.

El frío repentino de las plantas subterráneas, la emoción por lo que tenía en mente hacer, la muerte intocable que flotaba en el ambiente... Lucía temblaba cada vez más.

—¿Qué puede ser? —se dijo a sí misma, envolviéndose en un abrazo.

—Un cadáver. Antes lo han torturado de una forma... ¿pero qué digo? ¡De tantas! Luego le han prendido fuego.

Ahora, en las palabras de la mujer, Lucía vio lo que había visto aquella noche, delante del búnker. Pensó que Rodolfo no podía haber terminado de esa forma. Cerró los ojos temblando y cuando los abrió la mujer ya no estaba.

La escoba seguía apoyada contra la pared.

Dejando atrás espectros de neón y peste a café quemado, se dirigió hacia lo que esperaba fuera el «cadáver del hombre muerto como consecuencia de las quemaduras» delante de su casa. Pensaba así para obtener el efecto de la distancia que había aprendido durante los cursos profesionales.

Se acercó de puntillas a la puerta que le había indicado la enfermera, apoyó un oído y cerró el otro con un dedo. Daban allí una lección. Se oía un debate, golpes de tos discretos, la respiración de una manada.

Oyó a un hombre que estaba ilustrando de forma docta a un auditorio interesado en algo sobre una carbonización anómala, jamás vista antes, que había como cristalizado el cuerpo.

Escuchó unos pasos. Alguien se acercaba a la puerta.

Se retiró violentamente, intentando desaparecer detrás del marco de la puerta y dejó de respirar.

Pero no había nadie.

Poco a poco, abriendo ligeramente, logró fisgonear dentro del aula, durante el tiempo que empleó la puerta en cerrarse. Vio que en los bancos había filas silenciosas y atentas de estudiantes con bata blanca, horrorizados por algo que les habían mostrado.

Soltó la otra hoja de la puerta, puso una mano para mantener abiertas las dos caras y vio la causa del horror pintado sobre los rostros de los estudiantes. Delante del profesor, tumbado sobre un carrito metálico, bajo la sábana doblada, yacía el hombre carbonizado. Lo que le cubría, en efecto, no era piel quemada. El material combustible que le habían aplicado se había convertido en una espesa capa que tenía

el aspecto del vidrio negro mal encolado.

De repente escuchó que los estudiantes se levantaban al unísono y bajaban ruidosamente las escaleras de madera entre los bancos. Ante el miedo de que la vieran, dejó que la puerta se cerrara, pero algo o alguien la sujetó abierta.

—¿Qué es lo que estás haciendo aquí? —dijo la mujer con quien acababa de hablar delante del distribuidor de café—. Espera.

Después de un instante, la dejó entrar.

Los estudiantes ahora se estaban reuniendo en un corro alrededor del cadáver y no se daban cuenta de su presencia. Siguió a la enfermera, pasando más allá de lo que hasta aquel momento era una línea trazada por el miedo imposible de cruzar, y subió la escalinata hasta el último banco, en la parte superior.

—No la he visto entrar aquí dentro —dijo Lucía.

La mujer estiró los labios en un guiño lleno de felicidad.

—Hay tantas puertas en este hospital...

Lucía tentó la carta de la empatía entre mujeres.

—Necesito desesperadamente un poco de ayuda.

—Ya decía yo que me estabas mintiendo. Tú no eres nueva aquí, ¿no es así?

Lucía asintió.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Un trozo del cadáver —susurró.

Como era previsible, la respuesta no tardó en llegar.

—Tú te has bebido el cerebro.

Pero Lucía no se rindió.

—Ayúdeme, se lo ruego. Estoy convencida de que ese es el cuerpo de mi cuñado. Le prendieron fuego delante de nuestra casa. La Policía lo ha clasificado como suicidio. Está irreconocible. El único modo para descubrir si tanto mi marido como yo estamos equivocados es hacerle la prueba del ADN, pero no nos han dejado. Dicen que mi cuñado podría estar todavía vivo, que no tenemos motivos para sospechar que sea ese de ahí —indicó hacia el fondo, en el centro del aula.

La mujer movió la cabeza y afirmó.

—Yo creo que tú no estás bien.

—Se lo ruego —dijo Lucía—. Ese pobrecito merece justicia.

La mujer analizó durante un buen tiempo el rostro de Lucía. Al final suspiró y asumió un comportamiento decidido.

—Ponte esto —dijo, y le ofreció una bata—. Mira, yo no te creo, pero si es por el ADN te basta con uno de estos —dijo, y le dio un enorme bastoncillo de algodón y un saquito de plástico transparente—. Solo se lo tienes que meter en la boca, das una pasada y lo colocas aquí dentro.

—Sí, ¿pero cómo me acerco?

—La clase está a punto de terminar —indicó a los estudiantes que, lentamente y en orden, volvían cada uno a su sitio—. Yo estoy aquí para llevarme el carbón a la cajonera. Sígueme y haz como te diga.

Lucía le dio las gracias con las manos unidas y una sonrisa marcada en los ojos.

La clase había terminado con un silencio general.

El profesor extendió la sábana encima del cadáver y los bancos comenzaron a vaciarse.

Lucía y la enfermera fueron bajando lentamente hasta acercarse al estrado, junto a la mesa del profesor.

—Profesor, ¿lo metemos en el cajón 23? —dijo la mujer, meneándose con las manos en las caderas.

—Sí, muy bien, y muchas gracias señoras —respondió el profesor dirigiéndose también a Lucía. En una placa que colgaba de su pecho estaba escrito «Trevisano».

Movieron con rapidez las ruedas de la camilla y salieron del aula siguiendo el chirrido. En cuanto estuvieron fuera, la mujer levantó una esquina de la mesa y descubrió el rostro quemado.

—¡Ahora, vamos! Rápido, pásalo varias veces por dentro de la mejilla.

La mano le temblaba. No lograba tener los ojos suficientemente abiertos para mirar. La boca que tenía que alcanzar con el bastoncillo de algodón estaba abierta de forma horrible. Parecía que todavía estaba gritando lleno de terror mientras se iba ahogando, como si todavía ahumara. Estaba abierta de forma inverosímil.

La mujer le quitó de las manos el bastoncillo de algodón.

—Ven aquí, lo hago yo —dijo, y removi6 el algodón en aquella boca sobre la que se había grabado la imagen de una agonía horrible—. Ábrela —dijo lanzando una mirada a la bolsita—. Ahora lárgate de aquí. Yo no te conozco.

—Volveré a darle las gracias. Puede estar segura —dijo Lucía mientras se quitaba la bata. Luego añadió—: no me gustaría que el ADN de la boca haya podido haber quedado dañado por el fuego.

El carrito se detuvo de golpe delante del distribuidor de café. La mujer se dirigió a Lucía con una mirada pervertida.

—Mira, yo me tomo un café solo, y tú tómate lo que quieras y te largas, pero evita volver por aquí para darme las gracias —dijo. Y sin más se encaminó al distribuidor.

Lucía sacó las tijeras para las uñas del bolso y apartó una esquina negra de la costra que cubría el cuerpo. Luego se adentró todavía más, en busca de una muestra más cercana al hueso, de un trozo de carne que permaneciera intacta.

Lo encontró mientras la mujer ya estaba liada en una nueva conversación con el distribuidor. Le estaba diciendo que había por los alrededores un montón de gente malvada, como él ya sabía, pero también un montón de gente a quien le faltaba una



tuerca, como aquella de allí.

Lucía, directa hacia el ascensor, se dejó disparar hacia arriba, como un chute de heroína en las venas.

El guardia estaba medio dormido.

Afuera, el atardecer todavía no había terminado.

Se subió de un salto en el Clio, y dijo golpeando los dedos contra la bolsa frigorífico:

—Tengo lo que estábamos buscando.

En el rostro de Fosco apareció lentamente una expresión que denotaba incredulidad pero también admiración.

—No quiero saber cómo lo has logrado, pero lo has hecho muy bien. ¿Lo has visto?

—Sí —contestó. Fueron suficientes esas palabras para reponer dentro toda la angustia—. No se puede morir así. He visto los rasgos en ese cadáver, pero... —levantó una mirada valiente y miró dentro del bolso como si hubiera situado allí el recuerdo de aquel cuerpo incinerado—. A mí me ha parecido él —concluyó.

Fosco la abrazó con fuerza. Abrazaba a Lucía, pero abrazaba también una esperanza. Y al mismo tiempo abrazaba la confusión. Sin mediar palabra dio un puñetazo lleno de rabia al volante y puso en marcha el coche. Este aceleró de repente.

Sobre la mejilla de Lucía, cercana a la ventanilla, una lágrima corrió hacia atrás y se escondió entre su melena.

---

Tuvieron el tiempo justo de volver al búnker, y de buscar en internet «Confortadores», para descubrir que cuatro siglos antes había habido una hermandad que asistía a los condenados a muerte en espera de la llegada de su verdugo.

El tiempo justo de ducharse y de continuar sintiéndose sucios.

El tiempo justo de volver a la universidad en busca de Gogo, preguntándose obsesivamente si Rodolfo de verdad había muerto. Tuvieron inmediatamente una respuesta: el ADN de la muestra correspondía con el de los pelos del peine y el de los pelos de Fosco. Sin lugar a dudas, el cuerpo carbonizado correspondía a Rodolfo.

Se quedaron inmediatamente mudos y perdidos.

Gogo se mordía los nudillos y comenzó a llorar. Cuando logró calmarse dijo únicamente:

—Escúchame, Fosco. Cuando he visto lo que había ocurrido delante de tu casa me he interesado un poco. Me ha resultado algo espontáneo. Eres el hermano de un amigo muy querido... —sin poder evitarlo, no pudo reprimir unas lágrimas—. Me lo he tomado como si el asunto me tocara en primera persona.

Fosco le hizo entender que le comprendía.

—Bueno... —siguió Gogo, indicando una pantalla—, no sé qué pensáis vosotros, pero aquí... —aumentó el artículo—, aquí está escrito que *la antorcha humana será enterrada en un rito católico en el cementerio monumental de Roma por voluntad de la propia Iglesia, marcada por este triste acontecimiento en el que el mal ha resucitado de la memoria de los tiempos. Sigo leyendo aquí —dijo, y cambió de fichero—. Los nuevos criterios para la concesión de áreas y nichos en el cementerio monumental no admiten nuevos ingresos, con un par de excepciones: la sepultura de personalidades que hayan honrado con su vida y su obra a la ciudad de Roma en Italia y en el mundo, y la sepultura de personas muertas en circunstancias que hayan afectado profundamente a la opinión pública y que se hayan destacado, en el acto de la muerte, por extraordinarios méritos cívicos. Este caso, se lee aquí, ha conmocionado a toda la Iglesia católica. El cardenal Giulio Caccini ha anunciado una reflexión profunda sobre la cuestión, haciendo entender que se están ya preparando una serie de excusas. El mal que hemos vuelto a ver hoy, dice Caccini, es nuestro mal. Nuestras culpas históricas esperan ser perdonadas. La reacción que este acontecimiento trágico ha suscitado en todos nosotros es tal porque nuestra historia se ha presentado atroz y sin resolución, y con carácter grave.*

En el laboratorio caló un largo silencio.

—En este artículo se nombra una hermandad llamada Los Confortadores... —dijo Gogo, y pasó algunas páginas—. Aquí está, *La antigua hermandad de los Confortadores se encargará de organizar el funeral y la sepultura de la Anónima Penitencia*, etcétera. Cuando oigo palabras como «hermandad» se me enciende algo dentro... Vamos, que me he dedicado a dar vueltas por ahí en busca de información sobre estos Confortadores.

Fosco y Lucía intercambiaron miradas llenas de ineptitud, y decidieron no decir que ya habían escuchado hablar del asunto.

Gogo siguió, mostrando un dibujo.

—Mirad. Antiguamente daban ayuda a los condenados a muerte y los enterraban, justo como están haciendo ahora con Rodolfo.

—Solo que aquí lo han condenado y asesinado a la vez —protestó Fosco.

Gogo se dio la vuelta para mirarlo, pero frente a aquel rostro marcado por la rabia consideró poco oportuno hacer más preguntas. Imprimió algunas hojas y se las entregó.

—Trabajaban para el Santo Oficio... —dijo, alargando la mano—. De todos modos, tened, todo lo que sé está escrito aquí.

Se despidieron, prometiéndose que se verían de vez en cuando. Y tras un abrazo se dejaron.

Afuera era ya de noche. Y jamás habían percibido la noche tan oscura.

---

Por la mañana el calor apretaba ya sobre la frente, y el humo dulcificado del asfalto invadía el habitáculo del coche.

Las espirales del cerebro de Fosco se enfrentaban como fallas, levantaban montañas, generaban islas y olas gigantescas de pensamientos insensatos. Sintió que estaba cediendo al nerviosismo. Tenía que entender. Descubrir. Saber.

Vengarse.

Entraron en Heaters. Y luego salieron con un nombre concreto, Luce D'Ambra, una dirección en la mano y alguna que otra expresión grosera detrás. El director les mandaba decir a aquella zorrilla que tenía los cojones llenos.

Llegaron a casa de Luce y llamaron al telefonillo. Al no tener respuesta decidieron gritar desde la calle, si bien nadie llegó a contestar.

Una viejecita del barrio, sin embargo, había visto vaciar el apartamento durante la noche.

—¿Un traslado? —preguntó Lucía, incrédula. ¿Por la noche?

—Sí, vino un camión —dijo la viejecilla—. Emplearon solo una hora. Y fueron ágiles como los ratones —explicó la mujer, que hizo una pausa para no apresurar demasiado la conversación. Antes de continuar se colocó mejor sobre el bastón—. Yo conocía a esa joven. ¡Era tan bella! Y educada, ¡oh, sí! Quizás vestía un poco irregular cuando salía por la noche, pero creo que estudiaba y era de buena familia. El apartamento quizás lo han vendido ya. Ah —protestó, golpeando repetidas veces el bastón contra el suelo—, una casa aquí la quieren todos. Se las quitan de las manos, aunque cuesten millones. Yo, hasta que tuve cincuenta años viví en una choza, y ahora que tengo noventa y dos vivo en una mansión, pero la casa es siempre la misma.

Les dirigió una mirada avispada y recuperó el aliento antes de ponerse en marcha.

—De todos modos, no la veo desde hace varios días.

Se marcharon hacia la casa de la familia Della Rosa siguiendo una nube violácea que se rompía en el cielo, mudos y desconsolados como perros perdidos en una batida de caza.

La cancela se encontraba abierta.

Bajaron del coche y se detuvieron para respirar aire que sabía a resina balsámica, mientras detrás de ellos una frondosa rama de pino se doblaba indicando un pasaje sombrío hacia la entrada de la casa. Permanecieron todavía un poco más absorbiendo

aquella tranquilidad antes de llamar a la puerta.

—¡Está abierto, está abierto! —gritaron desde su interior.

Fosco empujó la puerta.

Como que *abierto*, pensó. ¿Por qué el matrimonio Della Rosa era tan imprudente?

La puerta parecía no querer otra cosa que ser empujada.

—¡Adelante, adelante!

Fosco reconoció la voz lejana de Gerard Della Rosa, profunda, con la tonalidad matizada por el paso de los años, como una piedra en un torrente.

—Es él, susurró a Lucía.

Avanzaron un poco. Fosco esperaba ver aparecer de un momento a otro a la camarera que le había recibido unos días antes. Pero no hubo ninguna camarera esta vez.

—¡Os lo ruego, por aquí! —incitaba Gerard—. Oh, el señor Fosco, ¡qué alegría! ¿Nos ha venido a ver su dulce mitad? —preguntó el viejo para darles una pista sonora que seguir con la que orientarse entre las habitaciones vacías.

—Sí —respondió Fosco en voz alta—. Le he hablado de ustedes y quería conocerlos.

—Venid, venid.

Lucía habló para dejarse escuchar.

—Sí, es verdad, me he quedado boquiabierto tras lo que me ha contado mi marido.

Una peluca vaporosa se asomó al balcón.

—¡Ah, entonces tenemos a un amigo! —exclamó Maria Della Rosa—. Y una amiga también.

—Encantada, señora. Soy Lucía, la mujer de Fosco. Pasábamos por aquí y le he pedido si podíamos venir para conocerles.

—Un honor, un verdadero placer, dadme el tiempo necesario para bajar las escaleras. En una hora estaré con vosotros —dijo Maria, que rio y tosió. Luego se rio de nuevo.

De la casa habían desaparecido también los pocos objetos que Fosco había visto la primera vez que había entrado. Ahora se encontraba completamente vacía, tanto que parecía estar lista para ser vendida.

La señora avanzaba sola, caminaba también sin el brazo del marido sobre el que apoyarse. Parecía menos cansada y enferma que la primera vez. Llegó con unos modales cordiales y les invitó a unirse con Gerard.

—Hoy no se siente muy bien.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lucía.

—Nada grave, solo que cada día que pasa... Bueno, ya nos encontramos en el final de nuestros días. Por fin —suspiró—, somos demasiado viejos.

—No deberían tener la puerta abierta.

—Oh, señor Fosco, aquí ya no hay nada que se pueda robar —dijo la señora Della Rosa ofreciéndole su mano a Lucía.

—Ya veo —respondió Fosco—. ¿Por qué se han desecho de todo? —preguntó, y miró a su alrededor para constatarlo inmediatamente—. De todo.

—¡Estamos a punto de dejar este mundo! —exclamó Gerard Della Rosa—. Así iremos al Paraíso con más probabilidad.

—Sí —contestó Maria—. Es por eso que hemos sacado todas nuestras pertenencias.

—Y lo que no han regalado, se lo han robado —dijo Fosco, cuyos labios se contrajeron en una mínima sonrisa irónica—. Hay tanta gente malvada por la vida. Siempre es mejor cerrar con llave.

—Gracias por la preocupación —dijo Maria Della Rosa—. Lo tendremos siempre presente. La próxima vez que vengáis encontraréis cerrada la puerta, prometido.

Gerard Della Rosa se encontraba sentado en el suelo, en una habitación vacía.

—Acomodaos —dijo indicando el suelo. Atrajo hacia sí la mano de Lucía y la besó, sujetándola como si fuera un gramo de azúcar que pudiera derretirse al entrar en contacto con la respiración—. Una mujer encantadora, señor Fosco.

Lucía le agradeció el cumplido haciendo ver que lo apreciaba, y al mismo tiempo recuperaba su mano para sentarse en el suelo.

—Bueno, qué tal van las cosas, ¿ha descubierto algo?

—Todavía nada —dijo Fosco acomodándose. La voz, como todo lo demás, retumbaba en el ambiente vacío—. Lo único que he descubierto es que queda mucho por descubrir. Y no me lo esperaba. No estoy seguro de que sea la persona adecuada para este trabajo.

—No diga eso —dijo Maria, que llegaba con una bandeja de galletas hechas en casa y una botella de té frío con limón—. Las han preparado los vecinos. Nunca nos dejan sin ellas. Y el té, lo siento pero está caliente, ya no tenemos ni siquiera el frigorífico.

Lucía sujetó la botella, separó los vasos de usar y tirar y se encargó de servir el té a todos.

—Gracias, hija —dijo María, seguida por Gerard—. Eres muy educada —añadió, y mientras hablaba la iba analizando con benevolencia—. Eres enfermera, ¿no?

—Sí.

—Por eso estás tan preparada para llegar siempre en socorro de quien sufre —dijo Gerard. Más que un hombre sentado en el suelo parecía un cuerpo que tendía a la tierra, como el hierro que se siente atraído por un imán, hacia su propio fin. Y sin embargo, todavía tenía ganas de hablar y disfrutar de una buena compañía en una casa abandonada por los objetos.

Sin embargo, la falsa visita de cortesía, las sonrisas y las frases de circunstancias no duraron mucho más cuanto comenzaron a salir a flote las emociones reales. Fosco emitió un suspiro lleno de sufrimiento y dijo por fin:

—Señor Della Rosa...

—Mejor nos tuteamos —propuso Gerard.

Ante estas palabras decidió realizar una especie de reverencia en señal de asentimiento para añadir inmediatamente:

—Gerard, mi hermano ha sido asesinado.

—¿Asesinado? —exclamaron al unísono los señores Della Rosa.

—Le prendieron fuego delante de nuestra casa.

Al escuchar aquellas palabras, como tirados por lazos transparentes, las cabezas de Gerard y Maria giraron para mirarse.

—Si sabéis algo que pueda ayudarme a entender... —siguió Fosco—. Tengo que encontrar a los culpables.

Gerard no escuchaba.

—Esta noticia nos entristece. Lo sentimos profundamente —suspiró—. ¿Cómo se llamaba?

Respondió Lucía, eximiendo a Fosco de tener que hacerlo.

—Se llamaba Rodolfo —dijo. Luego volvió a reinar el silencio.

—Hemos escuchado de un hombre que había ardido vivo —dijo Gerard analizando el vacío—. Pero quién podía pensar que... Oh, Dios mío, tiene que haber sido horrible.

—Tengo la sospecha de que mis investigaciones sobre la guitarra y el homicidio de Rodolfo están de alguna forma unidas. Es posible que vosotros sepáis cosas que podrían ayudarme a entender lo que está ocurriendo.

—¿Cómo has logrado descubrir que se trataba de Rodolfo?

Fosco dejó caer los brazos sobre el suelo.

—Intentó pedirme ayuda...

Gerard no se tragó la mentira, y le preguntó con frialdad:

—¿Cómo lo has hecho?

—El ADN. Es él con toda seguridad.

—No puede haberlo hecho él por sí mismo —dijo Lucía. Tras estas palabras siguió un silencio que parecía interminable.

—Fosco —dijo por fin Gerard, con un brillo insólito en su mirada—. Tengo razones para creer que encontrando quién ha robado la González encontrarás quién ha asesinado a Rodolfo.

—No creo que logre encontrar jamás tu González.

Gerard le tocó el brazo.

—No tienes que agobiarte por encontrar un trozo de madera. Aunque la guitarra

haya desaparecido para siempre, destruida quizás, mi mujer y yo no montaremos ningún drama. Nos estamos encaminando a terminar nuestros días, pensemos en la importancia que puede tener para nosotros un objeto —dijo Gerard levantando los párpados para dejarlos caer de golpe—. Hay cosas más importantes. A nosotros nos interesan solo las personas que la han robado, y tú la encontrarás, de eso estamos seguros.

Maria cogió un vaso vacío de las manos de Gerard y le secó una gota de té en la esquina de la boca. Luego le miró con ternura.

—O puede que ellos encuentren a Fosco, ¿verdad, querido?

—Verdad —dijo Gerard—. No tendrás que hacer otra cosa que esperar, y luego traerlos aquí o decirnos dónde se encuentran.

Fosco preguntó cómo podían afirmar que él encontraría a los ladrones incluso sin hacer nada, y por qué jamás hablaban de ladrones en plural. Pero recibió solo una respuesta lacónica que si acaso suscitaba otras miles de preguntas. Lo sabían, pero no habrían sido capaces de explicar cómo lo sabían.

Por último, Lucía expresó su asombro sobre el hecho de que hubieran podido mantener escondida la guitarra y la partitura durante tanto tiempo.

—La respuesta a esta pregunta encierra toda nuestra larga vida —dijo Gerard—. Hay muchos coleccionistas de antigüedades que entran en posesión de sus piezas de diferentes formas. A menudo son modalidades que no se desvelan. Conservan los objetos para sí mismos, sin decírselo a nadie. Y cada uno tiene sus buenos motivos para actuar así. Es una manía, o algo parecido, creo.

—Vosotros no me parecéis ese género de coleccionistas —respondió Fosco.

—Tengo que admitir que no es sencillo acomodarte con una respuesta cualquiera —dijo Gerard.

Fosco lo tomó como un cumplido. Sonrió e inmediatamente después se puso serio. Respiró profundamente, con la mirada clavada en el suelo y los puños cerrados de la rabia.

—Si sabéis algo sobre la muerte de Rodolfo, ¿por qué no me lo decís?

—No sabemos nada —dijo Gerard, tosiendo. Un instante después se encontraba preso de una tos violenta.

—Así es suficiente. Te estás agotando demasiado —dijo Maria, ayudándolo a ponerse de pie.

Fosco se sobresaltó y protestó.

—Pero entonces, ¿sabéis quién la ha robado?, ¿por qué no me dijisteis nada?, ¿por qué no me avisasteis de que tendría que vérmelas con unos asesinos?

El matrimonio Della Rosa no añadió nada más.

Se despidieron lentamente, sin un saludo, sin dirigirles ni siquiera una mirada, dejando a Fosco y a Lucía en el vacío irreal de aquellas habitaciones. En el vacío



infinito que sentían dentro.

---

El pequeño grupo de personas que había acompañado el ataúd de un desconocido hasta su tumba anónima se movió tristemente entre los caminos del cementerio. Lucía esperó que también el último monaguillo se hubiera ido y se agachó sobre un mármol húmedo para poner una fotografía de Rodolfo. Era una ventanita a través de la que podría asomarse como un nuevo inquilino en su nuevo balcón, sobre un nuevo panorama. Con perfumes diferentes y gente triste.

Rodolfo se encontraba asomado ahora. Sonreía.

—Adiós hermano, ¡te echaré de menos! —exclamó Fosco, que se besó los dedos y lo tocó.

Se alejaron preocupados, caminando hacia atrás, con la mirada clavada en la foto, hasta que poco a poco el rostro sonriente de Rodolfo se separó entre las vetas del mármol. Solo entonces se dieron la vuelta, dándole la espalda a la tumba, y se dirigieron hacia la salida.

La ciudad no les apareció muy diferente del cementerio. Solo muchos más nichos y tumbas mucho más altas.

—Ese de ahí, me parece que le conozco... —dijo Fosco, e indicó con la barbilla una figura que avanzaba por la acera.

—Yo también —dijo Lucía.

Aguzaron la vista.

—Pero si ese es...

—¡El señor Fernández!

El hombre, con un traje oscuro y con un porte erguido, había ya comenzado a saludarles con la mano.

—Nos ve bien —constató Lucía.

Mientras se acercaba era como verlo envejecer con cada paso. Se podía descubrir su edad grabada en el rostro, pero detrás de la cortina de pelo había una sonrisa enérgica y dos ojos que todavía brillaban con fuerza.

—¡Señor Fernández!

—¡El detective y la enfermera!

—Roma es muy pequeña —exclamó Fosco.

—El mundo es pequeño —precisó el señor Fernández—. Volveros a ver tiene que ser algo más que una mera coincidencia.

Siguió el ritual en el que intercambiaron saludos con la mano.

—¿Cómo está? —preguntó Lucía. Lo examinó con un fugaz reconocimiento.

El señor Fernández respondió con una sonrisa reluciente.

—Estoy bien, gracias. Muy bien. Si no fuera por el calor tan sofocante que hace... ¿Y vosotros? ¿Cómo es que estáis por aquí? —preguntó, e hizo un pequeño movimiento sinuoso que terminó con un ligero codazo—. ¿Por qué no vamos a sentarnos a un bar? Me encantaría tomar algo con vosotros. ¿Os apetece un café?

Con una ligera presión en el brazo, Fosco transmitió un claro mensaje a Lucía: deja que me ocupe yo.

En el centro del bar había una barra roja y luminosa que parecía una flor con la luz del fluorescente, y a su alrededor mesitas bajas de piedra verde y hierro forjado.

—Tomaré un café —dijo Lucía pasando el menú a Fosco, que ni siquiera lo abrió.

—Un café también para mí.

—Y para mí, como buen viejo que soy, un coñac acompañado de un vaso de agua helada.

Después de un intercambio de brevísimas sonrisas, los tres permanecieron un poco en silencio. Faltaba esa confianza y ese mínimo bagaje de cosas en común que desbloquean este tipo de situaciones. Y ese poco que se podía evocar no guardaba un buen sabor en la memoria.

Pero una cosa en común sí que tenían.

—Está todavía buscando esa guitarra, ¿no es así? —preguntó Fernández.

Las cejas de Fosco se levantaron como si le hubieran pinchado, y se le iluminaron los ojos.

Llegó la camarera. Después del baile de vasos, Fosco admitió:

—Sí, pero todavía no la he encontrado y no creo que logre encontrarla jamás.

—Lo lamento. Tarde o temprano saldrá, ya verá. ¡Es una guitarra muy especial! —dijo Fernández, que tragó una gota ardiente y se contrajo con un gemido que terminó en un suspiro satisfecho.

—No debería beber eso —le dijo Lucía.

—Su espíritu de enfermera es inagotable, señora. Eso le honra, de verdad —dijo Fernández, que en realidad hablaba al fondo del vaso—. El mundo debería estar agradecido a quien, como usted, elige dedicarse a cuidar del que sufre —añadió, y bebió un poco más antes de continuar—: si no existieran...

—Señor Fernández —intervino Fosco, bajando la voz y echándose hacia delante—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Todas las que quiera.

—Me gustaría saber si cuando leyó aquella partitura...

—¿*Folías*? —le ayudó Fernández, a lo que Fosco asintió.

—¿Notó algo en aquellas páginas, algo por lo que mereciera ser robada? Porque no creo que pueda tener un especial valor económico. ¿Había algo escrito por lo que

se pudiera morir?

—¿Por qué? ¿Acaso también han robado la partitura? —preguntó Fernández, sin lograr por otro lado parecer realmente sorprendido.

—Sí —dijo Fosco, mezclando el azúcar que se había quedado en el fondo de la taza.

Fernández miró hacia fuera, más allá del cristal, más allá del olor a mantequilla y miel, de frito, cerveza, albóndigas, bocadillos y café. La calle recubierta de asfalto líquido resoplaba humos mortales y polvo.

—No había nada que yo pueda entender que pudiera interesarme. Yo soy un guitarrista, y en lo que a mí me incumbe todo estaba en su sitio. Nada raro, a excepción de la rara belleza de la música —dijo, y se rascó la frente arrugada con el puño—. ¡Se trataba únicamente de una partitura! —exclamó. Vació el vaso. Ahora el coñac parecía quemar menos—. Con la música —continuó— no se gana dinero. Y no quiero decir que se gane poco, no, ¡quiero decir que no se gana en absoluto! Pensemos en la música antigua. Se pasa hambre, no lo dude —concluyó, y hablando así dirigió sus palmas hacia el techo.

—¿Y ahora usted qué piensa hacer? —preguntó Lucía, que lo miraba con una expresión estática propia de una foto de carné.

—Creo que puedo entender a lo que se refiere.

Fosco apoyó los codos encima de la mesa.

—¿Qué es lo que entiende?

Lucía levantó la cabeza de entre los hombros.

—No sé, si yo fuera un guitarrista haría algo... no lo sé.

—Algo he pensado —dijo Fernández tocándose el trasero—. He imaginado las notas en mi memoria, ¡aquí dentro! Y las he transcrito. Total, un par de horas de trabajo.

Los dos alargaron el cuello. Fosco cogió los folios doblados, que habían tomado la forma abombada de la nalga de Fernández, y los abrió. Tenía toda la pinta de un mono que se encuentra delante de un espejo.

—¿Y bien? —preguntó Fernández satisfecho.

—Usted es muy bueno —reconoció Fosco—. Le felicito.

La partitura que tenía en la mano parecía idéntica a la que él había encontrado en el *notebook* de don Felipe, pero Fosco decidió no decírselo. Fernández esbozó una reverencia en señal de agradecimiento.

—He comprado la única obra existente de Gaspar Sanz —dijo Fosco, que dobló con cuidado la hoja y luego se abanicó antes de dársela.

—A partir de ahora se encontrará también esta —dijo Fernández, felicitándolo—. Puede quedársela. Ya la tengo en el ordenador. Será suficiente con enviar un correo a todos los editores y el juego ya estará listo.

—Podría obtener un poco de dinero si la vendiera a uno solo.

—No me interesa el dinero —dijo Fernández, y puso veinte euros encima de la mesa—. Ahora me tengo que ir, queridos señores.

—Tenga, esta es mi tarjeta —se apresuró Fosco—. En caso de que quiera charlar alguna vez.

—O venir a cenar —añadió Lucía, manifestando un entusiasmo que evidentemente delataba que las puertas del búnker estarían siempre abiertas.

—Pasaré algún día —dijo Fernández, guardándose la tarjeta en el bolsillo—. Pero pronto tendréis una nueva dirección. En el hospital me dijisteis que os gustaría cambiar de casa pronto, ¿no es así?

—Esperamos que así sea —exclamó Lucía—. Ahora vivimos en un pequeño agujero bajo el suelo.

—Y queremos tener niños —añadió Fosco—. Pero temo que la dirección que aparece en la tarjeta será válida aún durante un buen tiempo.

Fernández mostró una sonrisa sincera y se despidió de ambos. A la hora de besarle una mano a Lucía, su pelo cayó sobre el rostro.

—Gracias —dijo. Y luego le dio la mano a Fosco, prometiéndoles una vez más que se acercaría a verles. Dio asimismo gracias a Dios por haber permitido que se volvieran a ver.

Un minuto más tarde se había alejado ya, caminando por la acera y transformándose en una de las tantas manchas que se reflejaban en el escaparate del bar.

# BOLONIA, ÚLTIMOS DÍAS DEL SIGLO XVII

---

## XVI

---

El señor Pauli decidió que había llegado el día en el que las cosas cambiarían para siempre. Y cuando decía «para siempre», lo creía de verdad.

Lanzó una mirada al señor Carugi, pero no lo molestó. Carugi se había concentrado en el trabajo de Confortador, que en ese momento consistía en mostrar al condenado su futuro próximo pintado sobre una serie de tablas de un brazo de anchas y medio brazo de altas.

En la primera tabla se veía a un hombre atado a un palo, con leña verde en los pies, para una hoguera lenta y con mucho humo. En la segunda, el fuego le había comenzado a quemar las piernas. En la tercera tabla estaba todavía despierto y gritaba. En la cuarta, la sangre cocida se mezclaba con las cenizas.

—¡Te ocurrirá todo esto si no te decides a contestar lo que te preguntamos! —dijo Carugi con una voz afilada y venenosa.

—¡No, oh, Dios mío! ¡Me matan! —gritaba el joven, que había dejado de razonar. En su cabeza solo había espacio para el terror—. No he hecho nada —gritaba—, soy un hombre ignorante. ¡Oh, Dios mío, sálvame, que me matan!

—Te han visto llevar al maestro Gaspar Sanz por el bosque durante la noche. ¿Adónde lo llevabas? ¿Qué es lo que ha venido a buscar por aquí ese sacerdote? Te conviene hablar. No es una muerte rápida como se piensa. Sentirás la piel quemarse como el papel, la carne cocerse alrededor de los huesos, y antes de que la muerte te alcance tendrás tiempo de sentir tu cabeza hincharse y explotar.

El joven no dejaba de moverse, sufriendo ya por el dolor que temía. El miedo había prendido en su mente.

—No conozco a nadie con ese nombre. Os suplico, dejad que me marche.

—Habla, joven, ¿adónde ibais?, ¿adónde lo llevabas?

—No lo sé —gritó—. No lo sé. Solo le he acompañado un tramo.

Cuando las heces terminaron de caerle por los calzones, el torturador se le acercó y le golpeó el rostro violentamente con un bastón.

—Si nos hubieras dicho que tenías que cagar te habríamos llevado a la letrina —explicó suave el señor Carugi, poniéndose una de las numerosas máscaras a su disposición, aquella del profundo malestar—. Ahora nos toca limpiar, ¡con lo que cuesta! Y cuando hayas muerto no podremos ni siquiera beneficiarnos de tus ropas.

Sobre el cuello del joven caían espasmos de baba blanca y densa junto a frases de súplica, que comenzaron muy pronto a repetirse como si fuera una letanía.

Pasó un día.

En el aula del tormento se encendieron las velas. Y la fe.

—Si dices dónde se esconde Carbonelli —comenzó Carugi— y juras fidelidad a la Iglesia besando la madera de la verdadera cruz de Nuestro Señor Jesucristo, no serás quemado. Razona joven, todavía estás a tiempo.

—Os lo suplico, por amor del cielo, dejadme ir. Yo no sé dónde se encuentra ese Carbonelli.

Pauli dio un paso hacia delante, parando la luz débil con su cuerpo, y dijo algo al señor Carugi, quien se aplicó inmediatamente en una tortura todavía más resolutiva.

Por último el joven cedió a las amenazas ante la sábana de seda.

—¡No, eso no, Dios, te lo ruego, sálvame! La sábana no, ¡oh, Dios mío! Lo diré todo, todo.

—Entonces habla —susurró el Confortador—. Dilo aquí, en este oído que te escucha, hijo. No tienes que gritar, será suficiente con que me lo susurres a mí y estarás a salvo.

—Sé lo de la señora Mancini —confesó con un hilo tembloroso de voz—. Está en el molino, en una sala escondida bajo la rueda —dijo. Luego, antes de implorar, se contorsionó como una anguila que acabara de ser recubierta de sal—. ¡Os lo ruego, no me hagáis eso, no, no!

En cambio, se lo hicieron.

Fue transportado hasta un caballete, tumbado con las piernas y los brazos abiertos, atados a las manillas con más cuerdas.

—¡Pero si os lo he dicho todo! —gemía—. Dios me traiciona —murmuró. Y las fuerzas le abandonaron a su destino.

El verdugo cogió la seda y colocó una esquina en la boca del joven. Luego sirvió encima agua, hasta que se vio obligado a comenzar a deglutir la sábana. Y así siguió durante un buen tiempo. Cada imploración era ignorada, mientras la sábana entre las manos del verdugo se acertaba cada vez más y el joven se veía obligado a tragarla con el agua.

La sábana se iba ensanchando en el estómago. Ya solo un brazo y medio de tela blanca y seca se encontraba entre los dedos del verdugo.

Los Confortadores intercambiaron gestos de entendimiento. Y disfrutaron en silencio.

El joven deglutió todavía más. Se había tragado casi toda la sábana. Quedaba lo que era suficiente para el verdugo, que cuando recibiera la orden tiraría de ella. Sacaría la sábana de ese cuerpo destrozado con un tirón, o lentamente, o de ambas formas, con una técnica estudiada.

Y así hizo el verdugo. Tiró. Esperó. Tiró. Esperó.

La sábana empapada de agua destrozaba el cardias, atravesaba el esófago, se



arrastraba por dentro, quemaba lo indescriptible, y ahogaba.

—Rápido, no aguanta más, está a punto de morir —dijo el señor Pauli—. Golpeadlo en el patio y aplicadle el fuego mientras esté vivo. ¡Es necesario hacerlo rápido!

Gastos necesarios en las dos últimas justicias.

- Por transporte de la caja del crucificado, 50 *bai*.
- Para dar sepultura a los cadáveres, 60 *bai*.
- Por transporte de los sacos de los hermanos, 15 *bai*.
- Para maestro Francesco Cubero, que había hecho 5 tinajas, 50 *bai*.
- Por el vino griego, 10 *bai*.
- Por las galletas de Savoya, 10 *bai*.
- Por los caramelos, 5 *bai*.
- Para el desayuno, 50 *bai*.
- Para la mortadela, 20 *bai*.
- Para los trajes de la virgen del Carmen, 8 *bai*.
- Por haber comprado un par de calzones nuevos de fustán para un condenado, 60 *bai*.
  
- Total: 3 escudos y 43 *bai*.

## XVII

---

Bajo el suelo del molino, el chirrido de la rueda que giraba sobre las cabezas agitaba las ánimas. Los primeros tres Confortadores que habían bajado al refugio de la señora Mancini habían sido acogidos por una fuerte explosión, y sus cuerpos destrozados. La señora Mancini había decidido compartir su suerte.

Por fortuna, la gran cantidad de sangre había impedido que el polvo se levantara.

—Y bien —comenzó el señor Pauli, rompiendo el silencio—, hemos llegado tarde, pero estamos cerca de nuestro sueño, hermanos, de la verdad que tanto hemos buscado. La eternidad está escondida detrás de una última pregunta. ¿Por qué el legado no ha mandado llamar a los Confortadores para el suplicio de Carbonelli? ¿Hay alguien que desee darnos una explicación?

El señor Carugi apartó la silla con un ligero golpe de piernas hacia atrás, se puso de pie y tomó la palabra. Su voz, obligada por el ruido a usar un agudo desentonado y ridículo, le privaba de todo su carisma.

—Hermanos, la estrecha vía de la lógica me lleva desde hace días al mismo punto, cada vez, por cuantas sean las veces que la recorra —dijo. Inspiró con autoridad, y sin clavar la mirada en ninguno de los hermanos allí presentes, continuó —: Creedme, he buscado durante mucho tiempo desviaciones de la lógica, pero no las he encontrado. Así que os pido ayuda, porque solo no he logrado borrar la duda de que nuestro pacto de secretismo haya sido violado. Alguien de los hermanos tiene que haber hablado.

Quizás, porque su instinto de prevalecer sobre otros tenía forma de ejercitarse mejor y de continuo en otros lugares, o quizás porque, como un insecto fuera de la coraza, se sentía débil y feo sin su túnica negra, el verdugo tomaba la palabra muy de vez en cuando durante las sesiones, pero esta vez quiso dar su opinión. Clavó sobre la mesa sus manos blancas y robustas, brillantes como el mármol bajo el sol, y habló sin levantarse.

—Mi señor —dijo—, no digo que estéis equivocados. Estoy preocupado por vosotros. También mi lógica me lleva hasta donde estáis vos, mi señor Carugi. El hecho es que me parece todavía más imposible admitir que el secreto entre nosotros pueda haber sido violado. ¿Por qué? ¿Quién de nosotros? No nos perdemos jamás de vista, pero, sobre todo, nadie podría tener interés en... Sobre aquella «en» se detuvo la boca del verdugo.

El señor Pauli apreció aquel momento, dilatando su enorme rostro.

La lógica quiere que entre nosotros haya un infiltrado —dijo mirando al verdugo—. ¿Vos también acabáis de llegar a la misma conclusión, no es así?

Como respuesta afirmativa, el verdugo analizó a los allí presentes en busca de una señal que revelara al traidor. La luz proveniente de sus pupilas, marcada por todo el dolor que había presenciado, quemaba lentamente al cubero, al *strambi*, al isleño, al *carmignano*, al *caccini*, al melenas.

—Hermano Pauli, si estáis de acuerdo, me gustaría escuchar la opinión del hermano granjero —dijo el verdugo, a pesar de que el granjero era el único que no había recibido su atención.

El granjero sintió el deber de decir algo, de intentar por lo menos apoyar la tesis del señor Carugi y del verdugo. No pudiendo intercambiar miradas con todos, la tenía clavada fijamente en el aire. En su cabeza discurrían imágenes nítidas que recordaban más bien el desfile de un carnaval, solo que quienes desfilaban no eran personas sino instrumentos de tortura. Sentía tanto miedo que los dientes comenzaron a chocar unos con otros, siguiendo el ritmo de todas las imágenes tremendas que le pasaban por la mente.

—¿Es eso lo que os ocurre, hermano granjero? —preguntó el señor Pauli, avanzando como una serpiente hacia él—. ¿Por qué no decís nada?

—Yo... —El granjero agarró la silla—. Yo... —repitió, y apretó fuerte el asiento sobre el que estaba para detener el temblor que se apoderaba de él—. ¿Por qué yo? Yo no he traicionado. El sello sobre mi boca es más hermético que vuestro Huevo Alquímico, mi señor Pauli. Yo no he hablado, deberíais creerme todos —agregó, y diciendo estas palabras miró a todos.

Todos le miraron sin dar a entender que quisieran decir algo. En el fondo, si entre ellos se hubiera encontrado el verdadero traidor, seguramente no habría dado un paso al frente. El verdadero traidor, si no era el granjero, se mantenía completamente en silencio, y en el silencio captaba su ocasión.

El granjero abrió los ojos y dio una vuelta a la mesa.

El *tinozzaro*, el *strambi*, el isleño, el *carmignano*, el *caccini*, el melenas, el verdugo, el señor Carugi y el señor Pauli, todos esperaban una respuesta.

—Hay otros diecisiete hermanos que no están aquí con nosotros —dijo el granjero, soplando sobre el aire pesado y húmedo que impregnaba la sala—. Muchos habrían podido avisar a la señora Mancini de nuestra llegada. No entiendo por qué sospecháis precisamente de mí.

—Hermano granjero, nadie sospecha de vos —dijo el señor Pauli—. ¿Desde cuándo sois hermano, lo recordáis?

—Desde hace ocho meses —respondió, levantando la cabeza y mostrando un residuo de orgullo.

—Pues bien, que sepáis granjero...

Todos notaron que el señor Pauli había omitido la palabra *hermano*. Lo notó también el granjero y se aferró con fuerza a la silla.

—Sabed que en estos meses no hemos ni siquiera tenido una sospecha sobre vos. Solo certezas, granjero, solo certezas —dijo Pauli, que hablaba con sarcasmo—. Os hemos estado vigilando siempre. Pero por lo que parece no ha sido suficiente —y al decir estas palabras regañó a todos con la mirada.

Si no hubiera habido el rumor ensordecedor de la rueda en el techo, se habría podido escuchar la madera de la silla del granjero gemir bajo su sujeción desesperada.

El señor Pauli se dirigió hacia lo que quedaba de la señora Mancini, recogió la cabeza del suelo y se la entregó.

—Preguntadle dónde se encuentra su marido —dijo con severidad—. Y será mejor para vos que os dé una respuesta, querido Granjero.

El granjero agarró la cabeza de la señora Mancini y comenzó a llorar. Se secó con las manos ensangrentadas y una rabia atroz le corrió por sus venas. Levantó la cabeza y la miró directamente a los ojos destrozados.

—Dónde... —tartamudeó—, dónde se encuentra... —gritó como un loco—. ¿Dónde se encuentra tu marido? ¡Dímelo! ¡Dímelo, si no me matan!

La cabeza se movió entre sus manos y parecía que le estaba diciendo que no. Luego cayó y rodó por la mesa llena de fragmentos y esquirlas.

Tomó la palabra el *strambi*:

—En mi opinión, le sirve un poco de tortura —dijo agitando los hombros en una risa más bien ambigua—. Lo veo bien sobre el caballete.

—¡Ya! ¡Sí! —dijeron los otros, incitándose entre ellos—. Sobre la rueda, o con la sábana, ¡verás como habla!

—Tengo una idea mejor, exclamó el verdugo.

Los otros se callaron, satisfechos.

El granjero cedió.

—¡Está bien! —dijo, quedándose descompuesto.

Tenía toda la pinta del que se prepara para realizar una confesión inútil. Y en ese momento no estaba seguro de que la muerte le diera miedo. El granjero era como una damita regordeta, vaciada con la cabeza hacia abajo. Después de algunos titubeos para tomar aire, las palabras comenzaron a fluirle copiosas.

—El legado, me manda él —dijo—. Él ha salvado a Carbonelli de la ejecución capital, para secuestrarlo y sonsacarle el secreto de la Gran Obra. Yo no soy un simple granjero. Soy un sirviente del cardenal Ravelli. Él manda y yo no tengo elección, tengo que obedecer —hizo una pausa, para ver si su sumisión había sido persuasiva.

Carugi le incitó a seguir hablando mientras la rueda de piedra seguía dando

vueltas arriba. La cabeza de la señora Mancini miraba de reojo al granjero. Quizás le pedía que callara. ¿Por qué debía seguir sacrificando inútilmente otras vidas? ¿Por qué debía entregar el secreto de la eternidad, que él mismo no poseía, a los fanáticos sin escrúpulos que le estaban intimidando para hacerlo?

La cabeza degollada, con su mirada opaca, se preguntaba por qué.

El granjero se levantó, recogió de la mesa la cabeza de la señora Mancini y la colocó en la parte de arriba de un estante, en el centro de la pared. Ese era el lugar que le tocaba a su diosa. Encendió su llama eterna. Ahora la señora Mancini podía desafiar cualquier cosa, pensó, mientras organizaba aquel macabro altar. Sería su señora hasta el final de sus días, para siempre.

—Estáis locos, ignorantes. No sabéis lo que estáis haciendo. Dios os castigará. Vosotros secuestráis verdades que no podréis jamás comprender. ¿Creéis que robando los secretos de los alquimistas procesados y confortándolos y enterrándolos llegaréis a ser invencibles, ricos, más poderosos que el papa? Ah, queréis la sabiduría únicamente para vosotros. ¿Creéis que así salvaréis de verdad a la humanidad? ¿Pensáis de verdad que será suficiente esto y una larga vida para evitar el infierno? ¿Es por ese final que acabáis con todos aquellos que saben? ¿Habéis decidido reinar sobre esta tierra? ¡Estáis locos! Torturadme si queréis, yo no tengo miedo. Sois únicamente unas bestias perversas. Ni siquiera vosotros os podréis salvar.

Su risa penetró en el ronco rodar de la rueda. El granjero parecía como si le hubieran absorbido desde arriba, hacia el cielo, empujado por un cordón celestial. Aquellos pequeños hombres de abajo se encontraban deslumbrados por su luz, y durante la ascensión su espíritu borbotaba risas que caían hacia abajo como una cascada de pequeñas piedras minúsculas.

—Quiero deciros la verdad —su voz se repetía suavemente como el eco—. Yo no soy un siervo del legado. La única finalidad de mi vida es proteger y bendecir cada día al maestro Carbonelli y a su consorte, la señora Mancini. Yo estaba enfermo y ellos me curaron. Yo estaba desconsolado y ellos estuvieron cerca de mí. Me perdí y he encontrado un amor infinito. He visto yo mismo el bien, por ellos plantado, germinar y crecer. La santidad de quien conoce los secretos de Dios y resucita las esperanzas en los más miserables de este mundo, me ha bendecido en eterno. Mis señores sabían que estaban siendo vigilados por la Inquisición, pero de todos modos se han acercado hasta aquí, al Estado Pontificio, porque tenían una santa misión. Lo han hecho también aunque sabían que podían ser capturados. Sabían incluso vuestro perverso plan. Pero tenían amigos poderosos que suplicaban ser curados y que a cambio prometían protección. Cuando Carbonelli fue capturado, durante el proceso, el legado interrumpió el suplicio, interviniendo como el diablo tentador, arrancó a mi señor la promesa que le revelaría el secreto de maravillosos prodigios, y mi señor, con tal de hacer cesar la tortura y evitar la hoguera, aceptó dejarse encerrar y trabajar

para él. Pero Carbonelli sabe lo que hace. No os ilusionéis, Confortadores. ¡Marchad! ¡Marchad hacia él! —gritó. El granjero seguía divirtiéndose, el suyo parecía un sermón feliz—. ¡Pero hacedlo rápido, porque el venerable maestro no seguirá mucho tiempo allí esperándoos!

El éxtasis del granjero había asumido la posición más apropiada: los brazos abiertos y las palmas dirigidas hacia arriba. Los hermanos creyeron que había perdido la cabeza.

El verdugo le golpeó y le pareció que había golpeado a un muerto. El granjero estaba frío y ausente, si bien todavía hablaba, con aquella sonrisa heladora e imposible.

—¡Locos! Vosotros, el legado de Bolonia. Locos, criminales, mentirosos. Eso es lo que sois. Terminaréis todos en una plaza, mientras os dan patadas y os escupe una multitud. El cardenal Aguilar acabará con todos vosotros y con el legado. Y luego Dios barrerá de la faz de la tierra a Aguilar y a todos los satanás que pueblan el Santo Oficio. Solo quedará al final la Verdad —siguió gritando, estirando los brazos hacia arriba como queriendo tocar el techo—. La Verdad vencerá, y ese día vosotros no estaréis aquí —y diciendo estas palabras no dejaba de reír.

El señor Pauli y todos los demás se interrogaban con miradas atónitas. El verdugo esperó a que llegara una señal, y Pauli se dio la vuelta ante el problema. El verdugo se puso de pie, como si le hubieran impulsado, agarró al granjero por el pelo y lo degolló. Luego le arrancó la cabeza del cuello con una rabia que no le era propia, acostumbrado como estaba a moverse en escenas donde asesinaba poco a poco.

—Lo dejamos aquí —dijo intentando detener la cabeza del granjero, en equilibrio junto a la de la señora Mancini.

Al granjero parecía que le habían cogido en el momento de comenzar a hablar. Sus ojos y la boca contorsionada en una expresión de malestar parecían comunicar que todavía no había terminado. Y si no le hubieran degollado habría seguramente explicado a aquellos pobres ignorantes cómo había muerto la señora Mancini y cómo había logrado asesinar a tres Confortadores. Solo por poco no había logrado llevarse a la tumba a todos los demás. Porque él la había informado de su llegada. Ella había preparado una tinaja de agua en el centro de la sala, y con la apertura de la trampilla había arrojado una ampolla. En la ampolla había un metal más líquido que el mercurio. La explosión se había producido demasiado pronto. Pero por muy poco. Y el granjero les habría dicho también que aquel había sido el motivo por el que había querido bajar el último por la trampilla.

Cuántas veces le hubiera gustado seguir gritando que todos estaban locos. Habría podido contarles cómo, desde mucho antes de que la idea llegara a los Confortadores, el legado secuestraba y encerraba a los alquimistas en su villa, preocupándose de que le revelaran el secreto del oro. Y que había encontrado únicamente a personas

bizaras, capaces de estúpidos intentos y locuras que encantaban a los ricos, jueguecitos para gente sin seso, en general. Y que, además, entre sus prisioneros había habido incluso alguien capaz, que había convencido al legado todavía más de su locura y había logrado que fuera más exigente.

Pero el granjero ahora ya no era el granjero: era un cuerpo sin cabeza, desplomado en el polvo.

—¿Qué hacemos? —preguntó el señor Carugi.

—Matamos al legado. Entramos en la villa y nos hacemos con Carbonelli —dijo el verdugo—. Hacemos que hable y lo enterramos junto a estos —y al decir así indicó toda la confusión que había a su alrededor, los jirones, los órganos interiores, los huesos, la sangre de la señora Mancini y de los tres hermanos que habían muerto en la explosión.

—Es fácil decirlo pero no hacerlo, hermano verdugo —dijo Pauli—. Habíamos logrado estar cerca, hermanos, teníamos razones para creer que la señora se escondía aquí, en el molino, protegida por el molinero. Si no hubiera sido por este infame, espía, miserable bastardo... —recogió un grumo de saliva densa en la boca y lo arrojó contra el rostro muerto y asombrado del granjero—. A esta hora el legado estaría igual que el molinero y tendríamos ya a Carbonelli. Ahora, sin embargo, las cosas han cambiado. Está Aguilar. La ciudad pulula de esbirros. La residencia de Ravelli es completamente inaccesible —dijo, y mientras reflexionaba sobre lo que tendrían que hacer encendió una antorcha—. Vayámonos de aquí —ordenó—. Pensaremos en cómo actuar después de haber descansado. Permaneced tranquilos, ahora estamos cerca. Un paso más y nadie podrá obstaculizarnos más. ¡Salvaremos al mundo y conquistaremos el Paraíso, hermanos!

Salieron uno a uno, dejando atrás el molino en llamas.

## XVIII

---

Faltaban dos días para fin de año. La casa de Ravelli se había sumergido en un luto trágico e inesperado. El suicidio escénico de Arcangelo había conmocionado y turbado a sus ilustres invitados, quienes se habían apresurado a marcharse. Nadie había querido permanecer allí, o por lo menos celebrar algo. Así, uno por uno, músicos y nobles habían ido subiendo a bordo de las carrozas y habían emprendido su camino de regreso a casa, dispuestos a pasar la última vigilia del siglo en una sucia taberna.

El único que no se había marchado inmediatamente había sido el cardenal Aguilar, quien, como tenía previsto, continuaría con su viaje hacia Roma, saliendo de Bolonia a primera hora de la mañana del año y del siglo nuevo.

También Gaspar se quedó, justificado por la presencia del cardenal español.

No hubo más conciertos. No se organizaría ningún acontecimiento para fin de año. De repente había terminado todo en una alocada marcha en la plaza general, en murmullos, en sospechosos, en prisas, en desprecios, con todas las emociones posibles dándose a la fuga, cordialmente, con una formalidad más propia de las apariencias.

Así terminó la reunión más grande de músicos que se hubiera visto antes, con los instrumentos que no entraban ya en las carrozas por culpa de los equipajes colocados con demasiada prisa. Bajo la lluvia, en el frío, en el primer día invernal de verdad de aquel diciembre que había logrado que se sudara.

Y con sangre.

—Nos quedamos solos —dijo Aguilar.

—Solos y turbados —añadió Gaspar.

—Escapando de aquello que creen haber visto. ¿Tú lo has visto?

—No, eminencia. Yo he salido. A Arcangelo lo han cubierto con una sábana. No había razón para permanecer allí.

—Dicen que bajo la sábana, unos minutos más tarde, había solo ropas y una pequeña piedra de oro en el lugar del cuerpo —comentó Aguilar, moviendo la mano debajo de la nariz—. Ah, se habrá tratado de una puesta en escena de Ravelli.

Se quedaron mirando la última de las lujosas berlinas que se disponían a marcharse. Respondieron al pañuelo que se movía desde una de las ventanitas y se retiraron bajo el pórtico.

La lluvia también borró rápidamente las últimas señales de ruedas de la calle, y



pareció que en breve no volvería a pasar un alma viva.

Un siglo desde que eran todos felices.

—Me pregunto por qué ha decidido asesinarse de esa forma —dijo Aguilar—. Teatral y escénicamente en cada detalle —añadió. Le vibraban los labios por el frío y se encerraba en sí mismo—. Me habló de ello. Era verdad que tenía un temperamento melancólico, pero me pareció que poseía cierto sentido común.

—Os garantizo que Arcangelo sí tenía raciocinio —dijo Gaspar.

Aguilar se detuvo de repente, permaneció atrás unos pasos y esperó a que Gaspar se diera la vuelta. Luego dijo en voz baja:

—Eres la última persona con la que hablé. ¿Acaso te dijo algo raro sobre este sitio, eh, hijo? Os vieron juntos antes de que os decidierais a tocar. ¿Qué es lo que os dijisteis, me lo puedes decir?

—Eminencia, no se habló de nada que sea digno de mencionar: de la música, de la espléndida canción de José Marín, de que Arcangelo la adoraba. Es así como nos entraron ganas de tocar juntos.

—Entonces, tú no sabes explicarte todas las extrañezas de este lugar. En todo el tiempo que has pasado aquí desde que llegaste no has notado nada que sea insólito ni sospechoso, ¿no es así?

Gaspar metió un brazo bajo el de Aguilar y lo empujó.

—Eminencia, sí, de esto se habló un poco, en efecto, sí.

—Y dime... —Aguilar dio unos ligeros golpecitos en la mano de Gaspar, que le estaba sosteniendo—. Dime...

—Me dijo que Ravelli practica la alquimia, pero no es capaz de lograr ningún resultado. Se reía de él por eso. Arcangelo era una persona alegre.

—¡Alquimia, claro! Y el legado ni siquiera se ha preocupado por salvar las apariencias. El jardín parecía la ilustración de uno de esos textos crípticos y heréticos que logran que la gente pierda la razón. ¡Si supiera cuántos se han enloquecido en busca de la fórmula para transformar el metal vil en oro, y cuántos han malgastado su propio patrimonio siguiendo el más irreal de los milagros! Es una planta que hay que arrancar de raíz, quemarla junto con sus semillas. Es una herejía peligrosa.

Gaspar tuvo un escalofrío. Se aclaró la voz.

—Estoy de acuerdo con vos, eminencia.

—¿Y este qué logra? ¡El legado de Bolonia! Se pone a jugar con fuego, busca el oro, ostenta de tal forma, profesa. ¡El legado! Algo que no se puede creer.

Aguilar dio una patada a una piedra pequeña, que rodó por la pared y siguió rodando por el fango. Tenía más dentro del zapato que en realidad le procuraban cierto fastidio.

—Tengo que reconocer que tu teoría de un secuestro puesto en escena para distraerme de este crimen es convincente, Gaspar.

Se encaminaron con calma, como en la orilla de un mar de fango, contando los propios pasos para aparecer todavía más agradablemente empeñados en la conversación.

—No imagináis cuánto hecho de menos España —se lamentó Gaspar, inspirando imaginariamente los perfumes de sus comidas preferidas. Y mirando hacia el cielo azul guiñó los ojos, deslumbrado por el sol más luminoso del mundo y escuchando los gritos de los niños que corrían unos detrás de otros por las calles—. Ah, mi tierra.

—Echa lo que llevas dentro, Gaspar. Tú me quieres decir algo. A estas alturas, tras tantos años de confesiones, entiendo a las personas antes de que hablen. —Las manos del cardenal fueron absorbidas por las mangas—. ¿Entonces? —le animó.

Pero Gaspar no respondió inmediatamente. Continuó contando no solo los propios pasos, también los del cardenal. Contándolos bien, de la mejor forma que sabía. Uno en falso podía darlo en cualquier momento. Así que iba estudiando el trazado. Uno, dos, tres.

—¿Algo que quiero decir? Cuatro, cinco, seis, bueno. Siete. Sí, hay algo.

Aguilar silbó con una expresión complacida.

—Si no has hecho algo gordo, te prometo que la penitencia que te daré no será por otro lado tan terrible —dijo, y lo miró fijamente con aquellos ojos de color oscuro, ensangrentados.

Gaspar no dejaba mientras tanto de frotarse las manos.

—Me gustaría dar un paseo por los alrededores. Por el jardín de la casa.

—Gaspar, llevas aquí un buen tiempo, ¿no te has cansado?

—El legado está tramando en contra vuestra —dijo caminando—. Ocho, nueve... Tiene miedo de vos.

—¿Cómo puedes decirlo?

—No es solo por la alquimia. Creo que ambiciona a convertirse en papa y, sin equivocarse demasiado, ve en vos el concurrente más temible.

Aguilar levantó los hombros.

—Todos tenemos esa ambición. ¿A ti no te gustaría?

—¿Yo?

—Tú, claro. Un papa guitarrista. ¡Tan bello como tú! Imagínate, Gaspar, un papa español. ¿No te gustaría?

—Eminencia, vos me sobrevaloráis. Aunque fuera cardenal, seguiría siendo un mísero hombre. Un pecador. Un músico, ¿papa yo? No soy digno ni siquiera de pensarlo —dijo, y le miró—. Pero un pontífice español me gustaría.

—Ah, ¿entonces te gustaría verme como papa? —dijo Aguilar, cubriendo una nube con un dedo—. Cómo me gustaría poder contentarte.

—Si lograra demostrar que el legado de Bolonia es un hereje, y salvara a la Iglesia de un hipotético papa... ¿a cuántos haría un favor en este momento?

Aguilar invitó a Gaspar a recorrer el porticado en la dirección inversa.

—Continúa.

—Desde hace unos días un pensamiento me turba: ¿y si el legado hubiera organizado todo para ponerlos en dificultades?

—¿Todo?

—Pensadlo bien. Primero el asesinato del guardia francés, uno de vuestra escolta. Luego mi secuestro, el rescate... Y todo coincide con vuestra llegada. No pueden tratarse de tantas coincidencias.

Aguilar meditaba y hacía ondear rápidamente la cabeza arriba y abajo.

—Entonces, he pensado, quizás Ravelli no pretende solo crear un despiste para su herejía, sino que quiere jugar con vos. Solo que luego yo me he escapado... y algo ha fallado. Arcangelo, con su suicidio, se ha sacrificado a sí mismo por algo más grande e importante, estoy seguro de ello. Y tengo razones para pensar que lo ha hecho también para obligar a los invitados a dejar la villa. Quizás los creía en peligro.

Aguilar lo agarró por detrás con el brazo.

—¿Qué es lo que crees que podrías hacer por mí?

—Explorar la villa y descubrir algo que pueda atrapar para siempre al legado. He visto a un siervo acceder por un pasadizo secreto. He notado cosas que... Si vos pudierais distraer al legado y a las guardias, quizás podría alcanzar el sótano. Si las cosas allá abajo son como creo, podríais encender unos fuegos altos como una montaña y luminosos como el sol. Seríais el hombre más purificado de toda la Iglesia.

—Gaspar...

—Decid, eminencia.

—¿Por eso te han enviado aquí, a Bolonia?

Lo miró fijamente a los ojos antes de contestar.

—Estoy aquí para ayudarlos.

—Hijo —le apretó con vigor, conmovido—, haz lo que tengas que hacer. El cardenal Ravelli no es un estúpido. Es un loco, sí, pero a esta hora seguramente haya entendido que para él todo ha terminado.

—Los guardias... —balbuceó Gaspar, e hizo una larga pausa. Lo estudió atentamente, para informarle sobre la atención con la que escucharía la respuesta a la pregunta que estaba a punto de hacerle—. Los guardias franceses, ¿os los ofrece el duque d'Anjou? ¿Es Francia quién os los está donando?

—Sí.

Se dieron la vuelta sobre ellos mismos, y siguieron caminando.

—Creen que yo, fiel a la línea de la Iglesia, les apoyaré en la sucesión y se muestran generosos para que no cambie de idea —explicó Aguilar, y golpeó los pies helados contra el suelo—. Y ahora que me acerco a visitar Roma —continuó—, están

todavía más pendientes para satisfacer mis peticiones —añadió, respirando profundamente y dirigiendo una mirada espinosa más allá de los arcos—. Sabía que aquí no podía estar muy tranquilo. ¡Pero qué se creen! Aunque es la primera vez que vengo, no significa que no sepa qué raza de hombres tengo delante.

—Entonces, ¿no apoyáis a Luis XIV?

—No —respondió riendo—. Es Luis quien me apoya.

—Entiendo.

—Mira, Gaspar, he sabido que Ravelli regaló a cada músico que había sido invitado un instrumento de valor. ¿Es verdad?

—Sí, así es. Nada más llegar encontré en mi cama una espléndida guitarra construida por Carlos González de Córdoba, mi constructor favorito. ¿Habéis escuchado antes su sonido? Es la que toqué cuando acompañé a Arcangelo —dijo, y cerrando los ojos añadió—: hasta la muerte.

Aguilar se frotó la barbilla.

—Siento curiosidad por saber de dónde le llega tanta generosidad.

—Si se dispone de una ingente riqueza sin fatiga, eminencia, uno llega a ser inevitablemente generoso, aunque sea solo en apariencia. En realidad, lo del legado es pura exaltación, manifestación de su delirio de omnipotencia.

Gaspar pidió perdón y se alejó un instante. Controló detrás de cada pilar y metió su nariz entre las sombras para asegurarse de que nadie les estuviera escuchando. Luego volvió con un tono susurrante.

—Me gustaría que me lo repitierais de nuevo.

—¿El qué?

—Quiero escucharos decir que no apoyáis a Francia, que os gustaría un heredero para nuestro rey.

—Ahora sí que estás exagerando —dijo Aguilar, que se encogió de hombros pero no apartó su mirada del rostro acalorado por la excitación con el que Gaspar le estaba desafiando—. Si tienes algo que decir, es mejor que lo digas —protestó sin alterarse.

Gaspar no pudo evitar sonreírle como respuesta.

—Entonces, ¿qué quieres que te repita para que hables? —le preguntó, acercándosele—. ¿Estás seguro que no nos escucha nadie?

—Seguro, eminencia.

—Varias veces he soñado con el nacimiento de un niño en Madrid. Durante años fue así. Luego ese sueño no ha vuelto a presentarse. Ahora me limito a esperar y rezar, para que la Iglesia no tome posiciones y deje que sea la providencia quien actúe.

—Ese sueño, eminencia, está aquí.

Se hizo el silencio. Solo se escuchaban minúsculas olas en la orilla del mar de fango.

—¿No estarás acaso tomando en serio la alquimia? —preguntó Aguilar con el rostro ensombrecido.

—¿No realizaríais un intento? ¿No vale la pena probar, más que transgrediendo dejando a un lado, por una sola vez, la regla? ¿No dejaríais escapar una sola de vuestras liebres, una, solo una, para permanecer en guardia? Eminencia, yo os digo que tengo pruebas. No me malinterpretéis, yo no puedo demostraros ni garantizaros la certeza del resultado, pero las pruebas de la existencia de alguna posibilidad para que Carlos II logre fecundar a una mujer, esas sí que las tengo —dijo Gaspar, que iluminó una sonrisa despierta y silabeó un nombre: Carbonelli.

Aguilar se sobresaltó, se apartó y se quedó blanco.

—No, no es posible. Carbonelli está muerto.

—No está muerto. Alguien en su lugar se subió a la hoguera. Él —indicó con su dedo— está aquí.

Aguilar se frotó los ojos, pensativo.

—Si las cosas estuvieran así... —dijo, realizando una serie de breves y desconcertantes suspiros—. El legado habría cometido un delito muy grave.

—Ha cometido más de uno, eminencia.

—Mira hijo, escúchame bien. Dejaré escapar esta liebre. Puedes tener a Carbonelli. Pero que sepas que no ambiciono en absoluto convertirme en papa y mucho menos tengo el temor de que pueda llegar a serlo Ravelli. Es un hombre acabado. Así que, en la esperanza de un bien futuro para nuestra amada tierra, en buena fe, apoyo tu iniciativa. Pero si te llegan a descubrir no podré hacer nada para ayudarte. Esto lo entiendes, ¿no es así?

—Ayudándome a mí, ayudaréis a mi rey, a España y a vos.

—Ahora entremos, que tengo frío —dijo Aguilar sujetándole amigablemente por los hombros.

## XIX

---

El legado se había encerrado en sus apartamentos desde el día del suicidio de su querido Arcangelo. Los sirvientes contaban que no quería comer y no hacía otra cosa que llorar, y no abría la puerta a nadie. A nadie menos a uno.

—Señor —el siervo se arrodilló en el umbral y besó el anillo.

El cardenal evitó su mirada.

—Girolamo.

—Señor —tartamudeó—, quiero curarme.

—¡Calla! —ordenó Ravelli, apartando todavía más la mirada de aquel rostro horrible.

—Perdón, perdón...

—Tienes que evitar que nadie acceda a los sótanos, ¿has entendido? —le gritó—. Ve abajo y no salgas hasta que no te mande llamar.

—Sí, sí, entiendo —dijo. Lo que había entendido desde hacía mucho tiempo era que tenía que tener miedo. Mordisqueaba las palabras en voz baja—. Claro, señor. Yo hago todo lo que me pidáis, excelencia.

—¡Calla! Te ordeno que te calles.

—Perdón, perdón.

—Toma —le indicó Ravelli, entregándole una botella de vidrio—. Si alguien entra, arroja esta por el suelo, con fuerza, de forma que el vidrio se rompa.

Luego le hizo extender el brazo para darle una ampolla, y se lo agarró.

—Si por casualidad ocurre, antes trágate esto. Logrará que permanezcas inmune ante el veneno, ¿entendido? —preguntó. Y soltándole el brazo, lo cogió por el cuello y le dio la vuelta—. Mírame. ¡Tienes que decirme que lo has entendido bien!

El siervo, cada vez más asustado ante los modales bruscos del cardenal, asintió con movimientos rápidos de la cabeza, dio un paso atrás con la mirada baja, se dio la vuelta y se marchó corriendo.

De repente Ravelli sintió que se desmayaba. Se tambaleó. Su visión era cada vez más borrosa, y mientras con una mano buscaba urgentemente un punto de apoyo, con la otra se tocó la frente. Las líneas del pasado que le surcaban el rostro encontraron las del futuro, grabadas sobre la palma de su mano helada.

Ya no queda tiempo, se dijo a sí mismo. Luego el mundo desapareció.

## XX

---

Gaspar se sentó en el escritorio con la guitarra en el regazo. Acarició sobre el plano armónico la mancha dorada en la que se había transformado casi al instante la sangre de Arcangelo. Pensó de nuevo en él, en su voz maravillosa. La escuchó nítida en la mente y suspiró, decidiéndose a componer una partitura muy especial para don Eduardo.

En orden de importancia estaban él, la guitarra y la página. Pero solo porque la página estaba todavía en blanco y la música se encontraba aún dentro de él. Si sobre un atril hubiera habido una partitura para ejecutar, en cambio, el orden habría estado al revés.

La música queda siempre en primer lugar, demasiadas veces se lo había repetido don Eduardo, y Gaspar había terminado por creérselo, para creer solo en esto y en nada más. Sin embargo, ahora sentía que había encontrado algo en que tener fe, un verdadero Dios que seguir y venerar cada día, aunque se tratara de un demonio que había venido para arrastrarlo al infierno.

La manga rozó las cuerdas y el sonido inesperado fue dulce como un beso recibido con los ojos cerrados.

Gaspar empuñó la pluma y lo escribió primero sobre el aire tembloroso, delante de sus ojos:

AGILARCONOSOTROS

Es decir: Sol mayor la A, Fa mayor la G, La mayor la I, Do menor la L y así sucesivamente, según el alfabeto italiano.

—¡Puede funcionar! —pensó—. Variaciones de *Folías*...

Muchas variaciones. Las escribió sobre un papel, de un plumazo, sin pensar, página tras página. Utilizó también los números del contrapunto entre una lectura y la otra para componer las palabras. El resultado fue una música irregular pero bella, insólita e imprevista, si bien apreciable por la originalidad y para ser escucharla. Pero don Eduardo sabría leer correctamente otra música en sus oídos. Sabría rápidamente que la medicina se encontraba ya en sus manos, que el cardenal Aguilar estaba en contra de la sucesión francesa y que lo apoyaba en su misión.

Rellenó las páginas de la tablatura con los típicos garabatos al final de cada variación y, para que la partitura se encontrara todavía más sobrecargada de forma que desanimara a los guitarristas comunes a leerla, la llenó de embellecimientos de todo tipo. Los puso por todas partes. Y a pesar de todo, el resultado era bueno.

Increíble, pensó, y enrolló las hojas. *Aguilar está con nosotros*, pensaba mientras las sellaba.



## XXI

---

Los pensamientos del señor Pauli retumbaban contra las paredes. Pequeños ríos de lava le rayaban los ojos. Ojos rojizos, abiertos e iluminados por la llama. La furia de su respiración profunda y fría causaba terror.

—Los comunes mortales —deliraba— seguirán el ciclo, convirtiéndose en esclavos. Nacerán para morir y luego muertos para nacer. Los Confortadores, en cambio, beberemos el oro y nuestro corazón se transformará en un sol, ya no tendremos sangre sino fuego, no venas sino rayos de luz, y estaremos para siempre, hasta la vida eterna, en el Reino del Señor.

Harto por la perspectiva, una vez que había vaciado la enésima copa de vino dejó de mirar la pared y se dio la vuelta.

Carugi se estaba despidiendo del informador. Se deslizó por la silla y se plantó delante del Hermano Mayor.

Su boca se había transformado en un manantial de susurros:

—Hermano Pauli, acabo de saber que en la mansión de Ravelli han desaparecido todos.

Los puños cerrados del señor Pauli golpearon contra la mesa.

—¿Cómo que *han desaparecido todos*? —gritó—. ¡No podemos llegar siempre tarde!

Carugi asumió un tono tranquilizador.

—No hemos sido nosotros quienes hemos llegado con retraso, sino que ellos se han marchado antes. Los invitados han escapado.

Los ojos encolerizados del señor Pauli se cruzaron con los rostros asustados de los hermanos en silencio.

—Esto significa que tenemos que actuar deprisa para secuestrar a Carbonelli —dijo.

—Hermano Pauli, el inquisidor español todavía no se ha marchado —le informó Carugi—. La mansión se encuentra vigilada por sus guardias. No será fácil entrar.

Pauli se agachó y se puso a cuatro patas.

—¿Quién ha dicho que tenemos que entrar? —exclamó. Rebuscó en un saco y extrajo una caja de madera marcada por el tiempo con protuberancias oscuras—. ¡Tenemos esto!

Todos miraron con asombro aquel objeto que parecía que había sido desenterrado. Llevaban años sin ver algo parecido, y seguramente nadie podía tener la capacidad

para usarlo. Pero ese no era el motivo del asombro. En aquel momento, sobre sus caras iba tomando forma una pregunta bien precisa.

Pauli colocó la caja sobre la mesa.

—Queridos hermanos, leo la pregunta sobre vuestros rostros cansados y preocupados, diría que escépticos —dijo. Casi iba dando vueltas alrededor de la mesa, como un compás, manteniendo la mano firme sobre la tapadera—. La pregunta que veo escrita sobre vuestros rostros es, ¿qué es lo que hacemos con un tintero?

Los otros asintieron en silencio.

El señor Pauli abrió la caja, demostrando una calma que evidenciaba su rabia. Cogió una hoja en blanco y la estiró sobre la mesa con la palma de la mano.

El cubero salió de la penumbra y se abrió paso.

—Hermano Pauli, me parecéis algo nervioso. ¿No queréis saber antes de actuar lo que piensan vuestros hermanos de lo que tenéis en mente?

Pauli respiró profundamente como si fuera un sapo. Tenía la expresión del torturado con el agua y parecía que había bebido varias jarras.

—¿Qué tengo en mente? —dijo, más bien rugiendo—. ¿No lo sabéis ya? ¿Acaso no está en la mente de cada uno de nosotros lo que hay que hacer?

—Por qué toda esta rabia, os pregunto. Nos gustaría a todos nosotros, pienso, conocer el motivo que os provoca tanta furia. Porque, al observaros, parece que Carbonelli fuera la última esperanza que os queda. Deberíais saber, en cambio, que no es el único alquimista que existe en el mundo. La Inquisición torturará muchos más. Acabamos de comenzar nuestra investigación. Seguirán llamando a los Confortadores para presenciar los interrogatorios, y en las ejecuciones de quién sabe cuántos más alquimistas, y vos centráis toda vuestra ira sobre Carbonelli como si fuera el último. Encontraremos quien sabrá desvelarnos el secreto, estad seguro. Pero llegar hasta Carbonelli, ahora, nos pone a todos en peligro.

El cubero se sentó.

El señor Pauli continuó preparándose para la escritura, ignorando sus comentarios. Alisó de nuevo la hoja hacia el tintero, acarició la pluma con las yemas de los dedos y sus labios con la pluma.

—¿Hermano cubero, veis estos labios?

—Los veo.

—¿Sabéis lo que significa «hermético»? ¿Por qué la alquimia se llama ciencia hermética?

—Lo sé, Hermano Mayor.

Pauli respiró profundamente, todo lo que pudo, y espiró con calma.

—¿Todos lo sabéis?

De las sillas en la sombra, contra las paredes, salieron una serie de respuestas afirmativas de un grupo de tímidos pero convencidos:

—Así es.

—Sí.

—Claro, Hermano Mayor.

—Lo sabemos.

—Bien —dijo Pauli—. ¿Hay alguien que quiera explicármelo? Tú, hermano Carugi, explícamelo tú —indicó con la pluma.

—¿Yo? —dijo el señor Carugi—. No tengo nada que explicaros, hermano Pauli. La pluma se movió.

—No, no, os equivocáis. El hermano cubero afirma que yo necesito una lección sobre el significado de «hermético» en alquimia.

Carugi entendió que le tocaba a él desbloquear la situación.

—Lo recordaré para mí mismo —dijo—. No os lo enseño a vos, hermanos, sino que satisfago el deseo de nuestro Hermano Mayor. Lo hago solo para agradarle a él —aclaró. Respiró y miró en medio de la nada. Se veían sus ojos, prisioneros de dos fosas azules, agitarse en busca de imágenes, palabras, sensaciones, que poner en orden para componer un discurso claro y lo más corto posible—. Hermanos —comenzó—, el fundador de la alquimia fue Hermes Trismegisto, el Hermes «tres veces grande», como nos enseña el ilustre Stolcius de Stolcemberg en su *Viridarium Chemicum* de 1624. Es Hermes, Mercurio hijo de Isis, maestro de Moisés, autor del *Corpus Hermeticum* y, en particular, de la *Mesa de Esmeralda*. Hermes nos enseñó a los hombres la química de una verdad superior y la quiso secreta y cerró el secreto dentro de un secreto, dentro de un secreto, dentro de un secreto. Hermanos, la multiplicidad es solo una apariencia, todo en uno. Este es su primer secreto.

El señor Carugi se detuvo para deglutir y dirigió su mirada a Pauli con la esperanza de verse interrumpido. Pero Pauli esperó a que Carugi continuara.

—Así como la naturaleza tiene su ritmo, sus ciclos, sus estaciones y sus días, y como una orden no puede quedar violada, también la alquimia tiene sus fases, los momentos que se suceden y se realizan y se manifiestan con los diferentes colores asumidos por la materia tratada dentro del Huevo Filosofal. Y, para que el alquimista pueda ver y controlar la transformación de la materia, el Huevo tiene que ser de vidrio transparente y tiene que quedar sellado perfectamente para evitar que cualquier cosa salga o entre, y así poder lograrlo en la Obra. Este sello se dice hermético por el nombre del primer maestro, que quiso sellar las bocas de los iniciados con la finalidad de ocultar para siempre el conocimiento.

Carugi consideró que había terminado, se arrodilló y saludó a los hermanos para sentarse de nuevo en la sombra.

—Gracias, mi señor Carugi —dijo Pauli—. ¿Habéis escuchado lo que nos ha dicho nuestro querido Segundo Hermano? Que el tres veces grande Hermes quiso sellar las bocas de los alquimistas, así como sus recipientes de vidrio. Sin el objeto no

puede haber ninguna obra grande, no se podrá alcanzar nunca ni custodiar ninguna verdad superior. La alquimia es su propio secreto, es la Piedra Filosofal. Esto quiere decir que los alquimistas que podamos contactar de cerca, bajo tortura, difícilmente hablarán, como hasta ahora. De hecho, nadie ha querido hacerlo. ¡Antes se dejan quemar vivos!

—Sí, pero... —objetó el *strambi*— vos, mi señor Pauli, estáis convencidos de que Ravelli ha arrancado el secreto a Carbonelli. Si ha roto el sello un alquimista, que además es el mejor, quiere decir que entonces también otros podrían hacerlo.

Pauli se llenó de ira y su sombra invadió todas las paredes.

—¡No entiendes! —golpeó sobre la mesa—. Tú no entiendes que el legado es más poderoso que nosotros. Podría poseer el secreto desde antes de que Carbonelli naciera. Pero poseer no significa conocer. Los verdaderos alquimistas son difíciles de encontrar. Él secuestró al alquimista para el oro porque no sabía producir el polvo mutador. Y Carbonelli se deja mantener encerrado antes que revelar el procedimiento. O consiente en ese encarcelamiento para mantener al legado y a los tribunales lejos. Nosotros no lo sabemos. Pero sabemos que si se queda en Villa Ravelli es porque quiere. Sus poderes son tales que no arroja duda sobre ello. ¡Y sabemos más!

Los cuerpos se mostraban nerviosos, las piernas se cruzaban, todos se preguntan qué más sabían pero nadie se atrevía a decir nada.

—Nosotros sabemos —siguió Pauli—, que si hay un solo lugar en el mundo donde podemos encontrar la eternidad, ese lugar es Villa Ravelli. Sabemos que ahora Carbonelli se encuentra allí. Sabemos además que Carbonelli tiene su secreto, y que su secreto tiene que ser nuestro. Si tal secreto se encuentra ya en posesión del cardenal, se lo arrancaremos de las manos. Si está todavía sellado en los labios del iniciado, se lo arrancaremos de sus labios, miraremos en su boca, meteremos las manos en su tripa si es necesario, hasta excavar el alma con las uñas. El secreto será nuestro y solo nuestro. Y con ese secreto la hermandad vivirá para siempre. Confortaremos a la generación del mundo que vendrá. Solo nosotros lo haremos, nosotros que hemos visto al Demonio santiguarse y arder al Amor todavía vivo, sobre los palos. Nosotros que hemos enterrado a todos, incluso a los inocentes, tenemos que vivir todavía más y empeñarnos en nuestro rescate para escapar del Infierno que en caso contrario nos espera. Nadie de nosotros tiene hijos y jamás podrá tenerlos después de haber bebido de la Piedra Filosofal, porque esta nos hará vivir eternamente, pero nos hará estériles. Descarrila la rueda de la vida. Si la humanidad descubriera el secreto de la Piedra todo terminaría, cristalizado en un momento, en la última, longeva generación de hombres y mujeres, individuos que morirán de todos modos tarde o temprano. No de vejez, claro, pero morirán, aunque se necesiten milenios. Uno a uno desaparecerán como el pelo de la cabeza de un hombre que va madurando. Yo os digo, hermanos, que tenemos que evitar esta amenaza para

salvarnos de nuestras culpas, porque si no, nos espera el Infierno. Démonos algún siglo de vida para lograrlo, para remediar los males que hemos realizado en este mundo, y luego podremos finalmente morir con la bendición de Dios. Hagámoslo ahora. Empeñémonos solemnemente en salvar a la humanidad del secreto de los alquimistas. Con ese secreto llegaremos a ser longevos y haremos el bien durante siglos. Tanto bien que mereceremos el Paraíso. Usaremos el secreto para curar. Confortaremos a los vivos. Vengaremos con el amor nuestros pecados. Quiero escapar del Infierno y tener el tiempo necesario para ganarme el Paraíso. Vivamos unos siglos antes, el tiempo para que desaparezca cualquier pista de nuestros pecados arrancando este mal. Eliminaremos a cada alquimista. Y cuando el último muera, y hayamos así purificado al mundo, entonces podremos morir mereciendo el Cielo.

El intelecto de Pauli se perdió. Su mirada ausente se dirigía a la caja que tenía entre las manos. Luego siguió:

—Escribiremos una carta al legado. Le diremos que sabemos lo de Carbonelli y le chantajaremos. Carbonelli y todos los demás alquimistas que tiene prisioneros y los instrumentos, las fórmulas, los escritos... todo a cambio de nuestros silencio. Ya veréis, estará feliz aceptando cualquier condición con tal de no cruzarse por el camino del inquisidor español. ¿Qué decís, hermanos? ¿Queréis venir conmigo al Paraíso aunque se necesiten miles de años para conquistarlo?

Un escalofrío eléctrico se extendió por todos los hermanos. Hilos de baba se alargaron bajo sus bocas.

La pluma, estrujada entre los dedos del señor Pauli, se mojó en ese silencio y se transfirió sobre el papel.

## XXII

---

El último día del año la mansión de Ravelli estaba perfumada de carne de buey asado, de caza y pan de trigo recién hecho. Pero el cardenal todavía no se dejaba ver. Se negaba a comer y a hablar con cualquiera, salvo ordenar que llamaran a Girolamo desde los sótanos, quien por su parte se había quedado, como le habían pedido, listo para romper con extremo celo la botella si alguien intentaba entrar.

Girolamo esperaba en vano desde hacía horas, inmóvil delante de una puerta que el cardenal no se decidía a abrir, cuando escuchó el rumor de un anciano siervo que llegaba corriendo moviendo sin parar una hoja. Lo vio esconder el rollo detrás de la espalda, detenerse a debida distancia y apoyar una mano sobre las rodillas para intentar recuperar el aliento.

—¿Qué es lo que traes? —le preguntó Girolamo, analizando desde la oscuridad de la capucha. Le plantó cinco dedos ávidos bajo la nariz. Dámelo.

—Es una carta para el legado —protestó el viejo siervo—. Me han advertido seriamente que la entregara... —intentaba con mucha fatiga recuperar el aire dentro de los pulmones secos— ... a Su Eminencia en persona.

Girolamo llamó a la puerta.

—Eminencia, ¡soy Girolamo! ¡Eminencia, dejadme entrar, que hay algo importante para vos!

Esperó en silencio, pero el legado no respondió. Girolamo miró asqueado al viejo y le dijo:

—Vete, vamos. Dame la carta. Me ocuparé yo.

Pero el viejo no se movió.

Girolamo llamó de nuevo, más fuerte, tan fuerte que se llegó a hacer daño.

—¡Eminencia! —gritó con todas sus fuerzas, y empleando una voz aguda y ridícula—. Ven, llama tú —dijo al viejo mientras, dolorido, se sujetaba la mano.

El viejo no perdió el tiempo y comenzó a dar patadas a la puerta.

—¿Pero, qué estás haciendo? ¡Apártate! —ordenó Girolamo, que lo sujetó por la chaqueta y acercó un oído a la puerta. Escuchó con los ojos cerrados.

—Desde el otro lado, solo silencio y oscuridad.

—Duerme con tapones —se rio el viejo, que mientras tanto se había recuperado. ¿Pero desde cuándo no come?

—Desde hace días.

—Entonces, quizás está muerto.

El viejo tenía todavía esa vaga esperanza dibujada sobre el rostro cuando el cardenal Ravelli dejó aparecer junto a la puerta un largo brazo negro y una mano fina dirigida hacia arriba.

—Dámelo —ordenó sin más.

Su voz traicionaba el cansancio de un hombre entrado en años que no comía desde hacía días. Era el sonido de una profunda y meliflua tristeza.

El viejo siervo dejó caer dulcemente el rollo sobre la mano del cardenal. La mano se cerró en torno al objeto con lentitud, y luego se echó hacia atrás rápidamente, como si se trataran de las antenas de un caracol.

La puerta se cerró después.

—¡Marchaos! —le escucharon gritar desde dentro. El viejo siervo así lo hizo, pero Girolamo permaneció inmóvil vigilando la habitación, convencido de que Su Eminencia se acordaría de él.

El tiempo necesario para la lectura del mensaje y el cardenal convino con cuanto le escribía el Hermano Mayor de la hermandad de los Confortadores. Se presentaba una oportunidad para ambos. Uno de esos raros casos en el que quien toma en realidad da, y quien da en realidad toma. Así, de hecho, había comenzado su carta Pauli, y luego la había llenado de una cantidad de retórica que ahora Ravelli tenía la sensación de beneficiarse de un milagro mandado del cielo. Entregando a todos los alquimistas y prisioneros a los Confortadores podría borrar cualquier prueba, cualquier trazo de los sótanos. Los entregaría y de ellos no se volvería a saber nada más. O podía seguir esperando que Carbonelli, persuadido por el saber hacer de los Confortadores, hablara. Y él podría intervenir, como siempre en el momento oportuno, y recaudar su parte del secreto.

—Que se los lleven —protestó arrugando la carta entre los dedos y escupiendo al suelo en señal de desprecio—. Que se lleven también a ese enfermo de Carbonelli. Desde que está aquí no ha hecho otra cosa que tergiversar y suscitar curiosidad.

Abrió la puerta y sacó la cabeza en busca de Girolamo.

—Ah, estás aquí. Rápido, entra.

En cuanto la puerta se cerró detrás de él, Girolamo, satisfecho, dejó caer la capucha hacia atrás. Por primera vez se le concedía entrar en aquellas habitaciones, por primera vez se sentía de verdad importante, indispensable para la trama desesperada de su dueño, siendo el único servidor de confianza que le quedaba. Y fuerte por la repentina debilidad del cardenal, saboreaba una ocasión desde hacía mucho tiempo soñada.

—¡Cúbrete! —le gritó Ravelli, llevándose una mano a los ojos. Esconde ese rostro horrible y disgustoso.

—No. No me cubro —dijo Girolamo con una firmeza inaudita. Y por respuesta apartó las cortinas y dejó entrar más luz sobre su rostro mutilado y se sentó desafiante

sobre un asiento—. Vos habéis hecho esto. Ahora yo quiero curarme.

—Sí, está bien —consintió Ravelli—. Si me ayudas, si haces lo que te digo.

Confiado, Girolamo se levantó, fue hacia la vitrina, la abrió, sacó una botella de vino y sirvió un poco.

—¿Os apetece?

El cardenal tuvo que ignorar el comportamiento ultrajante de Girolamo. Se acercó a la ventana y siguió hablándole mientras miraba fuera.

—Escúchame Girolamo, tu penitencia ha terminado, pero tienes que hacer lo que yo te diga.

Girolamo asintió, inhalando el perfume que subía por el vaso.

—Tenemos que liberar a Carbonelli y a todos los alquimistas de los subterráneos, y tenemos que hacer desaparecer cualquier pista de su presencia aquí, destruir los laboratorios, limpiar a fondo... ¿Entendido?

Girolamo sorbió.

—Entendido.

—¿Qué estás haciendo allí? No nos queda tiempo que perder.

—Yo no hago nada si antes no me dais la medicina.

—Después de tomar la medicina tienes que quedarte en reposo durante dos días. Te sentirás débil y no podrás hacer nada, así que antes haz lo que te pido y luego te la daré. Tienes que fiarte de mí.

—No —dijo Girolamo mientras seguía sorbiendo su vino con mucha calma—. Vos me dais ahora la medicina y yo me la tomo después de que haya terminado. Os lo juro. —Puso una mano en el corazón para seguir añadiendo—: Os lo juro por Dios.

Ravelli, sin decir una palabra, se arrodilló a los pies de la cama, se subió las mangas de la túnica, metió los brazos debajo de esta y sacó una caja de cobre. La abrió lentamente, mirando con fijeza a Girolamo.

—Aquí hay dos ampollas. Esta es la medicina —dijo. Mientras hablaba movió una de las dos ampollas—. Y esta... —cogió entonces la segunda— es una sustancia que hace que sea bebible.

Esperó a que Girolamo diera una señal de haber entendido bien.

—Si bebes la medicina sin haber preparado antes tu cuerpo con esta, mueres —añadió, y puso una de las ampollas en sus manos—. Toma, la otra te la daré cuando hayas vuelto después de haber hecho lo que te pido.

Las manos de Girolamo temblaban. El monstruo mugía ante la excitación. Giró la cabeza de golpe, hambriento, secó con la manga la saliva que le caía de la boca.

—Ahora no —le intimó el cardenal—. Muy pronto. No tienes que preocuparte. Nos quedará mucho tiempo después.

El siervo se tapó la cabeza con la capucha del sayo y aceptó posponer el momento tan ansiado.



—Ahora vete. Tienes que crear un recorrido desde aquí hasta los sótanos. Cierra con llave cada puerta que dé al recorrido y luego ven a llamarme. Bajaremos, sacaremos a los prisioneros sin que nadie pueda vernos, y los cadáveres y los conejillos los quemaremos en los hornos.

—Casquete de vidrio, no —dijo Girolamo.

—¡También casquete de vidrio, tonto, más que tonto! Casquete de vidrio no puede salir, nadie puede verle. ¿Me entiendes? Aguilar sospecha, alguien tiene que haber hablado. Si lograra hacerse con una prueba contra mí me quemaría vivo. Nos quemaría a todos, incluido a ti.

—Entendido, entendido.

—Entonces vete.

Girolamo salió y se apresuró a cerrar todas las puertas necesarias para crear un recorrido oscuro. Cuando llegó a la última puerta se escuchaba ya golpear en señal de protesta. Se le pedía paso con gritos porque tenían que pasar para trabajar.

—¡Tengo que llevar la leña!

Y más golpes.

—¡Vamos, que se me escapa!

Más golpes.

—¡Orden de Su Eminencia! —gritó Girolamo—. Pasad por otra parte —dijo, y siguió gritando mientras volvía corriendo a ver al cardenal. Llegó, llamó a la puerta y el cardenal le abrió.

—La segunda ampolla —pidió inmediatamente Girolamo, alargando las manos. El cardenal se la dio.

—Pero la beberás después.

—Sí —dijo Girolamo, que agachó la cabeza y se apoderó de la ampolla, dejándola resbalar por la manga de la túnica.

Bajo la capucha resplandecía la luz de un guiño horrible.

## XXIII

---

Descendieron hasta los sótanos. Girolamo arrastraba una cesta llena de panes y vinos envenenados.

—Yo saco fuera a Carbonelli —dijo Ravelli—. Tú después te quedas abajo y haces tu trabajo. Tienes que lograr que los demás desaparezcan. Que coman pan y luego quemas sus cuerpos en los hornos. Y no te olvides de romper la botella si fuera necesario.

—Sí, sí...

Bajaron las escaleras en silencio, siguiendo sus sombras. Llegaron a la planta más baja, donde se encontraban las celdas, y Girolamo dejó tintinear las llaves en el llavero, buscando la de una puerta que no había abierto jamás antes.

Carbonelli negaba la comida desde el primer día de su encierro pero, no se sabía cómo, daba siempre muestras de su presencia más allá de la puerta de hierro para confirmar que se encontraba bien. Una vez cada cuarenta y cinco días (este era el acuerdo), por la fisura para la comida ofrecía al legado en persona un kilo de oro y un kilo de plata en estado puro.

Corrientes luminosas salían por las fisuras de la puerta.

—¿Pero eso qué es? —dijo el cardenal.

—No lo sé. Lleva así unos días.

Ravelli pidió al siervo que se callara y afinó el oído.

—Oigo música, parece una guitarra —dijo, y luego se separó de la puerta dejando que Girolamo metiera la llave en la cerradura.

—Presta atención.

La cerradura saltó. Girolamo empujó la puerta con temor y curiosidad, pero la cerró de golpe por lo insoportable que era la luz que provenía de dentro de la celda.

—¡Carbonelli! —gritó el cardenal—. Déjanos entrar.

Escucharon una voz que provenía del otro lado de la puerta cerrada.

—Entrad si queréis.

—Pero antes cesad esta luz insoportable —ordenó Ravelli.

—Eso no es posible —dijo la voz desde la celda—. Pero no comporta peligro alguno. Los ojos se acostumbrarán rápidamente.

Girolamo se dio la vuelta hacia el cardenal y empujó la puerta. Entró el primero cubriéndose los ojos como en una tormenta de luz. Intentó apartar la mano y abrirlos, pero la luz deslumbraba tanto que hacía daño.

Ravelli aunó fuerzas y se arrojó dentro de la sala como un ciego alocado.

—¡Tapad esta maldita luz!

—No se puede, ya os lo he dicho —dijo la voz, que permaneció durante un buen rato sin un cuerpo visible dada la imposibilidad de mirar. Hasta que los ojos pudieron abrirse un poco, y luego un poco más. Otro intento y lograron ver siluetas y formas, luego sombras, luego pudieron ver y observar a Carbonelli que estaba sentado delante de la hornilla encendida, con los brazos cruzados y una jovencísima expresión, alegre y serena.

Ravelli se frotó los ojos doloridos.

—Pero vos... —se le acercó y le palpó sobre los hombros—. Vos no sois el hombre que... —le tocó la cara, el pelo largo y brillante, miró con asombro sus uñas rosadas y robustas—. El hombre que... vos no sois Carbonelli —dijo temblando.

—Sí, soy Carbonelli —le respondió con un tono muy apagado.

Mientras tanto, el cardenal y Girolamo pudieron ver mejor. La luz, si bien fortísima, ya no era tan cegadora y se podía incluso percibir por el rabillo del ojo, sin mirar directamente, la fuente de la que emanaba todo. En alto, en el centro de la sala, relucía un sol, un sol de verdad, pero más pequeño que una manzana.

—La semilla no es más grande que un grano de arena —dijo Carbonelli indicándolo.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó Ravelli completamente indignado.

—¡Tú eres el diablo! —dijo Girolamo, santiguándose ante una superficie imaginaria a su alrededor y sin parar de escupir con desprecio al suelo.

—Vosotros sois el diablo —dijo una sombra autoritaria que se iba abriendo camino en la luz.

Ravelli y Girolamo se echaron atrás, en dirección a la puerta.

—¿Quién habla? —dijo el primero, mientras el segundo continuaba escupiendo al suelo.

Aquel que había hablado avanzó todavía más hasta que se encontró a contraluz y los otros pudieron distinguir una silueta.

—Soy Gaspar Sanz.

—¿Tú?

—Yo.

El minúsculo sol brillaba milagroso, alto, en el centro de un diminuto cielo subterráneo, en todo idéntico al sol inmenso que por quererlo Dios ilumina los días en el cielo infinito, calienta la tierra, vence los abismos de la noche y genera la vida y las estaciones del mundo.

—Creíais que me podíais enterrar aquí abajo, privándome de la luz del día —dijo Carbonelli—. Y en cambio el sol brilla por todas partes. Dios está en todas partes. Dios está en nuestros corazones, en el corazón de quien lo busca humildemente,

sirviendo a la verdad y al bien. Es de quien, después de haberlo buscado, se encuentra al final a sí mismo.

El cardenal levantó una mirada amenazadora y asumió un comportamiento orgulloso.

—Él... —indicó a Girolamo— tiene una botella explosiva en la mano...

Girolamo rebuscó en sus ropas, cogió la botella por el cuello y la mostró.

—¿Sabéis lo que ocurre si se rompe, verdad?

Carbonelli lo sabía.

—La he hecho yo mismo —confesó el viejo a Gaspar—. El vidrio de dentro está dividido en dos, un cuarto de metal alcalino y tres cuartos con agua normal. Cuando el metal, que es líquido, entra en contacto con el agua, explota.

—Sí, explota —dijo el cardenal—, pero Girolamo hará todo lo que pueda para que no caiga. ¿Verdad, Girolamo?

Él respondió apretando contra el pecho la botella, y acunándola como si fuera un recién nacido.

—Eso sí, con tal de que vos estéis dispuestos a encontrar un acuerdo —concluyó Ravelli.

Girolamo levantó la botella. Estaba listo para arrojarla al suelo. Lo habría hecho, claro. Pero lo haría saliendo de la celda, buscando un escudo con la puerta que sujetaba ya prudentemente medio cerrada. Y luego correría para beber ávidamente su medicina.

—Proponed —dijo Gaspar.

Pero el cardenal, viejo mercader de palabras, hombre carismático solo en la superficie, profeta de una fe meramente verbal, de un Verbo que no había visto nunca hacerse Hombre, se sintió de repente impotente frente a aquel cierto y pequeño sol que irradiaba su verdad en miniatura a todo lo que le rodeaba. Se dio cuenta de lo poco que le serviría la fe, si asumía una, frente al milagro tangible que era capaz de provocar el alquimista. Y bajo aquel sol radiante, su enorme poder como legado pontificio se derritió como el hielo.

A esas alturas era un hombre acabado. Justamente como tantos otros, que habían tenido que escenificar súplicas desesperadas a sus pies sin obtener nunca la mínima compasión. Por un instante recordó uno a uno a todos los hombres derrotados a los que no había ayudado. Y en ese momento tan desesperado para él, pensó que quizás Carbonelli tendría piedad.

Se arrodilló a sus pies.

—Os pido perdón —dijo, y se los besó—. Maestro, perdón —repitió, cogiéndole las manos y besándoselas de nuevo. Lloraba—. Perdón. Ayudadme, os lo suplico.

Carbonelli sonreía, etéreo, incorrupto.

—¿Perdón?

—Sí, perdón —sollozó Ravelli.

—Si es el perdón lo que queréis... —dijo, y cogió la cabeza del cardenal, apoyándola contra el pecho y acariciándola dulcemente—, bueno, ahora estáis perdonado. ¿Qué es lo que puedo hacer por vos?

—Ayudadme a hacer de forma que no se llegue a saber nada de mis culpas.

—Fuera, mi querido cardenal, está Dios —dijo Carbonelli sin dejar de acariciarle la cabeza—. ¿Cómo podría impedir a Dios conocer lo que vos sois? Eminencia, mejor estar preparado para un encuentro. Dios os está esperando.

—¿Encontrar a Dios? ¿Un ser tan malvado como yo? —preguntó con los dedos entremetidos en el pelo—. Vos me condenáis al infierno y a la infamia.

—Permaneced tranquilo, eminencia. Dios acoge a todos. ¡Vamos! ¿Qué estáis esperando? —dijo dirigiéndose a Girolamo—. Este es el momento bueno. ¡Lanzad la botella!

Reía con ganas y seguía acariciando la cabeza de Ravelli como si fuera un gato acurrucado en sus rodillas.

La botella voló.

Tal y como había pensado hacer, Girolamo abrió la puerta, salió y la cerró en el breve lapso de tiempo que necesitó la botella para tocar el suelo. Luego corrió todo lo que pudo hasta las escaleras, tropezándose con la túnica, levantándose y corriendo más deprisa, desplazando aire y polvo sin dejar de tropezarse por los escalones que no terminaban nunca, arañándose las manos sobre las paredes rugosas, jadeando y gritando.

Logró sacarse las ampollas que llevaba debajo de la túnica mientras seguía corriendo desordenadamente, ondeando, cojeando, cayendo, arrastrándose y levantándose. Las miró. Una igual que la otra. Y no recordaba cuál tenía que beber antes.

Llegó a lo alto de la escalera, dio una patada a la puerta y se dejó caer al suelo. Se detuvo para estudiar las ampollas, y al final decidió que lo mejor era tomárselas a la vez.

Se desplomó al instante, inerte.

La luz generaba tétricos reflejos entre los agujeros de su rostro.

Abajo, en la celda, los vidrios de la botella rota habían desaparecido por el suelo.

—Era solo agua —dijo Carbonelli, satisfecho.

Ravelli esperaba todavía la explosión, con la cabeza entre las manos. Luego, cuando se dio cuenta de que todavía estaba vivo, agarró a Carbonelli y lo bañó con sus lágrimas y con la baba de sus besos.

Carbonelli lanzó un largo suspiro y se levantó, dejando resbalar encima de él las manos del cardenal.

—Nosotros ahora tenemos que marcharnos.

Gaspar cogió la González por el mango y lo siguió. Salieron de la celda ignorando las súplicas de Ravelli, el cual caminaba sobre las rodillas, agarrado a sus túnicas en el vano intento de detenerlos.

—Podré ver el sol, el verdadero —dijo Carbonelli, apresurándose a subir las escaleras con mucha calma.

Una vez que llegaron a la cima, Gaspar empujó la pequeña puerta y salieron del sótano.

—¡La luz! —gritó Carbonelli, girando sobre sí mismo con los brazos abiertos, buscando la sensación del viento sobre la piel—. ¡El mundo es fresco!

Vagó por el pasillo tocando cada cosa, olfateando las paredes, bañándose de la luz del día, emborrachado por la libertad. Y observó que, pocos pasos más allá, el cuerpo de Girolamo yacía en el suelo sin vida. Parecía colocado en el fondo de mármol de un lago transparente, ahogado, con la boca todavía a punto de recuperar el aire que no encontraba.

Gaspar se agachó sobre el cuerpo inmóvil.

—¡Maestro! —le llamó—. Venid, este hombre está muerto.

—¿Muerto?

El maestro dejó en ese mismo instante de rodar feliz y se acercó corriendo. Sobre su rostro se leía la esperanza de poder hacer algo todavía para salvarlo. Se arrodilló sobre Girolamo, dejó caer hacia atrás la capucha y entristecido, dijo:

—Envenenado, por desgracia. No puedo hacer nada por él. Todo tiende a mudar hacia su contrario —suspiró—. Quién ha sido prisionero, encuentra la libertad. Quién brama la vida eterna, obtiene la muerte.

—¡Maestro! —dijo Gaspar, que le tiró de la túnica invitándolo a levantarse—. Tenéis que dar las gracias por estar libre de nuevo.

Mientras hablaba indicaba el fondo del pasillo donde, entre las cariátides, corría Magdalena, saltando y feliz, con los brazos abiertos, ya lista a arrojarse al cuello de ambos.

—¡Oh, Magdalena! —dijo Carbonelli—. Alabado sea Dios.

Se reunieron en un triple abrazo, interminable. Luego Gaspar la levantó y comenzó a dar vueltas con ella.

—He tenido tanto miedo —logró decir ella.

—Todo irá a mejor —respondió Gaspar, depositándolo en el suelo.

Pero Magdalena asumió de repente un aire triste. Dudó. Al final encontró el coraje para decirlo.

—La señora Mancini ha muerto.

Carbonelli bajó la mirada, que inmediatamente se entristeció.

—Lo sé —logró decir—. Ambos sabíamos que ocurriría.

Ravelli mientras tanto, de rodillas en la celda, rezaba para que Dios le acogiera. Y

rezó con fe, quizás por primera vez en su vida, en un profundo recogimiento, hasta bien entrada la noche cuando, con la mirada serena dirigida al pequeño sol subterráneo, celebró su última misa.

Cogió un pan envenenado de la cesta y dio las gracias. Lo rompió y se lo comió diciendo:

—Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía.

De igual forma, después de haber comido, cogió el cáliz y dijo:

—Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre, que es vertida por vosotros y para todos, en remisión de los pecados.

## XXIV

---

Gaspar, Magdalena y Carbonelli prepararon el equipaje, lo colocaron sobre los caballos y salieron de la residencia sin perder tiempo.

Saludaron afablemente a los guardias, como si fuera el comienzo de una sencilla y agradable excursión por los alrededores, una vigilia normal de un día de fiesta. Y los centinelas, siguiendo órdenes precisas de Aguilar, respondieron al saludo con las reverencias, limitándose a seguirles con la mirada hasta verlos desaparecer.

—¿Sabes cómo ha muerto? —preguntó al cabo del rato Carbonelli, acercando su caballo al de Magdalena.

—Los Confortadores la encontraron. Incendiaron el molino, pero alguien dice que escuchó una explosión fuerte, como si fuera un trueno, una hora antes de que el molino saliera ardiendo.

—Francio y agua —dijo Carbonelli para sí mismo—. Se quitó la vida antes de que esos criminales la encontraran, para salvarme —musitó. Tiró de las riendas, azotó al caballo y se acercó a Gaspar. Le indicó el camino—. Ahora mi destino está más claro, ¡se encuentra justo delante de mí!

Gaspar gritó al viento.

—¿Qué queréis decir maestro?

—Iré con vos, haremos un viaje juntos, pero tendremos que pasar por París. Allí estaremos en un sitio seguro y prepararé la medicina para tu rey. Y allí me quedaré. Continuaréis luego vuestro viaje solo. Pero hay algo que tenéis que saber.

Carbonelli tiró de las riendas e hizo detener al caballo. Se detuvieron los tres en el centro de la calle. Se miraron. Los caballos intercambiaron fugaces roces con el morro.

—La medicina, por sí misma, no basta —dijo el maestro.

—Lo que sea necesario, eso haremos —respondió Gaspar, intentando mantener firme al caballo.

—¿Cualquier cosa? —preguntó Carbonelli—. ¿Estás seguro de ello?

—¡Por Dios! ¿Qué más puede necesitar? —protestó Gaspar.

—Sirve... —dijo a Gaspar mirando a Magdalena— una joven que esté dispuesta a recibir el semen de tu rey. Sirve el cuerpo fuerte y sano de una joven, oportunamente preparado, si no nada será posible. En París tengo amigos dotados de un laboratorio. Podré preparar allí el cuerpo de Magdalena.

Gaspar giró el caballo sobre sus patas y le azotó para alejarse lo más rápido



posible de aquel pensamiento insoportable. Su amada Magdalena entre los brazos de otro. Un hombre feo y malvado. Embarazada de Carlos II. Magdalena no, ella no. Eso si que no.

—Podemos encontrar a otra joven que esté dispuesta a hacerlo por dinero — sugirió cuando Carbonelli y Magdalena le hubieron alcanzado.

—Eso no es prudente —reaccionó Carbonelli.

Gaspar se dirigió a Magdalena.

—¿Tú querrías hacerlo?

—No lo sé —dijo ella.

Era evidente que prefería que decidiera Gaspar, y que este dijera que no porque eso habría significado que él la amaba. Pero ella no se atrevía a rechazar tal propuesta.

—Vamos —dijo Gaspar tirando de las riendas y poniendo al caballo en la dirección acertada—. El viaje es largo.

El camino se encontraba de nuevo seco y batido por el viento de siroco. Los tres se perdieron en la lejanía de un horizonte caluroso, dejando atrás un siglo difunto y yendo al encuentro del nuevo, que parecía incapaz de venir al mundo.

# ROMA, UN DÍA DE VERANO DE ESTE AÑO

---

Fosco se quedó dormido, cayendo en una pesadilla.

Corría. Sabía que habría tenido que dar la vuelta para ir hacia la dirección opuesta. En cambio, corría a la desesperada para intentar alcanzar a un joven más rápido que él.

Detrás de él se necesitaba ayuda. Los muertos tenían que ser muchos. Lo sabía mientras corría por el borde de un enorme charco oscuro, intentado visualizar los contornos de la sombra del joven.

Corría en la dirección equivocada sin poder hacer nada para evitarlo, sin poderse oponer al empujón. El joven al que seguía, con vaqueros, zapatillas de deporte y camiseta cortada en el pecho con una línea roja, se encontraba más allá del charco, en la llanura de arena que hacía de alfombrilla a un barrio recto y gris del que emanaba un extraño humo aceitoso.

El joven se arrodilló, impuso las manos en el suelo y apretó.

Fosco se llevó las manos a los oídos para no ensordecere ante la vibración tan potente.

Una parte del barrio caía del mantel y se rompía en millones de migas ensordecedoras sobre un suelo que parecía haber desaparecido. Un desastre.

Debería volver atrás, se decía. Quizás Lucía está todavía viva. Tuvo miedo imaginándola bajo los escombros mientras pedía ayuda. Vio su mano implorante bajo las enormes piedras de cemento. Sin embargo no volvió atrás porque quería salvar el planeta, descubrir la verdad sobre aquel joven. Lucía estaría de acuerdo.

Y entonces siguió persiguiéndolo.

Lo vio meterse en una calle que había quedado intacta por el terremoto. En las calles no había coches. Todos se habían escapado.

Fosco jadeaba. Intentaba correr cada vez más rápido, excavaba con las manos el aire pesado como la tierra.

Vio al joven detenerse bajo la columna, y cuando también él llegó a aquel punto, el otro ya se encontraba por delante y le estaba esperando.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Quién eres?

El joven mostró las manos todavía una vez más, y luego escapó escaleras arriba, escondiéndose detrás de una pared de ladrillos frágiles y transparentes que sin embargo no se podía abatir.

Vio al joven tocar la pared que los dividía. Vio una sonrisa serena. No había rastro

de un intento homicida sobre aquel rostro que seguramente no había expresado jamás el odio, jamás la rabia, jamás la superioridad.

La sacudida fue violenta, pero más breve.

Duró el tiempo justo de derrumbarse la pared, dejándolos a ambos al alcance de la mano. Instintivamente lo agarró y el joven no pudo rebelarse a su tirón furibundo.

Le hubiera gustado gritarlo tan fuerte como para arrancarle la piel de la cara. Pero su voz vibró palabras sencillas.

¿Quién eres? ¿Por qué consigo tenerte? Tú no puedes ser de verdad. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué? Y muchas otras preguntas habrían salido de su boca si hubiera querido.

—Lo siento —dijo el joven—, yo no puedo hacer nada. —Y nada más decir esto movió la barbilla, indicando el cielo grisáceo—. Tú no deberías haberme visto. No debías.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy la causa invisible de las cosas visibles, soy el origen insondable del ser. Los hombres buscáis siempre la causa de las cosas y lográis siempre encontrar una, aunque sepáis que esa causa a su vez tiene otra, que tiene otra, que tiene otra, que tiene otra...

Tuvo miedo a que no se callara.

—¿Quién ha creado el mundo? ¿Quién ha creado al Creador del mundo? Cuántas veces —decía alguien detrás de aquella sonrisa inmóvil—, te has encontrado haciendo esta escalada hacia atrás sobre las causas, hasta intentar aferrar la primera. ¿Te has perdido en estos pensamientos?

—Sí —admitió Fosco—. Es verdad. Muchas veces he pensado en estas cosas.

El otro rio con todas sus fuerzas, se soltó de su presa y dijo:

—¿Cuál es la causa de esto?

Apoyó las manos abiertas sobre el pecho y se resquebrajó ante sus ojos. El joven estaba hecho de carne bañada en sangre, y de huesos que se podían romper.

Un instante después, Fosco corría hacia la dirección exacta, hacia la destrucción que sabía que encontraría. Corría hacia Lucía, en busca de su casa destruida, y los pensamientos le corrían por dentro. El búnker no podía haberse derrumbado. El búnker era un semisótano, no podía caer.

Abrió los ojos.

Lucía dormía a su lado.

El rocío frío le caía por el rostro.

Se levantó de la cama y se dirigió hacia la televisión, evitando los objetos esparcidos por el suelo. La pantalla, cuando se encendió, obligó a sus pupilas a cerrarse de golpe como una trampa ante las primeras imágenes.

Se acercó a la cocina, llenó una taza de agua mineral y la puso distraídamente

dentro del microondas. Mientras el reloj se movía en su típico giro mecánico de dos minutos y una bolsita de té colgaba de sus dedos hipnotizados ante el nuevo día, escuchó la voz que provenía del salón.

*Esta noche un terremoto de notables proporciones ha devastado muchas zonas de nuestra península.*

El pánico estaba en los altavoces.

*Los muertos se cuentan por miles.*

Fosco entonces se acercó a la televisión de puntillas para poder escuchar con total claridad cada sílaba de aquellas terribles palabras. No podía creerlo, lo acababa de soñar.

*Italia se encuentra derrumbada. Aunque también Turquía ha sufrido graves daños.*

Las imágenes deberían haber sido muchas, y lo eran en efecto, pero no tantas como habría podido suponer porque por todas partes se habían derrumbado estudios de televisión, casas de producción, antenas... Y la típicamente densa red de telecomunicaciones se había roto en una sola noche. Sobre los pocos canales que quedaban retransmitiendo se percibía la misma situación.

*Son muchos los gestos de solidaridad anunciados por los países que no han sufrido el terremoto. Se están movilizand para hacer llegar la ayuda a las zonas afectadas por el cataclismo.*

*El terremoto ha alcanzado duramente el centro y sur de Italia, y un fuerte maremoto ha barrido prácticamente algunas costas de Sicilia. Os podremos informar de más cuando nuestros enviados hayan regresado.*

En la pantalla se veía una serie de ala deltas guiados por hombres.

*Las calles que no han quedado destruidas de todos modos son inaccesibles. Las gasolineras se encuentran en llamas. Tenemos que emplear medios alternativos para alcanzar las zonas afectadas, con la esperanza de poder volar para entender mejor lo que realmente ha ocurrido y valorar la entidad de la devastación.*

Los otros canales ya no existían.

Lucía, despertada por el volumen alto, se sujetaba la cabeza para detener el temblor, rumiando palabras carentes de sentido.

Fosco la abrazó.

—El terremoto...

—Esto no es un terremoto... —dijo Lucía sobresaltada.

—Lo he soñado esta noche.

—Parece el final del mundo.

Él se dirigió hacia la puerta con el temor de descubrir que los escombros estuvieran obstruyendo la salida.

—En el sueño pensaba que éramos afortunados por vivir bajo tierra —dijo antes

de tirar de la manilla—. Hemos envidiado siempre a los que viven en el ático, y ahora somos nosotros los afortunados.

Abrió. La luz deslumbrante llegó hasta el espejo de la puerta y machacó los ojos, medio cerrados por el sueño y todavía llenos de pesadillas, de los jóvenes. Invadió las fibras nerviosas y el apartamento, esparciendo en el aire silencioso de la mañana lo que parecía ser el último día.

—Aquí parece que todo está bien, pero fuera no se ve un alma.

En el mismo instante que él cerraba la puerta le pareció escuchar algo. Un momento después alguien llamó.

—¿Quién será? —dijo Lucía, preocupada—. Es mejor que no abramos.

Fosco giró la medallita que había en la mirilla y apoyó el ojo para mirar. Fuera había un desconocido. Miraba a su alrededor esperando que alguien abriera.

Y Fosco así hizo.

—Buenos días —dijo el hombre, de unos cuarenta años, vestido de negro, con pantalones estrechos que terminaban en unas botas de punta, con el pelo largo apoyado sobre unos hombros anchos cubiertos por una camisa de algodón, muy erguido, con gafas oscuras y una mancha violeta sobre la parte izquierda del rostro, que quizás fuera el motivo de aquella melena larga.

—Buenas —respondió Fosco, frotándose los ojos.

—Me llamo Thomas Dinkley. Hace unos días hablé por teléfono con alguien que decía ser amigo de una querida amiga mía —dijo, y dio marcha atrás, comprobando de nuevo el número—. Si no me equivoco de casa, usted debería ser su hermano Fosco. Dijo que se llamaba Rodolfo. ¿Puedo entrar?

Con un intercambio veloz de miradas, en la penumbra del búnker convinieron que el desconocido no solo podía, sino que debía entrar.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Thomas Dinkley. Soy un amigo de Luce.

Lucía apretó con el pulgar la rueda de un mechero, encendió una vela y fue entonces cuando se movió con más agilidad hacia cualquier esquina del búnker, sembrando por toda la casa pequeña llamas.

—Falta la corriente —dijo colocando una en el centro de la mesa.

Los tres se sentaron a su alrededor y se miraron un poco en silencio.

La voz de Thomas Dinkley era grave y temblorosa.

—¿Puedo fumar?

—Sí, claro.

Fosco esperó a que se encendiera el cigarrillo para comenzar la conversación.

—Entonces, usted habló con Rodolfo...

—Sí, me llamó. Yo estaba fuera, en el extranjero, de gira.

—¿Y por qué le llamó?

—Buscaba a Luce —dijo, y mandó más humo hacia el centro de la mesa—. Vino a veros antes de morir.

—¿Morir?

Thomas cerró los ojos y asintió dolorosamente.

Como arañas, las manos de Fosco y Lucía caminaron por la mesa y se agarraron con fuerza.

—Han sido los Confortadores.

Al escuchar aquella palabra, Fosco se levantó nervioso y cerró la puerta del búnker con llave. Se metió la llave en el bolsillo y se sentó de nuevo.

—Tu amiga, Luce, vino aquí, sí, y dijo que el hombre que había ardido delante de nuestra casa era mi hermano. Ella también habló de estos Confortadores. Luego escapó. Y se da el caso de que mi hermano de verdad ha muerto. Así que ahora tú te quedas y nos cuentas todo lo que sabes, comenzando por quién eres.

Thomas Dinkley no parecía en absoluto turbado por el comportamiento agresivo de Fosco.

—Soy músico, toco música antigua.

—¿Conoces por casualidad a un guitarrista barroco que se llama Fernández?

—No —respondió Thomas— pero sé que es muy bueno.

—¿Quiénes son los Confortadores? —le zarandeó Fosco—. ¿Qué sabes tú de todo eso?

—Estoy aquí para llevaros donde podréis entender. Yo soy un músico y no me interesa nada más. Luce, hace dos días... recibí una llamada suya. Decía que los Confortadores se habían despertado. Lloraba y decía cosas sin sentido. Decía que su vida corría peligro.

—¿No dijo nada más? —preguntó Fosco—. Parecía estar a punto de cogerlo por el jersey y zarandearlo.

—Sí, que estaba a punto de ocurrir un lío y que tenía que ser cuidadoso, porque ya un amigo suyo, Rodolfo, había sido asesinado de una forma horrible, y me lo contó todo. No podía perdonarse haberlo dejado solo y repetía que lo había hecho por su bien. En cuanto terminé de hablar con ella regresé a Roma.

—¿Cómo has sabido que Luce ha muerto? —le preguntó Lucía.

—Mientras volaba —dijo Thomas, que sacó un periódico del bolsillo posterior de los pantalones y lo abrió sobre la mesa por la sección de sucesos—. Aquí —dijo golpeando con el dedo sobre la foto de una joven muerta, atada de pies y manos en una rueda de carro—. Si lees aquí —movió un dedo bajo la foto—, está escrito que no se sabe quién es porque no llevaba documentación encima. Le han roto los huesos apaleándola, le han dado vueltas y por último la han estrangulado y arrojado al río todavía atada a la rueda. En pleno centro. Ningún testigo. Pero es ella, no tengo ninguna duda.

—Sí, es ella —confirmó Lucía.

—¿Tienes alguna idea sobre cómo podemos encontrar a esos fantasmagóricos Confortadores? —le preguntó Fosco.

—Bueno, yo no, pero la familia de Luce sí. Son ellos quienes me han pedido que viniera aquí. Quieren veros. Os lo explicarán todo.

La más ávida de las expresiones se compuso sobre la cara de Fosco.

—¿Podemos ir ahora?

—Sí, claro —respondió Thomas. Acarició la minúscula mejilla de Luce en la foto y se puso triste. Se levantó bruscamente e intentó echarse atrás los recuerdos y la tristeza como si fueran gotas de lluvia—. Podemos ir. Viven en una casa a las afueras de Roma, sobre la colina, no lejos de los supuestos propietarios de la González.

—¿Los propietarios de la González? —dijo Fosco, que estaba atónito—. ¿Los conoces?

Miró a Lucía para asegurarse de haber escuchado bien. Thomas asintió y le apoyó una mano sobre el hombro.

—Gerard y Maria Della Rosa —dijo con tono solemne—. La guitarra que estás buscando no les pertenece.



---

En las bodegas de la mansión de la familia Della Rosa, Maria estaba ocupada en lavar con sumo cuidado y en profundidad un recipiente de vidrio. Gerard la miró y se sonrió.

—Podremos trabajar sin ser molestados. He esparcido una discreta cantidad de francio y luego he encharcado el jardín —dijo, e hizo ver que evitaba carcajearse fuertemente—. ¡Quien se acerque a la casa saltará por los aires! ¡Nunca se sabe! La familia D’Ambra puede tener la rara idea de venir a visitarnos...

Se sentía orgulloso ante tal broma. Ella le entregó el recipiente para que lo secara y sonrió.

—Eres el genio de las bromas, pero no has pensado que podría entrar alguien más.

—He cerrado la cancela y activado las alarmas —le tranquilizó Gerard—. Quien entre se lo buscará.

—¿Y cuando vendrán los demás? Los guardias de los cardenales siempre se quedan en el jardín.

—Todavía faltan días para que esto ocurra. Cuando vengan, les diremos que presten atención en no mojarse los pies.

Se rieron divertidos y volvieron a sus ocupaciones.

—Me gustaría ser joven —dijo Gerard después de algunos minutos pensando—. Joven y fuerte como ese Fosco.

Maria movió la cabeza.

—¿Pero por qué dices esto?

—Me veo reflejado en el jarrón —dijo, levantando el recipiente y exponiéndolo a contraluz.

—Somos viejos —dijo ella, satisfecha.

—Lo hemos querido —dijo Gerard, mientras colocaba el jarrón ya perfectamente limpio—. Hemos deseado envejecer más que cualquier otra cosa. ¡Y finalmente aquí estamos!

Suspiró, olió perfumes y aromas que imaginaba que le pasaban por delante. Parecía estar a punto de dudar de todo, de arrepentirse. Maria lo miró.

—Entonces ya no tienes fe...

—Sí, quizás es así.

—¿Y eso? Finalmente ha llegado el momento de morir.

Las energías fluían en sus cuerpos marchitados, cargados todavía con demasiado vigor para poder creer que el extremo límite se encontraba cerca, y sin embargo el efecto de la medicina estaba desapareciendo y sabían que pronto su vida se precipitaría.

Un día ocurriría. Y, según los cálculos, aquel día estaba cerca.

Gerard regresó a sus mansiones, en silencio. Se escondió detrás de otro objeto por limpiar y estuvo durante un tiempo mirándola. Maria tenía cara de estar cansada, pero convencida, como quien es feliz ante el inminente final. Únicamente, y se veía, estaba molesta por la falta de fe de Gerard que, pensaba, seguramente perjudicaría su plan ultraterrenal.

—Tienes razón —dijo él.

—¿Razón? —preguntó ella, acercándose para acariciarle la frente—. ¿Qué es la razón? Ahora tenemos que pensar solo en el Paraíso. Está cerca. Pronto el secreto de Carbonelli tendrá un último custodio.

—Vendrá aquí, y lo mataremos.

—Sí, y entonces, por fin, nosotros nos podremos marchar.

—Sí —dijo Gerard, agarrándole las manos. No nos hemos equivocado, ya lo verás. Tenemos solo que esperar a que todo se cumpla según Dios quiera.

Rezaron.

Los hornos estaban encendidos. Los vasos listos para hacer de trámite del espíritu con el cosmos.

La materia se transformaría por última vez.

En los laboratorios subterráneos de la mansión del matrimonio Della Rosa iba a tener lugar el último intento de realización de la Obra, con la esperanza jamás abandonada de lograrlo al menos una vez, de salvarse de esta forma del Infierno, de conquistar el cielo y la vida eterna en la luz.

Cuarenta y cinco días. Al final, los hornos se apagarían y no se volverían a encender.

---

Cuando Fosco y Lucía salieron del búnker junto a Thomas, sentían el aire comprimido en la cabeza y las piernas débiles como hilos de hierba. Cogieron el coche y salieron a una ciudad que esperaban hallar destrozada. Pero como pudieron constatar pronto, abriéndose espacio entre la niebla que tenían en los ojos, Roma seguía en pie. Íntegra y desolada.

—¿Has notado el terremoto de esta noche? —le preguntó Fosco, mirando a Thomas por el espejo retrovisor.

—No, ¿dónde ha ocurrido? ¿Estás seguro?

—Lo acabo de ver en la televisión. Incluso lo he soñado esta noche.

—Entonces esperemos que todavía estuvieras soñando cuando encendiste la televisión.

Fosco admitió que era posible. Pero también Lucía lo había escuchado y visto. Y por si no fuera suficiente, en la radio cada frecuencia transmitía el ruido de la nada. Los canales habían sido abandonados como las calles. Incluso la ronda de circunvalación era una cinta gris recorrido en aquel momento por una mancha roja: su Clio.

—Estaba despierto, te lo garantizo. Quizás no ha afectado a la capital.

—¿Entonces por qué no hay nadie?

—¡Roma es la Ciudad Eterna! —dijo Thomas indicando un giro un poco más hacia delante, a la derecha, confundido entre los reflejos matutinos que aparecían como gas a través del asfalto.

Fosco pisó el embrague y tomó aquella salida.

—Ya hemos llegado. Dentro de poco hay un pequeño camino algo escondido.

—¿Aquí? —preguntó Fosco, indicando la salida hacia la casa del matrimonio Della Rosa.

—Algo más hacia delante...

Una serie de curvas, quinientos metros. Thomas alargó el brazo e indicó a la derecha.

—Aquí.

El Clio se enderezó y se metió por una carreterita blanca que unía la carretera asfaltada a una cancela monumental de hierro.

—Aquella de allá arriba es la casa de la familia D'Ambra —dijo Thomas—. Dejemos el coche aquí, bien visible.

Fosco no hizo ninguna pregunta.

Bajaron del coche y continuaron andando más allá de la cancela, que inmediatamente se cerró detrás de ellos, por el sendero sombrío, bordeado por dos filas de chopos y con restos de estiércol de caballo.

Al final del sendero lograron divisar el punto más alto de la villa, que resplandecía.

Fosco cogió la mano de Lucía. La escalera que tenían delante era larga y empinada.

---

Villa D'Ambra parecía a primera vista un jardín, aflorando de la tierra con una forma alargada y absorbida, como si una fuerza la estuviera aspirando desde el cielo.

Tenía torreones finos con el techo de teja en cada esquina, arcos puntiagudos, ventanas afiladas, arquitectura ligera y gótica al mismo tiempo. Amplios viales arbolados para los paseos a caballo dibujaban a su alrededor un bordado de líneas claras.

Era la casa más bella que hubieran visto nunca tan de cerca.

Entraron acogidos por la calurosa bienvenida del señor D'Ambra, un hombre de mediana edad y estatura, con ojos profundos, arrugas marcadas, pelo largo, liso y recogido en una cola, y amplias mangas de camisa que le salían del chaleco que llevaba muy estrecho.

—Acomodaos, por favor —dijo, indicando un sofá con la mano abierta.

La señora D'Ambra estaba sentada en un sofá con una taza de té elegantemente sujeta por dos dedos finos, y miraba hacia un punto sin definir. También ella tenía el aspecto de otros tiempos.

—Estamos muy afligidos por lo que le ha ocurrido a Luce —murmuró Lucía, inmediatamente seguida por el pésame que les daba Fosco.

—Un luto terrible el nuestro —dijo el señor D'Ambra. Se secó la frente con un pañuelo, que metió luego en el bolsillo del chaleco, y cogió con delicadeza la mano de su mujer—. Luce era tan joven y bella —dijo—. Inteligente sobre todo. Y, por lo que sé, tenéis motivos para sentir la misma tristeza por vuestro querido Rodolfo.

La señora D'Ambra, mientras tanto, seguía mirando a la nada. El marido suspiró.

—Es el efecto de los sedantes. Pero está bien —dijo acariciándole el dorso de la mano. Le colocó un mechón del pelo detrás de la oreja—. Pensaba que reaccionaría peor ante la muerte de Luce. En cambio, se ha portado bien.

—Tío... —dijo Thomas.

Fosco se sobresaltó.

—¿Tío?

—Perdonad, no os lo he podido decir antes, me lo había pedido así mi tío.

—Dime, Thomas.

—No les tengas en ascuas. Le he prometido que les explicarías todo.

Fosco y Lucía se quedaron inmóviles, cargados de emociones.

El señor D'Ambra clavó las manos sobre las rodillas para ayudarse a ponerse de

pie. Una vez levantado, con las manos en los costados, respiró profundamente y sonrió con gesto paternal.

—Seguramente vosotros estáis aquí para saber. Venid conmigo.

Al decir estas palabras todos se levantaron, también la señora, y le siguieron.

Bajaron a un trastero, y desde aquí recorrieron un pequeño túnel y se adentraron en una gruta que había sido excavada en la piedra. Después de un largo paseo por la oscuridad y una sorprendente marcha subterránea, llegaron a un ambiente mucho más previsible, con una luz débil pero suficiente para dar amplitud a la vista.

—Este es el laboratorio alquímico —anunció el señor D'Ambra—. Ahora cruzaremos las catacumbas. Seguidme.

Se adentraron por una pequeña apertura en la pared y, después de un trecho oscuro y largo como el anterior, bajaron por unas escaleras iluminadas desde abajo. La luz era cada vez más intensa, escalón tras escalón, hasta obligarles a cerrar los ojos.

Fosco y Lucía permanecieron sin respirar ante lo que vieron.

Una pequeña esfera flotaba en el centro de una sala, iluminándola y calentándola como un verdadero sol de verano.

—No me lo puedo creer —dijeron a la vez, con las bocas abiertas llenas de asombro y marcadas por una luz intensa.

—¡Esta es la enorme Sala de Oro! —anunció orgulloso el señor D'Ambra. Y como si hubiera esperado aquel momento con demasiada ansia, se apresuró a añadir —: ¡Y mirad allí!

Fosco se dio la vuelta y miró al punto indicado, hacia la pared más lejana.

—¡Has encontrado la González! —dijo el señor D'Ambra.

—Usted está de broma —contestó Fosco, que se acercó con cautela y escepticismo a un estuche de piel oscura. Lo acarició, siguió su perfil sinuoso. Miró a su alrededor. Todos lo observaban sin decir una sola palabra.

El señor D'Ambra tenía los brazos cruzados y una expresión austera.

—¡Ábrelo!

Fosco hizo saltar el cierre dorado y levantó la tapa, lentamente. Se dio la vuelta hacia atrás, y mirando a los ojos al señor D'Ambra extrajo del bolsillo posterior de los pantalones la foto de la González, la que le había dado su profesora Loinèda.

Abrió entonces el estuche. Dentro había una guitarra idéntica a la de la foto que le temblaba en las manos. Ahí estaba la mancha dorada sobre el plano armónico, tal cual había sido descrita por la profesora, brillante como si acabara de caerle encima. Y era evidente la huella de los cuatro dedos en el borde.

—Usted la robó... —logró decir Fosco, cada vez más confundido.

—No la he robado —le contestó el señor D'Ambra—. Yo soy el legítimo propietario.

El pequeño y poderoso sol se multiplicaba por cuatro en los ojos de Fosco y de Lucía, mientras una sensación de angustia y miedo iba aumentándoles por dentro, quitándoles incluso la respiración.

—Yo me estoy volviendo loco —dijo Fosco.

—No, no estás loco —afirmó el señor D'Ambra de nuevo—. Pero quizás llegarás a estarlo en cuanto escuches lo que tengo que revelarte —dijo, e hizo una pausa para saborear la reacción de Fosco. Luego miró a Lucía y añadió—: Yo soy Gaspar Sanz. Y ella es mi mujer, Magdalena Da Magnani.

Fosco cerró los ojos y movió una mano.

—Pero qué está diciendo... ¿me quiere tomar el pelo? ¡Quién ha asesinado a Rodolfo! ¡Es lo único que quiero saber!

La señora D'Ambra logró emitir un silbido.

—Vos los conocéis.

—Si los conociera —dijo Fosco apretando los dientes y cerrando con fuerza el puño—, se lo haría pagar.

—Vos los conocéis —repitió de nuevo la señora con un hilo de voz. El señor D'Ambra no replicó.

—Le encargué a Thomas que te buscara porque os encontrabais en peligro. El matrimonio Della Rosa parece muy manso, pero creedme, para salvarse no dudan en masacrar a nadie.

—Los señores Della Rosa me parecen buenas personas —objetó Fosco—. Viven en la pobreza y han dado todo lo que poseían en beneficencia, para ayudar a quien ha tenido menos en la vida. Incluso la guitarra, que afirmáis es de vuestra propiedad, y que por lo que sé les fue robada —dijo, tomando entonces aliento para seguir—. ¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Gaspar Sanz? —preguntó con ironía, y le tendió una mano—. Encantado, yo soy Chopin, no, mejor ¡Johann Sebastian Bach! Ya que estamos, mejor fantasear con el mejor. No entiendo por qué no prefiere hacerse pasar por Beethoven en vez de por ese guitarrista desconocido. No es muy listo usted —concluyó, pero su mirada se detuvo de nuevo en la esfera luminosa situada en el centro de la enorme sala.

Puso una mano delante de los ojos, apartó lentamente los dedos e intentó mirarla sin dejarse deslumbrar.

No podía negar lo que veía.

Lentamente la curiosidad tomó lugar al desconcierto.

—¿Y esto qué es? —preguntó de repente, con una calma mayor.

—Eso es un pequeño sol —contestó el señor D'Ambra, que le dio un par de gafas de soldador—. Obsérvalo.

Fosco se las puso y pudo mirar la bola de fuego suspendida en el aire.

—No había visto antes nada así —exclamó pasando las gafas a Lucía.

—Increíble —susurró ella.

—Ellos no son capaces —dijo con orgullo el señor D'Ambra—. Los señores Della Rosa son unos sencillos soplones. ¿No llaman así a aquellos que alimentan sus hornos sin conocer la verdad profunda de la Obra? Creo, de todos modos, que algo pueden haber entendido porque, respecto a los comunes soplones, han podido disponer de un número infinitamente mayor de intentos.

Por un instante el señor D'Ambra parecía estar a punto de perderse entre todas las hipótesis posibles, pero inmediatamente recuperó el hilo de la conversación.

—Han asumido la medicina y han permanecido vivos durante mucho tiempo. Ya han entendido que yo soy Gaspar. Me buscan desde hace trescientos años. ¡Y en los últimos hemos vivido como vecinos de casa, sin que supiéramos nada unos de otros! Me refiero a no conocer nuestra verdadera identidad —dijo. El señor D'Ambra parecía ir recuperando episodios—. Tenéis que saber que el verdadero nombre de Gerard Della Rosa es Umberto Pauli. Su mujer, en cambio se llama Maria Teresa Carugi, hermana del temible señor Antonio Carugi, hermanos de los Confortadores y asesinos de la peor especie. Ellos han matado a Rodolfo y a Luce. Sé que es algo increíble pero el asunto entre Della Rosa y yo viene de hace mucho tiempo.

Apartó las sillas que estaban colgadas de la pared e invitó a todos a sentarse. Luego siguió con su discurso. Y contó de cuando había sido un sacerdote, músico de la Capilla Real de España, y de su misión en Bolonia para buscar la medicina que habría permitido al rey Carlos II tener un heredero y evitar la guerra de sucesión. Les contó todo, de forma puntual, sin dejar ni siquiera un pequeño detalle. Y ellos escucharon sin rechistar.

Supieron que el día de año nuevo de 1700, Gaspar, Magdalena y el maestro Carbonelli dejaron la casa del legado de Bolonia para dirigirse a Francia. Supieron lo de los bandidos que les robaron la González y el resto de las partituras. Y de cuándo y cómo llegaron a Francia y tuvieron que darse por muertos para escapar de los Confortadores.

Contó también del rey Carlos II, quien se había sonoramente negado a tener un heredero con una sierva italiana, muriendo y dejando la Corona en herencia a Luis XIV, y cómo toda Europa se había convertido en un escenario de largas y sangrientas guerras. El señor D'Ambra contó luego de sí mismo y de Magdalena y de cuando, desde Madrid, habían regresado a París. Y cómo un día un ayudante de la señora Mancini, un tal Boccale, había llegado a la ciudad y al cruzarse con Gaspar lo había reconocido, y que este último le había hablado sobre los Confortadores y sobre el hecho de que hubieran finalmente logrado hacerse con la medicina. Les explicó luego que la medicina era también llamada Oro Potable y que, gracias a su prodigioso efecto en el cuerpo humano, había permitido a los Confortadores ser extremadamente longevos y poderosos, teniendo de su parte a un aliado fuerte y resbaladizo como era



el tiempo. También por eso, les explicó por último el señor D'Ambra, él y su mujer habían comenzado a pasar cada vez más tiempo bajo tierra y que aquello había terminado por agradecerles.

—Thomas...

—Dime tío.

—¿Quieres tocar la González para nosotros?

Thomas se acercó a coger la guitarra. El señor D'Ambra mientras tanto seguía hablando.

—Supe luego por el maestro Carbonelli que el cardenal había recibido cuanto se había pactado, cada cuarenta y cinco días, el tiempo necesario para realizar el ciclo —y diciendo esto dibujó con el índice un círculo en el aire—. Entonces, con el tiempo, vine a saber que el señor Pauli se había trasladado a Roma, se había abierto camino trabajando en la Iglesia, se había casado con la hermana del señor Carugi y había cambiado de nombre. Ahora sabemos que se llama Gerard Della Rosa.

Olió el perfume de las notas tocadas por Thomas y se ausentó durante un tiempo, como si hubiera dejado allí su cuerpo vacío y se hubiera marchado en busca de otros recuerdos.

—¡Ah, Thomas! Dios, te doy las gracias —dijo el señor D'Ambra, saboreando absorto la belleza del sonido—. Toca *Jácaras* ahora.

Fosco le llamó la atención para recuperara el hilo.

—Siga señor D'Ambra, por favor.

El señor D'Ambra logró dejar a un lado las emociones tan profundas que le provocaba la música.

—Claro —dijo—, pero llámame Gaspar.

—Señor D'Ambra... —balbuceó Fosco, protestando como una vieja locomotora que va subiendo una colina—. Siga, quiero saber quién ha asesinado a mi hermano.

—Querido amigo, si no crees que yo soy Gaspar, no podrás creer tampoco el resto de la historia que tengo que contarte...

Fosco lo satisfizo sin convicción, pronunciando un desganado «Gaspar». Luego, viendo que no era suficiente, añadió:

—Sí, tú eres Gaspar Sanz —y volvió a decirlo de nuevo. Y observó cómo sus ojos brillaban y el rostro se le iluminaba de felicidad.

¿Qué es lo que había de extraño e increíble, en el fondo, en una medicina que curaba el cuerpo y alargaba la vida?

—Mientras existan personas que persigan a los alquimistas, nadie se revelará jamás y nadie dará el primer paso para poner al servicio de los hombres su conocimiento.

—¿Quién os persigue? —preguntó Fosco.

—Los Confortadores —respondió el señor D'Ambra, alias Gaspar—. Gerard y

Maria Della Rosa, el Hermano Mayor y su mujer, han cometido crímenes imperdonables en el nombre de Dios. Pero los tiempos ahora han cambiado.

Mientras tanto Thomas afinaba las cuerdas y comenzaba otra pieza, tocando con suavidad para no prevalecer sobre la conversación.

—¿Cómo pueden dos personas ancianas como Gerard y Maria haber asesinado a Rodolfo y Luce de esa forma? —preguntó entre dudas Fosco.

Gaspar le corrigió.

—El señor Pauli y Maria Carugi —dijo.

Después de una pequeña pausa, necesaria para tragar tantas cosas difíciles, Fosco por fin dijo:

—Como se llamen, son muy mayores y están enfermos...

—¡Lo parecen! —le interrumpió Gaspar. Se puso de pie y se dejó observar. Se quitó hasta la chaqueta—. ¿Cuántos años me haces?

Lucía intervino rápidamente:

—Cincuenta.

—Sí —confirmó Fosco—. Unos cincuenta años.

—Bueno —comento Gaspar, poniéndose la chaqueta—. Demuestro tener casi trescientos años menos. No está mal, ¿no?

—No me lo creo.

—Somos simplemente longevos, ¿por qué te parece tan increíble?

—¿Y cuántos longevos existirían en el mundo?

—No lo sé, pero tienen que ser muy pocos.

—¿Por qué? —preguntó Fosco. El tono de su voz dejaba entender que cualquiera que fuera la respuesta, no la creería.

—Porque desde siempre el secreto está sellado herméticamente en la boca de los iniciados. Y además, porque los Confortadores han asesinado a todos los alquimistas que fueron procesados por herejía en la Inquisición. Les asistían durante el suplicio e intentaban sonsacarles algún secreto. No les importaba que se retractaran o se arrepintieran. Primero les hacían decir la fórmula, durante y después de la tortura, o incluso cuando estaban atados ya al palo, antes de que el verdugo encendiera la hoguera. Quienes no hablaban no eran ayudados y eran condenados a la muerte, dejando de esa forma todas las posesiones a los Confortadores, no pudiendo por ley hacer testamento... los Confortadores podían hacer muchas cosas durante los procesos. Estaban siempre junto al condenado, le asediaban psicológicamente, podían incluso liberarlo, si querían, y llevar a la hoguera a otra persona en su lugar. Es así como pudieron obtener todo el oro que les hizo ricos. Lograron incluso robar y asumir de forma correcta la medicina y convertirse en personas longevas, esto es evidente, pero ningún alquimista ha contado nunca la verdad sobre la Obra, de forma que estos no son capaces de producir la medicina. Y ni siquiera el oro, de eso estoy

seguro. No son puros.

Fosco permanecía incrédulo. No sabía qué decir. Se sujetó la cabeza entre las manos, se levantó, dio una vuelta alrededor de la silla y se sentó resoplando, lleno de agitación.

—¿Cómo has logrado robarla? —dijo, indicando la guitarra entre los brazos de Thomas.

—No la he robado —volvió a precisar Gaspar—. Simplemente la he recuperado.

—¿Y cómo?

—Envié a Fernández a la audición... —dijo, y se puso de pie apoyando una mano sobre el hombro de Thomas, mirándolo riendo—. ¿A quién podría haber elegido si no a él? —dijo orgulloso.

Thomas intercambió una mirada de entendimiento, asintiendo.

—¡Fernández es el mejor alumno de mi tío! El más anciano de todos nosotros.

—Mis ayudantes no tuvieron que hacer mucho camino para ir a recogerla la noche del concierto —dijo Gaspar—. Sacaron a la luz la guitarra, después de todo ese tiempo, para hacernos salir a descubierto, para ver si todavía estábamos vivos, con intención de sustraernos el secreto y matarnos, de forma que pudieran morir y finalmente alcanzar el Paraíso según su plan perverso.

Transcurrieron las horas. El pequeño sol subterráneo resplandecía todavía. Era un blanco y poderoso día en el subsuelo.

Thomas tocaba todavía para Magdalena, que parecía escucharlo, aunque en realidad estaba lejos. Y también para Lucía, que en cambio parecía estar lejos pero escuchaba con interés. Y para Gaspar y Fosco, que no habían dejado un solo instante de hablar, a excepción de las largas pausas de desconcierto durante las cuales el cerebro de Fosco retomaba el aliento.

Estaba rebuscando en la memoria de Gaspar, pero no sabía dónde poner las cosas que aprendía.

—Después de todo lo que me has dicho, ¿no ha podido tomar un tranquilizante normal? —dijo con cierta preocupación, indicando a Magdalena.

—Espagórica —respondió Gaspar, preparándose para explicarse mejor. De hecho, Fosco, frunció el ceño y dijo:

—¿Y eso qué es?

—El arte alquímico aplicado a la producción de medicinas.

Fosco restituyó una mirada vacía y las rayas de la frente fueron desapareciendo.

—¿Qué me dices de la partitura robada?

Gaspar se puso de repente serio y comenzó a caminar en círculo con la barbilla en un puño.

—Se entiende...

—Yo no entiendo —cortó rápidamente Fosco.

—Te lo explico yo —dijo Gaspar, que mantenía los ojos sobre el círculo que iba recorriendo—. Se la dieron al párroco para que la entregara a la Iglesia.

—Pues no veo a la Iglesia interesada en una partitura.

—Esa no es una partitura normal —dijo Gaspar—. Contení­a información codificada. Mi misión en Bolonia consistió también en una operación de espionaje contra el cardenal Aguilar, supremo inquisidor de España. Queríamos saber de qué parte estaba. En Bolonia envié unos manuscritos a Madrid, usándolos como mensajes en código. Un sistema un poco ingenuo, pensándolo bien. Yo entonces confiaba en las circunstancias favorables, pero no es difícil descifrar el sistema y leer el contenido.

—¿Puedo saber cuál sería este contenido?

Gaspar llamó a Thomas.

—Sí, tío...

—¿Tienes contigo *Folías*?

—¿Cuál?

—La que tiene treinta diferencias.

—¿La que no podemos tocar en público?

—Sí.

—La he estado estudiando precisamente en estos días —dijo Thomas, poniendo la guitarra en el estuche y yendo a registrar en una pila de hojas que se había llevado—. Aquí la tiene.

Se la dio a Gaspar, quien, con el brazo hacia delante, la reclamaba hacia sí mismo con los dedos.

—Mira —dijo abriendo una página cualquiera.

Fosco alargó el cuello.

—Pero esta es la original, ¡esta no es una copia!

Gaspar le corrigió:

—No es una fotocopia, sino que es una copia hecha a mano por mí. ¿Ves aquí? —indicó, y acercó más bajo el sol con la partitura abierta, dejando correr el dedo índice sobre las líneas—. La tonalidad es *re* menor, que en el tiempo indicábamos con una E. Es también la primera letra que se encuentra en la partitura. Luego siguen los números, ¿los ves? —decía, y mientras hablaba le iba indicando pequeños números a caballo entre las líneas que componían la tablatura—. Cada línea representaba una de las cinco cuerdas de la guitarra y si las cuerdas hubieran sido seis, como luego la guitarra tuvo, se habría tratado de una tablatura con seis líneas. El truco consistía en leer estos números con la letra que le correspondía: el uno es una A, el dos es una B, y así sucesivamente. ¿Qué es lo que lees aquí?

Le puso la página bajo la nariz.

—Leo... —balbuceó Fosco, agudizando la vista y el cerebro, calculando con

fatiga las letras correspondientes a los números—. Leo... leo... Pero no entiendo qué es lo que significa —concluyó.

Gaspar le ayudó.

—No lo entiendes porque está en español. Está escrito que el cardenal Aguilar era favorable a una sucesión francesa del trono español, que apoyaba nuestro intento de evitar un epílogo parecido, así como más cosas interesantes sobre el cardenal Ravelli, legado pontificio de la ciudad de Bolonia. ¿Entiendes ahora por qué la Iglesia ha querido evitar la publicación de la partitura?

Fosco se rascaba la cabeza mientras decía:

—Entiendo pero, ¿qué importancia pueden tener hoy estos acontecimientos tan lejanos? ¿Y cómo podía saberlo la Iglesia?

—¡Me habría sorprendido lo contrario porque todo lo saben! Solo que no sabían con exactitud qué es lo que estaba escrito.

Gaspar cerró la partitura y la entregó a Thomas, quien dejó de tocar para ponerla de nuevo en su sitio, y luego comenzó tocando precisamente aquellas *Folías*.

—Sin embargo —dijo Fosco con una sonrisa burlona— les ha salido mal. Fernández la transcribió de memoria y debió enviarla a un editor.

—¡Fernández lo hizo muy bien! —exclamó Gaspar—. La original solo puede ser una. Si hubiera revelado al mundo otra partitura de *Folías* escrita de mi puño y letra me habría expuesto, ¡y estaría muerto desde hace mucho tiempo!

Fosco entendía el razonamiento.

—Pero ahora que los señores Della Rosa habían decidido hacerlo público... ahora que un guitarrista ha podido estudiarla y transcribirla de memoria...

—Efectivamente —dijo Gaspar—, a partir de ahora Thomas o cualquiera querrá llevar *Folías* en un concierto.

La seguridad que demostraba Gaspar, a quien Fosco seguía llamando dentro de sí mismo señor D'Ambra, era tranquilizadora y le arrancó el esbozo de una sonrisa.

—¿Fernández también es longevo?

La respuesta de Gaspar fue un largo y divertido no.

—Fernández es padre de cuatro bellísimos jovencitos y sufre de ciática. Toca maravillosamente, pero a veces las yemas de los dedos de la mano izquierda, dañados por las cuerdas, le duelen. Tiene ataques de ira como cualquiera, sueño, y a menudo ha tenido que anular citas por algún mal. No, no, Fernández no es longevo.

¿De verdad aquel que tenía Fosco delante era Gaspar Sanz? ¿Era él, precisamente él? ¿Y aquello que resplandecía allá arriba era de verdad un sol?

Lo veía. Era un sol de verdad.

—Está bien, está bien —dijo. De todos modos, Fosco quiso ser prevenido—. Me lo creo —dijo. Y para esconder que mentía, agachó la cabeza y puso la cara entre sus manos.

Estaba anocheciendo.

Magdalena estaba despierta y hacía ruido. Saltaba de un amigo a otro, hablando y mostrando fotografías de Luce, su hija adoptiva. Les contó que ella y Gaspar, como todos los longevos, habían sido condenados a no tener hijos y habían tenido que soportar el peso para una vida que duraba cinco o seis vidas. Pero la adopción de Luce había resuelto cualquier problema.

—Muchos de los longevos —explicó— llegan a quitarse la vida porque son incapaces de soportarla tanto tiempo. Y esto no es una forma de depresión, porque quien es longevo no conoce el abatimiento ni el desánimo. Es una elección. Después de haber asumido la medicina, el cuerpo y la mente se funden en un conjunto de lava indomable y así duran por los siglos. Esta lava se enfría muy lentamente en nuestros cuerpos, precisamente como ahora está ocurriendo a los señores Della Rosa.

Se conmovió luego, cuando les contó sobre un longevo que ambos, Gaspar y ella, habían conocido mucho antes. Se suicidó porque ser un longevo alargaba sin sentido sus atroces penas como castrado. Se llamaba Arcangelo, el mayor cantante de todos los tiempos, más que Siface, más que Broschi o el famoso Farinelli de Bolonia, más que cualquiera que hubiera tenido aquel honor celestial que era la tremenda desgracia de convertirse en un ángel. Respiró y se estremeció como un niño mientras sueña.

—¿Queréis saber cómo se produjo aquella marca sobre el plano armónico de la González? —dijo.

Fosco y Lucía le rogaron que siguiera hablando, y ella recordó entre lágrimas el suicidio de Arcangelo.

—Es una historia increíble —dijo al final Lucía, abrazándola y acariciándole el pelo—. Tienes suerte de haber vivido tantas experiencias.

—Gracias —dijo Magdalena, regalándole a cambio una sonrisa luminosa.

—Quizás... —rumiaba Fosco, con los ojos resplandecientes por infinitas maravillas—, quizás los señores Della Rosa se han desprendido de todas sus cosas porque quieren suicidarse.

—No, no creo —dijo Gaspar—. Ellos están envejeciendo rápidamente. No conocen el secreto de la Obra, y no son capaces de renovar el efecto de la medicina —añadió, y terminando la frase se puso un puño bajo la barbilla—. Aunque podrían haber decidido acelerar los tiempos, quién puede saberlo. Pero me temo que antes de provocarnos el inmenso placer de marcharse al infierno, llevarán a cabo algo más.

—Yo también pienso igual —dijo Magdalena—. Escuchad, ¿por qué no nos trasladamos allí? Me ha entrado hambre. Me gustaría enseñarles nuestros recuerdos, Gaspar.

—Ya se ha hecho tarde —dijo Fosco mirando el reloj.

—Quedaos aquí con nosotros —les suplicó Magdalena.

—Pues claro, quedaos —les dijo Gaspar como si fuera un eco.

Thomas los miraba mientras con un paño de algodón blanco secaba la guitarra.

—Tenéis que quedaros —dijo colocando el instrumento de nuevo en su estuche, dulcemente—. No podéis regresar a la ciudad, este es el único lugar en el que estáis en un sitio seguro.

—Gracias —respondió Fosco, levantándose pesadamente de la silla. Se tocó la sien porque la cabeza parecía estar a punto de explotarle—. No sé todavía qué hacer —dijo, cruzando los brazos y analizando a Gaspar, sonriéndole poco convencido—. En teoría debería denunciaros a la Policía.

Gaspar no mostró ninguna reacción, y Fosco comenzó a reír como un loco.

—Debería contar que la guitarra no fue robada, sino que sencillamente ha regresado a las manos de su legítimo propietario —dijo, y fue riendo cada vez más—. Que el célebre guitarrista barroco Gaspar Sanz está todavía vivo y coleando, sano como un pez, y que en realidad tienen que detener a un Confortador que tiene más de trescientos años y que guardaba una guitarra que fue robada hace tres siglos. Debería también decirles que este, además, prendió fuego a mi hermano delante de mi casa, así como asesinado a la hija adoptiva —y apuntó con el dedo hacia arriba— ¡del llamado Gaspar Sanz!

Tras decir estas palabras cayó sobre la silla, deshinchado, sin ganas de seguir riendo. Gaspar lo agarró por los hombros y comenzó a zarandearlo como para despertarlo.

—Fosco, ahora no tienes que explicarle nada a nadie. A partir de ahora si quieres trabajar podrás hacerlo, pero si no quieres no estarás obligado porque no te verás en la necesidad —dijo. Luego se acercó a Lucía e hizo lo mismo—. También tú, hija mía, no tendrás que seguir sacrificando tu existencia con tu duro trabajo. Basta de turnos de noche, de domingos, de Navidad o Fin de Año... No tendrás que seguir mirando impotente a las personas que sufren y mueren. ¡Podrás finalmente curarlas!

Se acercó entonces a Magdalena para terminar su discurso.

—Ahora tenemos que pensar solo en cómo agradecer a Dios por habernos permitido conocernos y por habernos dado por fin la ocasión de servirle mandando al infierno a los señores Pauli y Carugi —dijo, y levantó la mirada hacia el techo de piedra—. ¡Finalmente al infierno con los Confortadores!

Fosco y Lucía intercambiaron miradas confundidas, miradas inútiles.

—¿Qué es lo que queréis decir? —preguntó uno.

—¿Cómo se puede vivir sin trabajar? —preguntó la otra.

—Trabajaréis, pero no para vivir. Trabajaréis para servir a Dios, para hacer que, gracias a vuestro empeño, también otros puedan dedicar su tiempo a Él. Es decir, a sí mismos.

El pequeño sol iluminó el rostro suplicante y feliz de Gaspar.

—Ayudadnos.

—¿Pero qué nos estáis pidiendo que hagamos?

—Castigad a quienes han asesinado a Rodolfo y Luce. Os lo ruego, ¡liberad al mundo de los Confortadores! —exclamó Gaspar. Luego hizo una pausa, se acercó un poco más a Magdalena y continuó—: Si vosotros hacéis esto, nosotros podremos morir. Y seremos libres de esta vida eterna.

Magdalena se deslizó tras los hombros de Fosco y le susurró en el oído:

—Dios os ha elegido a vosotros.

Luego, acercándose a Lucía, le dijo en voz baja:

—Sé que te gustaría mucho tener niños. Yo te digo que podrás muy pronto elegir si tener hijos o no, pero ahora es Dios quien te elige, y os ha elegido a vosotros. Vosotros sois los herederos de nuestro arte y los futuros guardianes del secreto. Sois el mañana. Dios no es aquel que todos creen. Escuchadnos y tendréis la vida eterna.

*En cuarenta y cinco días realizaréis la Obra.*

*Observad.*

*Se necesitan jarrones de vidrio fuertes y bien hechos. Prestad atención a que no tengan defectos, de forma que la medicina no se pierda como consecuencia de una rotura.*

*¿Estúpidos? ¿Decepcionados?*

*El cuerpo está hecho con el alcanfor, el que se vende normalmente. Pero el alcanfor contiene grandes secretos. Congela el espíritu y el alma, es espiritual y arde como el azufre de los filósofos, que es diferente del común. Conservadlo y mantenedlo separado, porque el alma no puede obrar sin él.*

*Para unir el alma con el cuerpo necesitaréis el espíritu. Necesitáis una sustancia conductora: la plata viva.*

*No es increíble, como veis.*

*Coged un jarrón de tierra y cocedlo dos veces. Después de la primera cocción, vidriadlo todo excepto el fondo. Para evitar vidriar también el fondo tenéis que untarlo con grasa de cerdo. Así luego podréis pegar el mercurio en el fondo del jarrón.*

*Ahora es el momento de tapiar el jarrón dentro de la hornilla.*

*Nosotros lo llamamos «atanor».*

*Prended fuego al carbón.*

*Ayudadme a quitar el jarrón del fuego.*



*Vertamos, sin perder el tiempo, el mercurio por el agujero, y tapémoslo bien.*

*Dejamos enfriar el recipiente.*

*Lo abrimos.*

*Mirad, el mercurio ahora es completamente negro. Ahora lo quitamos y lo lavamos. Lavamos también el recipiente y lo limpiamos bien. El agua destilada la tiramos. Ahora colocamos el recipiente en el hornillo y lo encendemos como hemos hecho antes.*

*Observad cómo lo hacen los campesinos. Ellos saben hacerlo.*

*Cuando siembran el grano, no siembran también la materia, es decir, la paja y las espigas, sino la semilla, la forma. Así tenemos que hacer también nosotros que queremos sembrar el oro o la plata: tenemos que sembrar la semilla, la forma, el alma, no la materia.*

*Sin el alma los cuerpos no se mueven.*

*El oro se hace con plata pura y azufre rojo, es decir, el azufre purificado con el sol.*

*La plata se hace con mercurio y azufre blanco, es decir, purificado con la influencia de la luna.*

*Con la ayuda de Dios, así obtendréis el alma.*

*Extraed un poco de la quinta esencia del azufre y del cinabrio. Coged plata finísima por copelación y limadla muy fina. Poned junto con el polvo de plata un poco de lo que se había obtenido, para que se siga separando, en una ampolla durante dieciséis horas y dejadlo enfriar. Haced así al menos cuatro veces más.*

*En la cuarta, se da una vuelta.*

*Miradla. Es transparente como una perla oriental, ligera.*

*El residuo permanece pegado a las paredes de vidrio, mientras en el fondo se queda un humo denso y con cuerpo. Es la plata corrupta. Coged la rueda y disolverla en el vinagre destilado más fuerte que encontréis. Luego meted el compuesto en remojo, en un orinal durante tres días.*

*Poned todo al sol y veréis que se quedará blanquísimo, como el almidón. Habréis obtenido el alma del oro: el azufre rojo. Custodiarlo celosamente.*

*Dad gracias a Dios.*

*Usad el alambique para destilar el agua y quitarla del compuesto, a fuego muy lento.*

*Destiladla más veces, hasta que no se destile más, y metedla en el estiércol de caballo durante siete días.*

*¿Veis? Todo se ha convertido en agua.*

*Destilad esta agua y filtradla con una tira de paño finísimo con un colador muy fino.*

*Ahora tenéis que fundir la plata fina y verterla sobre un poco de esta medicina:*

*todo se convertirá en medicina.*

*Hemos terminado.*

*Tenéis que fundir un poco de bórax con un poco de cera y de medicina, y luego verterla sobre el mercurio.*

*Hemos obtenido el oro.*

*Dadle las gracias a Dios.*

*Habéis escuchado, por lo tanto, la Ciencia de los Cuatro Elementos sobre los que se puede operar y que pueden ser alterados y transformados en sus formas, ya que su acción está escondida en nuestro elixir.*

*Ahora vosotros habéis completado la Obra.*

*Vosotros habéis descubierto todo lo que había sido escondido por esta Ciencia.*

*Comprended, por lo tanto, cuanto os hemos dicho, pero escondedlo a todos los imprudentes. Es una piedra que se tendrá que honrar, es un alma y un espíritu subliminal, y un mar abierto.*

*Hijos, no hay razón para que el secreto no pueda ser revelado a las personas de bien, ni a los legítimos y verdaderos Hijos de la Ciencia, ni a los sabios.*

*El secreto es para los malvados.*

*Conservad por lo tanto en esta piedra del mar, el fuego y el volátil del cielo.*

*Hijos míos, esta piedra os liberará y os salvará de enfermedades por muy graves que sean, os preservará de cualquier tristeza y preocupación, y de todo cuanto podría dañar al cuerpo y al espíritu. Ella os conducirá también de las tinieblas a la luz, del desierto a la residencia, de la necesidad a la abundancia.*

*Por último, nosotros os alabamos, hijos, porque nos donáis la muerte.*

---

El aire, en el exterior, perfumaba de arena marina. Las nubes se asomaban alrededor de los pequeños espacios de cielo sobre la mansión D'Ambra.

Parecía una tranquila tarde de verano, y sin embargo todo había cambiado.

Caminaron con calma, pisoteando las sombras de los árboles y respirando a fondo la tranquilidad de la tarde, entre los cantos de los pájaros y la fresca vibración de las hojas en el viento. Llegaron delante de la cancela de la casa del matrimonio Della Rosa y por primera vez lo encontraron cerrado.

Las cámaras ondeaban curiosas sobre sus cabezas.

Llamaron al telefonillo.

—Han cerrado desde dentro —comentó Lucía, asomándose y metiendo un ojo por uno de los agujeros de la tapia—. Pero hay bastantes coches ahí.

El telefonillo sonaba, pero nadie respondió. Luego un rumor eléctrico anticipó la apertura de la cancela. Un hombre ancho de hombros y con la expresión forzada se encontraba preparado para detenerlos con la mano, como si fuera un guardia urbano encargado de detener el tráfico.

—Perdonen...

—Somos amigos de Gerard y María —dijo Fosco.

El hombre se echó hacia delante, acercándose tanto que obligó a ambos a dar un paso hacia atrás. Abrió un cuaderno, mordió el capuchón de un bolígrafo y lo quitó.

—Los señores Della Rosa —dijo con el capuchón entre los dientes— se encuentran ocupados ahora, pero si queréis dejarme vuestros nombres les diré que habéis pasado a verles.

Fosco intentó forzar la voz.

—Ya verá, le regañarán por no habernos permitido entrar. Nos están esperando. Yo soy el señor Fosco Noi.

Los ojos del hombre cayeron sobre el puño cerrado de Fosco.

—¿Qué es eso?

—Es una guitarra. Pertenece a los señores Della Rosa. La he encontrado. Quería entregársela yo mismo.

—¿Noi, eh? —comentó el hombre con el capuchón en la boca—. Espéreme aquí.

No se produjo una espera larga. El tipo regresó enseguida.

—Los señores Della Rosa desean que paséis. Por favor, por aquí —dijo el guardia, pasando delante de ellos.

Recorrieron el típico pasillo, cruzaron algunas salas sin decoración alguna, y por fin el guardia se apartó, invitándoles a pasar.

—Hasta luego —dijo moviendo ligeramente la pequeña cabeza que llevaba apoyada entre sus hombros.

Dentro de la enorme sala vacía, cinco personas se encontraban sentadas en círculo en el suelo.

—¡Fosco! ¡Lucía! ¡Venid, venid! Os estábamos esperando —dijo Gerard agitando la mano.

Además de Maria, Lucía reconoció al cardenal que había visitado a Fernández en el hospital.

Fosco apoyó en el suelo la funda y se dio la vuelta para mirar aquel extraño cenáculo sin sillas. El cardenal los miraba a su vez con una expresión radiosa y complacida.

—Los señores Della Rosa me han hablado muy bien de vosotros.

—Eminencia —dijo Fosco con un tono frío, omitiendo arrodillarse o besarle el enorme anillo rojo.

—Y sé lo de Rodolfo —suspiró el cardenal—. Una muerte que ha entristecido mucho a la Iglesia. Si bien es importante para mí confirmaros que los culpables tienen las horas contadas.

—Lo sé —respondió Fosco con un silbido amenazador, que supo camuflar en una sonrisa inocente—. Sé de qué sois capaces.

El círculo parecía agitarse, molesto. El cardenal invitó a todos a la calma con un imperceptible movimiento de la mano.

—Os estábamos esperando —dijo levantándose—. ¿Podrías decirnos dónde habéis estado?

—¿Estabais en casa de los señores D’Ambra? —les preguntó Gerard, impaciente—. ¿Sabrías decirnos qué día es hoy?

Fosco se rascó la nuca y buscó el reloj en su muñeca. Lucía respiraba velozmente.

—Hoy es 15 de agosto —dijo el cardenal.

En la frente de Lucía aparecieron perlas transparentes de sudor que resbalaron lentamente por las mejillas.

La mano caliente del cardenal se posó sobre el hombro de Fosco.

—Señor Carugi, dígaselo, ¡venga!

Carugi se levantó.

—¿Qué es lo que habéis visto dentro de la residencia de los señores D’Ambra? ¿Qué es lo que os han dicho? ¿Habéis entendido algo? ¿Lográis recordar?

—Recuerdos nítidos como los rayos en una noche, la memoria amontonada de verdades antes inalcanzables —dijo Fosco, impasible—. He encontrado la guitarra que os pertenece y también la partitura desaparecida. No hay nada más que os tenga

que decir.

En el círculo apareció un periódico nuevo.

—Mirad la fecha —dijo Gerard cada vez más nervioso.

Fosco se asomó para coger el periódico y lanzó una mirada a Gerard y Maria Della Rosa. Luego la mirada cayó sobre la fecha del periódico, 15 de agosto.

—Cuarenta y cinco días —dijo Carugi—. ¿Se necesitan cuarenta y cinco días para entrar en la casa de un ladrón y recuperar el botín?

—Cualquier cosa que os hayan dicho ahora la sabremos también nosotros —dijo el cardenal con un tono severo.

Los pensamientos de Fosco vagaban en el aire como el aliento de un fantasma.

—Sí... —dijo, escuchando y siguiendo aquel espectro—. Ellos nos han dicho que el final de los Confortadores es inminente.

Una fe incansable brillaba en sus ojos abiertos.

—¡Se creen que se van a quedar con nosotros! —protestó Carugi.

—Llama a alguien y que controle la funda —dijo Gerard.

—Me encargo yo, ¿veis? —dijo Fosco. Y diciendo estas palabras, levantó la González y se la enseñó a todos—. Nadie os quiere engañar —añadió, y cerró la funda, empujando con el pie hacia delante—. Ahora nosotros nos marchamos. Ven, Lucía.

—¡No! Vosotros os quedáis aquí con nosotros —dijo Gerard, cerrando la puerta con llave y dibujando un círculo con la mano para indicar a todos los presentes—. Tenéis un secreto que revelarnos.

Cayó un largo silencio lleno de murmullos.

—La previsión no puede fracasar. Los señores D'Ambra terminarán con sus vidas.

—Son estos, por lo tanto, los nuevos custodios. Nos revelarán el secreto de la materia. Se lo arrancaremos de la memoria si es necesario.

—¡Por fin iremos al Paraíso!

—¡Veréis cómo el secreto saldrá fuera de vuestras bocas! —gritó Carugi—. ¡Ahora conoceréis el tormento!

Gerard buscó algo bajo un azulejo que había separado con facilidad, y cuando lo encontró la lámpara de araña del centro comenzó a caer. Los anillos de la cadena de la que colgaba pasaron por el agujero del techo rechinando como la carga de una enorme olla. Cuando estuvo suficientemente baja, Gerard corrió para agarrarla con ambas manos, listo para tirar como de las cuerdas de una campana.

No tiró inmediatamente. Dejó durante un poco de tiempo su cuerpo colgando de la lámpara, amenazador como un dedo que acaricia el gatillo, y miró a Fosco y Lucía abriendo los labios para revelar por primera vez un guiño digno del Hermano Mayor.

Carugi lo notó y aprobó con amplios gestos de cabeza. Pero quería que Gerard

tirara de la lámpara y que lo hiciera pronto.

—Hermano Mayor, este es el momento —exclamó triunfante.

En cuanto Gerard hubo tirado de la lámpara, algo en alto saltó, logrando que se pusiera en marcha un engranaje que hizo que el suelo vibrara y luego se separara toda la pared, abriéndose de forma basculante y echándose hacia atrás en torno a un eje horizontal, lentamente, abriendo de par en par el bostezo fétido de un antro polvoriento y oscuro despertado de un sueño que había durado siglos.

Se había abierto una cámara olvidada por el tiempo, sobrecargada de instrumentos para la tortura de los que todavía salían gritos desgarradores por motivo del tormento.

En el centro, una enorme rueda de madera, inmóvil, dentada con una hoja brillante, parecía sonreír ante el pensamiento de comenzar a girar.

Un olor de muerte vieja desde hacía siglos se esparció por la sala.

En respuesta a un gesto de Gerard, del círculo se levantó. Un hombre alto, calvo, con los hombros anchos, la camisa gris y la chaqueta oscura, fue al encuentro de Fosco y Lucía con paso firme.

Sobre su rostro estaba la imagen misma de la muerte, con una seguridad fatal.

—¡El verdugo! —murmuraron ambos.

Pero no tenían miedo. Fosco sabía qué era lo que debía hacer y se sentía calmado frente al enemigo débil. Esperó a que todos se levantaran y luego lo hizo. Se deslizó rápidamente por el suelo y soltó un manotazo fatal en la garganta del verdugo y la otra a la de Gerard. Rodó como un soplo hacia las pantorrillas de Maria y del cardenal, que se levantaban para buscar ayuda, y dio golpes mortales a sus cuerpos ya marchitos.

Ni siquiera una sola vez pensó que estuvieran matando a personas.

Lucía corrió hacia la ventana. Fuera había un grupo de hombres armados, todavía ignorantes de lo que estaba ocurriendo. Mientras tanto, Carugi temblaba sobre el suelo. No podía respirar. Se sujetaba en el pecho un grito que le hinchaba el cuello de sangre. Luego el grito fue expulsado como un disparo. Fue su última respiración. Fosco, con un codazo, le rompió la sien.

—¡Están llegando! —gritó Lucía dando saltitos, lista para atacar. Todos yacían sin vida en el suelo. Ni siquiera había una gota de sangre.

Escaparon por la puerta trasera.

El grito de Carugi había llamado la atención de los guardias, que ahora intercambiaban mensajes dando vueltas a la casa con pistolas y fusiles cargados. En el ímpetu de los primeros momentos se olvidaron de la orden de no mojarse los zapatos y se adentraron por la hierba húmeda.

Los zapatos se hundieron en el fango. Salieron del mismo descalzos, casi tirando para poder pisar tierra firme, paseando ignaros por las losas completamente húmedas.

Rodaron por el suelo como anguilas en sal, intentando escapar del agua y explotando sobre el suelo, intentando sustraerse a la tierra y explotando sobre el agua. Después de unos minutos, todo se convirtió en un prado de carne y sangre, un temblor de cuerpos destrozados, algunos todavía vivos.

Fosco agarró el brazo de Lucía y la arrastró hacia fuera, corriendo alocadamente, tragando larguísimos sorbos del aire que salía a su encuentro libre y eléctrico.

Una breve carrera fuera de la cancela, y dos coches con sirenas les detuvieron el paso.

—¡Manos arriba! —les amenazó un policía, que se escudaba detrás de la puerta y mantenía la cara medio escondida detrás de la culata de la pistola.

Levantaron las manos al cielo y se dejaron caer de rodillas.

Le dieron las gracias a Dios.

---

Cada puerta de la residencia de los señores Della Rosa daba portazos como consecuencia del viento fuerte que soplabá entre las habitaciones.

En la enorme sala, un velo sutil de polvo amarillo y metálico brillaba sobre los rostros de los dos policías. Tenían incluso por la lengua y en el fondo de las bocas, abiertas por el asombro.

Las puertas cada vez golpeaban más.

Uno de los dos se agachó lentamente, apoyó una rodilla al suelo y un codo en la otra pierna. Lanzó una mirada a su compañero y lo vio inmóvil, paralizado por la maravilla, con un instrumento en una mano y en la otra una piedrecita de oro.

Los otros cuatro instrumentos yacían deshinchados en el suelo y cada uno tenía una piedrecita como aquella, no más grande que una nuez. El policía cogió una, la probó con cada sentido, mordiéndola incluso, y luego miró todavía más a su alrededor, perplejo.

Se escucharon entonces ruidos por el auricular.

—¿Estáis todavía fuera?

—Sí, jefe.

El hombre habló al micrófono, con un gesto lento y grave.

—¿Están armados?

—No, jefe —contestaron, y se oyeron todavía más risas en el auricular.

—Llevadlos a casa.

—Dicen que tienen el coche aparcado aquí cerca, que habían sido invitados por una familia de la zona. Estaban dando un paseo cuando escucharon las explosiones. Hemos mirado y el coche está. Jefe...

—¿Qué pasa?

El otro deglutió.

—En el jardín hay una carnicería.

—Lo sé.



# ROMA, SIETE DÍAS MÁS

## TARDE

---

Un taxi enviado por Gaspar les esperaba fuera del búnker.

El taxista subió a bordo a aquella gente que le serviría para presumir en el bar, para maravillar a los amigos entre un vaso y otro y una partida de cartas. No preguntó ni siquiera dónde podía llevarlos. Se marchó bruscamente e hizo retumbar las palabras contra el espejo retrovisor.

—Estáis en todos los periódicos.

—Lo sé —respondió Fosco.

—Nadie se explica qué es lo que ocurrió en esa mansión, ¿verdad? —dijo el taxista—. ¿Vosotros no visteis nada?

Controló sus caras a través del espejo con la esperanza de captar una verdad.

—Nada —dijo Lucía muy tranquila.

—Simplemente estábamos allí cuando ocurrió todo —concluyó Fosco.

Pero el taxista no se daba por vencido y seguía insistiendo.

—Se cuentan algunas cosas... pero yo no me las creo.

—Es mejor no escuchar lo que dice la gente.

El resto del viaje los clientes lo hicieron envueltos en un abrazo silencioso, mientras la sección de noticias de una radio actualizaba los tristes números del terremoto que acababa de afectar al sur de Italia.

El conductor se movió algo decepcionado por las calles de la ciudad. Se le quedó una expresión triste y un poco ofendida, que le duró hasta que se detuvo delante de la cancela abierta de la mansión D'Ambra y comunicó fríamente el importe de la carrera.

El notario les esperaba delante de la puerta, inmóvil de hombros hacia arriba, muy pendiente de no estropear el delicado informe. Sonrió. Les dio la mano a los señores y los condujo hasta la primera mesa de piedra que se encontraba en el jardín.

—Ahora se llama Villa Noi —dijo felicitándose, mientras el viento que pasaba entre las ramas les enredaba el pelo—. Una firma por aquí —dijo aclarándose la voz y alisándose el cabello. Luego se despidió, y sin perder el tiempo llegó hasta su coche, dándose la vuelta de vez en cuando para despedirse con mucha formalidad. Por último se acordó de decirles que el señor Thomas Dinkley y el señor Fernández le

habían rogado que se despidiera en su nombre. Irían muy pronto a verles.

Puso en marcha el coche y desapareció en medio de una nube blanca. Cuando el ruido del coche se perdió a lo lejos, en el silencio pudieron escuchar su propia respiración.

Todo estaba sereno.

Fosco y Lucía se dieron la vuelta y llegaron hasta el umbral de su nueva casa.

Encima de la puerta estaba escrito:

*Espíritu del Señor*

Y alrededor estaba el texto:

*Tria sunt mirabilia,  
Deus et Homo,  
Mater et Virgo,  
Trinus et Unus.*

Y en otra parte estaba el siguiente texto:

*Cruzando la puerta de la mansión, Jasón obtuvo el rico vellochino de Medea. Un dragón custodia la entrada al jardín mágico de las Hespérides, y sin Hércules, Jasón no habría saboreado las delicias de la Cólquida.*

Había más inscripciones legibles de izquierda a derecha:

*Cuando en tu casa el cuervo negro dé a luz  
la blanca paloma, entonces podrás ser llamado sabio.  
El diámetro de la esfera, el Tau del círculo  
y la cruz del globo no sirven al mundo,  
aquel que sabe cocer con el agua  
y lavar con el fuego hace de la tierra cielo  
y del cielo tierra precisa.  
Si haces volar la tierra por encima de tu cabeza,  
con sus plumas convertirás en piedra  
el torrente de las aguas.  
Cuando Azoth y fuego blanquean Latona,  
Diana vendrá sin vestidos.  
Nuestro hijo muerto vive, el rey vuelve del fuego*

*y disfruta en la oculta generación.  
Es la obra oculta de los Filósofos  
que hace germinar la salvación para el pueblo.*

Antes del umbral estaba escrito el verso:

### *SI SEDES NON IS*

Lo leyeron, traduciéndolo al instante, de izquierda a derecha: *Si te sientas no vas.*  
Y de derecha a izquierda: *Si no te sientas vas.*

Luego entraron<sup>[4]</sup>.

Entre los rayos de luz filtrados por las ventanas medio cerradas, nebulosas de polvo dorado flotaban como microscópicas galaxias de metal. Y otro polvo amarillento, más grueso y pesado, velaba el suelo, guiando la mirada sobre dos pequeñas piedras luminosas situadas en el centro de la sala.

Dieron unos pocos pasos, avanzando lentamente hacia la mesa.

Vieron una hoja aparecer de debajo de cuatro pequeños jarrones de cristal. Lucía tendió una mano temblorosa, cogió la carta y la abrió:

*Queridos hijos nuestros,* leyó en voz alta, pero la voz se le rompió inmediatamente ante la emoción.

Fosco la abrazó fuertemente y siguió leyendo en su lugar:

*Os hemos dejado nuestra casa y lo poco que la generosidad de Nuestro Señor ha querido regalarnos, alegrándonos en esta última hora de poderos pasar el secreto a vosotros, a nuestros amados hijos Fosco y Lucía.*

Tampoco Fosco lograba no emocionarse, y necesitó aclararse la voz para esconder el deseo de llorar.

*Nos llevaréis en vuestros corazones, hasta las fronteras desoladas de la memoria de los hombres, en alto, en el cielo del respeto y del recuerdo, lejos del olvido, más allá del final del tiempo, como un hijo hace con quien le ha generado por el único hecho de haber sido generado.*

*Os dejamos también nuestro pobre saber y, en estos pequeños y últimos jarrones de vidrio, una cura para generar vuestra descendencia y otra contra la corrupción de vuestro cuerpo. En cada uno, de ambos modos, seréis longevos. Pero uno excluye al otro.*

*Os dejamos la libertad de elegir vuestro futuro, como vosotros nos habéis dado a nosotros la libertad de poner fin a nuestro pasado, donándonos la verdadera vida eterna.*

*Este es el oro que os dejamos.*

*Es nuestro espíritu.*

*Ahora dad luz al nuestro y a vuestro futuro: quemar esta carta.  
Alabado sea Dios.*

# Notas

[1] Vivienda en semisótano que los personajes llaman así cariñosamente. (N. de la T.). <<

[2] Libro escrito por el físico Roberto Germano, y publicado por Bibliópolis en 2003. <<

[3] Los científicos Martin Fleischmann y Stanley Pons en 1989. <<



[4] Hay una Puerta Alquímica idéntica a esta en los jardines de la plaza Vittorio Emanuele II en Roma, pero no se puede cruzar. Es la llamada «Puerta de los Cielos». <<